

LUIS SUAREZ

De Tupambaé al Apa

Expedición de auxilios a los Heridos
de Tupambaé (revolución de 1904)

Un año en el Paraguay

Recorriendo el Africa Francesa

« Al Dr. Alfredo Navarro, alma
» mater de la Expedición de Auxi-
» lios a los heridos de Tupambaé.
» A mis amigos y compañeros
» del Paraguay, D. Carlos y D.
» Luis Pfannl. »

“ CASA A. BARREIRO Y RAMOS „ S. A.
25 DE MAYO ESQ. J. C. GOMEZ
18 DE JULIO No 941
MONTEVIDEO

DE TUPAMBAÉ AL APA

Es propiedad del autor.

LUIS SUAREZ

De Tupambaé al Apa

**Expedición de auxilios a los Heridos
de Tupambaé (revolución de 1904)**

Un año en el Paraguay

Recorriendo el Africa Francesa

*« Al Dr. Alfredo Navarro, alma
» mater de la Expedición de Auxi-
» lios a los heridos de Tupambaé.
» A mis amigos y compañeros
» del Paraguay, D. Carlos y D.
» Luis Pfannl. »*

**“ CASA A. BARREIRO Y RAMOS ,, S. A.
25 DE MAYO ESQ. J. C. GOMEZ
18 DE JULIO No 941
MONTEVIDEO**

I

Expedición de Auxilios a los heridos de Tupambaé

El año 1904 fué teatro de la más cruenta revolución que haya asolado el Uruguay.

Cuidadosamente preparada por el Partido Nacional, a la voz de orden, apoyándose en los cinco departamentos que había dado al nacionalismo el Pacto de la Cruz, surgió, como brotado del suelo, un ejército con divisa blanca, que arrojóse de sopetón sobre el gubernista, haciéndolo retroceder desde la frontera nordeste hasta más al sur de Nico Pérez. Después cambiáronse los papeles. Perdió pie la revolución y el poncho blanco de Aparicio Saravia, gambeteando como alas de ñandú, buscó de nuevo la protección de la línea fronteriza, y de allí, el caudillo, con una hábil maniobra de gaucho cuerpeador, mientras se le creía vencido e internado

en el Brasil, atropella de flanco, se corre hasta cerca de Montevideo, y, en Fray Marcos, sorprende las fuerzas del Gral. Melitón Muñoz y hace con ellas mangas y capirotas.

Pero no es nuestro ánimo contar las alternativas de esta lucha fratricida que duró nueve meses y causó tanta pérdida de vidas y de bienes, volviendo extensas zonas del territorio nacional a la época primitiva de campos abiertos, sin alambrados, semi poblados de haciendas bagualas; ni tampoco como finalizó con la muerte del caudillo, en la que muchos de sus fanáticos partidarios no querían creer aún años después de acaecida, guardando siempre la esperanza de que su desaparición fuese una nueva treta mañosa de gaucho vivaracho, y que, cuando menos se pensara, aparecería de improviso ganando de sorpresa lo que no había podido conquistar por la fuerza. Nuestro único propósito es relatar las incidencias de la última expedición de auxilios a que asistimos; que recogió, curó y condujo a Montevideo los heridos del ejército gubernista caídos en la batalla de Tupambaé, la más sangrienta de la campaña.

En muchas otras habíamos tomado parte : en la primera a que dió lugar la sangrienta campaña, que siguió las huellas de los ejércitos en lucha desde Illescas hasta Melo, y a causa de la derrota de Fray Marcos debió regresar a Montevideo con sus propios medios de locomoción, exhaustos por más de doscientas cincuenta leguas de marchas precipitadas; en la que fué a Treinta y Tres a raíz del combate del Paso de los Carros; en la que fué al Salto, cuando, en Guayabos, se le tomó el Parque a Abelardo Márquez, etc.; pero todas éstas, aunque impusieron grandes sacrificios a los expedicionarios, fueron un « floreo » en relación al crecido número de heridos que debió atenderse en Tupambaé.

Componían la expedición : el cirujano Dr. Alfredo

Navarro, en calidad de jefe técnico, llevando de ayudantes a los practicantes Leopoldo Thevenin, Juan Carlos Dighiero, Rafael Schiaffino, Hilario Lorient, Alberto Vázquez Barriére, Eduardo Birabén, Mario Simeto, Alejandro Nogueira y Esteban Sanguinetti; el Sr. Alberto Lacordelle, en calidad de jefe administrador, representante de la Junta Central de Auxilios, entidad organizadora de las expediciones; el que estas líneas escribe, en la de 2º jefe, y el Sr. Gibbe de secretario.

La orden de partida

Así dispuesta de ante mano, cuando en la tarde del Viernes 24 de Junio se nos comunica desde el Ateneo, —sede de la Junta C. de Auxilios — que en Tupambaé se libraba un recio combate y que debíamos partir de inmediato, nos encuentra a todos prontos a ocupar nuestros respectivos puestos.

La formación de una expedición de auxilios daba lugar a complejísima tarea, por la diversidad de los elementos componentes y la rapidez con que se debía reunirlos.

En los Almacenes de la Comisión Nacional de Caridad, el Sr. Vicente Curci ocupábase del material de curación, y en los hospitales los médicos y practicantes alistaban los instrumentos de cirugía.

La sede de la Junta C. de Auxilios era teatro de más vasta y compleja tarea. Desde su benemérito presidente, Dr. Pedro Figari, hasta el último miembro de las sub-comisiones, desarrollan febril labor.

Presurosa, la sub-comisión de Vialidad, recorría la ciudad, ocupándose, en la estación del F. C. C., de hacer preparar el tren expreso encargado de conducir la expedición lo más cerca posible de su destino y en las cocheterías, los breacks a utilizar al abandonarse éste; en el Corralón Municipal, en aprontar carros y muladas y reunir el personal que éstos exigen; en las estaciones de tranvías, en requisar caballos de tiro; y finalmente, en los cuarteles del ejército, en conseguir los caballos de silla.

Mientras tanto, la Sub-Comisión de Parque hacía montaña de camillas, colchones, almohadas, frazadas, ropas, alimentos, vajillas, instrumentos y multitud de objetos diversos, procurando no omitir ninguno, porque una vez abandonada la ciudad, los expedicionarios sólo podrían valerse de sus propios recursos.

Todo el mundo se afanaba por hacer las cosas pronto y bien. El sótano del Ateneo, transformado en depósito y almacenes, era un hormiguero humano. Se corría de un lado para otro y las manos movíanse nerviosas, empujadas por la prisa y por el pensamiento de que en cada tropezón perdíase un segundo de tiempo y con éste una vida.

Al sonar media noche los expedicionarios estábamos reunidos en la mal alumbrada playa de maniobras de la Estación del F. C. C., junto a la vía donde se ultimaba la preparación del expreso.

Era un largo convoy con carga heterogénea, amontonamiento de cosas, bestias y personas. Su lujo constituíalo un vagón dormitorio; su fuerza, la cabeza de hierro crepitante, con un único ojo, centelleante, ciclópeo, y dos grandes orejas, dos banderas de la Cruz Roja flameándole a los lados. Maniobraba, y, al andar, con el anhelo de su respiración de gigante, saltábanle de la

boca multitud de brasas encendidas envueltas en aliento de fuego; resplandor rojo, visión infernal rompiendo las tinieblas.

Aproximábase la hora de la partida. Todos sentíamos la nerviosidad del momento. Cámbianse rápidas las preguntas y respuestas, tómanse las últimas disposiciones, dícense los últimos adioses.

Al fin, con un silbato estridente, el tren, llevándonos, inicia la marcha lentamente, jadeando con el esfuerzo del arrancón.

Era la 1 y 20 de la madrugada del sábado 25 de Junio de 1904.

Tomamos posesión de nuestro alojamiento rodante. Sobre asientos y cuchetas pusimos los ponchos y el reducido equipaje, acto que al viajero da saneado derecho de propiedad.

Después de la agitación de los aprontes y de la partida, teníamos bien ganado el descanso, mientras el tren devoraba las distancias envuelto en el misterio de la noche. Pero, ¿se puede descansar, dormir, cuándo la imaginación bulle procurando adivinar sucesos trágicos que están desarrollándose y en los que debemos tomar parte?.

El comunicado del Cel Pablo Galarza, llegado a Nico Pérez en desenfrenado correr de un chasque a caballo y de allí trasmitido telegráficamente al Presidente de la República, Sr. José Batlle y Ordóñez, anunciaba mortífera batalla en Tupambaé, Dpto. de Cerro Largo, porfiada con encarnizamiento por ambos ejércitos, compuestos, el gubernista, de unos cinco mil hombres de tropa de las tres armas y el revolucionario por unos diez mil civiles deficientemente armados. La supremacía numérica teníanla los blancos, pero los conocimientos militares, la disciplina y la superioridad

de armamentos favorecía al ejército regular equilibrando, las fuerzas. ¿Cómo terminaría el combate?.

Agregaba el C^{el} Galarza que había muchos heridos en ambos ejércitos.

¿Tendríamos medios suficientes para socorrerlos a todos?

Los angustiosos interrogantes que la tragedia imponía a nuestro espíritu ahuyentaban el sueño. En tales circunstancias se descansa en la acción, la acción que al dar movimiento al cuerpo distrae la mente.

Obligados, sin embargo, a permanecer tendidos en la cucheta, acechando inutilmente un sueño huidor, nuestro pensamiento, sometido a gran presión, recordaba otras expediciones en que habíamos tomado parte y en especial la 1^{ra}.

En la 1^{ra}. expedición de la campaña, mientras el tren nos trasportaba, el Dr. Navarro, que fué su jefe técnico, dictó una clase inolvidable.

Suponiendo que íbamos a encontrarnos en plena batalla — que en aquel entonces librábase en Illescas y Mansavillagra — el Dr. Navarro, con ese orden y claridad en el decir que son una de sus excelsas cualidades de profesor, planteó todos los casos de orden profesional-moral, digamos así, y de técnica de auxilios a los heridos.

¿Médicos y practicantes deberían ir a la línea de fuego exponiendo sus vidas?. ¿Cómo deben ser tratadas las heridas de armas de fuego en la cabeza, en el tórax, en el vientre, en las extremidades?. ¿Cómo las de arma blanca, diferenciando las de tajo con las de puntazo perforante?

Nunca sus discípulos le oyeron con mayor atención. Las enseñanzas del maestro tendrían aplicación inmediata, en medio del combate, viendo matar y exponiéndose a morir, y le oímos mientras el tren nos llevaba

rápida­mente hacia el campo de batalla... que al llegar encontramos limpio de ejércitos y de heridos y sin casi señales del combate...

Aquella fué la primera expedición y hubo que aleccionar a los inexpertos discípulos, pero ahora ¡ay! con la práctica adquirida en cuatro expediciones posteriores todos éramos veteranos.

Actualmente, seis meses de guerra hacían innecesarias esas lecciones, y en la inacción impuesta por nuestra prisió­n rodante — que no marchaba tan ligero como deseábamos — discípulos y no discípulos, debimos soportar la impaciencia del lento transcurrir de las horas.

Llegada a Nico Pérez

Después de haber dormido mucho, poco o nada, según el temperamento de cada cual, a las diez de la mañana echamos pie a tierra en Nico Pérez, punto terminal de la vía férrea.

Sin pérdida de tiempo iníciase el desembarco del material, de la animalada y la organización de la expedición.

En primer término aprontáronse los breacks, destinados al transporte rápido del médico y los practicantes, prendiéndoseles los mejores caballos y acompañándolos de relevos arre­ados por hombres bien montados. En seguida el material de urgencia que debería llegar junto con ellos, y, por último, los carros más pesados, cargados de camillas, colchones, frazadas, algodón, vendas, medicamentos, aparatos, fierros y todo lo concerniente al

tratamiento de las heridas; ollas, cacerolas, platos cubiertos, galleta, leche condensada y demás alimentos indispensables para heridos y el crecido personal expedicionario, engrosado por el aporte de la sub-Comisión de Auxilios de Nico Pérez.

El orden de marcha, el arreo de la caballada, el trabajo y obligaciones del personal de servicio, merece también nuestra atención.

Siéndonos éste último desconocido, no era tarea sencilla ubicar a cada uno en lugar apropiado. Por suerte, el tiempo vivido en grandes estancias entregados a las prácticas de sus faenas y la experiencia adquirida en tres expediciones anteriores, dábanos competencia, permitiéndonos organizar y dirigir esta diversidad de tareas con relativa facilidad y acierto.

Y esa experiencia también fué útil a la Junta C. de Auxilios. Ésta, al requisar el material, desechaba ahora, por inservibles, los grandes carros de mudanza, pesadísimos armatostes con que habíamos sido crucificados en la primera expedición.

Defectos de la primera expedición

En aquellas jornadas iniciales, a los grandes y pesados carros venían enganchadas mulas sólo acostumbradas al trabajo de la ciudad. El paso de cada zanjita del camino, llenábalas de miedo y poníalas desconfiadas y empacadizas. Las gobernaban peones españoles del Corralón Municipal, incapaces de actuar en nuestra

campaña, ignorada y misteriosa para ellos. Los arreadores de las caballadas, — pésimos jinetes — se prendían con ambas manos de la cabezada del recado para no caer y muchos de ellos pretendían manejar sus monturas tirando de las riendas como si fuesen caballos de tiro. Para acrecentar los males, marchábamos por malísimos caminos de tierra negra, gredosa, cruzando a cada instante zanjás y arroyos pantanosos.

Ansiábamos llegar y todo conspiraba contra nosotros, retardándonos. Asustábanse las mulas y no querían entrar en el barro o en el agua, y, cuando al fin se decidían convencidas por cerrada argumentación de garrotazos a base de mango de arreador, era para hacerlo a desatiempo, a saltos y tirones, dados unas veces hacia adelante y otras hacia atrás. Los conductores, aún más asustados o inexpertos que las mulas, tiraban las riendas cuando debían aflojarlas y aflojábanlas cuando debían tirarlas.

Los tiros reventaban, los hombres se desesperaban y lo fatal sucedía : un carro quedaba enterrado ocupando el paso, y trás él, a la espera de vía libre, todos los demás.

Precisábase sacarlo a pulso descargándolo primeramente. Para ello debíamos estar durante horas metidos en el barro con el agua hasta la cintura.

Eran « pequeños » detalles, no percibidos por el « jefe » de la expedición, ni por los médicos y practicantes que marchaban adelante comodamente arrellenados en los asientos de los coches. A ellos les era fácil y poco trabajosa la travesía de la campaña en aquellas circunstancias, pero resultaba muy penosa para el encargado de la organización de la expedición y la regulación de sus marchas, consciente de su responsabilidad y que no delegase su delicada misión confiándola a ciegas a un capataz guía deparado por el acaso.

Ante todo, debería ser hombre conocedor del medio en que actuaba y poseer el espíritu de sacrificio necesario para vencer los innumerables obstáculos que se presentaban a cada instante, multiplicados al infinito por la deficiencia del personal de servicio.

Caminábase sobre una campaña asolada por la guerra, totalmente desprovista de recursos, siguiendó, muchas veces, huellas de ejércitos que en su retirada oponían al perseguidor el vacío de la devastación; huellas bien marcadas por tumbas recientes y caballos muertos en completo estado de putrefacción. No quedaba un alambrado en pié, no había un palo para encender fuego con que preparar la comida.

Después de un día de fatigante marcha, ¿dónde acampar?

Hay que conciliar intereses antagónicos.

Los expedicionarios, en general, optarán por donde hallaren buena casa y buena comida para ellos.... pero el organizador, — que es el verdadero jefe en lo que a responsabilidades morales se refiere — dará preferencia al lugar donde hubiere buena comida para los caballos. Esta idea de sacrificio de los humanos por las bestias, es muy difícil de hacer entrar en el espíritu del hombre de ciudad, y si la acepta en principio, será como concepto mental. El hábito de una vida cómoda y regalada, le hace muy difícil amoldarse a ella en la práctica de las cosas, y más, como corresponde, por pura previsión. Y, sin embargo, esa previsión era necesaria, porque ¿qué hacer si los caballos perdían fuerzas, se cansaban y se negaban a marchar?. Reponerlos resultaba imposible. Hasta con el petizo aguatero arrea la guerra, y había estancias que pasaban hambre por carecer de un caballo para ir en busca de reses para carnear.

Para conciliar intereses tan opuestos imponíase llevar a las casas al personal de la expedición y poner las caba-

lladas a pastoreo en el lugar más empastado que pudiera conseguirse, aunque quedase distante. Pero los alambrados no existían, habían sido arrasados. El campo inmenso, infinito, no tenía vallas y estaba envuelto en la obscuridad de la noche. ¿Que sería de la expedición, si la caballada se extraviara? ¿Quién curaría y cuidaría de los heridos que esperando agonizaban?

En aquella 1ª. expedición, después de quince horas o más de penosa marcha, era necesario organizar la ronda de la caballada durante la noche con un personal transido de fatiga, completamente desconocedor de las prácticas camperas propias de la vida nómada del tropero.

¿Cómo arreglarse en estas condiciones, con los peones gallegos, enviados por el Corralón Municipal, que, para no caer, trotaban sujetándose con ambas manos de la cabezada del recado?

Utilizando este personal y venciendo tantas dificultades fué como atravesamos Illescas, Mansavillagra, Nico Pérez, Paso de las Palmas y Cerro Suelo, metidos en el agua y en el barro sacando « peludos ». Fué así como regresamos a Nico Pérez, como fuimos a Melo y como de allá volvimos a Montevideo, llegando a nuestras casas en los mismos coches y caballos conque habíamos hecho doscientas treinta leguas de camino, arrastrando enormes carros y arrastrando, sobre todo, la inmensa deficiencia del personal, procurando con el sacrificio de uno, subsanar la inexperiencia de todos.

Sacrificios y recompensas

Ni una sola vez, hubo para nosotros el derecho de descansar en el asiento de un coche, protegidos del sol canicular del mes de Enero, ni reposar con tranquilidad toda una noche en un colchón en el suelo. Debimos estar montados a caballo casi tanto de noche como de día, y vigilar y ordenar tal vez más durante la noche que en el día....

¡Pero la expedición llegó a Montevideo por tierra, utilizando sus propios recursos!

Y al finalizar la odisea con la llegada al Ateneo, sede de la Junta C. de Auxilios, se produjo un diálogo cuyo recuerdo pone en nuestros labios un sonrisa de excepcionalismo.

Cuando el presidente Figari y otros miembros de la Comisión nos vieron, estallaron en exclamaciones de sorpresa ante el cambio fisonómico operado durante esos veinte días. Además de la natural delgadez producida por el intenso esfuerzo, la piel de la cara y de las manos había caído un par de veces por lo menos. Se mantenía roja, tostada y escamosa. Y el Presidente dirigiéndose a uno de los expedicionarios, a una persona que teniendo todas las obligaciones y responsabilidades a la par de todos los honores, una persona que en el camino nunca había dejado su cómodo asiento en el pescante de uno de los breacks, donde, regaladamente, en amena conversación con médicos y practicantes

paseaba su galoneada gorra, ni tampoco en cumplimiento de su cargo dejado el mullido colchón durante la noche, le dijeron : « Pero a Vd. no le sucede lo mismo. ¡Ni parece que hubiera salido de Montevideo! »

A lo que este « chusco » personaje respondió :

— « Es cuestión de condición de pieles ».

¡Así se hace la historia !

El Quijote que algunos llevamos dentro, sonrió y nada dijo, pensando que el mérito crece cuando ni siquiera obtiene la recompensa de ser reconocido.

No fué esa la opinión del « chusco » personaje de « es cuestión de calidad de pieles ». Muy al contrario : poco después el Presidente Batlle — que nunca supo que nosotros tomamos parte en aquella expedición, ni tampoco supo que participáramos más tarde en otras tres — recompensaba sus « sacrificios » con un alto puesto en la administración y gobierno nacional.

Pero, ¡dejemos la 1ª. expedición!

Experiencia aprovechada

Actualmente ese material excesivamente pesado ya no se traía. Teníamos menor número de carros y éstos eran más chicos y livianos y toda la expedición no estaba dependiendo de ellos porque no los utilizábamos en el transporte del material de urgencia que cargábamos en breacks. Los carros podrían retardarse sin detener la expedición en peso.

Además, al ir a Tumpabaé, no seguíamos caminos secundarios. Gozábamos el privilegio de utilizar el de la Cuchilla Grande, ancho, alto, seco, y relativamente bien mantenido, por ser la principal vía de comunicación de la Capital con el Dpto. de Cerro Largo y la frontera noreste.

Calculábanse treinta leguas la distancia que deberíamos recorrer para llegar al campo de combate. Era, como se ve, relativamente pequeña.

Terminados los preparativos el Dr. Navarro, el Sr Lacordell y los practicantes subieron a los coches; nosotros montamos a caballo y dada la voz de mando, todo el convoy se puso en movimiento rumbo a Valentines. Eran las 3 de la tarde.

Caminamos rápidamente. Los breacks y las caballadas que debían servirlos adelante, independizados de los carros y caballadas que venían detrás.

Al anochecer acampamos en Valentines. Conseguimos una habitación grande, en la que pusieron colchones el suelo, y después de una comida a base de conservas y galleta, nos acostamos medio vestidos, patados con frazadas sin sábanas, a la espera de la luz del día siguiente.

En presencia de los primeros heridos

No relataremos las minucias de nuestro camino a Tupambaé, carentes de interés. Por lo dicho ya se puede tener idea, de manera general, de lo que eran aquellas marchas. Además, guiados sólo por el recuerdo de hechos que tuvieron lugar hace tantos años, todo aquello que no tuvo real importancia se ha esfumado. Tratando de recordar, hacemos un esfuerzo como el de los ojos cuando quieren precisar objetos lejanos a la difusa luz crepuscular : no hay detalles.

Pero los sucesos capitales perfilan en blanco, destácanse iluminados sobre el fondo obscuro del olvido (1).

El domingo 26 a las 6 de la mañana reanudamos viaje y a las 3 de la tarde la expedición llegaba a lo de Bacello, donde estaban los heridos del Gral. Galarza.

Denunciaban su presencia numerosas carretas desunidas en derredor de la casa y extraordinario movi-

(1) Perdónenme mis compañeros de expedición si paso por alto algún suceso que pudo interesarles particularmente, en mérito a que voy guiado sólo por la memoria y escasísimas crónicas de los diarios de la época. Quizás ese presunto suceso omitido, fué por mí mal conocido o nunca de él me enteré. Recuérdese que la expedición, con sus numerosos vehículos, llegó a ocupar leguas de extensión durante la marcha, y que yo, que según las necesidades tenía que estar ya al frente, ya a retaguardia, pude ignorar algún suceso digno de ser relatado y más en los dos últimos días de camino, en los que no volví a ver ni al Dr. Navarro, ni a los practicantes, ni al Sr. Lacordell.

miento de hombres a pié y a caballo, unos uniformados, otros vestidos de paisano.

Nos pusimos al habla con el jefe militar. Tenía a su cuidado más de cuatrocientos heridos diseminados por casas, carretas y fogones, a los que se había hecho una cura tan prolija como apremiantes circunstancias permitieran, poniendo a nuestras órdenes todo el personal de picadores y peones con sus carros, carretas, caballadas y boyadas.

Hicimos formar en círculo el convoy expedicionario e instalar el campamento del personal en el centro. Organizamos las rondas de las caballadas y al mismo tiempo iniciase la descarga del material, comenzando por los instrumentos de cirugía y el material de curaciones a emplearse de inmediato en intervenciones quirúrgicas de urgencia.

Con beneplácito de los propietarios tomamos posesión de buena parte de la casa.

La habitación del frente, la más grande de todas, libre de muebles, fué transformada en hospital de sangre. Allí, mientras el Dr. Navarro y los practicantes, cubiertos ya con blancas túnicas, se ocupaban de la desinfección de los instrumentos y de las manos, lleváronse los heridos, pálidos, desangrados, cuyo estado requería pronta asistencia.

Y el Dr. Navarro y sus ayudantes pusieron mano a la obra. Unos daban la anestesia, otros desinfectaban el campo operatorio, otros alistaban los instrumentos. Se trabajaba con varios heridos a la vez. Todos debían pasar por las manos del cirujano.

A medida que se sacaban las vendas dejando al descubierto heridas chorreando humores, un olor nauseabundo se esparcía por la sala, mezclado con los penetrantes gases del cloroformo y del éter.

Y el bisturí del Dr. Navarro, en movimientos ágiles,

nerviosos, precisos, cortó la piel, se hundió en los músculos y descubrió los huesos. Estos comenzaron a crugir, mordidos por los dientes de las sierras.

Habíanse practicado veinticinco operaciones de urgencia, y ya la obscuridad de un crepúsculo invernal, muy a pesar del cirujano y sus discípulos, arrancoles el bisturí de las manos.

Distribuyose leche condensada a los heridos más graves, caldo, galleta, carne asada o cocida a los demás, y, llegado nuestro turno, pensamos en nosotros mismos haciendo idéntica comida, pero le adicionamos la infaltable lengua conservada de « Liebyg » que rociamos con vino, agua Salus y café.

Como dormitorio disponíamos de un corredor largo y ancho en el que tendimos los colchones.

De los heridos y de sus acompañantes inquirimos noticias sobre la batalla. Eran contradictorias, pero estaban contestes en que se había peleado durante dos días consecutivos con encarnizamiento y bravura. Las fuerzas revolucionarias, escasas de armas, formaban en más crecido número que las gubernistas, pero en cambio, éstas poseían una disciplina, un tecnicismo, una dirección y más aún, unos armamentos, que le daban superioridad y habían acabado por imponerse. El funcionamiento de la artillería fué efficacísimo. A compás del repiqueteo de las ametralladoras, los hombres con divisa blanca cayeron como moscas. El continuo llover de balas de esta terrible arma y el fuego de la infantería, anuló una serie de cargas de lanza, impidiéndoles llegar a sus objetivos. Centenares de centauros, hijos de aquellos ante quienes temblaron los valientes batallones españoles, en tiempos de la guerra de la independencia, cuando el fusil se cargaba por la boca, cayeron impotentes, revolcándose en su sangre.

Había sido una carnicería espantosa, y según la

modalidad de apreciación de los cronistas, los muertos y heridos saravistas llegaban al millar o sumaban varios miles.

A muchos hombres conocidos se les daba por heridos o muertos, y hasta al mismo Saravia había quién lo contara entre los primeros.

Por nuestra parte nos fué dado constatar que el Dr. Luis Ponce de León, había sido herido en el vientre, Ramón Arocena en una pierna, y que ambos, con el Dr. Morelli que los cuidaba, encontrábanse prisioneros de las fuerzas gubernistas.

El militar de mayor graduación perdido por el ejército legal había sido el Cnel. Genaro Caballero, jefe del Batallón de Infantería nº. 4, muerto a consecuencia de actos expresivos de valor heroico. Soldado pundonoroso, era queridísimo y disfrutaba de una popularidad siempre creciente. A su cuerpo, reconquistado al enemigo, habíanse rendido honores, pero el mayor de todos fué las lágrimas de jefes y soldados.

Al conocerse estas noticias ya comenzó a agitarse entre nosotros la idea de si deberíamos o no ir en busca de los heridos revolucionarios, al terminar la cura de los gubernistas.

Las opiniones fueron contradictorias. El Dr. Navarro — y su palabra era casi decisiva — se manifestó por la negativa.

Enseñábale la experiencia que el ejército revolucionario al evacuar sus heridos hacia el Norte en dirección de Melo y la frontera del Brasil, haría estéril nuestro esfuerzo y que en cambio él tendría que separarse de heridos en estado grave que requerían su presencia.

Nuestra práctica personal era idéntica. ¿Acaso, juntos, en la 1ª. expedición, no habíamos hecho durante diez días ingentes esfuerzos por alcanzar esos heridos que marchaban hacia el norte con sus respectivos ejércitos

sin nunca haberlo logrado? Sin embargo sostuvimos la afirmativa, porque en el caso actual había una diferencia. Según noticias, los heridos nacionalistas eran tantos, que aún después de los cuatro días transcurridos, quizá hubiese sido imposible obtener los medios de locomoción necesarios para conducir a todos y hubieran quedado algunos en las casas más próximas al que había sido campo de batalla.

Además asistíanos razones especiales. Formábamos parte de la Comisión de la Junta C. de Auxilios y teníamos particular interés en dejar constancia, con hechos, de nuestra neutralidad. A causa del origen oficial de la Junta C. de Auxilios, esa condición inherente a nuestro humanitario cometido, era puesta en duda por muchos. La Cruz Roja que respondía a Ginebra, desautorizada por el gobierno y sustituida por nosotros, nos hacía una campaña desfavorable, acusándonos de parcialidad a favor del Partido Colorado en el desempeño de nuestra misión. Convenía desvirtuarla, aún a riesgo de caminar inútilmente algunas leguas.

Después de un cambio de opiniones al respecto mezcladas con mariscaleos, nos tendimos sobre los colchones en busca del necesario descanso. Era indispensable que el día siguiente nos encontrara aptos para la tarea que nos impondría.

Un soplido a la vela produjo las tinieblas. En un instante el mundo dejó de existir para los ojos del cuerpo, pero apareció redivivo, más brillante y más loco para los de la imaginación, por obra de la fantasía del sueño.

El Hospital de Sangre en plena función.

El amanecer de una fría mañana invernal puso a todos en pie y sin dilación nos dedicamos al cuidado y cura de los heridos.

Conforme la luz fué suficiente, comenzaron de nuevo a funcionar bisturíes, pinzas y sierras del cirujano y sus discípulos, cortando carnes, ligando vasos y serrando huesos.

El hedor nauseabundo de la tarde anterior vuelve a enseñorearse de la casa, con mayor intensidad aún. Ahora, el desfilarse de pacientes, con sus heridas manando pus sanguinolento no tiene fin. Las vendas, al cubrirles los dolores, parecen haber contribuido a la fermentación guardándola herméticamente. Al ser quitadas, escapan de golpe las emanaciones pútridas, afectando la pituitaria y produciendo náuseas y desarreglos estomacales.

Nos referimos, naturalmente, a pituitarias y estómagos impolutos, recientemente iniciados. Los de médicos y practicantes hállanse defendidos por el « callo » creado en el ambiente hospitalario.

Sobre camillas y mesas de operaciones, descubiertos, desnudos, mostrábanse masculinos torsos, agujereado el pecho hercúleo, entrando y saliendo el aire por la boca de las heridas entre gorgoritos de espuma rosácea a compás del fuelle pulmonar; hinchados vientres, endurecidos por la dolorosa peritonitis; musculosos miembros, taladrados, quebrados por los proyectiles o cortados

por arma blanca. El dolor, sin escrúpulos, sin disimulos, mostrábase impúdico.

A unos acabábaseles de entrar y aguardaban; a otros se les desinfectaba; a aquéllos dábaseles la anestesia; a éstos, en fin, se les operaba y se les volvía a vendar, retirándolos de inmediato para otros ocupar las mesas de operaciones, produciéndose todo dentro de un movimiento continuado que no menguaba ni tenía fin.

Se oían suspiros, ayes, gemidos, gritos, imprecaciones, juramentos, conversaciones, órdenes y hasta risas contenidas.

El suelo se cubría de vendas, gasas y algodones impregnados de humores, frescos en el centro, endurecidos en los bordes. Al lavar las heridas, el agua oxigenada y la solución del bicloruro caían sobre aquel conjunto empapándolo. Caminábamos hundiendo los pies y resbalando en esta especie de lodo nauseabundo, amasijo de dolores humanos, forjados por la guerra fratricida. Se barría y se sacaba a paladas, pero poco después aquella inmundicia volvía a cubrir el suelo con una nueva capa de una cuarta de espesor.

El efecto de la anestesia en los pacientes variaba con el temperamento del sujeto. Asustábanse algunos resistiendo a ponerse la careta o a aspirar el éter escondido en el algodón del cucurucho de papel; otros, sin decir palabra, lo aceptaban estoicos. Había quienes dormían sin hacer un movimiento, y quienes ahogándose, gritaban y con grandes esfuerzos retorcían los miembros y el cuerpo. Ya dormidos, respiraban como niños en la cuna los primeros y con fatigas de estertor roncaban afanosos los segundos, se asfixiaban y había que tirarles la lengua para evitar que murieran ahogados. Los más conservaban un pulso igual, acompasado; pero ciertos corazones encabritábanse, saltaban y deteníanse en el síncope. Muchos, al despertar, parecían salir de un sueño agra-

dable; otros, aún dormidos, en los prolegómenos de la vigilia, gritaban alucinados por pesadillas opresoras.

Recordamos especialmente a uno de éstos, que demoró largo rato en este estado. Nunca acababa de despertarse y daba verdaderos alaridos, gritando : « ¡Ya traen las cargas de lanza!.....¡Por Dios, no me maten! » y llamaba a sus compañeros a grandes voces pidiendo no le abandonaran herido. Su angustia daba compasión.

Eran las tres de la tarde y seguía-se trabajando sin interrupción. ¡Ni nos acordábamos de que no nos habíamos desayunado!

Allí mismo, en una caldera, hicimos un poco de café, lo dejamos asentar, servimos una taza y nos situamos detrás del Dr. Navarro. Este operaba un hombro, y en aquel preciso momento, bien descarnado y el hueso a la vista, serraba la clavícula. Casi sin detenerse en su humanitaria tarea, fué bebiendo de nuestra mano el café en pequeños sorbos, participando también nosotros de algunos de ellos para distraer las forzadas esperas impuestas por las circunstancias.

Afuera el trabajo continuaba intenso y múltiple : el cuidado de los heridos, su remisión ordenada al hospital de sangre, su vuelta y ubicación en las carretas, la distribución de abrigo, la preparación y distribución de la comida, la del personal de servicio, carneadas, cuidado y ronda de nuestra caballada muy expuesta a entreveros y a robos, la vigilancia del variado material de la expedición, etc.

A las seis de la tarde, ya casi de noche, luego de un esfuerzo agotante de doce horas consecutivas y sin haber tomado más alimento que una taza de café solo, se había terminado de curar al último herido.

Cuando todos nos hubimos aseado lo mejor posible suspirando por un baño tibio, hicimos nuestro almuerzo-cena.

Pasan las fuerzas del Cel. Galarza.

Terminada la cura de los heridos del ejército regular, era lógico suscitarse de nuevo la cuestión de si deberíamos ir en busca de los heridos revolucionarios.

Tanto el Dr. Navarro como nosotros sostuvimos nuestros puntos de vista opuestos. Los discípulos, en general, apoyaban al maestro; algunos hacían apreciaciones que los inducía débilmente a participar de nuestro criterio.

La declaración categórica del Dr. Navarro de que él, por su parte, no iría, puso punto final a la discusión.

Mientras tanto, las noticias circulantes, resultaban contradictorias : adjudicábase Galarza la victoria, y, sin embargo, según decían — y cada vez eran más los que lo decían — se retiraba hacia el sur en busca de protección enviada de la Capital, perseguido de cerca por Saravia.

Procurando descifrar el enigma, hicimos mil conjeturas sin conseguir la clave del misterio. Pese a las afirmaciones de victoria de las fuerzas legales, teníamos nuestras dudas. No podíamos olvidar que cuando fuimos a Melo nos encontramos en una situación parecida. Saravia, tenazmente perseguido por el Gral. Muniz, peleando a ratos y retirándose siempre a marchas forzadas desde Mansavillagra hasta la frontera — en cuyo trayecto pasó por Melo donde dejó muchos heridos que nosotros curamos — para no ser totalmente deshecho

y caer prisionero con todo su ejército, habíase internado en el Brasil, siendo desarmado por las autoridades de aquel país. En consecuencia la revolución estaba virtualmente terminada. Con esta convicción, salimos de Melo, trayendo heridos a Montevideo. Sin embargo al llegar a Nico Pérez una gran sorpresa nos aguardaba : Saravia estaba en el sur, había triunfado en Fray Marcos y amenazaba, según decían, la Capital. Mientras tanto, nosotros ya no disponíamos de la vía férrea. Había sido levantada y debimos llegar a Montevideo, con nuestros exhaustos recursos.

¡No, dados los antecedentes, no era fácil descubrir la verdad; podían fantasear se toda clase de posibilidades!

La fatigante labor desarrollada aquel día por nuestros queridos compañeros, apagó sus fuegos de mariscaleos y uno tras otro tendiéronse en los colchones colocados en el mismo corredor a que antes hicimos referencia.

Por nuestra parte nos entretuvimos en dar un vistazo general en carros, carretas y fogones; en montar a caballo e inspeccionar las rondas y las caballadas, recomendando extrema vigilancia, y, en fin, en dar al capataz las órdenes pertinentes para comenzar de madrugada los preparativos del regreso.

En estas tareas nos sorprendieron las once de la noche y al regresar al campamento encontramos aún levantados atendiendo enfermos y husmeando novedades traídas por soldados que pasaban por el camino, a los practicantes Simeto, Vázquez Barriére, Dighiero y Nogueira.

Conversábamos, cuando anunciaron la aproximación de las fuerzas del C^{el} Galarza. Como la casa de Bacello, estaba situada sobre el camino Nacional, pasarían por su frente.

No demoraron en llegar.

Protegidos por una noche sin estrellas, los soldados marchaban casi invisibles al paso de sus caballos enfilados de a cuatro en fondo, dentro del profundo silencio de las grandes jornadas nocturnas.

Nadie conversaba. Se adivinaba su presencia por el repiqueteo de miles de cascos golpeando el suelo duro del camino; — ruido continuado y murmurante como el de las aguas de un arroyo correntoso al pasar entre las piedras de un lecho bajo, — y el de los sables envainados al golpear los recados.

Veíamos sus siluetas de contornos imprecisos, agigantadas por la obscuridad. Llegaban lentas y pasaban ante nosotros como fantasmas de la noche, con las frentes inclinadas por el sueño y la fatiga, o por los recuerdos tristes de la tragedia en que habían sido actores. ¿Acaso, no tenían siempre delante, la imagen del compañero, del amigo, del hermano caído, desangrándose en el suelo en los estertores de la agonía? ¿No continuaban sus oídos escuchando los ayes de dolor, los hipos de la muerte y las últimas recomendaciones de los moribundos? ¿No eran los encargados de la sagrada misión — que no debían ni podían olvidar — de llevar a una madre o a una novia que esperaba ansiosa, el último adiós y un recuerdo del ser amado que nunca más volverían a ver?...

Conversamos con algunos oficiales. Al distinguir en nosotros las insignias de la Cruz Roja, nos saludaban y deteníanse interesándose por heridos de su amistad.

De la situación del ejército nos dieron noticias. Falto de municiones, se retiraba a marchas forzadas hacia Nico Pérez. Además, los soldados habían quedado exhaustos con los dos días de ininterrumpida pelea y siendo su número muy inferior al de los revolucionarios, la prudencia aconsejaba aproximarse donde encontrarían municiones y refuerzos. Estaban escasísimos de caballos;

vimos varios soldados a pie, llevando los recados sobre los hombros.

Obedeciendo órdenes superiores nadie fumaba. El enemigo atisbaba en las tinieblas y era preciso ocultar marchas y maniobras.

Confirmaron la noticia del crecido números de bajas sufridas por el ejército saravista. A su juicio aún debería haber heridos en los alrededores del campo de batalla.

En busca de los heridos revolucionarios.

Conversamos con los practicantes sobre la conveniencia de ir en busca de esos heridos y combinamos poner de nuevo, a la mañana siguiente, este asunto sobre el tapete. Ellos nos apoyarían decididamente.

Y así fué :

Con la primera luz del alba nos sentamos en el colchón, golpeamos las manos para despertar a los compañeros, y después de dar los buenos días, interrogamos :

— Por última vez pregunto, ¿vamos o no en busca de los heridos revolucionarios? —

Y uno de los practicantes confabulados — no recordamos cual — contestó de inmediato adelantándose a cualquier otra respuesta :

— Si alguno de la Junta C. de Auxilios, va, yo lo acompaño.

— ¡Y yo, y yo! — añadieron los otros.

— Entonces apróntense en seguida; iré con Vds.; voy a disponerlo todo para la partida — les dijimos.

Acto continuo todo el mundo se vistió apresuradamente. El Dr. Navarro no había dicho palabra.

Convinimos con el Sr. Lacordell que la expedición se partiera en dos. El, con el Dr. Navarro y un grupo de practicantes, se pondrían en marcha de inmediato conduciendo los heridos a Montevideo; nosotros, conjuntamente con los practicantes que habían manifestado deseos de seguirnos, nos dirigiríamos hacia el norte llevando sólo un breack y los caballos necesarios para los relevos.

Fuimos a tomar las disposiciones pertinentes.

Después de hacer preparar leche condensada en grandes ollas y distribuirla a los heridos, comenzamos a ordenar la carga de los vehículos, a indicar el puesto que debería ocupar cada uno de los que componían el numeroso personal de servicio y a apartar la caballada en la forma preestablecida.

Deseando saber cual de los breacks que iría a Montevideo sería preferido por el Dr. Navarro, a fin de poner en él su equipaje de mano, le buscamos para preguntárselo y le encontramos agachado, ordenando instrumentos de cirugía dentro de un cajón. A nuestra pregunta enderezose nervioso diciendo :

— ¿Cómo en el breack que vá a Montevideo?

— Sí, ¿en cuál de ellos quiere Vd. ir?

— ¿Pero como voy a ir a Montevideo si Vd. se lleva mis practicantes al Norte?

— ¿Entonces, se viene Vd. con nosotros? ¡Venga un abrazo!

Silencioso y rápido, el Dr. Navarro siguió preparando sus instrumentos.

Tomado que fué el desayuno, nos despedimos de nuestros compañeros. Ellos también partirían conforme se terminase el acomodo de heridos en carros y carretas y la carga de nuestro variado material.

Por primera vez en las cuatro expediciones en que habíamos tomado parte, dejamos el caballo que permite estar en todos lados, para subir a un coche. Es que a él se reducía toda la expedición que iría al norte. Pretendíamos hacer únicamente seis u ocho leguas llegando a lo de Fasciolo donde afirmábase la existencia de heridos revolucionarios.

Nos ubicamos en el pescante y partimos.

Mientras al trote de los caballos vencíamos las tendidas cuchillas en continuo subir y bajar, aquí y allá fuimos encontrando pequeños grupos de soldados pertenecientes a las fuerzas gubernistas en marcha hacia Nico Pérez. Después, gradualmente, espaciáronse los grupos, aminoráronse sus componentes hasta reducirse a hombres aislados, y, al fin, después de una hora de marcha, perdimos de vista al último « bombero » de Galarza, atalaya en lo alto de un cerro, erecto en su caballo, ojo avizor y mirada fija al norte donde aguardaba percibir al enemigo.

No viendo más hombres, parecieron que la paz dominaba en la tierra. Nos envolvía el silencio de los campos, sólo interrumpido por la canción del viento y el grito de las aves.

Y seguimos rodando en nuestro coche, arrastrados por el trotar de los caballos. Cerca nuestro cuatro hombres galopaban llevando los animales de relevo.

Con la soledad, a medida que las horas pasaban en continuada marcha, y con ellas también pasaban las leguas « acostadas a lo largo del camino », como canta Elías Regules en sus versos, la tranquilidad adueñábase de nuestros espíritus. De ella nos arrancó un alerta dado, no como tantos otros, por los teru-teros : bajo la enramada de una casa divisada a lo lejos había un numeroso grupo de hombres y caballos. ¡Avanzadas del ejército revolucionario, sin duda!

Al descubrirnos conmoviéronse, y uno de ellos

montó a caballo y vino de galope tendido a reconocernos.

No pudimos ahogar cierta emoción. Los absurdos y malevolentes rumores que corrieran respecto a nuestra parcialidad, y de la venganza que tomarían los revolucionarios de nosotros a la primera ocasión que les brindase la suerte, justificaban plenamente nuestros temores. Sentimos gravitar sobre los hombres el peso de la enorme responsabilidad de nuestra insistencia que en forma tan decisiva influyera en la resolución de los compañeros de jornada. Si el grupo pertenecía a fuerzas al mando directo de Saravia podíamos estar tranquilos, pero si se trataba de una partida suelta, a órdenes de un jefe ignorante, ¿sería lo mismo?

Pasados diez minutos, el jinete, que llevaba un máuser apuntando hacia arriba tomado por el caño con la mano derecha mientras la culata descansaba en el recado, de un tirón seco sofrenó el caballo parándolo tieso a cinco metros de nosotros.

Enterado del objeto de nuestra presencia, nos manifestó que hubieron muchos heridos, pero creía que todos habían sido enviados a Melo, habiendo salido la última carreta en la tarde del día anterior. « Por otra parte — añadió — el General anda recorriendo el campo y si siguen este camino se encontrarán con él. »

Conversando con Saravia.

Un cuarto de hora después, en una de las vueltas de nuestra ruta, vimos, bajando una loma al tranco en dirección opuesta a la nuestra, la silueta de un jinete, al parecer de recia contextura, montado en un caballo tordillo.

Clavamos en él miradas intrigadas. Era un hombre sereno, por cuanto no hizo el menor gesto de sorpresa al descubrir nuestra inusitada presencia, ni modificó el tranquilo andar de su cabalgadura.

¿Quién podrá ser — nos preguntábamos — este hombre que anda solo, tan sosegadamente?

Su actitud y su aspecto denotaban un jefe.

— ¡Es el Gral. Saravia! — exclamamos — reconociéndole al fin.

— No puede ser, si viene solo — dijo uno de nuestros compañeros.

Al aproximarnos, seguros ya, confirmamos :

— ¡Sí, sí; es él!

Detuvo su caballo a unos diez metros de distancia y dándonos los buenos días, echó pie a tierra para saludarnos — máximo homenaje que podía dispensarnos.

A nosotros, — que por ir en el pescante fuimos los primeros en bajar del breack — nos tocó ser los primeros en saludarlo, haciéndolo en forma, que le permitiera comprender que lo habíamos reconocido. Después de sendos apretones de mano, se entabló conversación sobre los

acontecimientos acaecidos y el objeto de nuestra misión, bien puesta en evidencia por las insignias de la Cruz Roja que ostentábamos.

No perdíamos gesto de aquel hombre tan discutido, idolatrado por sus numerosos partidarios. Era recio, atezado por el sol, de mirada firme, de ojos escudriñadores, por momentos clavados en el interlocutor y por momentos perdida en el suelo la pensativa mirada; de ademán sereno, de decir sencillo y campechano con los giros propios del lenguaje pintoresco de nuestro hombre de campo, sin fanfarronerías, ni énfasis denunciadores de esfuerzo por hacer resaltar la posición extraordinaria que ocupaba. Su persona daba impresión de fuerza, de serenidad y de franqueza.

— La trompeadura fué regular — nos dijo — refiriéndose a la batalla recientemente librada. Nosotros, como éramos mayor número, presentábamos más blanco y tuvimos más bajas que el enemigo, pero le derrotamos. El C^{el} Galarza dice que se retira y rehuye el combate por falta de municiones y ¡miren! — exclamó, señalando con el brazo tendido cajas rotas y cartones esparcidos por el suelo — aquí mismo repartió ayer municiones a sus tropas.

Mientras hablaba un jinete armado de larga lanza que traía con descuido arrastrando el regatón en el pasto coronó la cuchilla y se acercó a nosotros. Uno de nuestros compañeros lo reconoció : era Germán Ponce de León, ayudante de Saravia.

También Ponce de León reconoció a los amigos del grupo, saludando primero que a nadie al médico de la expedición con un « ¡cómo está Dr. Navarro? »

Saravia, que no conocía a ninguno de nosotros, al oír nombrar al Dr. Navarro, levantó los ojos que tenía fijos en el suelo para descubrir quién respondía a ese nombre.

La conversación interrumpida por la llegada de Ponce de León se continuó. Saravia y el Dr. Navarro la mantenían casi exclusivamente.

Confirmó el caudillo lo dicho por el soldado. El día anterior había sido remitida a Melo la última carreta de heridos. Ni en las casas vecinas, ni mucho menos en el campo de batalla, encontraríamos ninguno. Le preguntamos si convendría enviar una expedición de socorro a Melo, pensando en solicitarla a la Junta C. de Auxilios, y él respondió que si bien su ejército tenía médicos y practicantes, los servicios de algunos más siempre serían convenientes.

El Dr. Navarro le ofreció material de curación y él aceptó agradecido, conviniéndose dejarlo depositado en la casa de Bacello.

Antes de despedirnos el Jefe revolucionario manifestó esperanza de dar alcance al Cel. Galarza y de un momento a otro ultimar su derrota. Demostramos temor de ser envueltos en la refriega quedando el convoy de heridos expuesto a las balas. Él nos tranquilizó prometiéndonos categóricamente impedir que tal cosa sucediese.

Se había realizado lo previsto por el Dr. Navarro, pero aunque no habíamos podido alcanzar a los heridos revolucionarios, él, y todos, nos despedimos de Saravia y subimos a los breacks satisfechos de habernos esforzado en cumplir nuestra misión ampliamente patentizando igual interés por los heridos de ambos ejércitos en lucha.

Iniciamos el regreso. A poco nuevamente Saravia nos salió al encuentro. Cortando campo habíasenos adelantado. Un tanto irritado nos preguntó si era cierto que los heridos Luis Ponce de León y Ramón Arocena y su médico, Dr. Morelli, habían sido hechos prisioneros, y obteniendo respuesta afirmativa disgustose vivamente, informándose si seríamos nosotros quienes los llevarían a Montevideo; a lo que el Dr. Navarro contestó no ser

tal cosa posible, por cuanto la Cruz Roja no conducía prisioneros.

Volvió Saravia a darnos toda clase de seguridades en caso de reiniciarse el combate como esperaba que sucedería de un momento a otro.

Nuevamente le dijimos adiós. Jamás volveríamos a verle. Le dejábamos en el pináculo de su gloria de caudillo, jefe de numeroso partido y de poderoso ejército que le idolatraba y en momentos en que sus parciales augurábanle a breve plazo el total triunfo. Mas su destino era otro. No demoraría muchos meses en ir también él tendido en una carreta con rumbo al norte — como todos los heridos de su ejército, — en medio de la estupefacción de sus soldados que le creían poco menos que invulnerable. Y no pararía hasta atravesar la frontera del Brasil; y no pararía hasta que el misterioso destino le hiciera encontrar el ignorado lecho de tierra en que había decretado durmiese su último sueño.

Hacia el sud.

Cuando a medio día llegamos a lo de Bacello, allí encontramos a nuestros compañeros enredados en los preparativos de la partida.

La tarea más pesada — que había sido nuestra en los días anteriores — la constituía la ubicación de los heridos en los vehículos. Muchos, faltos de espacio, no tenían en que ir; había que ubicarlos a toda costa.

Comenzamos a examinar vehículo por vehículo.

— Doctor — decíannos los heridos — (para ellos la insignia de la Cruz Roja certificaba el título) háganos el favor de sacar a alguno de nosotros de esta carreta; vamos muy apretados, nos lastimamos recíprocamente.

Uno oprimía con los pies el brazo roto del vecino; a otro era con la cabeza o con los codos que le dañaban la herida y todos, de antemano, quejábanse de los sufrimientos que deberían soportar cuando sus dolores fuesen exacerbados por sacudidas de vehículos con malos elásticos o sin elástico ninguno, en marcha por ásperos caminos.

Les aconsejábamos paciencia, mientras, mentalmente, buscábamos acomodos capaces de ganar espacio para colocar allí otro más, y, cuando al fin lo hallabámos y manifestábamos nuestro propósito, estallaban en protestas. Los calmábamos con palabras persuasivas y consoladoras: «Colocándolos como imaginamos — les decíamos — aún yendo mayor número, estarán más cómodos. Por otra parte deben ese sacrificio a sus compañeros de desgracia. Es imposible dejarles abandonados.»

Y comenzaba una tarea difícil. Entre cuatro enfermeros bajaban con colchón y todo a uno de los heridos a fin de dar espacio a las maniobras. A los otros, sin bajarlos, se les soliviaba y colocaba procurando que ocuparan el menor espacio posible, teniendo muy en cuenta el lugar de las heridas para evitar que se lastimaran unos a otros.

Y carreta por carreta y carro por carro fueron inspeccionados y los heridos removidos, y cuando no hubo posibilidad de más espacio, colocáronse camillas atravesadas, suspendidas y atadas en los bastidores de los vehículos. Más tarde la experiencia de la marcha de-

mostró ser necesario atar también los heridos a las improvisadas cuchetas; de otro modo corrían peligro de caer con los barquinazos.

Temiendo faltasen animales de tiro, porque eran escasos los que teníamos y mostrábanse transijados, convinimos con el Sr. Lacordell en la conveniencia de precavernos. En consecuencia, enviamos un chasque a Nico Pérez para que pasara un telegrama pidiendo a la Junta C. de Auxilios el envío urgente de cien caballos.

A las dos de la tarde el inmenso convoy se ponía pesadamente en marcha, con propósito de llegar en esa primera jornada a Puntas del Yí.

El Sr. Lacordell, primer jefe de la expedición, había dejado el coche por el caballo, y ambos, ora juntos, ora separados, visitábamos los heridos durante la marcha, atendiendo sus necesidades. En esta tarea como en las múltiples impuestas por la expedición, cooperaba eficazmente el primer capataz, quien, demostrando muy elevados sentimientos, nos había acompañado en otra expedición, lo mismo que parte del personal, adquiriendo experiencia que en aquella emergencia fué preciosa. Lamentamos no recordar el nombre de tan útil como modesto servidor que no figura en las crónicas de los diarios de la época. Prestó relevantes servicios. Deseamos haya sabido hacerlos valer para conseguir un merecido ascenso dentro del escalafón de empleados del Corralón Municipal.

La marcha hacía pesada; las carretas de bueyes obligaban a un andar lento. Además, tanto la boyada como la caballada demostraban cansancio.

Se convino acampar temprano a fin de aprovechar la luz del día en preparar la comida de tanta gente y caminar de noche.

Ordenose a un grupo de hombres vaqueanos adelantarse, comprar las reses necesarias y carnear.

Acampamos en una casa del paraje. El tiempo amenazaba tormenta aconsejando no perder tiempo.

Después de haber dado de comer a los heridos y atendido sus necesidades; después de haber hecho nosotros nuestra única comida del día ya casi de noche, nos fuimos a descansar un rato, mientras caballadas y boyadas hacían otro tanto.

A la una de la madrugada reiniciamos el viaje rumbo a Valentines donde a las siete de la mañana acampábamos.

Volvimos a cuidar de los heridos y darles como desayuno una taza de leche condensada, y conforme el personal churrasqueó y se relevaron los animales de tiro, la marcha fué continuada. Eran las once del miércoles veintinueve.

Pero formando parte de la expedición más de setenta vehículos de distintas clases y tamaños juntados al acaso, tirados por caballos, mulas y bueyes, la velocidad de cada uno era muy diferente : tardas las carretas de bueyes; rápidos los breacks y carros chicos. Esto originó el alargamiento de la columna expedicionaria que llegó a tener más de dos leguas de extensión y a tal punto distanciáronse al fin los vehículos entre sí, y tales obstáculos se opusieron a la marcha de algunos, que hubo tres días de diferencia en la llegada a su destino entre los primeros y los últimos.

A caballo, siempre de galope, nos era necesario andar y desandar cien veces el camino. Aquí había un carro con los caballo empacados, allá otro que los tenía cansados; éste había reventado un tiro del viejo arnés; aquél mostraba una rueda tan floja que amenazaba desprenderse; al de más allá se le había quebrado el eje. Precisábase atenderlo todo y todo improvisar.

De esta manera los coches del médico y practicantes iban delante; seguíanlo de cerca los carros que dis-

ponían de mejores caballos; se retardaban, o paraban del todo, los que venían en peores condiciones o les sucedía cualquier percance; y, finalmente, rematando la larga caravana, lentamente marchaban las carretas de bueyes enfilados, rendidos ya por el cansancio.

Dentro de la fatal confusión, aumentada por las marchas nocturnas, esta retaguardia de rengos y mancos exigía continuada atención ¡Era tan fácil quedar un carro o carreta abandonado en el camino! Piénsese que el numeroso personal era formado al acaso. No conocíamos ni los nombres de los que lo constituían ni uníalo ninguna disciplina.

Tres amenazas cerníanse sobre la expedición : el tiempo que presagiaba lluvia; la Sierra de Sosa que se levantaba alta y áspera oponiéndose a la llegada a Nico Pérez, y el marcado cansancio de los animales de tiro, a los que aguardaba el esfuerzo de la subida.

Nuestra esperanza se cifraba en la caballada pedida con urgencia a Montevideo, pero no llegaba.

El tiempo pasó de las amenazas a los hechos : comenzó a caer un agua fina que tornaba el camino cada vez más pesado. Éste serpenteaba y comenzaba a levantar su arqueado lomo : la Sierra de Sosa iniciábase ya.

No disponíamos de relevos. Los animales que venían sueltos estaban transidos : eran los ya desprendidos de los carros por cansados. Resolvimos con el Sr. Lacordell hacer un alto de media hora para que recuperaran fuerzas. Mientras tanto los breacks del Dr. Navarro y los practicantes hacía ya horas que habían desaparecido en dirección de Nico Pérez.

En procura de caballos.

Mirábamos continuamente el camino en la esperanza de ver venir la caballada de Montevideo; único recurso susceptible de sacarnos de tan crítica situación. Tenía tiempo de haber llegado — nos decíamos — Sus arreadores, poco baqueanos; ¿no se habrán extraviado? Estos, hombres de poca iniciativa, ¿no estarán en Nico Pérez a la espera de nuestras órdenes?

Acordose mandar a alguien en su busca.

Allí donde y como estábamos no había otra cosa que hacer que esperar para ver si con un rato de descanso los animales recuperaban fuerzas... para perderlas fatalmente pocos pasos más adelante.

La espera en tales circunstancias era contraria a nuestro temperamento. Por otra parte, nos acordamos de la sentencia : « Quien quiere va, quien no quiere manda ». Éranos de todo punto indispensable conseguir caballos; si no fueran los nuestros deberían ser otros.

En consecuencia resolvimos ir nosotros mismos a Nico Pérez y aunque no éramos baqueanos, creímos que nos sería fácil hacer las cinco o seis leguas guiados por el camino.

Nos despedimos del Sr. Lacordell y partimos de galope.

A medida que trepábamos, el camino de la sierra se perdía en sendas que viboreaban en todas direcciones desviando grandes piedras y matorrales.

Un cielo de color gris, uniforme, dejaba caer una lluvia menuda impidiendo descubrir cual era la posición del sol y orientarse sobre los puntos cardinales y el rumbo. Entre tantas sendas, guiados por signos vagos que no nos daban certidumbre, elegimos una que poco después se bifurcaba dejándonos perplejos. Mientras tanto, un atardecer de invierno que la tormenta apuraba contribuyendo a darle sombra, quitábanos la esperanza de llegar pronto a nuestro destino.

Poco después fué ya noche, noche oscurísima y nosotros quedamos reducidos a un punto invisible, perdido en la quietud negra de la sierra.

Seguimos dando vueltas, tropezando con piedras, matorrales y cien obstáculos, procurando siempre mantener un rumbo fijado más por el instinto que por la deducción, acongojados por la zozobra del casi seguro completo extravío que tan graves consecuencias podría acarrear a la expedición al privarla de la ayuda que buscábamos.

Sin embargo no estábamos tan perdidos por cuanto tropezamos con un carro de heridos. Éste, como tantos otros vehículos del convoy, no tenía toldo y los heridos soportaban las inclemencias del tiempo defendidos sólo por cobertores o ponchos.

Estaban desesperados. Al reconocernos, respondiendo a nuestro interrogatorio, en coro sollozante hicieron sus protestas. Nos dirigían inculpaciones y lamentaban su suerte desgraciada : « Hacía dos horas que los extenuados caballos se habían negado a continuar trepando la áspera sierra y no dieron un paso más. » « ¿Nos habíamos hecho cargo de ellos para abandonarlos en medio de la oscuridad de la noche expuestos al frío y a la lluvia después de todo un día en que no se les había dado más alimento que una taza de leche por la mañana, como si no tuviesen bastante con el dolor de sus heridas »?

« ¿Los condenábamos a morir como perros sarnosos, abandonados por todos? ¡Más les hubiera valido haber quedado con el ejército; sus compañeros no los habrían dejado jamás en el desamparo que los tenía la Cruz Roja! »

— ¿Y el conductor del carro dónde está? — les preguntamos.

— Ese sinvergüenza, sin preocuparse para nada de nosotros, duerme a pierna suelta protegido de la lluvia bajo el techo formado por el carro y nuestros cuerpos.

Sus quejas nos llegaban a lo más hondo del alma. Dolíanos nuestra impotencia para sacarles prontamente de la angustiosa situación en que se hallaban. Mentalmente pedíamos al Cielo que nos ayudase, inspirándonos una idea salvadora que resolviese la situación angustiosa de aquellos infelices.

Procuramos reanimarles y darles esperanzas con buenas palabras. No estaban abandonados ni lo estarían nunca. La Cruz Roja se esforzaba por resolver el conflicto que el cansancio de los animales había creado, agravado por la ascensión de la sierra, el mal tiempo y la obscuridad de la noche. Por nuestra parte andábamos en busca de una caballada enviada desde Montevideo. No demoraría en estar allí permitiendo reiniciar la marcha y llegar pronto a Nico Pérez.

Les reprochamos la injusticia de acusar al conductor. Éste venía transido de fatiga y de sueño. Durante tres días y tres noches, casi sin interrupción, trabajaba para ellos y era lógico que descansara y durmiera cuando velando nada mejoraría la situación del momento.

Y enjugando lágrimas de desesperación arrancadas por un sentimiento de compasión impotente, lágrimas que la falta de luz les impidió ver brillar en nuestros ojos, les prometimos, sin mayor confianza, estar pronto de vuelta y reiniciamos la marcha por el camino enloda-

zado por golpes de lluvia intermitentes, iluminado a intervalos por la claridad enceguecedora de los relámpagos. Cada fulgor nos clavaba en la retina la visión iluminada de la sierra, dejándonos sumido en más grande y negra obscuridad. Llevándola grabada, enceguecedera, seguíamos el camino envueltos en tinieblas, hasta que un nuevo relámpago rompía el envolvente misterio y otra vez mostraba la dormida tierra.

Caminamos, así, entre tinieblas, dudas y relámpagos, durante un cuarto de hora, cuando de pronto nos pareció oír lejano ruido de gentes a caballo.

Requisitorios al C^{el} Ortiz.

Detuvimos la montura y pusimos oído atento. No había duda, se oía cada vez con mayor claridad el golpear de los cascos en las piedras y el chocar de los sables envainados. A intervalos, viniendo de más lejos, percibíanse relinchos de caballos.

¿Quiénes serían? Fuerzas en armas, sin duda, pero ¿del gobierno o de la revolución?

La obscuridad — pensamos — propiciando confusiones, exponíanos a ser tomados por espías. Si fuesen gentes del gobierno, como era presumible, nuestra gorra blanca podría parecerles una divisa enemiga, dando lugar a que sin mayores averiguaciones hicieran de ella el punto de mira de sus fusiles.

Resolvimos esperar y anunciarnos antes de ser descubiertos.

Se acercaban. Cuando guiados por el sonido juzgamos que sólo nos separaban cuarenta o cincuenta metros dimos con voz fuerte la voz de ¡alto!

¡Alto! ¡Alto! ¡Alto!.....repitieron como un eco que se aleja y se pierde las voces de los soldados.

Al ruido de los cascos de los caballos y del chocar de las armas sucedió el silencio. De inmediato se destacó un grupo en reconocimiento.

Nos explicamos con el oficial, dándole la razón de nuestra presencia. A nuestra vez inquirimos. Ellos venían de Nico Pérez enviados desde Montevideo a reforzar al Cel Galarza. Pertenecían al 6º. de Caballería y los comandaba el Cnel. Ortiz. El oficial y su gente formaban las avanzadas y en aquel momento buscaban un punto aparente para acampar.

No supo dar noticias de las caballadas en cuya búsqueda andábamos.

Seguimos con la tropa de soldados, resueltos a pedir ayuda al Cnel. Ortiz, a cuya presencia solicitamos ser llevados.

— Ya vamos a acampar — dijo el oficial — y después lo presentaré al Coronel —

A poco, en efecto, la tropa acampó y fuimos llevados a presencia del Cnel Ortiz. A una presencia relativa, porque nuestra conversación tuvo lugar en la más completa obscuridad sin que recíprocamente percibiéramos uno sólo de nuestros gestos.

El Cnel. Ortiz comenzó negándose rotundamente a nuestro pedido. Él, — nos decía — no podía distraer gente y caballos como le solicitábamos. Era de noche y acababa de llegar a un lugar desconocido propicio a emboscadas; Saravia podría procurar sorprenderle y caer sobre él de improviso. Debía estar preparado a todo evento.

No es que temiera a Saravia, con quien ya había

peleado en varias ocasiones, pero debía ser precavido, debía procurar por todos los medios, llegar entero, con el total de sus gentes y recursos a reforzar al Cnel. Galarza como se le había ordenado. Era su deber de buen militar.

Argumentámosle que si tenía deberes para con sus soldados y los de Galarza, los más perentorios correspondían a esos mismos soldados cuando estaban heridos. Muchos de los traídos por nosotros — le dijimos — venían en vehículos sin techo ni toldo, soportando las inclemencias del tiempo. Por ellos habíamos hecho cuanto nos era posible. Nuestra responsabilidad quedaba, pues, a salvo y comenzaba la suya. Estábamos abocados a un desastre. Si arreciaba la lluvia podrían amanecer varios heridos muertos en los carros y la salud de todos resultaría enormemente perjudicada. De ello debería dar cuenta a sus superiores y al país por haberlos abandonado pudiendo socorrerlos.

Nuestros razonamientos hicieron mella en el ánimo del coronel : prometió dar caballos; ¡soldados no! la prudencia se lo impedía. Mandaría en busca del oficial encargado de las caballadas acampado a alguna distancia a retaguardia.

Más tranquilos ya, nos acercamos a un fogón recientemente encendido que brillaba a unas dos cuadras de distancia de la tienda del coronel.

Allí, entre los que lo rodeaban, tuvimos la agradable sorpresa de encontrar a un amigo, el oficial Francisco Salarí, — hoy Director de la Oficina de Trabajo del Dpto. de Cerro Largo — por quien fuimos obsequiados con un jarrito de café caliente acompañado de galleta que vino de perlas para nosotros que soportábamos frío y agua desde la mañana sin probar bocado.

No pudiendo sufrir quietos una espera prolongada de manera afligente, montamos a caballo para salir al camino y enterarnos si había pasado la caballada tan

ansiosamente aguardada. A poco andar, dimos con otro carro de heridos en iguales circunstancias que el anterior.

Volvió a repetirse idéntica escena de ayes, quejas e inculpaciones. Dímosles esperanzas de sacarlos pronto de aquellas penurias.

La caballada esperada no había pasado por allí. ¿No habrá seguido otra senda de la Sierra — nos preguntamos — desencontrándose con nosotros, pero llegando donde quedara acampado por la tarde el Sr. Lacordell ?

Los caballos prometidos por el Cnel. Ortiz resolvían la dificultad sólo a medias. Siendo caballos de silla, no podrían prenderse a los carros. Servirían únicamente como cuarteadores, tirando a la cincha, pero para esto se necesitaba un jinete para cada caballo. Era indispensable obtenerlos, haciendo cambiar de resolución al Cnel. Ortiz.

Le solicitamos una nueva entrevista. Volvió el coronel a repetir hasta el cansancio las razones ya aducidas en su negativa y nosotros las nuestras apoyadas en argumentaciones sobre los deberes de humanidad y particularmente del soldado sano para con el caído.

El préstamo de los caballos a secas era un servicio a medias de quien debía y podía prestarlo completo. No sacándonos de las dificultades en que nos hallábamos, incurría en falta dejando en pie todas las responsabilidades anteriormente apuntadas. De esto hicimos el punto capital de nuestro razonamiento y se lo subrayamos.

Mendigo porfiado saca mendrugo. La insistencia fué recompensada por la promesa de prestarnos quince hombres. Órdenes pertinentes movieron de inmediato a un ayudante, y tras nueva espera, al fin hombres y caballos fueron puestos a nuestra disposición.

Radiantes de alegría apretamos la mano del coronel cuya fisonomía no podíamos ver y montamos a caballo.

Era media noche en punto. Hacía por lo menos tres horas que habíamos tropezado con las fuerzas gubernistas.

Nuestro primer cuidado fué los dos carros de heridos. ¡Qué satisfacción cuando, uno primero y otro después, los vimos partir ayudados por tres cuarteadores y un guía! Esta gente tenía orden de cuartear hasta lo alto de la sierra y desengachar cuando comenzara el descenso, volviendo sobre sus pasos a reunirse con nosotros. Los demás nos pusimos en camino en busca del campamento de expedicionarios. Desandábamos el trayecto recorrido en la tarde anterior.

No habíamos recorrido mucho trecho y dábamos de manos a boca con el Sr. Lacordell acompañado de varias personas que formaban parte de la expedición. Subían la sierra que nosotros bajábamos.

— ¡Vd. por aquí? — nos dijo muy sorprendido del encuentro — Creía que estaba en Nico Pérez descansando. Yo, con esta gente nuestra, nos vamos para allá; ya no podemos soportar más la fatiga y el sueño acumulado en tantas noches de vigilia. Véngase con nosotros; mañana, con la luz del día, regresaremos. Ahora es imposible hacer nada.

— ¡Nada? ¡Tal vez se equivoque! Y le mostramos los caballos y los hombres que llevábamos. Admiróse. Explicado como habían sido conseguidos y como pensábamos utilizarlos, en vez de ir a Nico Pérez resolvió acompañarnos al campamento.

Felizmente hacía buen rato que la lluvia había cesado. La noche manteníase muy oscura. De vez en vez, relámpagos, en temblorosos fulgores, iluminaban un cielo de negros nubarrones, sacando de la nada de las tinieblas la visión de los campos dormidos.

Hallazgo de bueyes.

¡Pero la suerte se había puesto de nuestro lado! Uno de esos relámpagos permitió ver a cuatro o cinco cuabras de la estrada una tropa de carretas deshuncidas enfiladas.

Quien tiene carretas tiene bueyes — pensamos — recordando que los nuestros se negaban a dar un paso más.

— Sigan la marcha al campamento — dijimos a los compañeros — los alcanzaremos de aquí a poco.

Y sin comunicar razones, los dejamos y nos pusimos a andar en dirección de las carretas.

El silencio era tan grande como la obscuridad. Las alcanzamos.

— ¡Oh del patrón! — gritamos golpeando al mismo tiempo con el mango del rebenque el techo de una carreta cuyo zinc retumbó sonoro.

No obtuvimos más respuesta que los ladridos desaforados de un cuzco que dormía dentro de una de ellas. Volvimos a llamar y al fin nos respondió una voz medrosa.

— ¡Ha visto Vd. — dijimos al patrón carrero cuando muy asustado, respondiendo al llamado, vino a hablar-nos — unas cuantas carretas que esta tarde acamparon como a una legua de aquí?

— No señor, no las he visto, pero sé que hay.

— ¡Y sabe qué cosa conducen?

— No señor, no sé.

— Conducen heridos de la guerra, heridos que si Vd. no me presta sus bueyes morirán ahí, porque los nuestros están cansados y no pueden caminar más.

— Señor Oficial — replicó tomándonos por militar — pero Vds. no debían haber carneado dos de mis bueyes, ni dado de rebencazos a mi peón por querer impedirlo. Yo, a fin de evitar que los mataran, los extravié en la sierra para que se salvaran ellos mismos disparando y ahora no sé donde están.

— Yo no soy militar ni le he carneado ningún buey. Pertenezco a la Cruz Roja. Nuestro fin no es matar gente, sino curarla y Vd. tiene el deber de ayudarnos. Vd. no extravió en la sierra los bueyes para que se salvaran disparando, como dice, Vd. los escondió y sabe muy bien donde están. Conozco perfectamente esas cosas. Si Vd. no me los quiere dar a las buenas, se los tomaremos por fuerza. En cambio, si me los presta, le haremos recompensar bien y ganará más por ir de aquí a Nico Pérez estando mañana de regreso, que haciendo un viaje con carga hasta Melo.

— Muy bien, señor, pero yo no tengo caballos ahora.

— Eso es lo de menos; caballos y personal para ir en busca de los bueyes tendrá Vd. dentro de diez minutos.

Nos separamos. El corazón nos saltaba de alegría. Tan rapidamente como la obscuridad lo permitió nos reunimos con nuestra gente.

La alcanzamos ya en el campamento. Acurrucados en derredor de los fogones, algunos hombres mateaban, otros, rendidos por el cansancio, dormitaban.

Mandamos cuatro hombres en busca de los bueyes de refresco. Entreteniendo la espera nos pusimos a visitar los heridos, enterándonos de sus necesidades. ¡Con qué indignación supimos que desde la mañana, después de su pobre desayuno de leche condensada y galleta, no probaban bocado!

Por falta de tiempo no había sido. A las cuatro de la tarde ya estaba el convoy acampado en aquel sitio y eran las dos de la madrugada. ¿Que no estaban allí, por haberse ido a Nico Pérez, los carros con los alimentos y vajillas? Convenido, pero del techo de las carretas pendían varias medias reses de oveja sobrantes de la última carneada que por previsión habíamos hecho guardar. Indudablemente, no era un personal en que pudiera confiarse. Carente de la más elemental iniciativa, la orden directa era lo único capaz de moverlo.

Hicimos asar y repartir la carne. Mientras tanto llegó la boyada excelente y numerosa. Estaba gorda y bien descansada y alcanzó para todas las carretas.

Una vez uncidas fuimos al fogón en busca del Sr. Lacordell proponiéndole irse a Nico Pérez con esas carretas de heridos; nosotros quedaríamos hasta poder hacer lo mismo con el último carro.

Y fuertes y seguros partieron los bueyes arrastrando la liviana carga como a una pluma.

¿Quién era, cómo se llamaba aquel dueño o capataz de carretas que nos prestó tan señalado servicio? ¿Fué éste retribuido como le prometimos? No habiendo visto más al Sr. Lacordell en aquella ocasión no pudimos preguntárselo, y cuando tiempo después le encontramos en Montevideo, no nos acordamos del asunto. Ni siquiera sabemos si le advertimos del compromiso que habíamos contraído.

La tarea con los carros era más engorrosa. Debería sacarse uno a uno a la cincha de tres caballos montados, subir la sierra y cuando ésta comenzara el descenso, desengachar y volver con los cuarteadores para hacer la misma operación con otro carro quedado más a retaguardia, más lejos, siempre más lejos y con caballos en peor estado, hasta dar con el último. Era cuestión de andar y desandar infinidad de veces el mismo camino.

Y subiendo y bajando la sierra pasó el resto de la madrugada y nos sorprendió el alba, y subiendo y bajando se pasó casi todo el día.

Para que algunos de los carros pudieran seguir viaje debimos pedir en las estancias vecinas que nos ayudaran a corregir los desperfectos que habían sufrido.

Partido el último, resolvimos hacer un par de leguas hacia atrás a fin de ganar nuestra tranquilidad asegurándonos de que era realmente el último.

Los heridos parten en el tren de Nico Pérez a Montevideo.

Esa noche dormimos entre sábanas en el hotel de Nico Pérez. Las anteriores pasadas en vela, eran promesa de sueño profundo y reparador, promesa no cumplida. El sistema nervioso enfermo, sentía hondamente las consecuencias de la tensión a que los acontecimientos de aquellos días lo sometiera. Él había decuplicado nuestras fuerzas manteniéndonos siempre despiertos y alerta, pero ahora soportábamos las consecuencias. Los nervios, en lugar de abandonarse al reposo y descansar en sueño sosegado, se mantenían sobrexitados.

Amaneció el viernes 1º de Julio. El jefe de la estación del Ferro-Carril nos enteró de que el miércoles 29, a las cuatro p. m., habían llegado a Nico Pérez los primeros expedicionarios, dándoles mucho trabajo el transporte de los heridos desde los carros a los vagones del Ferro-

Carril. A las diez de la noche había partido el primer expreso conduciendo 230 heridos a cargo de los practicantes Dighiero, Simeto y Vázquez Barriére.

El 2º. tren expreso con 90 heridos, había salido a las diez de la mañana del Jueves. Iban en este tren el Dr. Navarro, el Sr. Lacordell, su secretario Gibbs y los practicantes Schiaffino, Lorient, Nogueira, Birabén, Thevenin, y Sanguinetti.

El Viernes 1º. de Julio llegábamos nosotros a Montevideo en el tren ordinario. La Estación Central después de la gran aglomeración a que dió lugar la llegada de los expresos de los días anteriores, estaba vacía y silenciosa, como acostumbraba en aquella época luctuosa.

Acompañamos los heridos hasta el Hospital Maciel, recomendando se les pasara a la sala del Dr. Navarro.

Fué ese el punto final de la Expedición de Auxilios a los heridos de Tupambaé.

Más tarde el Dr. Navarro nos contó que cuando con los practicantes que le acompañaban en su breack llegó a Valentines, faltó, como toda la expedición, de elemento de movilidad, había criticado en voz alta a la Junta C. de Auxilios; y que el mayor Iribar, oyéndolo, lo condujo ante el Cºl Vergara, que con su División había llegado a aquel lugar. El coronel dió orden de que los mejores caballos que poseían fuesen dados a la expedición sanitaria. Desgraciadamente, como eran caballos de silla y estaban transidos, de poco o nada sirvieron.

Fué entonces que él y los practicantes que lo acompañaban, decidieron ir a pie a Nico-Pérez atravesando la Sierra de Sosa, y nada expertos, creyendo acortar el trayecto cortando en línea recta abandonaron el camino nacional. Las peripecias de la travesía que duró de las 7 a. m. a las 9 de la noche, hora en que llegaron a una casa de los suburbios del pueblo, hizo que la bautizaran con el nombre de la « noche triste ».

Renuncia de honores.

Pocos días después de nuestro regreso de Tupambaé, teníamos madurada una decisión meditada de tiempo atrás : la de abandonar el país.

Nos era necesario trabajar, crearnos una posición desahogada. A causa de la salud, el médico ordenábanos la vida de campo. A la guerra no se le veía fin y ella hacía imposible emprender cualquier negocio rural.

Un artículo de diario tejiendo alabanzas a los rápidos progresos de la República del Paraguay llamó nuestra atención sobre aquel país. Procuramos informarnos y nos dijeron que Dn. Pedro Risso, dados los importantes negocios que tenía en él, sería quién mejor podría aconsejarnos.

El Dr. José Pedro Ramírez, bondadoso y servicial, dió una eficaz carta de presentación y recomendación para Dn. Pedro Risso, su amigo; y éste, después de leerla, en lugar de los informes solicitados, considerando ser más eficaz juzgar por los propios ojos, puso generosamente a nuestra disposición sus barcos « Quebracho » y « Braga ». Uno u otro todos los meses hacían un viaje al Saladero de Apa-cué.

Enterados los hermanos Antonio, Manuel y Enrique Lussich de nuestros proyectos, nos ofrecieron en arrendamiento, gratuito al principio para fijarlo nosotros después, un campo de su propiedad situado en el Departamento de Villa Concepción. Comprado en remate pú-

blico efectuado en la puerta de la Bolsa de Comercio de Montevideo, no lo conocían ni habían podido arrendarlo e ignoraban su valor y la mejor forma de explotarlo, aunque creían que era apto para la cría de ganado.

La idea de trabajar en el Paraguay encontraba por todos lados facilidades de realización. No precisábamos más para decidírnos.

Algo nos empujaba aún con mayor fuerza que el deseo de hacer fortuna.

Las emociones hondas, las imágenes grabadas profundamente por las apasionadas lecturas infantiles y juveniles de las aventuras de Robinson Croussoe, las de los célebres exploradores Livingstone y Stanley en Africa y la de los héroes de Gustavo Aymard, Julio Verne y Capitán Mayne Red, archivadas en la subconciencia, tenían ansia de realización.

Las cuatro expediciones en que habíamos tomado parte les sirvieron de acicate.

Presentamos al Presidente, Dr. Figari, renuncia del cargo que ocupábamos en una de las Sub-Comisiones de la Junta C. de Auxilios, — a cuyas reuniones, dicho sea de paso, — casi nunca asistimos.

Él, y algunos miembros de la Directiva, procuraron disuadirnos declarándonos en frases que demostraban su bondad a nuestro respecto, que estaba resuelto, a pesar de nuestra juventud, nombrársenos jefe de la primera expedición que saliese a campaña.

Les agradecemos sin desistir de nuestro propósito, añadiendo lo que ya habíamos manifestado en otras oportunidades: nunca habíamos hecho, ni hacíamos ahora, cuestión de puestos; el más modesto nos convino siempre. Queríamos, sí, ser útiles, creíamos haberlo sido y estábamos satisfechos.

Cortada esta última amarra, quedamos listos para

emprender viaje e iniciar una nueva etapa de nuestra vida, en la que extraordinarias circunstancias iban a permitirnos ver satisfechos buena parte de nuestros anhelos de aventura.

Un Año en el Paraguay

La partida.

Nacer es comenzar a morir. Cada segundo de tiempo roba a la vida una partícula, la destruye y arroja sus restos a un osario : el Pasado.

El Ayer, es tan solo la parte del ser ya hundida en ese pasado; es lo que fué y no es más, es lo ya muerto.

La presencia ininterrumpida del individuo en el escenario donde se desarrolló su existencia, infunde vida aparente a esos días que fueron, por que él es el alma y su presencia los anima. Al irse, la ilusión se debilita y momentánea percepción de la verdad acongoja. ¿Qué deja el viajero al abandonar la patria sino la tumba solitaria de los años vividos?

Si su presencia les prestaba ilusión de vida, al alejarse, el silencio y la soledad muéstranle objetivamente que lo que queda es apenas un montón de cenizas apagadas a las que sólo animaba el recuerdo que con él se va.

Por eso es tan triste irse y dejar la patria.

Pero el Porvenir, que es promesa de realización de todos los ensueños, dice al viajero : en breve alcanzarás con la mano el cielo de tus ilusiones.

Y éste, si al volver la cabeza constata que deja una tumba, mirando hacia adelante ve brillar una estrella.

Entre estos dos polos gravita el alma del viajero en el momento de la partida. No sabe si ríe o si llora.

Pero si el pasado es la muerte, la muerte trae el olvido, y con él queda mas puro el cielo donde brilla la ilusión. ¡Y el viajero vá.... vá.... camina siempre guiado por la luz de su estrella!....

En los ríos.

El « Quebracho » llevaba consigo un viajero que al dejar Montevideo sentía confusamente bullir dentro de sí esos estados emocionales; pero a medida que la distancia y el tiempo fué haciendo de su ciudad natal una entidad con sólo vida subjetiva, el presente y el futuro acrecieron su fuerza de atracción y por entero le absorbieron.

Fuí todo ojos que contemplaron con ansias de ver lejos y hondo, aprovisionándose de bellezas robadas al mar, a los ríos, a las islas, a la tierra, a los bosques, al sol, al cielo y a las estrellas.

Despaciosamente debíamos remontar los ríos Paraná y Paraguay. Nuestro barco no era uno solo, sinó tres. Dos patachos cargados de sal, « El Esteban » y « El Estrella », habían sido sólidamente amarrados al « Quebracho » guardándolo en medio. Formaban un conjunto extraño que tenía el lento andar de un inmenso quelenio.

Aunque vapor de carga, el nuestro poseía cómodos camarotes y alegre salón de popa. De uno y otros fuimos dueños el Capitán Juan Pombo y yo.

Pombo era un mocetón rubio y fuerte. Su excelente carácter hacía de él un buen capitán y el más agradable compañero de viaje.

De nuestras comidas y tertulias participaba el 1^{er}. maquinista, inglés acriollado, de pelo y bigotes negros. Nada en él dejaba sospechar al hijo de la rubia Albión.

El pesado navegar de los tres barcos ligados en estrecho abrazo dió motivo a que por algunos días más viéramos aparecer y ocultarse el sol en las aguas de los grandes ríos o detrás de los montes de las orillas.

De las dos caudalosas arterias fluviales sudamericanas que serían ruta y camino nuestro, la primera en aparecer al dejar el Plata, fué el Paraná, por una de las bocas que lo desangran en el inmenso estuario, entre islas bajas cubiertas de montes verdes.

Pasadas las angosturas del delta, caímos por entero dentro del gran río. Nos pareció un mar, tan grande es.

Las orillas no se perciben o se perciben confusamente siguiendo inmutables la línea del horizonte. Ni la más ligera elevación del suelo, rompe la monotonía de la eterna horizontal. Tampoco un árbol arrogante. En las orillas distantes sólo crecen juncos y espadañas.

Pero el agua contempla el cielo y lo refleja, y el cielo es el divino cielo de esta parte de América. Y uno creando belleza y otro multiplicándola en espejismos, son suficientes, por sí solos, para llenar de ella el mundo entero. Con el nacimiento y la muerte del sol, el cielo se desgarrá y sangra una sangre que al correr toma del rojo mil tonalidades cromáticas. De ella se embeben las nubes que el viento empuja en copos flotantes. Estos, se queman en llamaradas en un borde, derraman oro derretido por otro, se desangran, desmayan revolviéndose en sí mismos,

y, en el centro, faltos de oxígeno, un humo negro, espeso y pesado, remolinea lento y se arrastra con los movimientos ondulados de las inmensas boas de los bosques.

Después viene la luz radiante del medio día y más tarde las tinieblas de la noche. Aparecen las estrellas, aparece la luna, sol noctámbulo, sol pálido y triste que llena el espacio de melancolía.

Ella mira al río y a la tierra hoy, como hace miles de años, serenamente, dulcemente, pero sin fuerzas, como si estuviera agonizando. De cuando en cuando parpadea lentamente al pasaje de una nube.

Su mirar evoca los recuerdos. Es dulce, pero penetrante. Entra en el alma y escruta la conciencia. No hay secreto que no descubra, pero es discreta y calla. Calla todo lo que ve y todo lo que vió.

Y vió al primer hombre desnudo en la tierra, y vió a Jesús agonizando en el leño de la cruz y nos ve ahora a nosotros.... pero calla, aunque nosotros, cuando la descubrimos en las noches silenciosas, le hablemos mostrándole como sangra el corazón.

Las noches fueron deliciosas durante todo el tiempo que remontamos el curso majestuoso de los ríos.

Ya propiciando los meditativos soliloquios, ya insinuando las confidencias, la luna, bañando en plata las aguas mansas, nos convidaba siempre a dejarnos estar sobre cubierta. A medida que nuestra marcha lenta nos aproximaba a los trópicos, acreció sus atractivos. Parecía aumentar su brillo y la brisa gradualmente entibiada, daba la impresión de ser su suave aliento.

El sol también aumentaba su luz y su calor. Una primavera cada vez más acentuada salía a nuestro encuentro de entre las curvas de los ríos.

Un día el color del agua cambió. Púsose más azul y cristalina. El río se estrechó y las orillas eleváronse en altos barrancos. Ya no fué necesario sondearlo en ciertos

parajes en busca de un canal cambiante por los continuos arrastres de arena. Las islas que encontrábamos eran « fijas » y no, como las anteriores, formadas por esas arenas de duración efímera, que hoy están y mañana no. Comprobábalo una vegetación isleña frondosa, de árboles añosos, en todo semejantes a los de las márgenes.

Es que habíamos dejado el Paraná en el momento de hacer un recodo hacia el Este y entrábamos en el Paraguay, su principal afluente, conservando siempre nuestra ruta al norte.

Este río camina derecho de arriba abajo, es decir, de norte a sur, y de tan lejos trae sus aguas que va a disputárselas al Amazonas casi sobre la línea ecuatorial.

Al observar las fundamentales diferencias que distinguen al río Paraná del Paraguay, se tiene la impresión de que uno y otro fueron forjadores del suelo donde abrieron su cauce empleando para ello ciencia y materiales distintos. Al entrar al río Paraguay las costas ya no son siempre bajas y llenas de espadañas y de juncos. Tampoco el río tiene aquella anchura inmensa a semejanza de mar sin olas. Las barrancas de la margen izquierda fueron talladas a pico y tienen varios metros de altura. El suelo que lo bordea se levanta en verdes colinas de tierra roja oculta por tapiz de pasto con guardas de bosque. Su color rojo sólo es visible en los barrancos y en los caminos.

Con el cambio de aspecto la tierra cambia de nacionalidad : deja de ser argentina para ser paraguaya.

Los nombres de los lugares que salen a nuestro encuentro, suenan a epopeya. Las curvas del río evocan páginas de homérica historia, escrita con sangre de cuatro naciones. El barco en su marcha las hojea. Leemos los títulos de los principales capítulos : Riachuelo, Paso de la Patria, Estero Bellaco, Tuyutí, Boquerón, Curuzú, Curupaití, Humaitá, Villeta, Lomas Valentinas, Pirabe-

buy, Caraguatí y Aquídaban, río éste en cuya margen epilogó la gran tragedia. .

Contemplando, admirando, recordando, leyendo y conversando pasaron los días, hasta que en uno de ellos nuestros barcos anclaron en el pintoresco puerto de la Asunción.

Asunción.

Esta capital, muy bien situada sobre alta barranca, era entonces una ciudad agradable, de casas bajas y de calles no muy bien pavimentadas. Se enorgullecía de algunas anchas y cuidadas con pretenciones de avenida, y en ellas amontonábanse las más importantes casas comerciales.

Las costumbres de las gentes llamaron mi atención. En la calle, descontados los pudientes, la mayoría, hombres y mujeres, iban descalzos, y de esta regla no eran excepción los cocheros y guardas de tranvías.

Las mujeres del pueblo usaban avoladadas faldas de color sobre anchas enaguas acartonadas por el almidón y la plancha, que les daban aspecto de llevar miriñaque. La cabeza y el busto cubríanlo con un manto siempre blanco : el tipoy.

Caminaban con gracia, con elegancia. El cuerpo bien erguido parecía deslizarse silenciosa, majestuosamente. Tenían un no se qué en el andar que no había visto en mujeres de ninguna otra parte.

Intrigado observé, sin poder, al principio, dar con la

clave del enigma, descubierta al fin, cuando en mi paseo fui encontrando mujeres ocupadas en compras mañaneras. La que venía del almacén con una caja de fósforos o una botella llena de cualquier cosa, traía la caja o la botella en equilibrio sobre la cabeza, mientras las manos libres balanceábanse acompasadas y perezosas. Este equilibrio obligaba a evitar todo movimiento brusco, a no inclinar ni el busto ni la cabeza, a usar sólo de movimientos acompasados y ondulantes.

Tal gimnasia iniciada desde la infancia, dábales aquel andar maravilloso, aquel deslizarse, aquel rodar sobre las rueditas de los silenciosos piés descalzos ocultos por las anchas faldas. En cambio las enaguas, planchadas duras, hacían lo que podría llamarse el « fru-frú del almidón ». Se oía de lejos y seguro estoy de que su susurrar era motivo de presuntuoso orgullo.

En mi rápido pasaje por la capital paraguaya lo que ví de más típico en las costumbres de aquel simpático pueblo, fué el mercado. Una amplia plazoleta formaba parte de él. Allí iban llegando pequeños burritos lobunos, poco más grandes que un perro de terranova, cargados de los variados productos de la huerta tropical. Arreábanlos mujeres envueltas en blancos tipoy, y algunas, más comodonas, sin tener en cuenta la pequeñez de la cabalgadura, venían sentadas detrás de las verduras en las ancas de los pacientes pollinos.

Dejábanlos en un rincón de la plazoleta junto a un centenar de compañeros y poniendo las legumbres y las frutas tendidas sobre esteras o dentro de canastas. comenzaba la oferta en lengua guaraní a la clientela pululante.

La vista de aquellas mujeres con su manto y su burrito tenía el encanto de evocar viejos recuerdos de estampas y cuadros del pueblo de Jerusalém. Allí también había mujeres con manto y había burritos.

Pero al entrar en el edificio del mercado ¡adiós encanto!

El manto, el poético tipoy, que visto de cerca en muchos casos no era otra cosa que la sábana de la cama no siempre limpia, había caído para dejar descubierta la camisa, el escote y los brazos desnudos. Estos podían ser más o menos bien torneados, pero la sangre ennegrecida de las reses para la venta que colgaban de los ganchos los ensuciaba hasta los codos y terminaban en una mano ensangrentada que empuñaba un cuchillo grande a dar miedo. En las bocas, muchas veces graciosas, era infaltable un grueso cigarro de hoja.

No todos los puestos eran de carnicería. Algunos despachaban café con leche, tortas fabricadas con harina y queso, dulces y bizcochos; todo ofrecido y gustado a pleno sol o bajo un toldo.

La dueña esperaba tranquilamente a la clientela chupando de su enorme tagarnina.

Los dulces, las tortas y bizcochos, tenían color uniforme, un color obscuro con tonalidades grisáceas y matices metálicos. La dueña, con gesto aburrido, tomaba un plumerito de papel, agitábalo sobre las golosinas y una espesa nube de moscas zumbadoras, levantaba el vuelo haciendo brillar más que nunca el metal de sus alas. Dos o tres movimientos del plumero y éste volvía a quedar ocioso, colocado por su dueña sobre la mesa con un gesto que parecía decir: « ¡Ven cuán aseada soy y cómo entiendo de higiene ? »

E instantáneamente la negra nube bajaba, condensándose pesada y quieta sobre las combinaciones azucaradas que poco después tragaba impertérrito, paladeándolas, un cliente de buen apetito.

Todos los puestos, sin excepción, estaban en manos de mujeres. Ni fuera ni dentro del mercado había un hombre en actitud de vender algo. Era el reinado de la hembra, de la abeja obrera que hace la prosperidad

de la colmena. Herencia de la costumbre india. El hombre es el zángano : caza, pesca y hace la guerra, y cuando no hace ninguna de estas tres cosas, no hace nada....

Mirando desde a bordo.

No hubo mucho tiempo para ver Asunción; pocas horas se detuvo nuestro vapor en su puerto.

Al reiniciar el viaje un nuevo pasajero nos acompañaba : Julio Risso, hijo de Dn. Pedro. Trabajaba con su padre en el Saladero que poseían en Apa-cué, no muy distante del río Apa que sirve al Paraguay de límite norte separándolo del estado brasileño de Matto Grosso.

Julio era grande, fuerte, enérgico y franco. Su aspecto denotaba al hombre de acción. Entre él y yo estableciöse de inmediato la más cordial camaradería.

Los paisajes que desfilaban delante de nosotros eran cada vez más interesantes.

No hay medio de transporte más cómodo que el vapor navegando por las aguas mansas de un río. Ninguno como él permite disfrutar mejor de las bellezas ofrecidas por la naturaleza. El vapor es casa amplia, confortable; posee y ofrece todo cuanto pueda precisarse. No impone al viajero la obligada quietud del ferrocarril o el automóvil, ni le priva del uso, en cualquier momento, de todo aquello que hace agradable la vida del hogar.

En el mar, el vapor tiene el grave inconveniente del zarandeo de las olas. Además, el mar es sólo olas y la monotonía del elemento único, hace fatigante su contemplación.

En el río es muy diferente, sobre todo si no es ancho en exceso. Sentado sobre cubierta respirando un aire puro, embalsamado de perfumes, vese desfilan el paisaje siempre cambiante de las orillas. Sin imponer el más mínimo esfuerzo, la naturaleza descubre sus más estupendas creaciones. Muestra las altas montañas, los graciosos valles y las tendidas llanuras; que por montañas, valles y llanuras pasa el río jugando. En él, la flora y la fauna se dan cita. Los árboles más corpulentos, los bosques más espesos, beben en las márgenes del río; y para beber y gozar de sus encantos se reúnen todos los seres que pueblan la tierra.

Ninguno falta a la cita, desde la paloma al tigre. Ninguno, ni tampoco el hombre, que en la orilla del río edifica ciudades grandiosas o modestas chozas realizadas por la soledad y el encanto de una naturaleza salvaje.

Cuanto más se remonta el Paraguay mayor hermosura ofrece. Las márgenes, en un principio líneas casi perdidas en el horizonte, se acercan cada vez más y en los recodos parecen estrechar el río hasta cerrarle el paso.

Dos orillas distintas le bordean : la de la izquierda formada por alta barranca sucediéndose en ondulaciones que forman el Paraguay propiamente dicho, y la de la derecha, la del Chaco, de tierras bajas tendidas, estiradas en una pampa sin límites vestida de palmeras.

Buscando el canal los barcos se aproximan ya a una, ya a otra, a tal punto que en ciertos momentos las ramas de los árboles de la orilla rozan el vapor, sobre todo los de la margen izquierda.

La proximidad de los barcos anima el paisaje con la

presencia de los habitantes del lugar deseosos de verlo pasar. Y si se trata de un gran vapor, ninguno falta; la estancia entera se conmueve. El patrón y la familia, el mayordomo y todo el personal salen al frente de las casas, se adelantan al borde de la barranca y muchas veces, si el barco pasa cerca, las preguntas y respuestas se cruzan entre las gentes de tierra y las de a bordo. Son conversaciones mantenidas a grandes voces, conversaciones sin secretos, pero enteramente privadas.

« ¡Ramón, dile a Francisca que José sigue mejor y que Romualda tuvo un chico y va bien! »

Cuando nuestro vapor traía cartas o encomiendas para algunas de esas estancias anunciaba con pitadas su aproximación. Al enfrentarlas hacía la marcha más lenta y dejábase abordar por una canoa desprendida desde tierra.

Era práctica obligada de los del vapor y de los de tierra agitar pañuelos en un adiós flameado.

¡Qué poético encanto el de esas estancias de la orilla del río! Las casas con techo de dos aguas construídas con troncos de palmeras y rodeadas de frescas galerías. La principal y más grande en el centro; a los costados otras más chicas, galpones y demás dependencias, cerrando entre todas ellas un gran patio frente al río sombreado por esbeltas palmeras o árboles frondosos. A un costado los corrales, al otro el monte de naranjos formado por árboles cuya robusta lozanía dice a gritos ser aquella su patria. Entre el follaje verde, por millares aparecen cual esféricos farolitos chinescos los amarillos frutos.

Más allá, sirviendo de marco, el monte virgen, conjunto de árboles corpulentos sobre los que sobresalen, despeinadas por el viento, las cabezas melenudas de las graciosas palmeras.

Los árboles de follaje exuberante lucen todos los

tonos del verde, pero hay algunos que en vez de hojas ostentan flores, flores por millones. Hay árboles enteramente azules, árboles lilas, árboles amarillos, árboles rojos, árboles plateados, pero éstos no a causa de las flores sino del reflejo de las hojas.

Perros, caballos, vacas lecheras, bueyes, chivas, gallinas, patos, y entre tanto animal algún ave extraña o domesticado mamífero de la fauna salvaje, rodean la casa en paradisiaca familiaridad con los humanos; y más lejos, surcando el cielo y hundiéndose en la selva, los bandos de pájaros y aves de todas especies, entre las que, por su vocerío, destácanse los guacamayos de plumaje chillón.

Varias veces nos detuvimos en el camino y atracamos a un alto barranco para aprovisionarnos de leña. Terminado el carbón, era éste el combustible que consumía el « Quebracho ».

Al suceder tal cosa no podía contener mi impaciencia por pisar tierra, por ver de cerca y explorar ese Paraguay que antojábaseme de leyenda, con sus bosques tropicales, con sus indios salvajes, sus tigres, sus yacarés y sus serpientes, y cuyos habitantes en su mayoría no hablaban otro idioma que el dulce guaraní.

La barranca y el vapor abrazábanse con aéreo puente de tablones por el que se establecía un camino de hormigas humanas en continuo vaivén transportando rajas de leña.

Yo preguntaba cuánto tiempo demoraría la operación, poníame el cinto portador de mi revólver, tomaba un máuser recogido en Tupambaé, y con la imaginación alborotada me echaba a la ventura perdiéndome en los bosques.

Acostumbrados mis ojos a los montes uruguayos formados en su mayoría por arbustos espinosos, deleitábanse ahora en la contemplación del bosque tropical de

troncos recios y esbeltos, con ramas tan grandes como árboles y casi totalmente libres de espinas.

Allí los árboles son como las grandes boas que para defenderse no necesitan la ponzoña de los colmillos, bastándoles su fuerza. Ellos no precisan espinas; su defensa radica en la propia robustez y la dureza de su fibra.

Tan altos son que aún no habiendo caminos andaba bajo ellos con relativa comodidad.

No conocía el nombre de ninguno, veía por primera vez un ejemplar de su especie, pero todos eran mis amigos, todos formaban parte del bosque tropical contemplado tantas veces con los ojos de Gustavo Aymard, Julio Verne y Mayne Red, mientras mi imaginación ardía en soñadas aventuras.

Eran también mis amigas aquellas aves que revoloteaban aquí y allá en un piar desconocido y aún lo era el tigre, que caso poco probable, podía presentarse de improviso y para el que llevaba dispuestos los confites de mi máuser.

— El paraguay visto por Vd. hasta aquí — me decía Julio Risso — está lejos de ser el que encontrará más adelante. A medida que se remonta el río, la naturaleza gana en encantos. El suelo se hace más accidentado, los árboles más grandes y de color más vivo y variado. Ya que es Vd. tan amante de la naturaleza, debe prolongar su viaje hasta Corumbá, principal puerto del Estado de Matto Grosso y punto terminal del recorrido del « Quebracho ». De regreso desembarcaría en el Saladero de Apa-cué para llevar a la práctica sus proyectos que nada perderán por demorarlos unos días.

No pedía más mis ansias de ver.

En todo el curso del gran río, el más común de los animales salvajes de grandes proporciones, es el yacaré. Se les ve agrupados al pie de las barrancas durmiendo

al sol. Muchas veces nos entretuvimos tirando al blanco sobre ellos con el máuser tupambaense. En honor a la verdad, es deber decir que nuestra habilidad de tiradores no quedó muy bien sentada. El movimiento del barco desconcertaba la puntería.

Para apreciar el alcance del arma, a la hora en que el sol se aproxima al ocaso, aprovechando un punto en que el río enfilaba al poniente, levantábamos bien alto la mira y tirábamos sobre el astro. Se oía la detonación y mientras los ojos recorrían la extensa y tersa superficie del agua hasta el confín con el cielo donde el sol comenzaba a ocultarse a fin de descubrir el punto en que la bala pícara, contábamos los segundos : uno, dos, tres, quince,.... veinte....

— No — decíamos — esta vez la perdimos. Quizá la bala cayó mucho más cerca y por buscarla lejos no la vimos.

Seguíamos conversando y de repente ¡zás! en el horizonte rompíase el espejo de agua y los pedazos de cristal al saltar convertidos en lluvia, salpicaban al sol rojo del poniente.

En las proximidades de Villa Concepción, en el saladero de este lugar de que era co-propietario el Sr. Risso, quedaron los patachos, con lo que el « Quebracho » cobró más libertad y agilidad de movimientos.

Sin detenernos pasamos frente a la Villa, en importancia la segunda ciudad del Paraguay. Mostró su caserío sobre el barranco de la costa y del puerto.

Construcciones de Palma Negra.

El Saladero de Apa-cué ocupaba una gran área en la margen izquierda del río.

Grandes tablones y estacones forraban la barranca, defendiéndola de posibles desmoronamientos. El muelle que de ella se desprendía avanzaba dentro del río, haciendo cómodo el atraque de los barcos.

El Paraguay continuaba allí majestuoso como siempre; tan ancho que los detalles de la margen opuesta, la del vasto Chaco, no era posible percibirlos.

Un material único habíase empleado en las amplias construcciones del saladero : la palma negra.

¡Bendita palmera, la palmera negra del Paraguay!

Desde que hayan palmeras, para levantar una casa confortable no se precisa más que un hacha, un serrucho una pala, un martillo y clavos.

Una vez cortadas las palmeras y libertados los cilíndricos troncos de sus penachos de hojas, se ponen éstos en pie, enfilados y juntos unos a otros dentro de la zanja previamente abierta en el suelo como para asentar cimientos, en la que quedan enterradas y bien apisonados las bases de los esbeltos tallos. Tan parejos son estos, sus líneas tan paralelas, que de arriba a abajo se tocan uno a otro. ¡Ya están en pie las paredes de la futura casa!

Luego se toma el tronco de una palmera y se raja con el hacha de uno a otro extremo dividiéndolo en dos

mitades iguales. A hachazos se les quita el blando corazón y las dos mitades quedan transformadas en dos largas tejas media caña, tan largas, que cada una de ellas mide todo el ancho del futuro techo de media agua. Colocadas paralelamente con las concavidades hacia arriba y recubriendo los dobles bordes con la convexidad de otras, se obtiene un techo enteramente impermeable.

Estas medias palmas-tejas no se detienen, como los demás tejados, en la pared que les sirve de apoyo. Pro-lónganse dos o tres metros más afuera de ella rodeando la casa de fresca galería.

Para unir el todo los clavos bastan. También basta, en general, esta pared, pese a los intersticios quedados entre uno y otro tronco, para protegerse de los cambios de temperatura en un país de clima cálido, pero queriéndolas más confortables, se rajan al medio cañas tacuaras, que crecen salvajes y abundantes por todos lados, y se clavan horizontalmente en la pared de troncos a fin de sostener un reboque de cal y arena o simplemente de barro arcilloso bien amasado, que se pinta del color preferido.

Después de seca la palmera negra aumenta su dureza y los edificios desafían el rigor de muchos años sin sufrir deterioro.

Aunque de construcción tan exótica, por lo demás el saladero no difería de los del Río de la Plata en la manera de trabajar. Era el mismo sistema de tanques, pilas y varales.

Hacia Corumbá.

Hecha la descarga, el « Quebracho » vuelve a cortar la poderosa corriente del gran río. Caminaba rápido, desembarazado del estorbo de los patachos.

Yo me complacía en constatar la veracidad de las afirmaciones de Julio Risso : el río se estrechaba lentamente ganando en belleza.

Llegamos a Puerto Olimpo, en la costa del Chaco y atracamos con el fin de hacer leña. No muy distante se levanta el viejo fuerte del mismo nombre.

En las cercanías del punto de atraque unas cuantas mujeres indias — las primeras que veía — juntaban leña seca dejada por la resaca.

Las examiné atento. Todas eran feas y sin poder afirmarlo me parecieron de edad madura. Su color cobrizo, los salientes pómulos, los tirantes y encapotados ojos, las duras bocas, toda su cara en fin, cara de careta por lo incambiada, guardaba siempre una expresión única, empacada, impasible a la vez. Al pasar junto a nosotros parecían no vernos y al interpelárselas ni con el menor gesto denunciaban habernos oído.

Sus vestidos se componían de andrajos de civilizados. Pertenecían a una de esas tribus, como hay tantas, que al contacto con el blanco pierden la libertad y conviértense en pordioseras. Carecían totalmente de atractivos; su vista despertaba compasión. Tras el grueso frontal

se adivinaba el pensamiento rudimentario y pesado de bestias domesticadas pero ariscas.

Curioso, deseando ver y observar, me alejo por la orilla del monte. De improviso sale de la espesura y encamínase hacia mí la más estrafalaria y ridícula figura que en mi vida he visto : la de un indio grande y gordo. No podría decir su edad; tanto aparentaba cuarenta como sesenta años. Su cara de bronce traía estereotipada una sonrisa que descubría dos hileras de dientes blancos y agudos.

En lugar de la pintoresca vestimenta de plumas, propia de las tribus salvajes, traía este cacique una galera de felpa, un frac y un pantalón.

Tal vez al descubrirme desde la espesura donde tendría su guarida, se quitó el taparrabos y vistió su traje de ceremonias para mejor impresionar y agasajar al huésped forastero.

La galera de felpa debió servir de banco muchas veces y otras tantas haber sido enderezada a fuerza de puños. El frac, extremadamente sucio y arrugado, le ajustaba, lo mismo que el pantalón. En lugar de la pechera blanca de la camisa, lucía su ancho pecho cobrizo, gordo, seboso y libre de pelos, continuado por un estómago crecido, redondeado e inflado al convertirse en barriga. En el punto más prominente, una basta, sosteniendo un botón, formaba hoyo : el ombligo, y cuatro dedos más abajo empujado por la curva respetable de la panza y sostenido a duras penas por la pretina estirada a reventar, comenzaba el mal abrochado pantalón, tan mal abrochado que uno se decía que el taparrabos hubiera sido más decente.

La suciedad de esta prenda estaba realzada por los galones de seda de los flancos. Por sus extremos, rotos y desflecados, salían dos gruesos tobillos rematando en formidables pies descalzos.

Júzguese de mi sorpresa ante la estrafalaria aparición

que componían cacheteándose, sutilezas de moda en el vestir y desnudeces bárbaras.

En las manos traía el cacique adornos de plumas de variados colores.

Al verlo, las indias dejando el trabajo, llegaron corriendo empujadas por la curiosidad y formaron corro.

El cacique, con su sonrisa incambiada, me dirigió frases acompañadas de gestos que traducían un amable saludo y la propuesta de venta de los adornos de plumas.

Una de las indias, comidiéndose a officiar de intérprete, pasó con nosotros hacia el centro del grupo. De español sabía pocas palabras.

— ¡Cinco pesos!

— Doy uno sólo — dije — mostrando un dedo.

— ¡Cuatro!

— ¡Dos!

Esta última oferta mía, cerró el trato.

De seguida mete el indio la mano en el bolsillo de la cola del frac y saca un collar de cuentas hecho de semillas silvestres que también negociamos.

Por último aparece una vistosa diadema de plumas.

Establecido el precio por intermedio de la intérprete, cuento el dinero del bolsillo del chaleco y como no alcanzase lo vuelvo a guardar.

Un ¡ah! general, desconsolado, brotó de todas las bocas. Al mismo tiempo el círculo aflojó al considerar por mi actitud fracasado el negocio; pero al verme echar mano a la cartera un ¡oh! de esperanza lo cierra de nuevo, imposibilitando el movimiento de mis brazos.

Intervino el cacique con las salvajes hijas de Eva que demostraron ser tan curiosas como sus congéneres civilizadas y la transacción que tanto las había conmovido, a pesar de no haber pasado de sesenta u ochenta centésimos de nuestra moneda, quedó terminada.

En los confines paraguayos el río se abre paso entre altos cerros cubiertos de bosques, más no encontrando el fácil camino de las tierras llanas, donde se extiende como un cielo puesto abajo a imagen del de arriba, el curso del agua se estrecha, aumentando su profundidad y su corriente.

Allí puede gozarse a un mismo tiempo del espectáculo de ambas márgenes, que en las curvas rápidas parecen juntarse dando la impresión de cerrar el pasaje.

Sentados sobre cubierta nos extasiamos en la contemplación de los bosques vírgenes muy próximos a nosotros. Se ofrecen en plano inclinado iniciado en las orillas que se eleva alejándose, trepando cumbres. En esta posición puede decirse que los veíamos desde arriba, dominando la extensión inmensa que cubrían las frondosas copas.

Oíamos gorjear las aves ocultas en el ramaje espeso, aspirábamos el perfume de las flores y admirábamos las mariposas en su volar caprichoso que las traía hasta el barco, semejando flores aladas desprendidas de los tallos, mensajeras de belleza enviadas de la selva.

De pronto, en una curva de la cinta de agua que enlaza montañas, oyéronse mil gritos asustados y un grupo de monos, sorprendido en la orilla, huyó despavorido dando agudos aullidos, pasando de una rama a otra en grandes saltos acrobáticos.

Para aumentar su confusión hicimos sonar el pito del vapor y más y más gritaban, se apuraban, corrían y saltaban en brincos prodigiosos, pero como el cerro era muy inclinado, al alejarse subían, de suerte que podíamos a nuestras anchas continuar gozando del excepcional espectáculo ofrecido por aquella compañía de acróbatas y gimnastas salvajes.

Con Puerto Mourtinho, donde debimos tocar, entramos

en aguas brasileras, dejando la República del Paraguay por el Estado de Matto Grosso.

. Corumbá es el principal puerto fluvial de este estado y tal vez, como ciudad, fuera más importante que Cuyabá su capital. Hermosamente asentada sobre las altísimas barrancas del río, en su puerto adviértese un movimiento considerable. Es punto terminal para los grandes vapores fluviales. Otras líneas de pequeños barcos de carga y pasajeros irradian de allí por los afluentes del gran río.

Todo el mundo decíame ser encantadores estos recorridos por ríos relativamente estrechos que ponen un galón de plata en una naturaleza de bosques y praderas, pero terminaba allí el del «Quebracho» y debí quedarme con las ganas.

Tres días demoramos en Corumbá, tiempo necesario a nuestro vapor para sus operaciones, y quien dice tres días dice tres noches. Pasar tres noches en un barco anclado en un río de la zona tropical, es exponerse a un tormento y a un peligro. Con el crepúsculo, millones de fieras aladas aparecen. Son tantas, que se las toma por la sombra de la noche, la atmósfera que nos envuelve.

Un zumbido de clarines y un escozor continuado impiden olvidar su presencia.

A la hora de acostarme sonreí con cierta piedad desdeñosa. Defendido por el mosquitero que mi previsión había embarcado en Montevideo, sometería a los mosquitos al suplico de Tántalo.

¡Inocente ilusión!

Había fieras de todos tamaños, respondiendo a una nomenclatura muy variada. Las especies más grandes zumbaban desesperadas en derredor de mi defensa de mallas, pero las más chicas, y con ellas el diminuto «polvorín», entraron por miles, y en mi cuerpo, vibrante de dolor y de cólera, saciaron el hambre y la sed al son

de sus triunfales clarines y de mis descompasadas, desesperadas e inútiles cachetadas.

Al día siguiente en un comercio local adquirí un mosquitero « criollo », conceder del enemigo con quién debería habérselas, de trama tan apretada que para ver a su través precisábase recostarlo a los ojos. Desde aquel día fuimos compañeros para no separarnos más.

El regreso fué rápido. La corriente, que a la subida constituyó una dificultad a vencer, convertíase en aliada.

Volvieron a desfilan los mismos lugares ya conocidos. Contemplados desde otro punto de vista parecían diferentes. Cada vuelta de la hélice del vapor nos ofrecía una nueva perspectiva.

En un atardecer immaculado, nos aproximamos a unas pequeñas islas, viveros de aves salvajes, especialmente de garzas y « biguás ». Asustadas, justo a la hora en que se juntaban para dormir, comenzaron a volar por millones formando dos bandos bien distintos : el bando blanco y el bando negro.

Guardando simetría geométrica, evolucionaron en el cielo. Blanco y negro parecen mezclarse, confundir sus líneas y romperlas; pero no. Así como comparsas y bailarinas evolucionan en un escenario de teatro sin nunca confundirse ni perder su puesto, los dos bandos, al separarse sacan incólumes de aquel aparente entrevero de millones de alas blancas y millones de alas negras agitándose en un cielo de tonos nacarados, en el que pálidas estrellas asomaban en el horizonte, las figuras geométricas de su triunfal marcha alada.

En el Saladero de Apa-Cué.

De regreso al saladero continué teniendo por casa el « Quebracho », amarrado al muelle de la barranca.

De inmediato comienzo la búsqueda de informes sobre el país, saliéndome al encuentro una noticia completamente inesperada que podía dar al traste con mis proyectos : había estallado una revolución.

El Paraguay, que después de la gran guerra gozara de una paz poco menos que inmutable, se iniciaba en el período de las revoluciones.

Encabezábala el Gral. Benigno Ferreira posesionado de todos los barcos de guerra del gobierno, y por consiguiente dueño y señor de la principal — por no decir única — vía de comunicación del país.

Destacado frente a Villa Concepción, sitiándola con unos barcos, encontrábase el capitán Avelino Jara, a quien iba a tocar desempeñar importante papel en aquella revolución, y en la agitada política del período que la siguió, hasta el día trágico en que terminó su vida.

Huía yo de una revolución y otra en el extranjero me salía al encuentro. Planteome la conveniencia de un regreso inmediato. Regresar era no sólo volver a la situación anterior, sino también privarme — en el momento de alcanzarlo — de la realización de uno de mis más acariciados ensueños. El país tropical con sus inmensos bosques poblados de indios y de animales salvajes, estaba ante mis ojos e incitaba a internarme en él.

No hallé fuerzas para el renunciamento y tomé la decisión de quedar a todo trance.

Don Pedro Risso había construido el saladero en una extensa propiedad de treinta y tres leguas cuadradas situadas en el ángulo sur, formado por la confluencia de los ríos Paraguay y Apa lindando, de consiguiente, río Apa por medio, con el Estado de Matto Grosso.

Poseía, pues, además del Saladero y unida a éste, una dilatada estancia con muchos montes y esterales. Pensé que en ella podía hacer mis primeras armas.

La vida en el saladero semejábase a la llevada en todas estas empresas industriales, con la sola diferencia de estar circunscrita a él mismo por obra del aislamiento. Propietarios y personal tenían sus moradas en el propio establecimiento. Las peonadas formaban pequeño pueblo de casas rústicas y de ranchos, un tanto apartado de la casa del propietario, de la administración y de los galpones. Más lejos, en la costa, oculta por una vuelta del monte, una tribu de indios mansos empleada en trabajos saladeriles, había levantado su toldería.

De llegada trabé relación con Américo Risso, hijo de don Pedro. Tenía poco más o menos mi edad. Era soltero y mientras estuve en el saladero, juntos nos recreamos las horas que sus tareas le dejaban libres. Fué él quien me llevó a las tolderías.

Los hombres estaban en el trabajo. Las figuras de las indias y las actitudes guardadas a nuestro respecto, eran idénticas a las de las indias de Fuerte Olimpo. Sin demostrar habernos visto, sin responder a ninguna de nuestras preguntas ni con palabras ni con gestos, continuaban impávidas y brutas en su tarea de amamantar los hijos con sus flácidos senos caídos y de cocer los alimentos en ollas de fierro al calor de fogones encendidos al aire libre. Otras, en morteros, pisaban maíz para el loco y la mazamorra.

Las viviendas eran de totora o sea simplemente de paja colocada a manera de dos paredes recostadas una contra otra formando el suelo el tercer lado del triángulo a semejanza de como se colocan las barajas en el juego del burro de la casilla. Más que viviendas eran cuevas. No cabiendo de pie, era preciso entrar en ellas gateando.

Dentro, había algún cuero, un poco de paja para cama, alguna frazada o poncho sucio y viejo, algún utensilio burdo y nada más. En los países cálidos, la vida primitiva no tiene más necesidades que las impuestas por un estómago inocente y glotón que sólo entiende de cantidades.

De aquella raza, lo que más llamó mi atención, fueron los cabellos. Parecían robados de la cola de un caballo negro.

Ni en manos de grandes ni de pequeños vi arcos y flechas que recordaran la vida libre del hombre salvaje. Eran, en realidad, pordioseros y volvieron a desilucionarme como los otros, provocando en mí compasión y asco.

Baile de angelito.

— ¿Quiere ir a un baile? — me dice mi amigo Américo una noche después de comer. No haga muchos aprontes que no es de cumplimiento.

A la luz de las estrellas nos dirigimos al barrio de la peonada. Delante de unos ranchos, la numerosa gente y el sonar del acordeón nos advierte ser aquella la casa de la fiesta.

Al reconocer al hijo del patrón todo el mundo apresura a abrirnos paso.

Y sin decirme « agua vá », Américo me enfrenta con un espectáculo macabro. En la habitación principal, frente a la puerta de la calle, se levantaba un catafalco. Sobre él, dentro de rústica caja, « un angelito » dormía el eterno sueño.

Llegábamos en el preciso momento de terminarse el último compás de una mazurka.

Américo, gozando en silencio mi sorpresa, fué derecho al catafalco y sobre el pequeño cuerpecito amortajado depositó algunas monedas.

Sin titubear, recordando el refrán : « donde fueres haz lo que vieres », hago otro tanto y ambos buscamos sitio donde sentarnos.

De nuevo volvió a gemir el acordeón.

— Saque a bailar a la dueña de casa, como es de práctica, aconseja mi improvisado cicerone.

Y la mamá del muerto y yo, confundidos con otras parejas, giramos rápidos en rededor del catafalco empujados por los compases de un vals por alto.

Yo estaba bastante cohibido. No sabía de que hablar a una mamá en tan particulares circunstancias. Las palabras que digo procurando orientarme no adelantan camino. Obtienen repuestas cortas, propias de conversación que no se quiere o no se sabe seguir. Veíase que la imponía el bailar con una persona tan « respetable » como yo, extranjera y amiga del patrón.

Cambiamos varias veces de compañera. Pero conocido el juego se acabó el entusiasmo. Ninguna de las muchachas del velorio era más elocuente que la dueña de casa y su físico no tenía nada atrayente que nos convidase a quedar.

Nos fuimos por la noche. La luna había salido ya y sus rayos melancólicos alumbraban el rancherío, los

campos y los bosques. Con el susurro del viento que sacudía el follaje, llegaban perdidos los sonidos lastimeros del acordeón macabro.

— ¡Son viejas costumbres de pueblos primitivos que el cristianismo no pudo desarraigar! — dijo Américo, como hablando consigo mismo.

— Tampoco tenía por qué — agregué como continuando su pensamiento. Un espíritu superlativamente religioso, no podía lamentar la ida al cielo de un alma sin pecado. Un ángel más, debería, aún a costa de un hijo, infundir alegría a la propia madre. Las ideas contrarias fueran en desmedro de la fé de la inocente grey salvaje.

— Participando de esta alegría — informó Américo — entre comadres se prestan los angelitos, y así, algunas veces, pasan de mano en mano y de casa en casa hasta una semana después del deceso, y ya en completa putrefacción anda el cadáver presidiendo bailes.

Más tarde, afirmando lo mismo y pidiendo la intervención de las autoridades, leí artículos de crítica en diarios de la Asunción.

Recordé que en mi país hubo un tiempo en que en lugar de enterrar los « angelitos » los ataban, dentro del pequeño ataúd, a la rama de los árboles, donde semejaban nidos.

¡ ADELANTE !

Expresé a Dn. Pedro Risso mis deseos de ir a hacer práctica en su estancia.

Don Pedro tenía ruda crudeza en el decir. No escogía las frases para expresar su pensamiento. La franqueza era su única guía, de modo que no tuvo empacho en emitir una opinión desfavorable. Tal vez le impusieran mi gorra de a bordo y los guantes que defendían mis manos de las picaduras de los mosquitos, porque me dijo :

— ¡Son pavadas, eso no es para Vd.! Una vez quiso acompañarme mi hijo X. y tuve que dejarlo a la sombra de un árbol, medio desmayado por el calor del sol, al cuidado de los peones. Por mí, si Vd. quiere, vaya, personalmente no tengo inconveniente.

Me sentí un tanto herido con la ruda franqueza de don Pedro. Resolví no ir a la estancia, pero más que nunca me afirmé en mi decisión de internarme en el país.

Hice mis confidencias a Julio. Este comentó :

— Papá, en parte, tiene razón. ¿Qué va Vd. a hacer en la estancia del Apa en compañía de un capataz analfabeto que balbucea apenas algunas palabras de español y donde se hace una ganadería atrasadísima? Allí no aprenderá nada; le aconsejo ir a la Foncière.

— ¿Qué es eso?

— ¿No lo sabe Vd.? Un establecimiento de doscientas sesenta leguas cuadradas, propiedad de una compañía francesa, todo él dedicado a la ganadería. Es el más

progresista y el más importante del país. Lo dirigen sus fundadores, dos hermanos, austriacos de nacionalidad, don Carlos y don Luis Pfannl, hombres cultos, inteligentes y de capacidad indiscutida.

— Hacer práctica en un establecimiento de esa índole es lo que me conviene — contesté — Tengo el propósito de visitar un campo jamás poblado ofrecido por los hermanos Lussich de Montevideo, pero para saber si es o no apto para la cría y el engorde de ganado vacuno, me es indispensable adquirir, primero, una buena experiencia local. No habiendo en él haciendas, será preciso juzgarlo exclusivamente por la calidad de sus pasturas, y siendo éstas enteramente diferentes a las del Uruguay, mis conocimientos no me sirven para nada.

— Cuando Vd. haya recorrido las doscientas sesenta leguas propiedad de la « Société Foncière du Paraguay » — dijo Julio — podrá Vd. afirmar que conoce todos los tipos de campo aptos para ganadería del norte de este país, su mejor zona ganadera. Esos establecimientos se extienden por la costa sur del Apa en una extensión de 135 kilómetros, base de la figura triangular que forman, cuyo vértice dista 75 kilómetros del río y diez y nueve leguas de Villa Concepción. Son 260 leguas perfectamente alambradas y divididas en infinidad de potreros, pobladas de buenos ganados y explotadas inteligentemente. No sucede con ellas lo que con otras grandes propiedades que quizás le habrán mostrado desde el vapor. Éstas, situadas en el Chaco, tienen cientos y hasta miles de leguas, tantas, que parece imposible pertenezcan a un solo propietario. Pero son propiedades más nominales que efectivas, como sucede con « Puerto Casado », tres mil leguas en el papel, en la escritura, pero, de hecho, en explotación, solo cincuenta, junta al río; las demás perdidas dentro del corazón salvaje de América.

Clima abrasador, tierras ingratas, bajas, que saltan alternativamente de la sequía ardiente a la inundación; en las que por períodos uno se ahoga o muere de sed. En ellas solo vive el indio salvaje y pobre, el tigre y el mosquito.

Sin ninguna vía de comunicación, el suelo opone al hombre civilizado su infinita extensión plana erizada de maleza inservible y se defiende del invasor envolviéndole durante el día en una atmósfera de fuego, hirviente de tábanos, moscas bravas y gegenes, y durante la noche, lanzando sobre él nubes de mosquitos inoculadores de paludismo.

Los bosques a la orilla del río, — en especial los quebrachales de los que se extrae el tanino para las curtiembres — y los campos en igual situación ribereña apropiados para la ganadería, son, por ahora, los únicos explotables; los del interior tal vez continúen por siglos en su actual estado salvaje.

— No hay que dudar — amigo Julio — Me voy a « La Foncière ». ¿Pero cómo, y a qué título presentarme?

— Esta propiedad nuestra y la Foncière se tocan por sus extremos. Vd. tendría que ir a Villa Sana, cabeza principal de aquellos establecimientos, residencia de los gerentes, para quienes yo le daría una carta de presentación. Villa Sana dista de aquí veintiocho leguas.

— ¿Cómo conseguir caballos y baqueano que me acompañe? pregunto.

— Casualmente nuestro apartador está por partir para allá. Irían juntos. Y expeditivo, Julio Risso, lo hizo llamar.

Silverio Gómez, apartador del saladero — cargo de confianza de cuyo difícil desempeño depende en buena parte el éxito del negocio saladeril — era uruguayo, de unos treinta y cinco años, estatura mediana, delgado pero fuerte, pelo y ojos negros. Su tez bronceada delataba una

íntima relación con el sol paraguayo y su aspecto el del simpático nómada de nuestros campos, el hijo legítimo del gaucho legendario : el tropero, curtido por el sol y las heladas, desbordante de salud y buen humor.

Gómez dió malas noticias : los caballos habían sido emigrados para evitar que revolucionarios o gubernistas se alzarán con ellos, y de los pocos quedados, los mas estaban «apestados con mal de caderas». Esta circunstancia hacía por el momento imposible el viaje por tierra a Villa Sana.

— El diablo es — dijo Julio — que como tampoco navegan los vapores de Mihanovich, no veo forma de ir a Villa Concepción. En esa ciudad, la Foncière tiene su principal escritorio de contabilidad. Es por el puerto de Villa Concepción que se comunica con el mundo civilizado. Si Vd. pudiese ir hasta allá, el jefe del escritorio, el contador francés M. Angot, le facilitaría los medios de llegar a Villa Sana; ¿pero cómo hacer?

En efecto. El río — vía de comunicación de una extensa zona del noreste argentino y única franca que unía a las repúblicas del Paraguay y de Bolivia y al extenso Matto Grosso con el mundo exterior, — por lo común tan lleno de movimiento de barcos, guardaba entonces la quietud en que lo encontró Sebastián Gaboto, su primer explorador.

Nosotros, desde la galería del frente de la casa en donde estábamos sentados, lo veíamos solitario, irizadas las aguas por la brisa que soplaba en dirección contraria a la de su eterna corrida hacia el sur.

Como para desmentir lo dicho, en aquel momento apareció un barco navegando aguas abajo, rumbo que debía seguirse para arribar a Villa Concepción.

— Es el patacho « Esteban » — explica Julio —, remolcado por el « Clarita ». Va al Saladero de Villa Concepción.

— ¡Bravo, entonces ya tengo transporte!

— Mire que el « Esteban » no es el « Quebracho ». No encontrará en él ni la más mínima comodidad.

— ¡No importa, ni falta que me hace, la cuestión es llegar! — contesto.

— Entonces apróntese. El « Esteban » no demorará aquí más que una hora.

Julio mandó poner a bordo del patacho, un colchón, almohadas y sábanas, y trasbordar del « Quebracho » mi equipaje : Un baúl, una valija, mi recado veterano y mi máuser.

Una hora después estrechaba la mano a don Pedro, me despedía del apartador Gómez y de Brizuela, uruguayo, empleado en los almacenes del saladero, y con un abrazo decía adiós a Julio y a Américo Risso.

Hacia Villa Concepción.

El « Esteban » era un barco a vela, pero no se utilizaban sus lienzos, tal vez ni los tuviese. Marchaba siempre arrastrado por otros : de « subida » del brazo del « Quebracho »; ahora cabestreando a la cincha del « Clarita », vaporcito miniatura verdadero petizo de los mandados del saladero. En la popa del « Clarita » flameaba la bandera paraguaya indicando su ciudadanía, mientras que el mástil del patacho — un gigante al lado del « Clarita » — ostentaba orgulloso la bandera uruguaya.

Nuestra vida fué serenamente feliz, sobre aquel viejo

barco de madera. Sobre y no dentro. El vientre era la bodega lóbrega, destilando agua, de un barco que carga sal a granel. Vivíamos día y noche sobre cubierta y a fe que no había por qué quejarse. Mejor que nunca pude gozar del espectáculo del cielo, del río, del campo, de los bosques.

No marchábamos mucho más ligero que la corriente. Esto, unido a la necesidad de atracar para hacer leña y cumplir alguna comisión, hizo que demoráramos tres días en llegar al saladero de Villa Concepción.

La gente de bordo era servicial y alegre; su trato, quizá por lo novesoso, me interesaba. Nuestro buen apetito proclamaba las excelencias del cocinero. Sentía mi vivir más dichosamente descuidado pensando que allá, en tierra, la guerra fratricida había convertido a los hombres en fieras y la existencia en un continuo sobresalto.

Carecíamos de comodidades elementales, pero con buen humor todo es llevadero y hasta motivo de diversión. Si queríamos ir al «cuarto de baño», no había más remedio que descolgarse por las cadenas de las anclas, balanceándose sobre el abismo. Y en aquel improvisado trapecio del codaste del barco, junto al nacimiento del timón, manteniéndonos bien asidos a las cadenas para no caer, sintiendo debajo el frescor del agua que casi rozaba el cuerpo, mirábamos en el espejo del río todo lo que sucedía y sucedía lo que tenía que suceder.

Las pullas se cambiaban entre los marineros:

— ¡Eh, ché, cuidado con algún yacaré glotón!

Cierta vez vimos un animal extraño, cruzando a nado el anchuroso río. Saltamos sobre el «Clarita», abandonamos por un momento el «Esteban» a la deriva y nos pusimos a perseguirlo.

Era un ciervo. Afanoso luchaba por escapar nadando enérgicamente.

No pude salvarlo como fué mi deseo, de los que

ambicionaban su cuero. El « Clarita » lo alcanzó y a su lado lo siguió en marcha paralela. Sujeto por un marinero por la ramazón de un cuerno, otro le hundió un cuchillo en la garganta. Junto con un balido ahogado brotó un chorro de sangre y poco después el cuerpo ya inerte fué izado y tendido sobre cubierta.

La arribada a Puerto Max, obraje de Cramer Wayer Müller, me permitió conocer un establecimiento modelo.

Los bosques de quebracho representan una de las mayores riquezas del país. Su madera, de la que las repúblicas del Plata hacen gran consumo empleándola especialmente en postes de alambrado, añade, a las excelencias de su dureza, la de tener abundante tanino, el mejor reputado para curtiembres. Lástima grande, que como es árbol de crecimiento lento, a medida que se corta es preciso internarse, alejarse más y más de la costa del río, lo que dificulta gradualmente el transporte. Acabarán al fin por escacear y terminarse sino se dictan leyes protectoras.

Es interesante ver aquellos inmensos y pesadísimos troncos descortezados, de un color rojo de carne de animal viejo, ser tomado de las zorras por medio de ganchos, elevados con ayuda de poderosos guinches y depositados sobre planos fuertemente inclinados que caen y terminan casi pegados a un rallador de acero de afiladas púas. Los troncos, deslizándose por pesantez sobre el plano inclinado, se recuestan al rallador. Éste, agítase convulsivo, triturándolos, y en pocos momentos convierte a los gigantes de la selva virgen en un montón informe de aserrín. Después viene el cocimiento en ventrudas calderas y una vez efectuada la digestión, sale por un caño el tanino aún quemante, en forma de líquido espeso y viscoso que el contacto del aire endurece enseguida.

Automáticamente, una bolsita de arpillera como de

20 kilos se coloca debajo del caño de salida y lo apara. Llenada la bolsita hasta el borde, el chorro cesa. La repleta bolsa aléjase rápidamente suspendida de un carril aéreo, como vino, y otra la sustituye de inmediato.

Alemana era la fábrica de extrato de quebracho; alemanas sus principales congéneres, y Alemania el principal mercado de este valioso producto industrial.

Cuando dejamos el establecimiento, llevábamos con nosotros dos nuevos pasajeros: don Tomás Herrero, uruguayo, hijo de la ciudad del Salto y un amigo suyo.

Don Tomás hacía muchos años que estaba radicado con casa comercial en Villa Concepción, abarcando los ramos de almacén, tienda y ferretería. La sublevación inesperada de la escuadra, le había encontrado lejos de la ciudad, adonde ahora se dirigía. Amablemente ofreció a servirme de cicerone cuando a ella llegásemos.

En el río la paralización era completa; ni un solo barco encontramos en el camino. En consecuencia, la ignorancia respecto a los sucesos ocurridos en esos días manteníase absoluta y los rumores que las gentes hacían circular pasando de boca en boca, se contradecían jugando carambolas con lo absurdo. Sabíase, sí, que Villa Concepción estaba sitiada por agua. El capitán Albino Jara la amenazaba desde el río con algunos barcos. Pero no le sería fácil tomarla. Llamado urgentemente por su gobierno, el Cel Jara, veterano de la guerra de López y padre del Jara revolucionario, había tenido tiempo de dejar Fuerte Olimpo y entrar en la ciudad con más de quinientos hombres. Allí había ido a sitiario su hijo con sus barcos.

— De tal palo tal astilla — decía don Tomás nerviosamente. — El padre es guapo, lo demostró bien en la guerra de la triple alianza; el hijo también lo es. Ambos

están decididos; ¡va a correr sangre, mucha sangre en Villa Concepción!

A don Tomás, conocedor a fondo del medio paraguayo, le gustaba mariscalear. No hacía otra cosa y veía todo muy negro. Cuando conoció mi proyecto de internarme a caballo en el país, lo consideró un disparate y procuró disuadirme. Era exponerme a ser obligado a servir a cualquiera de los dos bandos en lucha, o aún peor, a ser robado y asesinado. La campaña estaba infestada de matreros que huían de las levás. Fué D. Tomás el primero en ponerme en guardia contra los peligros que correría al atravesar la extensa picada de Curuzú Isabel en el camino de Villa Concepción a Villa Sana. Pero mi resolución era firme y no me dejé convencer. Además, las gentes me daban la impresión de exagerar inconscientemente, llevadas por su exaltación del momento. Aún perduraba el espanto de la gran guerra de Lopez. La revolución, al interrumpir bruscamente el largo período de paz que la había seguido, revivíalo. Todo el mundo estaba nervioso y con la imaginación ardiendo; la más despampanante noticia se aceptaba como lógica.

Esa misma tarde nos acercamos a Villa Concepción, con lo que la excitación de Herrero y su amigo subió de punto, y mucho más dado que avistándonos uno de los barcos sitiadores vino a toda marcha hacia nosotros dando pitadas y haciéndonos señas de detenernos.

Obedecimos de inmediato y nos pusimos el habla. Nos declararon sus prisioneros. Mostramos el pabellón que nos cobijaba : el uruguayo. Alejóse el vapor a platicar con otro más grande y cuya forma indicaba ser barco de guerra y volvió sobre sus pasos.

Tenía orden de adueñarse del « Clarita », que era paraguayo, y, respetando la bandera del « Esteban », conducirlo a remolque a su destino: el Saladero de Villa

Concepción, situado en la margen izquierda, a media legua de la ciudad.

Partió el « Clarita » y el barco de los sublevados ocupó su puesto remolcándonos.

Era preciso pasar frente a la ciudad, al alcance de sus cañones.

— Al reconocer a un barco revolucionario, abrirán fuego sobre nosotros — afirmaban Herrero y su compañero.

Para evitar las balas bajaron a la bodega. No les seguí; preferí quedar sobre cubierta. De tierra, con anteojos, verán la bandera uruguaya del patacho, — me decía — y nos respetarán. Por otra parte, aún si hicieran fuego, temía más ser echados a pique estando en la bodega, que a la bala casual que pudiera herirme sobre cubierta.

Pero nada sucedió y llegamos al Saladero sin ningún contratiempo.

Ciudad sitiada.

Llevando con nosotros nuestro equipaje de mano, hicimos a pie el camino del saladero a la villa. Don Tomás se comprometió a mandar más tarde un carro en busca de los equipajes pesados.

La ciudad no ofrecía nada de notable: pueblo monótono, de casas bajas y arquitectura simple, alineadas en calles descuidadas.

Dominábala una quietud de cementerio. Puertas y

ventanas, a pesar del hermoso tiempo reinante, permanecían cerradas. Uno que otro transeunte, aquí y allá, ponían una nota de movimiento.

Empujando, agrandamos la única rendija abierta que mostraban las puertas de la casa de comercio de don Tomás y entramos.

Me presentó a sus empleados y me enseñó las estanterías repletas de piezas de percal, de ropas, de artículos de ferretería y de almacén; sus mostradores, sus escritorios y sus depósitos

En voz de misterio interrogó a los dependientes. En su ausencia no había ocurrido mas novedad de bulto que las ya conocidas: la llegada del Cel Jara con quinientos y pico de soldados y poco después la de los barcos sublevados, sitiando la ciudad y amenazando rendirla por hambre y a cañonazos

Todos los hombres en edad de prestar servicio fueron llamados a los cuarteles; pasaban el día haciendo ejercicios bajo las órdenes de instructores militares. Jara padre estaba dispuesto a mantener la defensa hasta el último extremo; Jara hijo, a atacar y a vencer. Aquel duelo entre padre e hijo, que aparecía como un crimen, iba a costar mucha sangre

El Ministro de la Guerra, Cel Antonio Cáceres, a quien los sucesos habían sorprendido en viaje por el norte del país, se hallaba también en Villa Concepción, y con el Cel Jara y el Jefe Político Juan Porta, concertaban el plan de defensa de la ciudad y el departamento.

Mientras tanto las únicas noticias de la Asunción eran las que en misteriosos cuchicheos hacía correr la fantasía popular. Unos la daban sitiada librando terribles combates y a punto ya de rendirse; otros afirmaban el triunfo del gobierno en vías de sofocar la revolución.

— ¡Esto va a ser muy serio, — exclamaba Don Tomás con aire preocupado — las cosas están muy feas!

Tratose de mi alojamiento. Fuí conducido al modesto hotel de León Costes, el más copetudo de la villa. Allí comenzó mi vida aburrida.

Y no lo fué más aún, gracias a un mozo uruguayo de mi edad con quién trabé relación. No recuerdo porqué razón se encontraba en la villa, alojado en el mismo hotel. Juntos recorriamos la población de uno a otro extremo, para dar movimiento a las piernas y procurar distraernos. Pero el hastío del pueblo muerto, colábasenos dentro. Apenas si estas andanzas cobraban algún interés durante la noche :

No encontrábamos alma viviente por las calles mal alumbradas con faroles de kerosene. Nuestros pasos resonaban únicos en el silencio nocturno roto a intervalos por ladridos de perros. Los moradores de Villa Concepción escondían sus temores detrás de puertas y ventanas herméticamente cerradas. Su imaginación presentábalos redivivos todos los horrores de la guerra de López, guerra de desolación y de exterminio. Estoy cierto que más tarde, en otras revoluciones venidas después, ya no se dejaron impresionar así.

De pronto interrumpía nuestro andar silencioso un estridente ¡alto!, que sonaba lúgubre en la noche. Era el centinela apostado frente a uno de los varios cuarteles de Guardias Nacionales.

Se nos examinaba con mirada escudriñadora; después se nos permitía seguir nuestro camino. Y elegíamos el que nos llevase a un nuevo cuartel deparando nuevo ¡alto! y otro más adelante, que diesen tregua a nuestro aburrimiento quebrando la monotonía de aquel ambular.

Todas las personas a quienes hablaba de mis proyectos, aconsejábanme esperar los acontecimientos antes que irme a la ventura por el Paraguay adentro. Yo comencé

esperando y acabé impacientándome. Al tercer día mi inacción me pesaba como grillos en los pies.

¿Esperar qué? ¿Que terminase la revolución? La nuestra llevaba ya siete meses y no se sabía cuando concluiría. No habían más que dos caminos a seguir: volver a Montevideo o internarse.

Llevando la carta de presentación que al salir de Montevideo me había dado mi particular amigo don Juan Carlos Blanco Sienra para el vice cónsul uruguayo, su pariente, Sr. Emilio Sienra, me encaminé al Vice-Consulado de mi país.

Sienra, amable y servicial, lo mismo que Herrero no aprobó mi proyecto. Para trasladarme a la Foncière era preciso hacer diez y nueve leguas a caballo y atravesar la picada de Curuzú Isabel, larga de tres leguas, tres leguas en medio de bosques vírgenes. No me auguraba nada bueno en esa travesía. Se decía que muchos de los habitantes de la campaña, y en especial los más levantiscos y malevos se escondían en esos montes y asaltaban y robaban a los viajeros. Los peligros ofrecidos por la campaña comprobábalos el hecho de que nadie se atrevía a salir de la ciudad. Las comunicaciones por tierra, aunque por diferente motivo, estaban tan cortadas como en el río.

Para mí, lo más impresionante de estos discursos ya varias veces oídos, no eran los matreros a que prestaba fe muy relativa, atribuyendo su dudosa existencia a la fantasía popular, sino esa picada inmensa, de realidad palpable, atravesando montes vírgenes, ancha de diez metros y en la que el sol no penetraba detenido por la bóveda formada por los gigantes de la selva. Cuanto más ponderaban la extensión y la espesura de los montes para recalcar los peligros, más me entusiasmaba y me afirmaba en la resolución de conocerlos de inmediato.

A mi pedido, nuestro excelente cónsul me dió una

carta de presentación para el jefe político, Sr. Juan Porta, y con ella me encaminé a la Jefatura.

Entregué la carta a un ayudante y pocos minutos después me hicieron pasar a un saloncito. Sentados en un sofá frente a una mesa-escritorio, estaban el Ministro de la Guerra y el viejo C^{el} Jara y junto a ellos, en un sillón, el Sr. jefe político.

Porta recibíame amablemente, me presentó a sus huéspedes e invitóme a tomar asiento.

No bien hube ocupado mi silla, el C^{el} Jara continuó su discurso que mi llegada interrumpiera. Terminaba el relato de una entrevista tenida recientemente con su hijo. Éstelo conjuraba a no oponerle resistencia : ¿Cómo era posible que peleara contra él?

— « Eres tú, quien debe desistir, — le había contestado el C^{el} Jara — eres tú quien debe evitar atacarme. Yo, ante todo, soy militar, y aunque fuera contra mi padre, contra mi madre o contra mi hijo, ¡he de pelear! »

Y al decir esto, el coronel descargó con fuerza el puño cerrado contra la mesa y nos miró a todos con cara torva y ceño fruncido.

Recordé los pronósticos sangrientos de don Tomás Herrero y le di razón.

Al salir de la Jefatura llevaba en el bolsillo el salvo conducto para mí, mi peón y mi caballo, pedido al jefe político.

El caballo bayo de don Carlos.

Me encaminé al escritorio de la Foncière. M. Angot, el contador general, demoró un rato en hacerme pasar. Ocupaba una habitación grande muy escasa en muebles. Estaba recostado en una « chaise-longue » ligeramente atacado de paludismo crónico, enfermedad que sufría hacía años adquirida en las colonias francesas de Madagascar.

Así que por la carta de presentación que para él me había dado Julio Risso se enteró de mis proyectos, terminó la lectura exclamando con sonidos nasales y fuerte arrastre de las erres denotadores del hijo de Francia :

— Muy bien, me paguese muy bien que Vd. vaya a Villa Sana, así tal vez se pueda salvag el cabayo bayo de don Carlos. Ya han venido tres veces a registrar en busca de cabayos. Yo lo he salvado escondiéndolo en la sala, pego acabagán pog encontraglo y yebaglo. Lo que sí creo que degollagán a Vd. al pasag la picada de Cuguzú Isabel. Si pasa la picada podrgá salvag el cabayo de don Carlos.

M. Angot, como todo el mundo, agitaba ante mi el fantasma de la terrible picada, pero en este caso con la rudeza de quién se expresa mal en lengua extranjera, que lo hacía parecer más preocupado por la salvación del caballo que por la vida de un semejante.

Quedó convenida la salida para el amanecer del día siguiente. Como guía llevaría a Chico, mestizo indio de unos veinte años de edad, cuyo empleo no era otro que el de llevar y traer la correspondencia del establecimiento.

Mis baúles quedaron depositados en lo de don Tomás Herrero, la cuenta de hotel pagada, las despedidas hechas y yo pronto para partir al despuntar el día.

Esa noche dormí en el escritorio de la Foncière.

Bajo una galería abierta que miraba al patio de tierra donde estaba el famoso bayo y la mula de Chico, se puso un catre para mí. En él me tendí, después de esconderlo enteramente bajo la carpa grande y tupida formada por el mosquitero comprado en Corumbá.

La picada Curuzú Isabel.

A las dos de la madrugada comenzamos a movernos. Primero cuidamos de racionar los animales. Después Chico encendió fuego en la cocina y preparó café.

Pusimos la ropa en la maleta, arrollamos los ponchos y ensillamos, sin olvidar de poner mi mosquitero entre los cojinitos.

Las estrellas del naciente comenzaban a palidecer con la proximidad de la aurora, cuando montado yo en el bayo y Chico en la mula, atravesamos el portón y enfilamos por las calles del pueblo aún dormido, sintiendo en el rostro la caricia picante del frescor de la hora.

Atravesamos la plaza principal en cuyo centro una

subscripción popular erigiera una estatua de arena y portland a la libertad. Sus contornos, obra de arte dudoso, se deformaban alisados por la triple acción de las lluvias, el sol y el tiempo.

Cruzamos la calle donde antes, en época de pasajero progreso, había corrido un tranvía. Las gentes del lugar contaban riendo detalles cómicos : las vías no habían sido bien cimentadas y en la estación lluviosa hundiéronse lentamente en el blando suelo. Los coches descarrilaban a cada instante obligando a andar muy despacio, tanto, que al fin nada les costaba pararse y aguardar a un pasajero en trámite de sus quehaceres.

— ¡Dile a don Juan que se apure — gritaba desde el asiento delantero el conductor, al indio indolente parado en la puerta de la casa — que ande ligero que estamos apurados!

Y los apurados allí quedaban un cuarto de hora aguardando que Dn. Juan, el patrón del indio, tomara el último mate.

Al fin la vía acabó por hundirse del todo y desaparecer. ¡Y adiós tranvía y adiós progreso!

Dejado el centro, los « sitios » salieron a saludarnos. Por sobre los muros asomaban árboles, plantas y flores desconocidas.

Aquí y allá, a cortos intervalos, resonaban, despertando ecos, los cantos del gallo llamando al día.

Las casas comenzaron a espaciarse, a ralearse, y tras los suburbios del pueblo se extendía el campo, y en él, transformada en camino, colábase la calle que seguíamos.

La luz, intensificándose por momentos, venía del naciente a nuestro encuentro sacando la vida de la sombra. Con ella una gran alegría me ganaba reafirmando mi confianza. Dilatando el pecho, a grandes bocanadas hacía penetrar en los pulmones el aire fresco del alba portador de los mil suaves perfumes de los pastos sutili-

zados por el rocío y por la aurora. Era aire de brisa. Libre acababa de recorrer aquella zona tropical que ansiaba conocer. Su fresco traíame con los perfumes robados a los pastos, a las flores y a los bosques, los secretos descubiertos en el largo peregrinar. Era como un compañero que me hubiese precedido y viniese de vuelta, al que de par en par abriera las puertas de mi casa y asediara a preguntas.

Rasgado en el horizonte el negro manto de tinieblas de la noche, a medida que la aurora teñía de rosa un cielo sin mácula y que acrecía la luz, el campo quieto se agrandó y rió al fin la alegría de los primeros rayos de sol. En el inmenso espacio nosotros fuimos un punto perdido y movedizo.

Curioso, miré una naturaleza nueva para mí. Era un campo de suaves colinas. El espartillo, pasto grueso y alto, dominaba sobre todos los demás, cubriendo de verde amarillento la tierra roja visible en los caminos. La pradera estaba salpicada por grupos de árboles diseminados con gracia y sobre ellos asomaban los penachos de las palmeras, o eran sus solas esbeltas siluetas las que formaban el grupo.

Lejos, hacia la izquierda, se veía la línea oscura de un monte, espeso y continuado.

Me fijé en Chico, mi guía y peón.

Era un mestizo de unos veinte años, de ojos de azabache, tez dorada, nariz aguileña, labios gruesos y pelo renegrido. Llevaba puesto y echado hacia atrás un gran sombrero de paja sujeto por barbijo de cuero, camisa de color y calzoncillo blanco; y lo cubría desde la cintura hasta más abajo de la rodilla, un amplio tirador de cuero de venado de monte, cortado en tiras en los bordes formando ruedo de flecos. Los pies, fuertes, no temían ni piedras ni espinas; iban al aire descansando en los estribos, calzando enormes espuelas de fierro.

Colgada al hombro, a la cazadora, llevaba una cartera de cuero repleta de correspondencia.

Tenía aspecto alegre, simpático; su indumentaria resultaba pintoresca.

Pero Chico hablaba muy poco español. Durante el viaje en vapor, yo había aprendido algunas palabras en guaraní, idioma que me proponía conocer. Pareciéndome propicia la ocasión para una primera lección práctica, inicié una charla de preguntas dignas del Método de Ollendorff.

En verdad, Chico no era hábil como maestro de idiomas. A su absoluto desconocimiento de la gramática, añadía el de la ignorancia del nombre de gran número de cosas que formaban su ambiente habitual. No sabía como se llamaban la mayoría de los pastos que veíamos y solo conocía de las aves el nombre de las más vulgares. Nuestra conversación languideció pronto y quedé en libertad de abandonarme a mis pensamientos.

A medida que el trotar de los caballos nos alejaba del mundo civilizado llevándonos en dirección del noreste, el sol se elevaba sobre nosotros. La sombra agigantada que con sus primeros rayos oblicuos proyectaron nuestros cuerpos, se fué achicando, encogiéndose, hasta desaparecer escondida debajo del vientre de las cabalgaduras. La estación estival aún estaba lejos, pero ya el sol en su avance al meridiano hincaba más y más sus dardos de fuego. Lo que primero fué caricia acabó torturándonos; nos encendió el rostro y nos hizo sensible el martillar de las sienes.

Los caballos trotaban pesadamente. Mi bayo tenía un surco obscuro contorneándole el nacimiento de las orejas que como un hilo se seguía hasta los ojos. De las ancas otras rayas semejantes, bajaban por los flancos, y, transformadas en gotas de sudor, caían al suelo desde las verijas temblorosas.

Para almorzar y descansar Chico me llevó a una casa de su relación situada sobre el camino. Dos cosas me llamaron la atención: un cocimiento de almidón de mandioca preparado como panqueques para comerse en substitución del pan, y una hamaca que se me ofreció por cama para sestar.

Indagué noticias sobre la verdadera situación de la picada Curuzú Isabel, ya no distante de allí, pero la dueña de casa, que nos servía, fuese por natural laconismo, por ignorancia, desconfianza o temor, nada nos adelantó.

Dos horas después de haber llegado a las casas, estábamos de nuevo en camino y a poco andar, señalando una línea oscura que se veía a una legua de distancia, Chico extendiendo el brazo, dijo:

— Los montes de Curuzú Isabel.

Miré con ansia y respiré hondamente. ¿Era, pues, allí, dónde según las predicciones de todo el mundo sería asesinado y robado? ¿Habiendo tanta luz y tanto sol; estando el cielo tan azul y siendo tan bella la naturaleza, podía concebirse la maldad y el crimen?

La tranquilidad de los campos había reafirmado mi fé. Entonces comprendí lo otras veces presentido: los hombres me conturban; la soledad me devuelve la paz, acrece mi fe y duplica mis fuerzas.

Con todo, cuando enfrentamos la boca de la enorme picada, hice correr mi cinto de modo que el revólver quedase bien al frente al alcance fácil de la mano y desprendí el botón de la canana para sacarlo rápidamente a la primera señal de peligro.

La picada se presentó a mi vista, majestuosa en la frondosidad de sus árboles. Una galería sin fin hecha de ramajes, de hojas y de sol; ancha de diez metros, alta de cinco, y su bóveda, profunda de veinte o más metros, sostenida por robustos troncos de variada forma, tamaño

y color, oficiando de columnas. Como boas, enroscándose en los árboles y pasando de uno a otro, las enredaderas, las lianas, los abrazaban trepando, y, entre el verdor luminoso del follaje, estallaban flores de vivos colores.

En el asiento ofrecido por el nacimiento de las ramas se agolpaban las plantas parásitas y gozando la hermosura de la selva abrían las orquídeas los ojos quietos, asombrados, de sus flores extrañas.

Un piar, un gorjear, un aleteo continuo temblaba en el ramaje confundido con el susurrar de la brisa. El olfato descubría mil perfumes agrestes y el oído los mil ruidos misteriosos de la espesura.

De pronto una algarabía estridente de discordantes gritos despierta los ecos de la selva entre golpeteos de alas y de ramas, y un bando de vistosos guacamayos emprende asustado vuelo.

Dejando a tanta belleza adentrarse por los ojos, por los oídos, por los pulmones, por los poros de la piel, caminaba llevado por mi caballo, como en éxtasis, sin otro deseo que el de gozarla.

Chico resultaba excelente compañero para el caso: sólo hablaba al ser interrogado. Podía, a mis anchas, hacerme la ilusión de estar solo y abandonarme por entero a mis intensas emociones.

Pero Chico detiene el andar trotado de su mula y esta actitud despierta mi atención. Veo, con sorpresa, a la derecha del camino, escondida en la umbría arboleda, una construcción de paredes blancas. La puerta estaba abierta y la penumbra de dentro iluminada en tonos rojos.

Chico, en su lenga lenga me da explicaciones comprendidas a medias, al mismo tiempo que, apeándose, ata el animal a un árbol. Después revuelve sus maletas, saca un paquete envuelto en papel de diario y con los pasos sigilosos de sus pies descalzos, cuyo compás marcaba el tintineo de las enormes rodajas de las espuelas al golpear

el suelo y enredarse en el pasto, se encamina al misterioso edificio, quítase el sombrero y entra.

Picado por la curiosidad hago otro tanto. Una modesta capilla ofrecióse a mi vista. Reinaba un altar con una oleografía de la Virgen y en su honor quemábanse chorreadas velas humeantes, cuya luz vestía los objetos de tonos rojizos. De otras, ya del todo consumidas, quedaban los esqueletos de negros pabilos endurecidos, ahogados, en el sebo que antes de solidificarse desbordara.

Chico limpió los candeleros con el cuchillo, puso en ellos las velas traídas por su piedad supersticiosa y después de encenderlas, arrodillóse respetuoso a musitar una oración. Al terminarla, saca del bolsillo una gruesa moneda de cobre, la depositó en el plato colocado sobre el altar junto con otras que allí había, se persigna y sale de la penumbra roja de la capilla a la luz de fuera que lo bañó de alegría.

Poco después, mientras trotábamos por la picada, Chico me contó con dificultad algo que más tarde me hice explicar más claramente: allí, en tiempo de la guerra de López, se extravió y murió de hambre una mujer muy respetada llamada Isabel. Una mano piadosa puso una cruz en el lugar del suceso, conocido desde entonces por Curuzú Isabel, o sea, Cruz Isabel. Más tarde la piedad popular había erigido y mantenía la capilla.

Lo más del tiempo trotando y lo menos galopando, fuimos descubriendo todos los misterios del camino del bosque, mientras el sol, divisado sólo por algún hueco que dejaran de cerrar las ramas de los árboles, se iba acercando al ocaso. Desaparecía ya, cuando llegamos al otro extremo de la picada y descubrimos el Rio Aquidaban.

¡Habíamos atravesado la famosa picada y vivíamos!...
¡El caballo bayo de don Carlos estaba en salvo!

Era un excelente animal el bayo; correntino de origen,

criollo de raza, bien formado, lleno de carnes, fuerte, ágil, voluntario, de buena rienda, mejor andar y manso como un cordero. ¡Con razón el patrón lo había reservado para sí!

La mula de Chico, aunque más modesta, era montura de primer orden para viaje. Infatigable, tenía, lo mismo que el bayo, un trote comodísimo y muy rendidor.

¡Con qué gusto bebieron los dos pobres animales en las aguas del río celebrizado por la muerte del tirano López!

Aquel final de la tragedia que dejó en ruinas y sin habitantes al más poblado y progresista de los países de la América del Sur en aquella ya lejana época, había ocurrido a muchas leguas del lugar donde nos encontrábamos.

A la luz crepuscular de un sol recientemente oculto tras horizonte rosa, pudimos abarcar el panorama del Aquidaban de lecho arenoso, el monte que lo rodeaba, los más lejanos de Curuzú Isabel, el campo y algunas casas ya medio ocultas por la sombra, la distancia y los naranjales.

Chico dijo que por aquellas inmediaciones había quien nos hospedara. Ya noche llegamos a la casa herméticamente cerrada.

Llamamos a gritos : « ¡Oh de casa! », pero nadie nos contestó. Golpeamos con cierta prudencia con el mango del rebenque en la puerta principal, pero el ruido hueco sonó a casa vacía. Vacía o tal vez ocupada por gente medrosa, deseosa de no dar señales de vida que comprometiesen a abrir la puerta a personas extrañas de noche y en tiempo de guerra.

— Es mejor no golpear más — dije — si insistimos pueden respondernos de dentro con un tiro.

Mi guía no se aflige. Conocía una casa de comercio donde seríamos bien recibidos. Allí llegamos un cuarto de hora más tarde.

Marido y mujer, sus únicos habitantes, nos reciben de buena manera : nos servirían conserva de sardinas, huevos pasados por agua y galleta. Un buen té de hoja de naranjo supliría el café que me estaba prohibido. Chico tomaría mate en la guampa que traía atada a los tientos del recado.

Para nuestros caballos había de un buen piquete junto a las casas.

Desensillamos y lavamos con agua fresca los lomos sudorosos de los animales sin importarnos de la noche, que estaba caliente y luego los largamos en el probrero. Buenos higienistas por instinto, se gozaron de inmediato en demoradas revolcadas que terminaban, para limpieza del cuerpo, en sacudidas y temblores, y sin más trámite hundieron entre el pasto los hocicos hambrientos y comenzaron a trincar la hierba.

Nos dirigimos a las casas. Componían las construcciones las habitaciones de la familia, un almacén mal surtido y un galponcito. El conjunto rodeaba un patio abierto hacia el camino.

Al frente un parral formando zarzo; a un costado un monte de copudos naranjos y al fondo un maizal.

La luna alumbraba melancólicamente. Traídos por sus rayos llegaban quejidos de un acordeón lejano.

Los dueños de casa comenzaron a aprontar mi alojamiento. Colocaron bajo el parral del patio una enorme cama de madera hábilmente labrada. En sus esquinas cuatro gruesas columnas torneadas se levantaban metro y medio sosteniendo listones formando cuadro que al mismo tiempo de servir de sostén al mosquitero dábales unidad y consistencia.

Sobre esta cama arcaica, perteneciente, quizá, a un español célebre del tiempo de la conquista, puse mi tupido mosquitero corumbaense. Chico, no lejos de mí, hizo cama con su recado tendido en el suelo.

Terminada en el galponcito la frugal comida, sólo pensose en descansar. Chico, sin más preámbulos, se acuesta sobre sus mullidos cojinillos; el patrón y su mujer enciérranse en las casas y la pronta extinción de las estrías de luz de las rendijas de la puerta demuestra que se entregaban al sueño. En cuanto a mí, después de escobillarme los dientes, me puse a caminar bajo el umbrío naranjal para desentumecerme de todo un día de marcha a caballo.

Una espléndida luna, convidaba a pasear y a meditar. Hacía ambas cosas cuando veo el bulto del dueño de casa alejarse corriendo por los fondos siguiendo la calle del maizal. Probablemente me creía dormido. Así mismo tomaba sus precauciones para no ser percibido : corría sin ruido llevando el cuerpo inclinado como quien quiere hacerse chico y ocultarse.

Tan extraña actitud despierta mis sospechas : ¿Qué se proponía? ¿Porqué corría y se ocultaba?

Recordé los augurios de muerte en la picada de Curuzú Isabel. ¿No iría aquel hombre en busca de compañero, probablemente del que a algunas cuadras de distancia había hecho sonar el acordeón que se me antojara tan lúgubre, para confabulados robarme y aún asesinarme?

Mi primer ímpetu fué seguirle y hasta dí algunos pasos con tal propósito, pero me detuve. Pensé que corriendo como iba y llevándome ventaja de casi una cuadra, le perdería en las vueltas del camino del maizal, exponiéndome, en cambio, a ser descubierto en actitud difícil de justificar.

Por de pronto — me dije — es probable que intente robar mi caballo. Animal de excepción, sus excelentes cualidades no le habrán pasado desapercibidas. Mañana me dirá que le cortaron el alambrado del potrero, y, como estamos en tiempo de guerra, esa declaración le exime de responsabilidad. Debo evitarlo a toda costa.

Llamo a Chico sacudiéndolo. No fué tarea facil despertarle.

— ¡Erú cabayú! (trae el caballo) — le digo, utilizando las cuatro palabras de guaraní que conocía.

— ¡Cabayú acarú! — respondiíme — o sea : el caballo debe comer.

Yo no sabía ni quería explicarme, de modo que golpeando impaciente el suelo con el pie, repetí varias veces :

— Erú, erú, erú. (traiga, traiga, traiga).

El indio tomó mi bozal y cabestro y fué en busca del bayo.

Al pensar que mi caballo iba a pasar la noche atado, me acordé de algo que debería haber recordado antes : darle una ración de maíz. Me puse a buscar y encontré en el galponcito una barrica llena. Medí una buena ración y la metí en un cajoncito.

Mientras tanto Chico había traído mi caballo y obedeciendo mis órdenes se acostó de nuevo.

Até el animal a una de las gruesas columnas de los pies de mi cama; allí estaría bajo mi vista. Le alcanzo el cajoncito con maíz y los granos comienzan a crujir entre sus dientes.

Quitada la ropa me echo sobre la cama protegido por el mosquitero que la cubría totalmente.

En mi casa y en mi cama — pensaba — a causa de los diablos de mis nervios, duermo con sueño de teru - tero despertando por el volido de una mosca, y en las actuales circunstancias el granuja del dueño de casa va a sacarme el caballo sin que lo perciba... ¡Imposible!

Para estar mejor preparado a todo evento, saco el revólver del cinto y me acuesto conservándolo en la mano metido bajo la almohada. Quería descansar y velar al mismo tiempo. Quería dormir pero con un sueño tan leve, que el más ligero ruido me despertara. Desgraciadamente, a este respecto sobrabanme razones para tenerme fe. Por

menos ruido que hagan les oiré, — pensaba — despertaré. Cubierto, como estoy, por el tupido mosquitero dentro de esta cama de dos plazas, ellos, sin levantarlo, no me verán ni sabrán mi verdadera ubicación y actitud. Yo, en cambio, les veré perfectamente alumbrados por la luna. ¡Buen chasco llevarán cuando el dormido les aboque el revólver a la cara!

En medio al revoloteo de estas ideas en el cerebro, el sopor que precede al sueño fué ganándome : el cuerpo se hacía menos sensible y más liviano, como si flotara, como si perdiera materia transformándola en idea difusa. La conciencia se anulaba y la imaginación sin control comenzaba a fantasear.

Era así y cada vez más así, cuando de aquel estado bruscamente me arrancó un ruido extraño, el de un golpe, devolviéndome de inmediato a la conciencia de mi situación.

Instantáneamente me incorporé empuñando el revólver. Éste, a la par que los ojos, buscaron al presunto enemigo volviéndose rápidamente en todas direcciones.

Y en lugar de ladrones y asesinos, se presenta la noche con su luna serena, derramando fulgor de plata sobre el mosquitero, las casas, los árboles y el campo. El caballo seguía tranquilamente al pie de la cama rozando maíz con sus poderosos molares, y a veinte pasos más allá, la respiración acompasada de Chico delataba al hombre dormido.

Todo era paz y quietud. — ¡Sí, indudablemente; el ruido se debió a una patada del caballo contra el suelo para espantar los mosquitos! — me explicaba.

De nuevo procuro dormir y cuando ya el sueño ens señoreábase de mi cuerpo, otra vez un ruido inusitado me arranca del descanso precipitándome a la defensa, y vuelve mi revólver a amenazar los cuatro puntos cardinales.

Y siempre la misma paz y quietud. Y siempre la misma luna riendo al contemplar irónica, la cómica escena creada por la desconfianza. También reía yo de mí mismo. Parecíame ser actor en una comedia, pero en una comedia en la que no podía dejar de tomar parte y desempeñar el principal y más desairado papel. Y una y otra vez comencé a dormir y siempre fuí despertado en sobresalto.

Este juego duró hasta que los primeros cantos del gallo advirtiéronnos ser llegada la hora de prepararnos para la jornada del nuevo día.

En Villa Sana.

Cuando a medio día, al salir de la espesura de un monte cruzado por el camino y alcanzar la cima de una loma, Chico extendió el brazo en señal de apuntar, exclamando : « ¡Villa Sana! », sentí una emoción parecida a la de Colón, cuando, a la vista del suelo americano, oyó gritar : ¡Tierra!

Saltando con los ojos por encima de un valle profundo, se veía en las alturas de enfrente, a una legua de distancia en línea recta, tres alegres grupos de casas apartadas unas de otras un par de cuadras. Estaban como alineadas en relativo desorden en un lugar alto, despejado de árboles. A su derecha el campo se extendía en colinas animadas por ganados pastando; a su izquierda y al fondo, el monte cubría la tierra hundiéndose en el horizonte su línea oscura.

Después de la soledad salvaje que acabábamos de

atravesar, aquel conjunto de casas antojábaseme centro populoso. Las paredes blancas, fulgurando al sol que las bañaba, rompían con un himno de vida, de alegría y de progreso, la tonalidad siempre verde del paisaje. A su vista, hasta los animales se alegraron: caminaron con más brío. Dos horas más de marcha contorneando el hondo valle y llegaríamos.

A las dos de la tarde atravesamos la portera a que nos condujo el camino. Junto a ella, hacia la derecha, se levantaba una extensa construcción; a la izquierda un gran galpón y un edificio grande, cuyo aspecto denotaba superior categoría.

Allí había casas para un ejército, y, sin embargo, con gran sorpresa mía, no vimos un solo ser humano. Apenas si nos ladraron unos perros. A aquella hora de siesta, todo parecía dormir arrullado por el arroró adormecedor de la chicharra.

— Es la mayordomía — explicó Chico —, con la dificultad de su español. Las casas de la derecha, son el almacén y habitación de las peonadas y sus familias; las de la izquierda, las del mayordomo y los escritorios de la administración.

Sin detenernos seguimos avanzando. Unidos por el camino, cuadra y media más allá, encontramos el grupo de edificios principales: la gerencia. Primero las caballerizas junto a un plantío de bananos, después la casa de los gerentes y enfrente de ésta, la cocina, dependencias y habitaciones de la gente de servicio.

Lo mismo que en el grupo anterior, reinaba la más completa soledad.

Tampoco allí detiene Chico el andar de su mula. Hicimos otra cuadra de camino y llegamos al grupo de casas más modesto y pequeño de los tres, pero más pintoresco por los copudos árboles que lo alegraban. En el trayecto mi guía me informa: era la casa del comisario Jorge Mathieu.

Para este señor yo traía una carta de presentación del contador M. Angot.

A nuestra proximación ladra un cuzco, y asoma a la puerta el dueño de casa a inquirir lo que sucedía. Al verme, su rostro expresó sorpresa.

La figura de M. Mathieu proclamaba a gritos su procedencia extranjera. Tenía tipo marcadamente francés, de ojos claros y cabeza ancha. Me recibe con la refinada cortesía propia de los hijos de Francia y me presenta a su joven señora, una paraguaya morocha, bien parecida, amable, simpática, esbelta y ágil.

Tenían tres hijos entre dos y seis años. En ellos fundíanse y confundíanse los rasgos distintos de la raza paterna y materna.

Hacía poco que la familia había acabado de almorzar; aún no había sido retirado el mantel de la mesa.

Antes de leer la carta de M. Angot y de enterarse de quien yo era, ya M. Mathieu mandó prepararme un almuerzo a la minuta.

No demora en estar pronto. Componíalo unas buenas rebanadas de jamón frito, en las que cabalgaban amarillas yemas de huevo en monturas de blanca clara. El sabroso manjar, con su olorcillo excitante y el crepitar del aceite todavía hirviente en los bordes, dijo a mi buen apetito : cómeme y saboréame.

No podía ser más cordial la acogida dispensada por el simpático matrimonio : palabras amables que confortaban el espíritu, y excelente almuerzo que tonificaba el cuerpo.

Terminado éste, después de un rato de charla de sobremesa, condújome M. Mathieu a la casa que iba a ser mi residencia. Mientras tanto, respondiendo a mis preguntas me daba informes sobre la Société Foncière du Paraguay y la situación creada a causa de la guerra.

La sociedad poseía 260 leguas cuadradas de excelente

campo, dedicados a la cría y engorde de ganado vacuno y caballar. Para su mejor administración, el campo había sido dividido en cinco establecimientos o estancias y al frente de las cincuenta leguas de cada una de ellas, había un mayordomo, un primero y un segundo capataz y al rededor de cincuenta peones; total 250 o 260 hombres o sea uno por legua más o menos (1)

Tan crecido personal práctico y bien elegido, no era de fácil substitución en país tan poco poblado, de modo que la amenaza de dispersión constituída por la guerra debió conjurarse a toda costa. El gerente y sub-gerente, los hermanos Carlos y Luis Pfannl — actualmente en el establecimiento de San Luis de la Sierra — habían hecho atravesar el Apa y emigrar al vecino Estado de Matto Grosso a los mayordomos y a la mayor parte de la peonada, manteniéndolos allá por cuenta de la Sociedad hasta que vuelta la normalidad política pudieran regresar al país.

Junto con el personal habían sido llevados al Brasil cerca de mil caballos. La Foncière estaba sin gente y a pie. Apenas habían quedado algunos hombres con un puñado de caballos haciendo vida de matreros, escondidos en montes apartados de todo camino.

Villa Sana, la estancia más cercana a la ciudad de Villa Concepción y cabeza de todas, por lo común tan concurrida, en la actualidad disponía de un solo peón.

M. Mathieu me aloja en la casa de los gerentes en el espacioso cuarto de Don Luis Pfannl. El centro de este edificio, el principal de Villa Sana, lo ocupaba un gran

(1) En la actualidad la Foncière posee cincuenta leguas más de campo sobre la margen del Río Paraguay, en el que ha construido un puerto y un saladero, y ha abierto un escritorio en Montevideo para la financiación de sus productos, a cuyo frente se halla el Sr. Luis Pfannl.

salón comedor, cuyo largo tomaba todo el ancho de la casa. En sus cabeceras se abrían hacia el exterior las dos grandes puertas de entrada a la casa : una sobre el frente principal, que miraba al camino, desde la cual, a una cuadra hacia la derecha, se veía la casa de M. Mathieu y a una cuadra y media a la izquierda la mayordomía ; y la otra sobre el otro frente, que daba al patio y miraba a la cocina y casa de la gente de servicio.

En este comedor, lateralmente, había cuatro puertas internas que daban a otras tantas habitaciones, dos a la derecha y dos a la izquierda. Entrando al comedor por la puerta del patio — la más utilizada de las dos de los frentes — la primera puerta lateral a la derecha comunicaba con el cuarto de don Luis que yo ocupé, y la segunda con uno más pequeño : el del presidente de la sociedad el banquero Cahén d'Anvers. Éste, desde París, donde residía, de tarde en tarde hacía viajes a América para visitar los establecimientos de La Foncière.

Las puertas de la pared lateral izquierda abríanse : la frontera a mi cuarto, sobre una habitación pequeña que comunicaba con una segunda ; y la otra, frente al cuarto de Cahén d'Anvers, daba al dormitorio de don Carlos, grande y espacioso como el de su hermano.

Los cuatro rincones del comedor estaban ocupados por armarios triangulares : dos con lozas de servicio de mesa y dos llenos de libros, novelas en su mayoría escritas en francés, en español y en alemán y con ellas gruesos diccionarios de las tres lenguas.

Una gran mesa ocupaba el centro de la espaciosa estancia y balanceándose sobre ella pendía del techo una lámpara belga. Los muebles de la casa eran modestos : camas de fierro de dos plazas envueltas en mosquiteros rosados ; grandes armarios-guardarropa, lavatorios, mesas, sillas y sillones ; todo fuerte y sencillo, pero esmeradamente cuidado.

Corrieron los días con cierta pesadez en aquella inmensa estancia tapera. Las comidas las hacía en compañía de M. Mathieu y su agradable familia con la que pronto establecimos cordial familiaridad. Las horas de sol pasábalas sentado en el solitario caserón de la gerencia leyendo las novelas ofertadas por las bibliotecas.

A caballo no salí nunca. A raíz de mi llegada el bayo de don Carlos fué a reunirse con sus congéneres escondidos en los montes dejándome a pie. M. Mathieu había puesto su escopeta a mi disposición. De mañana y de tarde me internaba por los bosques vecinos en demanda de caza.

Villa Sana había comenzado por ser una colonia francesa dedicada al cultivo del café. Con este fin, los montes seculares fueron rasados. Al evolucionar hacia la ganadería, éstos, retoñando, habían vuelto por sus fueros y cubrían de nuevo el suelo, pero por ser relativamente nuevos eran bajos y de escaso interés. Pero me hicieron conocer algo a que debí muy malos ratos : la garrapata del monte. Tiene aspecto de chinche y camina tan rápida como este repugnante insecto. La defiende una cáscara o caparazón muy dura. En cierta época del año es muy abundante y basta el rozar la rama de un árbol para que pasen decenas de garrapatas a pasearse por las ropas en busca de intersticios donde meterse, y, dando con el cuerpo, eligen las partes más ocultas y de piel más blanda para clavar la trompa y allí dejarse estar cumpliendo el ciclo de su existencia parasitaria.

Hasta esa época, yo nunca « me había conocido ». De noche, antes de acostarme, a la luz de una vela, ayudándome de un espejo, érame necesario revisar mi cuerpo minuciosamente. En aquel tiempo, todo fué arte cinagético : durante el día hurgaba los montes en busca de yacús y tucanos; de noche los recovecos de mi pobre humanidad a la caza de garrapatas. Dan comezón muy

viva que no desaparece al arrancarlas. A ciertas personas las picaduras se les inflaman, infectan y supuran. Felizmente no fuí comprendido en el número.

Llevaba una semana de tan descuidada existencia, cuando una noche, a eso de las once, la lectura de una novela de Guy de Maupassant que hacía acostado en mi cama, fué interrumpida por ladrido de perros seguido de pisadas de caballos y de voces humanas. Poco después, el peón que dormía en el edificio del otro lado del patio, golpeaba en los vidrios de mi ventana diciendo :

— ¡Don Luis, ahí esta don Carlos!

Me tiré de la cama y comencé a vestirme. Oí el tropel de caballos llegando al frente de la puerta del patio y una voz grave de hombre, levantose en la noche :

— ¿Da permiso, don Luis? Soy yo, Carlos Pfannl, gerente de la Foncière.

Paso al comedor, abro la puerta que da al patio y enciendo la gran lámpara belga. El espacioso salón quedó como de día.

Don Carlos se presenta acompañado por un cuñado y varias personas más. Venían del saladero de Risso en donde habían tenido noticias de mi probable presencia en V. Sana y se dirigían a V. Concepción. No harían más que tomar una taza de té o unos mates, según los gustos, dar una ración de maíz a los caballos, y, teniéndose por suficientemente descansados, partirían de nuevo.

Eran portadores de una gran noticia : Villa Concepción estaba en poder de las revolucionarios ; se había entregado sin disparar un solo tiro.

Recordé los pronósticos de don Tomás Herrero y del tremendo puñetazo del Cel Jara con que apoyara su tonante declaración : « ... y yo, aunque sea contra mi padre, contra mi madre o contra mi hijo ! he de pelear ! »

Con la caída de la villa había caído el departamento entero, pues sólo en su capital el gobierno tenía fuerzas.

En adelante quedaba libre del temor de combates. El duelo seguiríase librando en la capital de la República. La Asunción estaba sitiada; allí peleábase diariamente.

Todo esto me lo cuenta D. Carlos sentado a mi lado en derredor de la mesa, donde, con sus demás compañeros, bebíamos una taza de té con rodajitas de limón. Y mientras él habla yo observo su alta frente coronada de cabellos renegridos, en los que asoma una que otra cana sobre las sienes; sus ojos color castaño oscuro, su mirar penetrante, su facciones angulosas y sus bigotes negros ocultando a medias una boca con dientes muy blancos, de la que salen palabras de un hablar reposado.

Era atezado por naturaleza, rasgo exagerado por los soles tropicales; de estatura mediana, fuerte, musculoso, y ágil. La fisonomía y el gesto dejaban adivinar al hombre en quien la reflexión es hábito y la palabra su expresión serena. Ademán firme, franco. Su textura y su aspecto denotaban no vulgar equilibrio de vigor físico y mental.

Estas cualidades, unidas a las de un trato afable de hombre bien educado muy dueño de sí mismo, conquistaron de inmediato mis simpatías y mi confianza.

— Ahora no es más de temer el combate, siguió diciendo D. Carlos, pero siguen corriendo peligro los hombres, los caballos y las armas. De estos tres elementos de guerra carecen los revolucionarios y en su busca recorren todo el país. Lo mejor es esconder cualquier arma que se tenga y usar sólo el cuchillo.

— ¿Cuándo regresarán Vds. a V. Sana?

— No lo sé, seis u ocho días, tal vez más. Probablemente, después de conocer en V. Concepción cual es la verdadera situación política y de pedir a las nuevas autoridades las mayores garantías posibles para la Foncière, paso al Chaco a ver una estancia de mi propiedad. De allá reclaman mi presencia.

— ¿Y su hermano?

— Quedó en San Luis de la Sierra y no vendrá a V. Sana hasta dentro de unos días; pero Vd. sabe, don Luis, que queda Vd. en su casa, una casa incómoda, falta del confort a que está Vd. habituado, pero que es suya.

Con estas amables palabras se despidió don Carlos a las dos de la madrugada, montó a caballo y partió con su comitiva.

Cierro la puerta y vuelvo a mi cama.

El Malón.

Me levanto de día. Siguiendo los consejos de D. Carlos, escondí mi revólver detrás de los libros de la biblioteca, conservando en la cintura únicamente mi cuchillo de modestísimas dimensiones.

A las siete me encamino a casa de M. Mathieu : era la hora del desayuno.

— ¡Buenos días, señora, buenos días M. Jorge! — exclamé al entrar.

— Buenos días don Luis. Deseamos que el día sea mejor que la noche. Con la visita de don Carlos Vd. habrá dormido muy poco — me dijeron marido y mujer.

— No crean, no he dormido mucho menos que la generalidad de las noches. Sufro, desde hace años, de una enfermedad nerviosa — causa indirecta de mi presencia aquí — que me hace pasar las noches más alerta que un chajá.

— ¿Que le pareció don Carlos? — preguntó Mathieu.

— Muy bien. Me dió la impresión de ser un hombre muy completo.

— Sí, es un hombre de real mérito. Gracias a él y a su hermano don Luis, la Foncière que hace diez años fundaron, es lo que es. Desde entonces ha crecido constantemente y los campos salvajes van, paulatinamente, poblándose de buenos ganados, los mejores del país, y subdividiéndose en potreros bien alambrados.

Hoy, — continuó informándome M. Mathieu — hay más de cien mil vacunos, mil caballos y mil quinientas yeguas en cría. Gracias a los hermanos Pfannl los cinco establecimientos que componen la Foncière : V. Sana, Santa Sofía, Toldocué, San Luis de la Sierra y Mirabeau marchan como un reloj. En cada uno hay un mayordomo, un primero y un segundo capataz y cincuenta peones más o menos. Además, todos tienen un almacén, a cargo de un comisario, para proveer a la peonada.

Posee también la Foncière, una curtiembre y fábrica de recados. A los peones, a la par que caballos, se les da recado. Este sistema tiene la ventaja de que los arreos de la peonada sean de buena calidad, contribuyendo poderosamente a conservar sanos los lomos de los caballos.

Aprovechando tierras muy fértiles de la costa del Apa, una veintena de hombres plantan maíz y hacen otros cultivos necesarios para el consumo general. Esto no impide que en todas las estancias y en todos los puestos haya una huerta destinada especialmente al cultivo de la mandioca.

La contabilidad de cada establecimiento la lleva el comisario que en ella reside y éste es al mismo tiempo, como ya le dije, el encargado del almacén. Una vez por mes los comisarios se reúnen aquí, en V. Sana, el principal y cabeza de todos. Yo tengo en él el cargo de comisario, y, además, soy el comisario general. Por mi intermedio se

abastecen todos los almacenes y se pagan todas las cuentas. Mensualmente ellos deben rendírmelas y yo, a mi vez, con el visto bueno de los gerentes, las rindo al contador general residente en V. Concepción.

El comisario, — continuó diciéndome M. Mathieu —, además de las cuentas de almacén, las cuentas de los peones — a quienes la costumbre impone vender fiado —, las planillas de sueldo, etc., tiene el deber de llevar los libros del movimiento de haciendas. No sale un caballo de un establecimiento para otro, sin apuntarse el día de salida, pelos y señales, quien lo montaba, etc. El debe y haber de estas cuentas de movimientos de hacienda en general y de caballos en particular, llevadas en cada estancia, resultan así controlados recíprocamente.

Una cuenta que da mucho trabajo es la de alambre, postes y piques. Piense Vd., que entre cuarenta y sesenta hombres, están, desde hace años, haciendo nuevos alambrados y componiendo los existentes. Si no se vigilara atentamente ¿quién sabría dónde iría a parar ese material costoso?

A medida que me enteraba de los múltiples rodajes de aquella empresa, más crecía mi admiración por sus creadores. ¡Cuán grande no habría sido su energía, su perseverancia, su inteligencia, competencia y honradez!

M. Mathieu, después de pequeña pausa prosiguió :

— Lástima que esta revolución haya venido a estorbar nuestra labor creándonos una situación francamente difícil. Pero la toma de la villa, hace presumir la pronta terminación. Don Carlos, considerando ya pasado el mayor peligro, mandó en busca de los peones que están escondidos en el monte, para hacer un trabajo de urgencia. No tardarán mucho en llegar.

Estábamos en esta conversación cuando fué servido el café con leche acompañado de exquisitos bizcochos —

obra de la habilidosa señora de M. Mathieu — manteca fresca, miel, etc.

Los tres nos sentamos a la mesa sintiendo la alegría sana de nuestro buen apetito.

La claridad entraba a raudales por la puerta abierta. Frente a ella y dentro de la habitación, los rayos oblicuos del sol de la mañana, dibujaban una alfombra de luz.

El marco de la puerta era también el de un risueño paisaje. Por el espacio libre, desde nuestros asientos descubríamos el amplio patio del frente en que desembocaba el camino de unión con la gerencia y la mayordomía; un pedazo de campo y a unos cuatro-cientos metros de distancia, donde antes fuera cafetal, el monte subiendo y bajando lomas hasta perderse en lontananza.

El trozo de cielo azul encerrado en el rectángulo de la puerta, era cruzado con rapidez por las golondrinas que en juegos de alas y gorgoros revoloteaban en torno a la casa, y, lentamente por las aves que volaban a distancia encima de las palmeras de los bosques. Entre ellas, debido a los círculos concéntricos descriptos en maravilloso vuelo planeado y al plumaje negro perfilándolos nítidos sobre el fondo azul, se destacaban los cuervos, tan abundantes en aquellos parajes.

Ladraron los perros. Por la dirección y la distancia comprendimos que era en la mayordomía.

— Deben ser los peones que llegan, dice Mathieu.

Me levanté y salí al patio.

— Sí, — informé levantando la voz para vencer los treinta metros que me había alejado a fin de descubrir mejor el camino y la mayordomía — son ellos y vienen, parece, muy apu...

Mis palabras son interrumpidas por el detonar de varias armas de fuego. Los supuestos peones me habían visto como yo a ellos, y sin decir « agua va », descargaban sus armas contra mí, al mismo tiempo que clavaban

espuelas en los caballos abalanzándolos hacia donde yo estaba.

No me moví y esperé unos segundos, muy pocos, los necesarios para que hiciesen a todo el correr de sus caballos los docientos metros que nos separaban. A punto de llevarme por delante, sofrenáronlos, y abocándome sus armas de fuego, y, a la vez, amenazándome el pecho con sus facones, me rodearon a los gritos de ¡«entréguese! ¡entréguese!»

Yo, que no había hecho un gesto ni para huir ni para defenderme, estaba entregado de antemano, lo menos materialmente, y permanecí en actitud de silenciosa espera.

Ninguno de los que formaba la partida llevaba divisa ni distintivo indicador del partido político a que pudieran pertenecer; por la catadura podría tomárseles por bandoleros. Frente a mí, apuntándome a los ojos, estaba el, al parecer, jefe de los asaltantes. Me apuntaba con su pistola amartillada sostenida con la mano derecha, mientras la izquierda sujetaba el caballo todavía anhelante y brioso después de la carrera. Al mismo tiempo, arrastrando la lengua pesada de aguardiente y torpe por la dificultad del idioma, decía :

— ¡Entréguese, entréguese; quiero armah, registrar!

— No tengo armas — le contesté, a la vez que levantaba el saco y mostraba el cinto sin revólver, portador de un pequeño cuchillo.

— ¡No sé... quiero armah... registrar!

— No tengo armas; puede registrar cuanto quiera.

— ¡No sé... quiero armah... registrar! repetía como un estribillo aquel hombre, mientras las dos bocas de los caños de su pistola en continuo movimiento contrarrestando los del brioso caballo, no cesaban de perseguir mis ojos.

Mientras tanto, M. Mathieu, que al oír las detonaciones

había saltado de su silla y salido al patio, había sido rodeado como yo.

— No tengo armas, registre cuanto quiera — volví a decir — y giré el cuerpo y estiré un brazo señalando la casa a mis espaldas en un gesto como convidando a entrar.

Este gesto me permitió ver la escena que allí se desarrollaba : la señora de Mathieu de pie en el umbral de la puerta con su hijito más pequeño en brazos hablaba a gritos en guaraní, contraídas las facciones, descompuestas en un rictus expresivo de miedo y de coraje; de mujer que teme y de madre que defiende. Por sus mejillas rodaban gruesas lágrimas. Los otros dos hijos, asidos a sus polleras, lloraban desesperadamente. La mayorcita, de unos seis años de edad, con el terror pintado en su infantil carita, lloraba a mares, moviendo convulsivamente los brazos y piernas sin por eso soltar las faldas de la madre y gritaba : « ¡Ay que matan a papaíto! ¡Ay que matan a papaíto! »

¿Qué hombre de corazón, por medroso que fuere, no siente transformarse en coraje sus temores a la vista del peligro que amenaza a mujeres y niños? Es el instinto de conservación de la especie, impulsando al macho fuerte en defensa de la hembra débil y las tiernas generaciones salidas de su seno fecundo.

Yo, que hasta entonces consiguiera mantener mi sangre fría, a la vista de la escena que ofrecía la familia de M. Mathieu sentíla trocarse instantáneamente en incontenible indignación, de modo que, al repetido « ¡no sé... quiero armah... registrar! » del jefe de los bandoleros, me encaré con él, erguido el cuerpo, y con voz enérgica le increpé.

— Ya he dicho que no tengo armas y que registren cuanto quieran, pero con esa pistola con que pretende asustarme, Vds. no asustan más que a las mujeres y a

los niños. ¿No tienen vergüenza siendo soldados portarse como bandidos?

— ¡No sé... quiero armah... registrar! vuelve a decir el jefe con su voz borracha, sin cambiar de actitud.

No puedo imaginar como hubiera terminado aquello, si a la vista de un nuevo jinete de mejor catadura llegando apaciblemente al trote de su caballo, no se levantara la voz de M. Mathieu en medio del grupo que lo rodeaba, preguntando :

— ¿Es el jefe de Vds.? y de seguida exclamara fuerte :
¡Migue, señog Silva; migue lo que hacen sus soldados!
¡Ni los negros del Africa, se portagúan así! (M. Mathieu, en un tiempo, había vivido en la Colonia del Senegal).

— ¿Que están haciendo ahí? — interrogó la voz severa del jefe Silva — ¡Salgan de ahí! ¡mándense mudar! — ordenó con imperio.

La pistola, que hasta entonces buscara insistentemente mis ojos, metiose humilde en la canana y con ella buscaron su guarida acostumbrada en cananas y vainas, las pistolas y facones de los demas asaltantes. Éstos, despues del primer momento, esperaban en actitud de amenazadora expectativa el fin del diálogo mantenido entre su jefe y yo.

A la orden de Silva se dispersaron todos en grupos con dirección a la gerencia y la mayordomía.

Eran fuerzas del gobierno, del jefe político Porta — nos explicó Silva — a las órdenes de quien venían.

— Ese, mi segundo, es un bruto — dijo — ¡Miren lo que ha hecho conforme se vió solo con sus soldados por haberme detenido unos minutos en el camino!

Buscaban gente para engrosar las filas raleadas del ejército gubernista, armas y caballos.

Silva partió en dirección a la mayordomía; yo me fuí a la gerencia. Los soldados con sus fachas de bandoleros habían entrado por la puerta del patio.

Enderecé a mi cuarto. Al entrar tropecé con un individuo llevándose muy campante mi recado suspendido por el correón que lo apretaba enmaletado como yo lo tenía. De un manotón se lo arrebató diciendo :

— ¿ Son Vds. soldados del jefe político Porta? Aquí tiene de su jefe un salvo-conducto para mí, mi peón y mi caballo y en consecuencia para mi recado y todo lo que me pertenezca. Y sacando del bolsillo el salvo-conducto del jefe político, lo puse ante sus ojos.

Sin decirme nada se encaminó a la puerta. No tuvo tiempo de leer una palabra; probablemente era analfabeto.

Habíame percatado tratarse de gente ignorante, acostumbrada a ser mandada. Una orden enérgica y una actitud resuelta, viniese de quién viniese, los empujaba a la obediencia pasiva.

Pasando al comedor veo a uno de ellos en actitud de revisar la biblioteca. Me acordé de mi revólver escondido detrás de los libros. El peligro de perderlo era inminente. Me acerco al intruso, le golpeo con fuerza en la espalda para atraer más vivamente su atención, y, al mismo tiempo abro la puerta de la habitación de don Carlos y le digo :

— Si gusta, amigo, puede visitar este cuarto.

Probablemente le llamó la atención el mosquitero rosado, color de gran lujo, porque abandonó de inmediato la biblioteca y entró en la habitación, saliendo a poco portador triunfante de una escopetita « Monte Cristo » para cazar pajaritos. Y dando la búsqueda por terminada se marcharon de la casa.

Mientras tanto, donde hubieran querido entrar fué precisamente donde no entraron. En la confusión propia del desorden de soldados indisciplinados producto de la revolución, pasóseles por alto revisar el cuarto de don Roberto Cahén d'Anvers, presidente de la Foncière. Allí

hubieran encontrado abundante arsenal compuesto de unos cincuenta recados, un centenar de machetes, dos winchester, una escopeta, varios fusiles de cargar por la boca y un millar de balas y cartuchos. Añádase a esto, un par de cientos de botellas de excelente vino Borgoña con que hubieran podido festejar el hallazgo. Quedó allí ese tesoro, tras la puerta que lo guardaba sin temores, puesta la llave en la cerradura.

Terminada la revisión de la gerencia, nos fuimos todos para la mayordomía. La revisión de ambos grupos de casas, había sido simultánea; ya todo había sido refistoleado. No se importaron, naturalmente, de los papeles del escritorio. En cambio, el almacén, fué para ellos imán poderoso. Se surtieron de yerba y de azúcar, de algunas prendas de vestir y brindaron abundantemente. Pero en honor a la verdad y a ellos, agregaré que pudieron abusar mucho más de su situación de conquistadores. Fueron relativamente parcos y discretos.

La carneada.

El jefe de la partida mandó carnear para hacer la comida del mediodía. No demoraron en traer frente a la portera, enlazada por los cuernos y por arriba de las ancas, una vaquillona gorda de pelaje negro, lustroso, debatiéndose en vano contra la fuerza de los dos caballos que la arrastraban. Sin voltearla le hundieron un facón en la « olla ». El pobre animal dió un salto de

dolor y un grueso chorro de sangre le brotó del pecho. Por la boca abierta, descubierta la lengua saliente y arqueada, dejó escapar un balido lastimero.

Aflojó y cayó el lazo de las ancas, pero quedó en tensión el que la sujetaba por los cuernos. El caballo, con el cuerpo inclinado y las patas tiesas por el esfuerzo, se mantenía quieto en actitud baqueana.

Quieta, también, anhelante, con las cuatro patas abiertas para evitar la caída, arrojando sangre a borbotones, manteníase la pobre bestia herida. Una respiración silbante, afanosa, ahogada, apurando el ritmo por instantes, se hacía con esfuerzos de fuelle en las ijadas. El aire entraba y salía tanto por la boca abierta como por la herida, y por ésta, mezclado con el borbotear espumante de la sangre que escapaba al mismo tiempo que la vida.

El bárbaro espectáculo llenaba de contento el espíritu cruel de los hombres; la vista de la sangre parecía emborracharles de alegría. Festejábanlo con dichos en idioma guaraní, risas, gritos y algazara.

Uno de ellos de un salto monta la vaquillona que comenzaba a tambalearse y le clava en el vientre sus demesuradas espuelas.

Redoblados gritos, aplaudieron la hazaña. Entonces intervine :

— Sr. Silva, no permita que « judíen » con el pobre animal, basta con matarlo.

— ¡Vamos, anden pronto y déjense de juguetes!

A la orden del jefe se apeó el jinete y tirando uno de la cola y otros de una pata, dieron con la vaquillona en tierra que cayó de costado, y sin esperar más comenzaron a descuartizarla viva.

La víctima se defendía sacudiendo las patas cuanto podía con sus ya exhaustas fuerzas, pero fué en vano. Tres o cuatro hombres sujetaron la pata que quedara

arriba al caer el animal, y sin hacer caso de sus dolorosos gemidos el facón filoso perforó el cuero y se hundió en las carnes, cortándolas de un gran tajo desde las verijas a las caderas, buscó la coyuntura de la cabeza del fémur y en pocos segundos desprendió totalmente el cuarto del resto del cuerpo.

Las otras tres patas seguían agitándose, desesperadamente, angustiosamente en un rápido « decrecendo » de las fuerzas que se hacía sensible también en los gemidos. Convulsiones musculares le hicieron temblar todo el cuerpo. Los globos de los ojos, con un aleteo de los párpados, en tensión dolorosa buscaron el cielo de las órbitas, dando un tirón hacia atrás que escondió las pupilas y mostró la blanca esclerótica como si quisieran mirar la nuca. Al mismo tiempo las carretillas se separaron con el esfuerzo de las últimas boqueadas.

No había muerto aún y ya le habían sacado una paleta.

Luego quedó quieta, con la inmovilidad serena del cadáver, tendida sobre un lago de sangre coagulada. Dos grandes manchas formadas por carnes desgarradas y puntas de huesos brillaban al sol en los lugares que antes ocuparan el cuarto y la paleta, destacándose en el pelaje negro y lustroso de la vaquillona como dos monstruosas flores rojas de crueldad humana.

Entre los hombres que pululaban en el patio de la mayordomía en derredor de los fogones, cubiertas las cabezas con sombreros de paja, el cuerpo con camisa, calzoncillo y gran tirador de cuero atado a la cintura, desnudos los pies, portadores de enormes espuelas de fierro, ví a Ubaldo, nuestro peón casero, quien, por orden de don Carlos, había salido aquella madrugada en busca de sus compañeros escondidos en el monte.

Me llamó la atención que llevando un sombrero con ancha cinta celeste — color distintivo de los revolucio-

narios — anduviese tan campante entre los rojos, tratando a todo el mundo de che y de tú.

Desconfiado, me dirigí a uno de ellos y le interpele como hablando de cosa muy sabida :

— ¿Entonces la revolución va muy bien?

— ¡Ahá; ya tomamos la villa y todo!

Su respuesta confirmó mi sospecha, y viendo a M. Mathieu que conversaba en medio de un grupo, en alta voz, pero en francés para no ser comprendido, le puse al corriente de mi descubrimiento.

Nos habían engañado diciendo ser soldados gubernistas. Algunos lo habían sido, en efecto. Silva era oficial de Porta y como tal lo había conocido M. Mathieu, pero todos se habían pasado a la revolución.

¿Con qué fin pretendían engañarnos?

La Deuda Internacional.

A mediodía, convidome M. Mathieu a ir a almorzar con su familia. Preferí el campamento y me quedé.

Los revolucionarios ya olvidados del papel de gubernistas desempeñado en el primer momento, ostentaban divisas celestes.

Comenzábamos a churrasquear, cuando, como viniendo del Apa, aparece un jinete al trote de una mula parda, que al andar marcaba el compás con el movimiento desencontrado de sus dos enormes orejas. El soldado

que estaba más próximo le sale al encuentro y después otros varios.

Era Maneco. Venía de Santa Sofía, — una de las estancias de la Foncière —, trayendo cartas de don Federico Kries para M. Mathieu y don Luis.

Maneco contaría entre dieciocho y veinte años. Tenía ojos negros y figura simpática. Había algo de inocente en su fisonomía. Hablaba en portugués lo que denunciaba su nacionalidad brasileña.

Tomé las cartas averiguando :

— ¿Quién es ese don Federico que escribe?

— ¡Hué! ¿não conhece? don Frederico é seu Frederico o agrimensor.

— ¿Qué agrimensor?

— Seu Frederico.

Preferí no averiguar más.

— ¡Desensilla, larga la mula, churrasquea y no te muevas hasta que no te lo ordene — le dijo Silva con imperio — te vas a servir con nosotros!

Maneco obedeció sin chistar.

Fuí a causa de M. Mathieu y entregué las cartas. La suya no hablaba más que de asuntos del servicio; la otra era para don Luis que estaba en San Luis de la Sierra.

— Sería muy bien — opinó M. Mathieu — mandársela por el mismo portador. Yo le daría otra carta mía contando a don Luis lo sucedido.

— Sí, pero Maneco está prisionero, obligado a servir con los revolucionarios.

Regresé al lado de Silva y sus compinches y tiré otro tajo al asador clavado en el centro de una rueda de hombres en cuclillas. Me valió una de las costillas mejor asadas.

Un estómago lleno inclina a la generosidad. Recordándolo me dirigí al jefe :

— Sr. Silva, ¿va a llevarse este muchacho Maneco?

— Sí, dará un buen soldado.

— Pero es brasileiro.

— ¿Qué importa? Así no anda hablando

— ¿No teme que eso le traiga algún desagrado? Vds precisan de la protección de la frontera y se malquistarán con sus vecinos los brasileiros si no respetan a los que viven en este país.

La observación le impresionó porque Silva dijo :

— Entonces que se vaya enseguida, así hablará menos. Y alzando la voz y dirigiéndose a Maneco le gritó : ¡bueno, ché, ensillá tu mula y márchate enseguida!

Con el bozal en la mano, Maneco se dirigió adonde pastaba el animal, lo acorraló ayudado por otros en la esquina del alambrado y comenzó a ensillarlo.

Mientras tanto me puse a pasear de un lado para otro y al cruzar junto a Maneco saqué el pañuelo del bolsillo y manteniéndolo bien tendido me agarré con él la nariz de forma que me ocultara la boca, y bajito, dije, sin interrumpir el lento caminar :

— Espera escondido en el monte y vuelve cuando se hayan ido. Y acabé la frase sonando mi nariz con un estrepitoso toque de corneta.

Un « sim », imperceptible, fué su discreta respuesta.

Poco después Maneco desaparecía por el mismo camino que había venido.

Al doblar el sol de la tarde, ya bien comidos, bien bebidos y mejor descansados, Silva y su gente, después de despedirse amablemente, se fueron llevándose muy ufanos la escopeta « Monte Cristo » de cazar pajaritos, sin sospechar el haberse estado junto a un « arsenal », que, de haberlo descubierto, hubiera hecho por lo menos un coronel del Sr. Silva.

Un cuarto de hora después Maneco y su mula reaparecieron en el camino. Cumpliendo mis órdenes había

quedado espiando desde el monte, y sólo dejó su escondrijo cuando el último soldado se perdió en la estrada a media legua de distancia.

— Mas o João ha de voltar agora prá me devolver minha garrucha (pistola) — me dijo —.

— ¿Quién es João?

— João, meu conhecido; aquelle que saiu primeiro ao meu encontro. Elle me disse : « Da-me de pressa tua garrucha para eu guardarte-a, sinão meus conpañeirhos te a tiram e não t'a adevolven mais.

Comprendí el juego de João : hacerse dar, sin que nadie percibiera, la pistola de Maneco, sino acaso el jefe la destinara a otro que la precisara más que él.

— No tengas cuidado, — le dije — ése no te devolverá más tu garrucha.

— ¿Oh qué? — exclamó Maneco con gesto mezcla de sorpresa, incredulidad e indignación — ¡Elle não pode tirar minha garrucha!

— ¿Por qué?

— Porque elle é paraguayo e eu sou brasileiro. Os paraguayos foram bulir com o Brasil e nos demos nelles. ¡Toma, bem feito! Elles ficaram nos devendo. Agora nom podem tirar minha garrucha.

Yo reía como si me hicieran cosquillas. Era formidable la inocencia de aquel muchacho. Debido a que cincuenta años atrás, el Emperador del Brasil y el Dictador López se habían disgustado, derivándose de allí una guerra y una deuda no saldada, Juan, el anónimo revolucionario descalzo, no podía, allí, en medio del desierto, quitarle la garrucha a Maneco, hijo del Brasil victorioso y acreedor.

¡La deuda internacional se oponía!

Y hasta que cerró la noche Maneco se pasó mirando para el lado del camino por donde debería venir João trayéndole la sagrada garrucha.

En pie de guerra.

Después de estos sucesos volvió a reinar la soledad y con ella la calma. Volví a mis libros, a mis cacerías y a mis garrapatas.

Pero previo aviso, pasados diez días, V. Sana llenose de gente. Llegaron don Carlos y don Luis, doña Arsenia, señora del primero y sus pequeños hijos; Asunción, compañera del segundo, y doña Juana, madre de ésta; Dominguez, ex-comisario de policía a quien la revolución despojara de su puesto y de su sueldo; su mujer Concepción; el agrimensor alemán Federico Kries, sirvientes y peones. Total unas veinte personas entre grandes y chicos.

Como es lógico, fuí desalojado de mi amplio cuarto: don Luis, su propietario, amablemente lo cedió al comisario y su señora.

Toda esta gente se alojó en las casas de la gerencia. Faltos de espacio, don Federico y yo, libres de apéndice femenino, fuimos a habitar la mayordomía. Até una hamaca, regalo de don Luis, a dos argollones empotrados en la pared — detalle infaltable en toda habitación paraguaya — y ya estuvo mi cama pronta. Otro tanto hizo don Federico

Don Luis tenía todos los razgos que distinguían a su hermano física y moralmente. Pero por temperamento don Luis era más impulsivo. Quizá por eso mismo su carácter fuese más inclinado a expansivas franquezas.

Había sido militar, alférez de caballería, oficio de ricos, lleno de compromisos sociales. La renta que le pasaba la familia, unida a su pequeño sueldo, no le permitía desempeñarlo holgadamente. Hombre de acción por temperamento y educación, había aceptado con entusiasmo la venida a América, propuesta por su hermano mayor que le había precedido. Eso sucedía en los albores de la *Société Foncière du Paraguay*. Desde entonces, desde hacía ocho años, estaba en el Paraguay y siempre arriba de sus pingos, vestido, igual que su hermano, con traje a la cazadora y « breech », cuando los demás de su clase usaban sólo bombachas.

Ni a uno ni a otro jamás faltábales del bolsillo la libreta llena de variados apuntes cosechados en su continuado andar con ojo observador de amo cuidadoso, que después trasladaban clasificados a los diferentes libros del escritorio. Aquellas libretas de los hermanos Pfannl eran manantial inagotable. Los trabajos que se hacían, las órdenes que se daban, las cartas que se escribían al directorio en Europa, las cuentas de los libros de escritorio, todo, todo tenía como una común esencia, como un germen único : las libretas de Dn. Carlos y de don Luis. Chicas como eran, resumían la *Société Foncière du Paraguay* en su diario vivir y lo que de ellas salía ocupaba — como lo que en ellas había entrado — las 260 leguas de campo y, además, llenaba los escritorios y desbordaba hasta París.

Don Luis tenía carácter muy franco. Simpatizamos mutuamente y nos hicimos íntimos amigos.

Los dos hermanos estaban indignados con la conducta observada por los revolucionarios en su asalto a mano armada perpetrado en V. Sana. Habían resuelto oponerse a una posible repetición, utilizando la fuerza si era necesario. Entre todos, incluyendo cinco peones, formábamos un conjunto de diez hombres armados con fusiles y escopetas. Entre estas armas figuraba el máuser tupam-

baense, que a mi pedido D. Carlos había traído de Villa Concepción.

Siempre me mostré contrario a ese proyecto de hacernos respetar por la fuerza. Como las partidas revolucionarias que andaban por campaña estaban mal armadas y carecían de disciplina, acaso pudiéramos vencer a alguna que quisiera apoderarse de lo que nos pertenecía, pero, ¡guay de nosotros después de matarles un hombre! Volverían más tarde, en mayor número y mejor armados, a tomar venganza.

Para hacer valer mi opinión evoqué mi experiencia de hijo de un país ¡ay! con más revoluciones en su historia que cuentas tiene un rosario. En la campaña del Uruguay ningún estanciero defendía a tiros sus haciendas ni tampoco el comerciante su comercio, aunque en momento dado, por la pequeñez de la partida en armas, tuviera fuerzas para hacerlo.

Replicaban que el uruguayo y el paraguayo tenían psicología muy diferente, y manteníanse firme en sus trece.

Don Federico, el agrimensor, empleado a sueldo del establecimiento, con veinte años de residencia en el país, hablando bien el guaraní y acostumbrado en sus mensuras a vivir meses y meses en medio del campo y de los bosques en trato diario con el pueblo campesino, era el indicado para mandar los cinco peones de que disponíamos. De noche proveíaseles de los fusiles de cargar por la boca; de día estos fusiles quedaban bajo llave en el cuarto de M. Cahén d'Anvers.

De guardarlos y de enseñarles el manejo, encargábase el agrimensor. Pero en la entrega y en el depósito de las armas, además de don Federico intervenía siempre alguno de los hermanos Pfannl. Había grave inconveniente en que el alemán entrara solo al cuarto del presidente: el vino Borgoña guardado en la misma habitación. Don Federico, para el vino, era una esponja.

Alto de un metro noventa centímetros, ancho de hombros, rubicundo, pero tostado por el sol, recio y ágil, fuerte como un toro, tenía un corazón de oro. A estas buenas prendas reunía la de un carácter alegre, siempre dispuesto a bromas, festejadas con risas a grandes dientes blancos tras el cortinado recogido de los bigotes rojos.

Él amaestraba a los peones en el manejo de los viejos fusiles. Mirábamos estas armas, comidas de orín, con más desconfianza que a los mismos revolucionarios. No sé si por ignorancia de la proporción de pólvora con que correspondía cargarlas se escaseaba ésta ante el temor de una explosión de los oxidados caños, o si por que carecían de valor real, lo cierto fué su absoluto fracaso en una experiencia de tiro al blanco por mí presenciada. A cien metros de distancia, latas de kerosene puestas de sombrero en postes de alambrado, soportaron incólumes las descargas.

Por otra parte, tampoco teníamos confianza en los que de ellas debían servirse. ¿A qué partido pertenecían?

Si las fuerzas del gobierno sin asco se habían plegado al movimiento revolucionario, ¿mantendríanse fieles a nosotros aquellos hombres y lucharían contra sus conacionales?

Era poco probable. Es más, era antilógico.

Entre el paraguayo y los hijos de otras naciones del continente había diferencia más marcada que la que se advierte en los demás pueblos sudamericanos. Poca o ninguna distinción hacía el paraguayo de la campaña entre un argentino o uruguayo y un italiano, inglés o turco. Para él, todos eran despreciables « pitaguas », todos eran gringos y gringos eran todos aquellos que no hablaban guaraní, verdadero idioma del país, es decir, todos, menos los mismos paraguayos. Consideraban el castellano idioma del extranjero dominador y codicioso, y lo conocían poco o nada.

Era un obstáculo al progreso del país aquel idioma madre en el que no había un sólo libro impreso. Marcaba barreras y engendraba antipatías.

¿Que uruguayo se siente realmente extranjero en la Argentina, en Chile o en cualquiera otra nación de habla española o aún en el Brasil, cuyo idioma es tan semejante al castellano? Para la mayoría de los sudamericanos las demás naciones del continente son una prolongación de la patria. Pero desde que la lengua es distinta, desde que las palabras, vehículo del pensamiento, gasten diferente trocha, no podrán pasar de uno a otro cerebro, de uno a otro país. Se detienen en el límite y de hecho está creada la frontera, al menos la frontera moral, la más difícil de franquear. Los espíritus quedan incomunicados. Aún los enteramente semejantes permanecen extraños, desconfiados y hasta hostiles, al constatar, tendida entre ellos, la barrera de alambre de púas de la diferencia de idiomas.

En el país donde no se conoce la lengua, todo grita : « ¡Extranjero, extranjero, tu no eres de los nuestros; vete! » y con hostilidad de enemigo se cierra y veda la entrada.

Los nombres de las calles que lucen en las esquinas, las indicaciones a los transeuntes, los avisos de los comercios, las conversaciones deparadas por el azar, son para todos, menos para el que desconoce el idioma. Él es el verdadero extranjero, perdido y mendigante; el paria, a quien todo y todos rechazan.

E inservible, huraño y hostil, muéstrase el periódico, mediante el cual, conocido el idioma, el recién llegado al instante penetra el corazón de un pueblo civilizado, imponiéndose de sus dudas, de sus esperanzas, de los problemas que lo agitan. Esta comprensión subyuga al individuo, le arrastra, le amolda, le asimila introduciéndole y utilizándole en el metabolismo de las fuerzas vivas de la nación.

Con razón la sabiduría antigua consideró la diversidad de idiomas como un castigo.

La historia de la torre de Babel no será una verdad comprobada, pero encierra un símbolo verdadero. Sin comprenderse los hombres no podrán hacer obra de conjunto; sin un idioma que permita aunar ideas, cada cual irá por su lado. Los cuerpos podrán tocarse, pero un abismo separará los espíritus.

Y el progreso de la ciencia, el adelanto de la civilización, el perfeccionamiento humano, en fin, es obra de conjunto. Por eso, el más valioso aporte a la paz mundial que pudiera hacer la actual Liga de Naciones, consistiría en establecer entre sus afiliados un idioma común.

Cada nación conocería su propio idioma y el común a todas. Cuando hubiera a decir algo del interés exclusivo de los connacionales, se emplearía la lengua del país, en los demás casos la universal. Sería ésta la preferida por la ciencia. Con un solo idioma que aprendiéramos nos comunicaríamos con la humanidad entera.

Además, ¡imagínese el aporte al progreso que implicaría el inmenso esfuerzo actual empleado en el aprendizaje de idiomas, aplicado a los diferentes ramos del saber humano!

Pero « *retournons à nos moutons* ».

El idioma guaraní creaba marcado antagonismo entre los peones y nosotros. En caso de ser atacados no podríamos fiarnos de ellos; debíamos confiar en nuestras sóloas fuerzas, esto es, en don Carlos, don Luis, M. Mathieu, don Federico, el ex-comisario Domínguez y yo.

Y en Dominguez hasta por ahí nomás. Pese a su rango social más elevado y a ser ex-comisario desposeído por la revolución, la cuestión, en caso de lucha, podría plantarse a su criterio de manera simplista : « *paraguayos contra pitaguás* ».

Un buen remedio.

Domínguez era de tipo aindiado, cuerpo cuadrado y fuerte. Frisaba en los cincuenta años y estaba casado con una linda paraguayita, alta, esbelta, de cabellos y de ojos negros, piel fina, tersa y de palidez mate, contrastando armoniosamente con el rojo vivo de los labios. Su silueta graciosa contribuía a darle distinción.

Las dieciocho primaveras de Concepción precisaban un largo y sólido puente de unión a los cincuenta otoños del marido. Por ventura éste lo consideraría frágil, porque Dominguez era celoso. Lo comprendí conforme llegaron.

Cuando Concepción y yo conversábamos, él seguía nuestros gestos con mirada desconfiada. Nos espiaba aparentando alejarse.

Su actitud dictó la mía de absoluta reserva. Ésta viose facilitada por el hecho de tener mi alojamiento en la mayordomía.

Concepción enfermó y guardó cama.

Extremando mi discreción ante los injustificados celos y desconfianzas, creí de mi deber no preguntar por su salud, al menos al marido. Y Concepción fué agravándose; sufría. Muchas veces, desde el comedor, la oía gemir en el cuarto que había sido mío. Atribuíase su dolencia a un esfuerzo hecho estando en cinta. Como su estado empeoraba de día en día temíase un desenlace fatal.

Una vez, mi prudencia tuvo límites. Estábamos almorzando cuando ví a Asunción salir del cuarto de Concepción trayendo en las manos una taza y una horquilla de sujetar el pelo, agacharse junto al umbral de la puerta principal y escarbando con la horquilla echar en la taza polvo y basuras juntadas en el agujero del pasador.

Sospechando, interpele :

— ¿Para que es eso, Asunción?

— Para hacer un té a Concepción.

Olvidando mi acostumbrada reserva no pude dejar de intervenir, dirigiéndome al marido sentado frente a mí :

— ¿Un té de basuras? ¡Qué barbaridad! Pero Vd. no debe permitir que se dé a su mujer semejante porquería.

Y él humildemente :

— Pero yo no sé que hacer.

— Por de pronto no dejar que tome té de basuras. ¡a quién se le ocurre! si Vd. quiere, después le diré lo que deba hacerse.

Accedió.

Conforme terminó el almuerzo fuí conducido al cuarto de la enferma. Estaba pálida y demacrada; tenía la nariz afilada y los labios blancos. Me miró poniendo esperanza en sus tristes ojos negros.

La examiné. Tenía ciento veinte pulsaciones, la piel seca y caliente, la lengua blanca. Sentía fuertes dolores en el vientre y en las caderas. Apetito nulo. Las funciones diarias no se producían, las fuerzas la abandonaban, y, al mismo tiempo, el desmejoramiento de la fisonomía se acentuaba más y más.

Me hubiera descorazonado mi total ignorancia en el tratamientos de partos y abortos si no fuera la fuerza que me prestaba el recuerdo del té de basuras. ¿Qué hacer? — me preguntaba — Indudablemente, el caso en nada se parecía al de heridas de guerra que había

ayudado a curar. Cuando no se sabe, — pensé — lo mejor es dejar obrar a la naturaleza, ayudándola, tan sólo, con medios de pura higiene.

Así lo dije al marido. No metería la mano en lo que no entendía. No sabía si convenía provocar o evitar el aborto, y, aunque lo supiese, no disponíamos de medicamentos. En cambio me constaba la conveniencia de darle alimentos sencillos : leche, caldo, pollo, tomados a intervalos regulares, y de aliviar el intestino con lavajes. Esto contribuiría a mejorarla haciendo bajar la fiebre.

En cuanto a los dolores yo tenía oído encarecer los baños de asiento calientes. Con sólo serrar al medio un barril vacío, la bañera quedaría pronta.

Esa tarde, el marido muy agradecido, vino a contarme :
— Al sentarse en el baño caliente, la pobrecita exclamó : « ¡Ah, me parece que estoy en el cielo ! » los dolores se habían aliviado instantáneamente.

— Con razón — continuó diciendo Dominguez — en estos días ella me había dicho varias veces : « ¡Por qué no preguntan a ese mozo ? ¡Él está siempre leyendo ; él debe saber ! »

Sonreí, recordando mis lecturas novelescas, a la confirmación de mis sospechas revelada en aquella obstinación del marido en no consultar mozo tan sabio que pasaba horas y horas quemándose las pestañas con los libros.

El premier tiro.

En la tarde del día siguiente salí, como en todas las otras, escopeta de M. Mathieu al hombro, a recorrer los montes de la vecindad.

¡Qué « pero » grande tienen en los insectos las cacerías en los montes tropicales! A lo dicho respecto a la garrapata hay que añadir los tormentos ocasionados por otra serie de bichos. En primer término figura el mosquito.

Cuando en mi actual experiencia oigo hablar a quienes desconociendo la zona tórrida tiemblan imaginativamente ante leones, tigres y terribles serpientes, no puedo menos que sonreír. Los enemigos terribles no son los grandes, sino los pequeños, los casi invisibles, los hermanos mayores de los microbios.

Una víbora, un tigre sobre todo, constituyen encuentro harto problemático. En cambio el mosquito, el tábano, la mosca común, la mosca brava, el polvorín, la garrapata, el gegene, el pique y hasta la « ura » o verno, ¡he ahí realidades que no tardan en martirizar al hombre civilizado al aventurarse por campos y montes tropicales, sumiéndole en muchos casos en la degeneración y la muerte!

Recuerdo siempre el contraste brusco y doloroso observado por mí al cruzar la Bahía de Paranaguá, asiento del principal puerto del estado brasileño de Paraná.

La naturaleza ostentaba extraordinaria fuerza de belleza. Al verlo por vez primera los europeos — pensé — habrán supuesto haber sido aquí el Paraíso Terrenal, si es que ha sido en alguna parte. Pues bien; al desembarcar en uno de los hermosos paisajes ribereños, junto a la desembocadura del río Serra Negra, me creí en el infierno que no en el paraíso : los niños — a medio vestir a causa del calor — tenían casi todos vientre enormemente abultado, disforme; cuello delgadísimo y piernas y brazos finos como palillos de tambor. El brillo febril de los ojos, la amarillez marchita de la piel y la delgadez extrema de los cuerpos enclenques, denunciaban las fiebres y la anemia. Su estado originábase un vicio extraño : la geofagia o apetición de tierra.

A los quince años, las pobres bocas de los adolescentes mostrábanse desportilladas; a los veinticinco, casi totalmente desdentadas. Hombres jóvenes, parecían ancianos decrepitos.

Aquella miseria, aquel suplicio dantesco en medio de naturaleza paradisiaca, era obra del diminuto mosquito que inocular el paludismo. Quizá no fuera el paludismo el único en envenenar la sangre de aquellas desgraciadas gentes. También es el mosquito el propagador de la fiebre amarilla, el terrible vómito negro, terror de ciertas regiones del globo; y él y otros insectos los causantes del beri-beri, de la bubónica, de la enfermedad del sueño, y de mil otras diezmadoras de hombres y animales.

Felizmente, los mosquitos que zumbaban a mi alrededor en las cacerías de los bosques de V. Sana causaban el sólo daño de sus pinchazos, bien dolorosos por cierto, y en determinadas momentos extremadamente importunos.

Con un yacú a la vista puesto a tiro después de mil precauciones de gato cazador de pájaros, en el preciso momento de apuntarle visando con un ojo y cerrando

el otro, una clarinada de guerra anuncia al enemigo, y, justo, sobre el ojo que esta haciendo la puntería, un mosquito gira un segundo, se posa y clava la trompa.

La mano abandona el gatillo de la escopeta y acude presurosa a defender el ojo con un cachete que este recibe y el mosquito no, y torna ansiosa a su tarea de cazadora. Trae el mosquito una nueva carga, suena otro sopapo, y, al fin, ¡adiós mi plata! bate alas el yacú y desaparece volando cuando ya lo considerábamos dentro del morral.

Pero no siempre fué éste el triste final de mis cacerías. Con más o menos abundancia siempre volvía con algo para la olla, algo que cuando la cocinera estaba de vena resultaba muy sabroso.

Y aquella tarde, como de costumbre, poco después de entrar el sol, estuve de vuelta, coloqué la escopeta en un rincón del comedor de M. Mathieu y repartí la caza con la esposa de éste, guardando otra parte para Doña Arsenia, la excelente dueña de casa, señora de don Carlos.

En el comedor de la gerencia, encontré a los hermanos Pfannl, a don Federico y a Domínguez, comentando, extrañados, la demora de Chico, el peón correo. Debería haber regresado de la Villa hacía dos días. ¿Qué podría motivar la tardanza?

Envolvíanos un crepúsculo caluroso. Las puertas del comedor, tanto la del fondo que daba al patio como la del frente que miraba al camino, estaban abiertas de par en par. Sentados junto a la última, contemplábamos los postreros resplandores del día coloreando aún de rojo las nubes del horizonte.

En los campos elevábanse tenues como acompañamiento musical del silencio nocturno, los infinitos confusos ruidos que pueblan de vida las noches de los trópicos. Es la hora del despertar de millones de insectos para los que el día es tan solo una prolongada siesta.

A las estrellas que en el cielo iban apareciendo, hacían competencia en la tierra las estrellitas errantes de los bichitos de luz, en voladas apariciones fugaces, instantáneamente ocultas por las tinieblas.

En el relativo silencio de fuera oyose el tilinar sin pasos de espuelas puestas en pies descalzos.

¿Sería Chico? Era el único que recién bajado del caballo podría andar de espuelas.

En efecto, era él. Contó que viniendo de V. Concepción, al llegar al Aquidaban se había dado de manos a boca con la partida de los López. Quisieron sacarle la correspondencia. El haberse opuesto le costó sufrir unos rebencazos y acabó por entregarla; pero después de revisadas las cartas sin romper los sobres, devolviéronsela.

No tuvo igual suerte su mula gorda. Se la quitaron y diéronle en cambio un caballo flaco, cansado, inservible. Casi todo el trayecto desde el Alquidaban debió hacerlo a pié trayendo el animal de tiro.

Terminado el relato, Chico se fué.

Mientras tanto, el crepúsculo habíase trocado en luz difusa de estrellas. Dentro del comedor la oscuridad era completa.

Para leer la correspondencia encendimos la lámpara belga. La situación cambió: mostróse la habitación como de día iluminada por el pequeño sol pendiente del techo y las dos puertas del fondo y del frente abiertas de par en par sobre el misterio de la noche.

A igual que en todos los correos, entre las cartas venía una de M. Angot para don Carlos. Era la más deseada. Hablaría de los sucesos últimamente acaecidos y nos daría noticias de la verdadera situación, con mayor exactitud que los diarios. Estos, en lo político, no eran más que el « cliché » de la censura: los de la Asunción, triunfos y glorias para el gobierno y derrotas y desprestigios para el contrario; los de V. Concepción endiosaban

a la revolución triunfante y achacaban al gobierno derrotado todos los defectos imaginables.

La carta de M. Angot loaba los progresos de las fuerzas revolucionarias cuya disciplina y orden eran evidentes. Pintaba a la Capital a punto de caer en manos de los valientes asediantes.

Me ofrecí a llevar a M. Mathieu la correspondencia que le pertenecía y con ella una carta también de M. Angot, probablemente cuajada de números y elementos de contabilidad.

No había luna; el cielo había vestido su manto negro perforado de estrellas.

Levantando bien los piés para no tropezar, anduve los cien metros que separaban las dos casas.

Rompió M. Mathieu el sobre de la carta de M. Angot y, con extrañeza, saca de dentro, además de la que le correspondía, otra, bajo sobre cerrado, para Dn. Carlos.

Regreso y entrego la carta a su destinatario.

Estaba escrita en francés y comenzaba así: « Cette lettre c'est l'unique, des deux que je vous écris aujourd'hui, qui a la valeur. Je l'écris en français de peur qu'on puisse la prendre ». E informaba que todas las ponderaciones a la revolución estampadas en la otra carecían en absoluto de valor. Eran palabras impuestas por las circunstancias ante el peligro de violación de la correspondencia. Lo real era el desquicio, el fracaso del movimiento subversivo. Los principales jefes revolucionarios consideraban la derrota a breve plazo como cosa segura. Uno de ellos, secretamente, pidiendo infinita discreción, lo había puesto al corriente de proyectos de sumo interés para nosotros y cumplía con el deber de comunicárnoslo de inmediato :

Convencidos de su derrota, los revolucionarios procuraban sacar el mejor partido posible de su difícil situación. Habíase combinado saquear los establecimientos de

extranjeros, llevándose las haciendas al Brasil, donde dueñas de rico botín las fuerzas se disolverían.

Los López, jefes de una partida numerosa, habían pedido la « bolada » de actuar en la Foncière vengando viejos resentimientos. Asaltarían V. Sana y le prenderían fuego, no dejando hombre vivo para evitar delaciones y arrearían con todo el ganado para venderlo en el país vecino.

En consecuencia M. Angot aconsejaba la huída inmediata al Brasil, sin pérdida de minuto, tanto de don Carlos y su familia como de todo el personal. Y terminaba : « si no proceden así ¡que Dios los ayude! porque de aquí no puede enviárseles socorro de ninguna especie ».

Imagínese la impresión que causaría tal lectura en el ánimo de don Carlos y los demás que le escuchábamos.

— ¡Huir — decía el gerente, fruncido el ceño, endurecidas las facciones — y cómo? ¡dónde están los medios de movilidad para tanta mujer y chiquillos como hay aquí? Ni siquiera tenemos suficientes caballos de tiro. Por otra parte, ¡cómo voy a abandonar en momentos de peligro esto confiado a mi cuidado y que es mi propia obra de diez años de trabajo? ¡No, huir al Brasil es imposible!

Huir era imposible, pero quedar era morir, casi con seguridad, sin poder salvar ninguno de los bienes que deseaba asegurar. Así lo comprendíamos todos. ¿Qué podríamos hacer diez hombres en medio del desierto — en realidad cinco, visto no tener confianza en los peones — contra los revolucionarios que podrían sumar centenares? Nos matarían fácilmente a balazos, y aún en caso de imponerles algún respeto nuestras armas, sólo con sitiarnos cortando nuestra comunicación con el exterior, acabarían por rendirnos.

Sin embargo era forzoso jugar el todo por el todo. No

pudiendo ni queriendo huir, debíamos, de inmediato, aprestarnos a la defensa.

En aquel momento nuestro apasionado cambio de ideas fué interrumpido por la mucama. Entraba y ponía la sopa en la mesa mirando muy asustada al grupo de hombres formado en el extremo del frente del comedor.

Doña Arsenia al cruzar por allí a cada instante en sus lides de dueña de casa, se había enterado de la amenaza que cerníase sobre V. Sana y la noticia comenzaba a difundirse entre el personal.

Sin hacer mayor caso del aviso de estar servida la mesa, continuamos deliberando las urgentes medidas a tomarse. Nos extrañábamos que el ataque no se hubiese producido ya. El encuentro de Chico con la partida de los López a orilla del Aquidaban a sólo media jornada de a caballo de V. Sana, mostraba la exactitud del informe de M. Angot. La partida venía en dirección del establecimiento y tenía tiempo sobrado de haber llegado. Después del encuentro con Chico, éste había caminado día y medio a pie. ¿Qué pudo detener a los López y a su gente? ¿La espera de refuerzos, quizá? Imposible saberlo, pero si la partida no había llegado ya, podía llegar de un momento a otro. Era preciso que nos apresurásemos aprestándonos a recibirla.

Como queriendo confirmar nuestras conjeturas y nuestros temores, en aquel preciso instante la detonación de un tiro de fusil, como sentencia de muerte dictada por el destino, retumba en el silencio lóbrego de fuera y entra por la puerta del frente abierta de par en par sobre la noche, derecho a nuestros corazones que saltaron de emoción.

— ¡Ahí están! fué el grito general. E instantáneamente, casi al unísino con el estampido, todos, cada cual por su lado, nos precipitamos a ejecutar lo que el instinto de defensa ordenaba.

De un salto don Carlos y don Luis entran en sus habitaciones en busca de los winchester; Domínguez desaparece en el cuarto de su señora enferma y don Federico Kries trata de abrir la puerta del de M. Cahén d'Anvers, donde se guardaban los fusiles de los peones capitaneados por él. Pero estaba cerrada; obstáculo nimio para el hercúleo alemán. Da dos pasos atrás, a fin de tomar distancia, y embiste con un empujón del hombro, del brazo y la cadera. La gruesa puerta de cedro ne resiste al impulso de aquel formidable ariete humano; cede saltando la cerradura, y se abre estrepitosamente con estallidos de roturas.

En cuanto a mí, mi instantáneo cuidado fué la puerta principal. Abierta de par en par, la noche espiaba todos nuestros movimientos y la luz de la lámpara nos mostraba como blanco inerrable. Me abalanzo de un salto, quito los dos tacos que la calzaban y con un manotazo a la hoja izquierda y otra a la derecha, la cierro con la violencia de un ciclón.

Esto coincidía con el estruendo con que don Federico hacía saltar la suya y con la entrada de don Luis y don Carlos irrumpiendo de nuevo en el comedor portadores de los winchesters y de mi máuser.

Del otro lado del patio, en la cocina y en las habitaciones de servicio, habíase levantado un clamoreo de gritos y llantos de mujeres asustadas.

Y de nuevo el eco de la noche vibró llenándola como si el silencio hablara, pero ahora palabras de paz :

— ¡No es na... da; fué Jorge que mató una ví... bora!

Así decía la vez sostenida, debilitada por la distancia, de la señora de M. Mathieu.

Fué un golpe teatral quebrando las piernas de nuestra emoción que cayó debatiéndose.

Don Carlos indignose :

— ¡Sólo a M. Mathieu se le ocurre tirar un tiro de

noche y en estas circunstancias! Y fué duro en palabras para el imprudente.

Procuré atenuar la falta de mi amigo :

— ¡Qué iba a imaginar el contenido de la carta!

Pero don Carlos tenía razón. Estando en continúa zozobra de nuevos desmanes de las fuerzas en armas, no era cuestión de tirar tiros, y menos de noche — salvo en defensa de la vida — alarmando a todo el mundo inútilmente.

Para probar cuanta razón asistía a don Carlos, si no alcanzase nuestra propia emoción aún no del todo calmada dentro del pecho, bastaba oír los gritos de las mujeres en los cuartos de servicio. Dos estaban con ataques; enfermas del corazón, decían las compañeras.

El tiro había sido motivado por una víbora. Cruzaba el comedor de la casa y metíase en una cueva de ratones. Desesperando poder alcanzarla en otra forma, M. Mathieu tomó la escopeta dejada allí par mí una hora antes, e hizo fuego, en el momento que la lectura de la carta predisponía a interpretar la detonación como el anuncio de la muerte de todos.

Ciertas coincidencias semejan chuscadas del destino y ésta fué una de ellas.

El héroe.

— Lo sucedido — dijo don Carlos al sentarnos a la mesa — debe servirnos de aviso para apresurarnos a

organizar nuestra defensa. Ese tiro no fué la señal del temido asalto, pero el asalto puede producirse de un momento a otro.

Discutimos las medidas a adoptarse. La unión hace la fuerza. No podíamos continuar M. Mathieu y familia por un lado y don Federico y yo por otro. Era preciso reunirnos todos en la misma casa, por más apretados e incómodos que quedáramos. Parcialmente sería mucho más fácil rendirnos. Si cualquiera de los nuestros fuese hecho prisionero, el deseo de salvarlo podría obligar a los más duros sacrificios.

Yo siempre me había mostrado contrario a hacer uso de armas contra fuerzas pertenecientes a cualquiera de los dos bandos que viniese en busca de armas o caballos o ganados para carnear, y aún de artículos de almacén, aunque no fuesen muy comedidas para tomarlos, pero la carta de M. Angot planteaba un problema distinto. Se trataba de salvar nuestras vidas amenazadas, y, si bien de ser posible, era partidario de parlamentar antes de recurrir a la fuerza, estaba en un todo de acuerdo con la resolución de defendernos hasta el último extremo.

En caso de ser sitiados el problema inmediato más grave, sería el de proveernos de agua, visto estar la despensa bien surtida de comestibles, pero, ¿a qué buscar ya soluciones a situaciones extremas?

Por de pronto lo urgente era el traslado de M. Mathieu y su familia, y el traer de inmediato de la mayordomía las cacharpas de don Federico y las mías.

La familia de Mathieu tendría una pequeña habitación. Don Federico y yo, no disponiendo de ninguna, colgaríamos nuestras hamacas en las columnas de la galería del frente, y en caso de peligro se nos abriría la puerta de la casa para reunirnos con los demás compañeros.

La vigilancia debería mantenerse alerta toda la noche.

Uno de los peones a órdenes de don Federico, haría de centinela avanzada desde arriba de los techos de las caballerizas, construcción extrema de nuestro grupo de casas, la más próxima a la mayordomía, lugar, éste, que por ser el de convergencia de los caminos de llegada a la estancia presumíamos fuese por donde irrumpiría el enemigo. Otro centinela se apostaría sobre la casa principal y vigilaría en dirección opuesta.

Mientras tanto, en la casa, turnándonos, uno de nosotros velaría siempre pronto a llamar a los demás en caso necesario.

Las emociones recientemente experimentadas y la perspectiva de otras próximas aún más hondas, no nos quitaron el apetito. Al contrario; hicimos los honores a todos los platos y los rociamos más copiosamente que de costumbre con el delicioso Borgoña tan seriamente amenazado cuando se produjo el último asalto, como si quisiéramos desquitarnos de antemano previendo futuras forzosas privaciones.

Con el último bocado don Federico en compañía de dos peones, se dirigió a los edificios de la mayordomía.

Prometí al alemán reunirme con él al instante, conforme viese a dos mucamas enfermas del susto, cuyos gemidos oímos desde el comedor.

Mi fama de médico hábil había quedado establecida como cosa indiscutible después del franco éxito obtenido con Concepción, de modo que mi presencia había sido solicitada a la cabecera de las dos nuevas enfermas.

Concepción gracias a « mi » tratamiento, seguía mejorando. Los baños calientes, le habían quitado los dolores casi por completo.

Examiné a mis flamantes clientas. Echadas en la cama en posición de cúbito dorsal, gemían o gritaban contrayendo el rostro, rechinando los dientes, retorciendo los brazos y ahogándose en sollozos convulsivos.

Sin titubeos diagnosticué al instante. Con aire de suficiencia declaré : histerismo.

Les hablé fuerte diciéndoles haber desaparecido todo peligro de asalto y recomendándoles quedar tranquilas. Ordené se les diese a beber un té de hojas de naranjo y toronjil, única medicina calmante disponible en la farmacopea del jardín del establecimiento, y se las dejase solas en el cuarto a fin de que un completo reposo físico y moral sustituyera al bromuro distendiéndolas los nervios.

Terminada la misión de galeno, comienzo la de soldado en víspera de asedio. Tomo el camino del frente y doblo hacia la izquierda pasando cerca de las caballerizas para ir a la mayordomía.

La luna había salido ya, pero las nubes en incesante galopar por momentos la ocultaban aumentando las sombras.

Debía andar como cuadra y media. La estrada era despejada. Matizábanla dos o tres pequeños grupos de árboles. Las negras siluetas se destacaban erguidas sobre fondo de cielo, de luna y de nubes, y dejaban caer su negrura hasta el suelo, donde se arrastraba en sombras por el pasto.

Oculto en esas sombras me pareció distinguir un bulto.

— ¿Quién vá? — interpelo —, echando mano a mi revólver.

— ¿No me conoce don Luis? dijo una voz.

— ¡Ah! ¿Es Vd. don Federico?

— Sí, soy yo. Aguardaba a Vd. Y agregó misteriosamente bajando el diapasón de la voz :

— Tengo algo que decirle si me promete guardar secreto.

— Confíe en mi discreción — le prometí — mientras mi pensamiento se precipitaba procurando adivinar la

misteriosa confidencia ¿Habían llegado las fuerzas revolucionarias? ¿Se aprestarían al asalto ocultas en el monte próximo, cuya mancha oscura descubríamos en la noche como una amenaza? No, no podía ser eso. Si lo fuera, en lugar de pedir secreto, lo comunicaría a todos en seguida. ¿Entonces qué....?

Don Federico, golpeando con afectuosidad mis espaldas, interrumpió el atropellar de conjeturas de mi mente, diciendo :

— ¡Bueno, venga, venga a tomar en mi compañía unas botellitas de vino que para atraparlas tuve que echar abajo una puerta!

— ¿¡Cómo!?

— Sí, ¿cree Vd. que forcé la puerta en busca de las armas de los peones? Ese fué el pretexto. Me hice el confundido.... Me acordaba muy bien de haberlas entregado no hacía mucho, al oscurecer, a Yacusa y sus compañeros, pero pensé : « ¡ya que hay que morir muramos contentos! » No perdería ni medio minuto en aprovisionarme. Y forcé la puerta y ocultas bajo el saco y sostenidas por la pretina de la bombacha, saqué dos botellas. ¡Venga, vamos a festejarlas!

En un instante don Federico habíase agigantado en mi concepto, transformándose en un ser extraordinario.

Yo no podía concebir ni tanta sangre fría ni tanto amor al vino. Si no lo hubiera presenciado jamás hubiese creído posible que un hombre al ser llamado brutalmente y de improviso por una realidad trágica del destino — campanada anunciadora de su muerte y la de sus compañeros — se dijese : « he aquí excelente oportunidad de robar unas botellas de vino sin que nadie lo perciba ». Una obsesión tan vivaz, siempre presente, sin dejarse arrastrar por la fuerza arrolladora de las emociones de tan trágico momento, era algo difícil de concebir.

Miré a don Federico con la impresión de tener un

gigante ante mí. Observé la reciedumbre de sus rasgos fisonómicos, su contextura atlética; admiré la fuerza serena de su coraje y me medí con él con el sentimiento de una hormiga comparándose a un elefante.

Ninguno de los héroes de la Historia Universal, ni tampoco el negro Misericordia, el héroe negro de los títeres en los tiempos de mi infancia, el que más hondamente hiriera mi imaginación, caballero sin tacha que no temía habérselas ni con la muerte ni con el diablo y molerlos a palos, me habían producido tan honda admiración.

Se la manifesté acompañando mis palabras con un espontáneo abrazo y aceptando su convite a pesar de mi poca afición a las bebidas alcohólicas.

Y bebimos su robo, sentados al pie de un árbol. Él se « dormía », prendido al cuello de las botellas, « como guacho de la teta »; yo, apenas las « besaba », como por compromiso, con la garganta cerrada por un desagrado del estómago.

Cuando don Federico sorbió deleitándose la última gota y su lengua arrancó al paladar el último chasquido aprobatorio, nos encaminamos a nuestras habitaciones donde recojimos cuanto nos pertenecía.

Se hizo como se había proyectado. Don Federico y yo pusimos las hamacas al borde de la galería balanceándose entre dos columnas de madera, y los centinelas quedaron de « chajás » sobre los techos de la casa y las caballerizas.

Como a mí no se me había dado ningún cargo, me eché de inmediato a dormir. No así don Federico, que debería vigilar y relevar los centinelas y don Carlos que quería vigilarlo todo. Y en esta vigilancia no demoró el gerente en percibir que el alemán no caminaba muy derecho, ni daba « pie en bola » en el cumplimiento de las órdenes recibidas.

Don Carlos lo rezongó muchas veces. ¡Triste corona para un héroe! La voz del patrón retumbaba a toda hora en la galería, de modo que mi sueño, de común intranquilo, no pasó aquella noche de un ligero entresueño interrumpido a cada instante.

El bautismo.

Al fin vino el día y con él se calmaron en parte nuestras inquietudes.

Conforme la luz de la aurora permitió ver, nuestros ojos escudaron un panorama conocido, incambiado, igual al de todos los días. El campo estaba igualmente tranquilo, los árboles se balanceaban como siempre arrullados por la fresca brisa mañanera, y las aves saludaban al sol naciente en raudos vuelos y alegres gorgoros, como si M. Angot no hubiese escrito la terrible carta, M. Mathieu no hubiera tirado el famoso tiro a la víbora, y don Federico forzado una puerta y robado dos botellas de vino, emborrachándose.

El día pasase en observancias no justificadas por la exterior tranquilidad. Ello no me impidió hacer por la tarde la acostumbrada excursión cinegética.

Y tras el día vino la noche, otra noche de centinelas y sobresaltos. Pero era la segunda y la naturaleza no gusta ser sacada de su carril. Así, si la fuerzan, muéstrase después más exigente.

Por eso dormí más profundamente que de costumbre

y fui más lento en despertar cuando alguien, a media noche, me sacudió del brazo, y su voz, llegando hasta el país misterioso del sueño, me buscó diciendo : « ¡Levántese que está vivo ! »

¿Vivo quién? ¿Por qué me dicen que está vivo si no sé de nadie que estuviese por morir? ¿Habremos sido atacados y alguno habrá sido herido? ¡Imposible!

Vuelta la conciencia, me erguí rápido. Era doña Arsenia y Domínguez. En apurado decir me explicaron : Concepción había dado a luz y deseaban bautizara, yo, la criatura, de inmediato, porque por ser fuera de tiempo podría morir de un momento a otro.

Hice memoria de mis conocimientos. Recordé las enseñanzas del padre Yéregui en la doctrina de la Catedral de Montevideo.

Pedí un vaso de agua. Llevándolo en la mano me dirigí a mi antigua habitación. Una vela estearina colocada en el velador junto a la cabecera de la cama de la enferma la alumbraba. A su luz roja y movediza, Concepción me pareció aún más pálida y con la nariz más afilada que hacía dos días, pero en sus facciones había una tranquilidad, una normalidad que entonces le faltaba.

Las ropas de la cama le cubrían las piernas y los muslos; una manta, el pecho y el vientre. En el punto de intersección de unas y otras ropas, aparecía la cabeza del recién nacido.... que aún no había acabado de nacer.

Al tropezar con tan inesperada escena, un pensamiento ridículo me asaltó: ¿« Qué pensará del mundo ese nuevo ser al contemplarlo desde su abrigado escondrijo del que solo saca la cabeza afuera »?

Me acerqué a la cama. Concepción, con sus grandes ojos abiertos en la palidez del perfecto óvalo de su rostro, espiaba todos mis movimientos.

Doña Arsenia y la madre de Asunción se arrodillaron devotamente del otro lado del lecho; Domínguez, el papá, quedó de pié a los pies de la cama.

Sosteniendo el vaso de agua con la mano izquierda, lentamente, con la derecha, describí en el aire una gran cruz, al mismo tiempo que con solemnidad y unción mis labios pronunciaban las palabras sacramentales: « Yo te bautizo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. » Y mojando dos dedos en el vaso de agua dejé caer algunas gotas del líquido sagrado sobre la informe cabeza.

— ¡Pero Vd. no le puso nombre! — objetó la voz ya cascada de doña Juana.

Verdad es que mis conocimientos litúrgicos no llegaban a tanto. Ignoraba o había olvidado la obligatoriedad de poner nombre. Sin confesarlo respondí:

— ¿Qué nombre iba a ponerle si ni sé si es macho o hembra?

— No importa — exclamó doña Arsenia — yo, rezando, ya lo llamé Evaristo.

¡Por ventura la sabia previsión de doña Arsenia ganó un ángel para el cielo, evitando a un alma quedar por siempre en el estancamiento letárgico del limbo!

Salí del cuarto y volví a tumbarme de nuevo en mi hamaca.

La luna seguía imperturbable rodando por el estrellado firmamento.

Normalidad relativa.

En la mañana del día siguiente pensamos que era necesario salir de aquella situación despejando la incógnita. Indudablemente, la partida de los López hubo tiempo sobrado de asaltarnos. Si no lo había hecho sería por haber desistido, o por impedírselo cualquier suceso. Lo más probable era el desistimiento. Derrotados, como decía M. Angot, habrían emigrado al Brasil sin llevar a cabo su criminal intento.

Don Luis convidome a montar a caballo y salir en su compañía a descubrir los caminos que cruzando los campos de la Foncière conducían a la frontera. Una tropa numerosa no podía haber pasado sin dejar huellas.

Acepté con júbilo. Me sentía cansado de la vida inactiva llevada en V. Sana hacía mes y medio. En todo ese tiempo no había montado a caballo ni una sola vez.

Mandose en busca de los dos mejores pingos de la caballada escondida en los montes, y, después del churrasco y el café, nuestro diario desayuno, montamos a caballo, llevando poncho en los tientos, hamaca entre los cojinillos y, además, por mi parte al menos, el mosquitero carumbaense, sin el cual no hubiera habido noche tranquila.

Otra vez, como al venir de V. Concepción, me veía a caballo recorriendo los campos y los montes vírgenes del Paraguay que tanto me atraían excitando mi imaginación, pero en lugar de Chico, llevaba en mi tocayo un

excelente compañero, inteligente e instruído. A la ventaja de profundos conocimientos pecuarios locales, añadía don Luis los de un conocimiento igualmente completo de su país y de Europa en general.

Esta calidad de extranjero instruído permitíale continuas observaciones comparativas de países y sociedades, ampliando la visión de las cosas y haciendo amena e instructiva nuestra conversación. Las interrogantes propuestas a mi espíritu por el espectáculo de lo nuevo : suelo, pastos, árboles, bosques, arroyos, animales, hallaban en don Luis amplia respuesta, bien que ignorase el nombre particular de parte de la flora y fauna del país aún no perfectamente estudiada por los naturalistas.

Esta recorrida de dos días acreció nuestra recíproca simpatía ya grande en la temporada convivida en V. Sana, que nos proporcionara tan hondas emociones.

Es vago el recuerdo que conservo de aquella excursión sin contratiempos hecha con ojo avizor y oído atento. Tanta vuelta y revuelta como dimos por campos y montes desconocidos, tanto atravesar zanjas y arroyos, pronto me enmarañó el rumbo. Pero don Luis guiaba y al segundo día pudimos volver a V. Sana con la noticia de que no sólo los revolucionarios no habían emigrado al Brasil, sino que al contrario, este país los fornecía continuamente de refuerzos de gente, caballos y armas. Justamente habíamos encontrado un regular contingente. Acababa de cruzar el Apa y se dirigía a la Villa llevando todos el convencimiento del próximo y total triunfo de la revolución a la caída de la Capital de la República. Las fuerzas de gobierno allí encerradas debatíanse estranguladas por la tenaza del ejército de la revolución.

El resultado de nuestra incursión relajó en mucho la vigilancia en V. Sana.

Mientras estuvimos ausentes un suceso feliz y un cuasi milagro habíanse producido : Concepción, después del mal suceso en que por dos veces me tocara intervenir, se había restablecido completamente. En cuanto al fruto de sus amores con Domínguez, a pesar de haber venido al mundo con sólo cinco meses de existencia fetal, había vivido día y medio. Está claro, que el milagro se debía, ¿cómo dudarlo? a mi bendición en nombre de las Tres Sagradas Personas.

Con la tranquilidad lentamente enseñoreada de V. Sana, fueron apareciendo las preocupaciones del trabajo diario, estado normal de la vida en sus extensos dominios. A restablecerla contribuyeron nuevas cartas de M. Angot, escritas en tono muy distinto de la célebre de aquella noche. La revolución seguía progresando y un relativo orden administrativo puesto en práctica en los departamentos de su dominio, ayudaba a su consolidación moral en el criterio público.

Con el verano la zafra se aproximaba. El Saladero Risso de Apa-cué, lo mismo que el de V. Concepción, iniciaban la faena y a la Foncière correspondía dar al primero la mayor parte de víctimas a inmolar en provecho del egoísmo humano.

Siempre en aquel tiempo, una fiebre de colmena en época de flores se apoderaba de la Foncière, especialmente en las estancias dedicadas al engorde de vacas y novillos. Pero aquel año, escacísima como estaba de hombres y de caballos, debería empeñarse en la partida con la totalidad de sus anémicos recursos. Correspondía a cada uno hacerse valer por tres, a fuerza de buena voluntad y de empeño y aún así mismo, quién sabe si se saldría airosa la pesada empresa de remover tantos miles de haciendas arrancándolas de la apacibilidad de las inmensas prade-

ras y de los frondosos bosques, para llevarlas a la barraunda de los rodeos y allí apartar escogiendo los más gordos, y formadas las tropas conducir las hasta el Saladero de la costa del Río Paraguay.

Una buena parte de ese trabajo era forzoso hacerlo con mulas. Menos aptas para la caballería, despertaban en los guerreros menor codicia. Muchas quedaron sustituyendo los caballos emigrados, pero si eran inaptas para cargas de lanza, lo eran, así mismo, por idénticos motivos — faltas de agilidad, viveza y docilidad de riendas — para parar rodeo, y, sobre todo, para apartar el ganado.

Ofrecí a don Carlos y a don Luis, acompañarles, mejor dicho, se lo pedí como un favor; así realizaría mi propósito de estudio práctico de campos paraguayos y cría y engorde de ganados. Aceptaron complacidos e iniciamos los aprontes de inmediato.

Al tiempo que viniendo del monte llegaba una veintena de peones con unos cincuenta animales, entre caballos y mulas, tomando posesión de las casas de la mayordomía, nosotros nos ocupábamos en revisar nuestros aperos, hamacas, ponchos, ropas, cepillos, tohallas, peines y demás adminículos de toilette, sin los que un hombre civilizado no sabe pasarse ni aún en medio del desierto.

El día convenido apareció Gómez, el apartador del Saladero, mi conocido de Apa-cué. Nos saludamos como buenos amigos y lo fuimos siempre.

Marcose la partida para el día siguiente.

El rodeo.

Madrugamos más de lo acostumbrado y fuera de M. Mathieu, Domínguez y dos peones, todos nos apresamos a partir.

Apesar del hábito tantas veces repetido por imposición del trabajo, los adioses, en aquellas excepcionales circunstancias, entre hombres y mujeres, entre padres e hijos, trasuntaban una emoción contenida. Yo era el que estaba más libre de todos y ¡oh eterno descontento humano! hasta cierto punto me pesaba aquella libertad. Sentía confusa añoranza de atadura femenil, nostalgia del doloroso separarme de alguien, y de alguien a quien debiera consolar por que me iba.

« ¡Chajá catú! », la voz de partida de los paraguayos en su idioma musical, equivalente a un « vámonos », vibró sonora dicha por D. Carlos al montar a caballo, y el que aún no había « boleado » la pierna apresurose a hacerlo horquetándose en su pingo o en su mula, y, patrones adelante y peones detrás, nos pusimos en camino.

Serían las cinco de la mañana. Un sol dorado despuntando en el horizonte y un cielo sin nubes presagiaban hermoso día.

El primer rodeo a pararse sería el de « Pitanoaga », potrero de invernada de torunos próximo a las casas, de extensión relativamente reducida : cinco mil cuadras más o menos.

Don Carlos y su hermano distribuyeron la peonada en

forma conveniente. A mí me pusieron en medio de ellos, me indicaron el rumbo y me recomendaron procurara mantenerme cuanto fuera posible a la vista de uno u otro para no extraviarme.

Aunque se me había encarecido la mansedumbre del ganado y su costeo, nunca creí que fuese tan completo. Suponía que el natural instinto de libertad, estimulado por las grandes extensiones sin vallas de alambrados y por el abrigo oculto ofrecido por los montes, lo hiciese arisco dificultando las paradas de rodeo, y me preparaba a carreras desenfrenadas costearo puntas de ganados chúcaros en forcejeos indómitos.

Fué todo lo contrario : el galopar de los caballos y los ¡hopa! ¡hopa! de nuestros gritos retumbando en ecos por las cañadas, empujaba a todas las bestias como por instinto hacía un punto fijo de ellas conocido.

Se hileraban al trote en las sendas que entre los altos pastos conducían al rodeo, y la aproximación de los jinetes las apuraba haciéndolas tomar galope tendido. A nuestro avance engrosaron la corriente nuevos contingentes formados por los animales que pacienco la hierba tranquilamente eran sorprendidos por el incesante empuje que de todos los contornos tendía hacia un centro.

A pesar del continuado galopar nuestro progreso no era rápido debido a los obligados zig-zag impuestos por el arreo, pero tres horas después de iniciado el trabajo comprendí que nos aproximábamos al lugar de la cita. Obrando, al parecer, como un imán, un punto en lo alto de una cuchilla empenachada de polvareda atraía toda la animalada. A él convergían de los cuatro puntos cardinales. A aquella corriente impetuosa dábanle impulso los hombres de a caballo separados por distancias de continuo aminoradas y los ¡hopa! ¡hopa! llevados en alas de la brisa.

El ganado llegaba de galope en puntas mugidoras de

inmediato adicionadas, y, al confundirse en remolinos y borbotones con las que allí estaban, empujadas por las fuerzas que gobiernan los rodeos, cambiaban la línea recta de su carrera por pausada marcha girando en derredor de invisible eje. Sentían un impulso ciego como el que rije el movimiento de los astros : giran estos en los infinitos espacios siderales; el rodeo en la inmensidad de los campos. Como aquellos, éste adopta la línea curva y sobre invisible eje de rotación gira, gira incesante obedeciendo a misteriosas leyes.

Y trás las bestias también nosotros, unos primero, otros después, fuimos llegando.

Desde luego llamó mi atención una serie de bateas colocadas en el centro del peladal del rodeo, largas de varios metros, formadas por troncos de árboles socavados como canoas y sujetas al suelo por palos clavados formando horqueta.

Los animales conforme llegaban iban derecho a olfatearlas. Comprendíase que buscaban algo no encontrado, porque con actitudes reveladoras de extrañeza levantaban la cabeza husmeando en todas direcciones.

La explicación no precisé preguntarla : casi conmigo llega un peón trayendo un carrito de pértigo a la cincha del caballo. La torunada mansísima que venía por el mismo camino lo rodeaba siguiéndole.

Para el conductor, manea el caballo, y del vehículo saca y se echa al hombro una bolsa llena de sal transportándola a la batea.

Los torunos no se asustaron al ver un hombre a pie; al contrario, le siguieron apretados esforzándose en lamer la bolsa, y algunos, engañados, le pasaban la lengua por las ropas.

La sal fué repartida en las bateas y la animalada quedó quieta, amontonada como moscas sobre un dulce, comiéndola a largas lambetadas de sus lenguas babosas, mientras

nosotros cambiábamos de caballo y nos preparábamos al aparte.

En su calidad de criolla me pareció excelente la torunada de la Foncière. Juzgada como novillos, tenía, como es lógico, el defecto de la edad y la castración tardía, pero esto les daba cuerpo y peso. Rodeo de torunos, allí se daban cita los viejos sultanes ex-poseedores de poblado harem, engendrados de tantas vidas, convertidos, ahora, en eunucos, destinados, a igual que su numerosa prole, a ser charque de saladero.

Pero como quien fué rey nunca pierde la majestad, en la actual situación guardaban aún con fuerza las líneas distintivas de la masculinidad. Por la figura eran toros y por los bríos puestos en la pelea lo parecían de veras.

Muchos de ellos tenían joroba sobre las paletas y el cogote, anca chica y caída. Una enorme papada, formando borde, les nacía en la barbilla y prolongábase amplia y suelta como fleco que quisiera arrastrar, corriéndose por el pescuezo, el pecho y el vientre, yendo a desaparecer en el entre piernas después de formar como un ombligo largo y caído. Eran los zebús o chinos, de cuero espeso, capaces de soportar las embestidas de todos los insectos y los más fuertes soles ecuatoriales, y de prosperar en los campos de pastos más gruesos. Entre ellos, el pelaje dominante era el barroso.

Había otros en los que predominaba el pelaje colorado. Destacábanse por sus grandes cuernos y patas largas. Tenían el cuerpo bien proporcionado, pero no alcanzaban el peso elevado de los zebús. Eran los franqueros.

Los de raza caracú sobresalían especialmente por el lustre del pelo. Siempre parecían recién pelechados. Entre ellos contábanse hermosos ejemplares, bien plantados, bien proporcionados y en estado de gordura sobresaliente.

De estas tres diferentes corrientes de sangre estaban

compuestos los ganados de la Foncière, los mejores del país en número y calidad. Rendían muy buenos pesos : hasta 220 kilos de carne y había cueros que pesaban 60 kilos. Cotizábanse muy bien en plaza y debían dar pingües ganancias al saladero.

Tropeando con sol.

Fuimos a pasar la noche a un retiro. En los puntos estratégicos de cruce de caminos, especialmente los trillados por las tropas, la Foncière disponía de una manguera para encerrar el ganado, recostada a un potrero piquete bien alambrado en que poder soltarlos sin temor a escapadas y entreveros.

Como vigilando estas comodidades estaba el retiro, casa rústica formada por paredes en cuadro, hechas de simples troncos de árboles gruesos y hasta sin descortezar, sosteniendo un techo de zinc que protegía de lluvias y serenos. La falta de tres o cuatro troncos dejaba un espacio libre : la entrada. Ninguna puerta la defendía.

Como en el Paraguay crecen árboles por todas partes, oficiando de enramadas los había coposos y sombríos junto a aquellos refugios.

Por ser lugar bien elejido, cerquita, agua fresca cristalina y corredora purificaba el ambiente. El aperitivo de la sed, el sol tropical, hacía siempre apetecible. No bien se encerraba el ganado, la peonada « caiba a la aguada » munida de las guampas en las que previamente

ponía puñados de yerba mate. Era adminículo infaltable. En su borde agujereado pasaba un tiento que con un medio bozal sujetaba firme la bombilla, y al todo a la cabezada del recado. La desataban, y tomándola por el extremo del tiento, la guampa, balanceándose como un péndulo, era sumerjida despacio en el agua del arroyo e izada antes de llenarse. Efectuada esta operación el « tereré » quedaba listo y lo bebían a grandes y deleitadas chupadas. En roncando la bombilla, volvía la guampa a sumerjirse y a llenarse.

Pronto tomé gusto por el « tereré ». La yerba, a la inversa del café y del té, instantáneamente presta al agua fría su sabor amargo dulce, transformándola, cuando es fresca, en bebida deliciosa siempre apetecible en los días de calor.

Muchos peones paraguayos nunca tomaban mate y siempre tereré. Conocí algunos a tal punto viciosos, que en las casas levantábanse varias veces durante la noche a rodear con sus guampas al barril del agua.

Después de frugal cena compuesta de churrasco y galleta, nos tendimos en nuestras hamacas atadas a la pared de postes del retiro, defendidas de los insectos por los mosquiteros formando carpa, sostenidos por un maneador mantenido tirante sobre la hamaca como cuerda de arco, y protegidos por los ponchos del aire fresco de la noche.

Los peones, con bastos, caronas y cojinillos tendidos en el suelo del retiro o bajo la protección de los árboles, hicieron cama mullida. No precisaban mosquiteros. Como mucho de sus patrones, considerábanlos un estorbo, ya fuese porque la sensibilidad de la piel hubiera sido embotada por la costumbre, o porque el organismo, en su misteriosa defensa natural, hubiera encontrado medio de neutralizar la ponzoña de los insectos y hasta de hacerse menos apetecible. Sí, menos apetecible. Constaté que

eran menos buscados que yo. Personas hay, en efecto, mucho más perseguidas por los insectos que otras. ¿Resultarán más sabrosas al paladar de los diminutos gastrónomos?

A la mañana siguiente volvimos a parar rodeo y como en el día anterior pude constatar la buena calidad de los ganados de la Foncière. Era una animalada pareja, de cuatro a cinco años de edad, bien desarrollada, llena de carnes, lustrosa y en excelente estado de gordura.

Completados que fueron 700 gordos, entre torunos y novillos, nos dimos por satisfechos rumbeando con ellos al Saladero.

Los conducíamos con facilidad, tan mansos eran. La vecindad de un monte no los convidaba ni a disparar ni a esconderse.

Los bichos, como los humanos, son mansos con quien les da de comer, y pierden gustosos la libertad con tal de saciar las exigencias del tubo digestivo. La sal, para los ganados de aquella zona, es una necesidad orgánica. Por medio de la sal se les amansa. Saben que el esfuerzo de ir al rodeo será compensado por tan tentadora golosina y van de buena gana.

El rodeo es la escuela del vacuno. Allí pierde el miedo al hombre, se civiliza, se hace dócil y obediente.

Además, la sal, satisfaciendo una necesidad, les da fuerza y peso. Se apresura el engorde de una novillada dándole sal con más o menos frecuencia. Según dicen, obedece esta necesidad orgánica a un defecto del suelo: la ausencia de cloruro de sodio en su composición química. No pudiendo tomarlo el pasto de la tierra ni el animal del pasto, ni tampoco disuelto en las aguas de los ríos y arroyos, es preciso dárselo en estado puro, de lo contrario permanece débil y no engorda.

Este defecto del suelo tornábase hasta cierto punto en aliado. El corregirlo permitía a un puñado de hombres

actuando poco menos que en el desierto, extender su dominio sobre miles de haciendas moviéndose libres en campos inmensos, cubiertos de bosques, pajonales y esterales. Si no fuese por tal modo, sería imposible contenerlas mientras no se les encerrara en potreros más pequeños.

Estábamos aún en primavera, pero aquel día anunciábase ya como de fuego. El sol habíase levantado más rojo que de costumbre rodeado de una aureola de tenue niebla. Con los besos amorosos de sus primeros rayos juguetones, el fuerte rocío de la noche evaporose procurando continuar el juego en las alturas.

Tempano, ya parado el rodeo, al aprestarnos al aparte nos quitamos los sacos, sintiendo el agrado de la brisa mañanera penetrar por la camisa desprendida y acariciar el pecho y los brazos remangados. Pero al avanzar el sol en su carrera, el aire reposó en pesada siesta convirtiéndose en quieta atmósfera de horno, y en la reseca tierra las plantas comenzaron a marchitar.

Los vacunos, a la hora aún fresca de la partida de la tropa, se movieron livianos y los caballos precisaban ser contenidos por la presión de la rienda, pero poco a poco el calor los abrumó. Hombres y animales, sin haber trabajado casi, sentíamos el cansancio enervar los miembros, entorpeciendo los movimientos. Nuestro caminar fué tomando un compás lento, un ritmo pesado, siempre igual, ya no más interrumpido por cornadas de torunos imponiendo saltos, atropelladas y balidos a los animales de su alrededor, y abriendo claros cerrados de seguida con movimiento de espejo de agua en el que se arroja una piedra.

Los más viejos y pesados fueron amontonándose en la culata de la tropa, como se amontonan los granos más gruesos al zarandeárseles. Fueron ellos los primeros en

caminar cabeza gacha, en echar la lengua afuera, goteando espuma e hilos de baba cristalina.

Los caballos, al paso, perdieron agilidad y vigor. Con zarandeos de cuna nos mecían perezosamente. Hombres y bestias, formábamos el único punto perdido en aquellas inmensidad de campos salpicados de islas de monte, que aún tuviese un resto de fuerza para moverse. La naturaleza sumíase en el bochorno de los días caniculares a la hora en que el sol en su cenit abrasa la tierra.

Perdiendo verdor, el campo tomaba un tinte amarillento, los pastos desmayaban en los tallos que el viento no mecía, marchitaban las hojas de los árboles y la sombra carecía de frescor.

Los rayos de fuego del astro obraban como ventosas. En sorbos invisibles bebían de la tierra hasta secarla, arrebatando a las plantas la humedad ansiosamente buscada por las raíces sedientas hundidas en el suelo reseca. En su ansia de agua, el astro rey, el astro tirano, buscábala también en nuestros cuerpos, que desfallecientes se la daban abundante. De las frentes protegidas por aludos sombreros, caía en gruesas gotas; en las partes expuestas directamente a sus rayos, como las manos, la absorción era tan rápida que la transpiración tornábase invisible.

Llevábamos la ropa empapada, pegada al cuerpo; los ojos inyectados, las caras enrojecidas, las sienes palpitantes, las manos y los pies hinchados. Las botas parecían haber encojido. Transformadas en instrumento de tortura, oprimían los pies y quemaban como si fuesen de fuego.

Embotábanse los cerebros. Una idea diluída por todo el ser en variadas sensaciones de necesidad imperiosa, en él se concretaba: la de hallar agua y beber, la de buscar sombra y quietamente gozar su frescura.

Pero había que seguir y seguíamos empujando. Sobre

las necesidades del cuerpo imponía el espíritu las leyes del deber. Esporádicamente nuestra voluntad recobraba bríos manifestándose en repentinas energías en los ¡hopas! lanzados por las gargantas secas; en espueladas que despertaban a los caballos en forzada atropellada, coronada por algún rebencazo descargado con fuerza en las ancas de los novillos más remolones.

La atropellada motivaba sustos, apresuramientos y entreveros. Huyendo del caballo y del jinete, los animales que estaban más cerca abalanzábanse sobre los otros a pechazos y guampadas, produciendo un movimiento, un oleaje de aguas quietas removidas, pero poco después todo tornaba a la primitiva forma y el ritmo del cansancio, obedeciendo al imperio del ambiente, volvía a adueñarse de hombres y animales.

El estero.

Al cuarto día de camino, después de atravesar los arroyos Culantrillo, Paso Itá, Toro Paso, Blandengues y de dejar la estancia Mirabeau con su caliente chalet de madera, llegamos al Estero Guazú, el primero que veía.

El estero no era otra cosa que un extenso bañado, cenagoso y profundo, peligroso de cruzarse. Aún el baqueano conocedor del mejor paso, corría peligro de « naufragar » con su caballo en el formidable lodazal, que remedaba despejada laguna en ciertos puntos, cubierta de apretado camalotal en otros, y lleno de pajas y espadañas en los más de él. En los lugares donde la

tierra se afirmaba en albardones, crecían árboles formando islas, apostaderos de garzas y cigüeñas en eterna vigilancia.

El inmenso charco pantanoso sería un obstáculo poco menos que infranqueable, sino fuera que, flotando sobre el cieno, había sido construído un puente de troncos de árboles colocados transversalmente paralelos unos a otros y unidos entre sí en sus extremos por dos hileras de troncos clavados a lo largo formando como borde del puente. Contribuía a darle firmeza y unidad reates hechos con grueso alambre de fierro.

Pero el uso, el tiempo y el cieno, habían arruinado en parte el flotante puente mordiénolo la podredumbre. Cruzarlo ofrecía cierto peligro. Desde que algunos animales se habían quebrado las patas en los huecos dejados por los troncos carcomidos, las tropas atravesaban el estero por tierra o, para ser más exacto, por barro. El espacio libre de pajas y camalotes indicaba el camino.

La pezuña del vacuno tiene conformación más adecuada a esta clase de suelo que el casco del caballo. Donde éste se hunde aprisionado como mosca en la miel, aquel muévase con relativa facilidad.

La decisión de los punteros en echarse al lodo blando del estero, hízome comprender cuán duchos eran en tales travesías. En efecto, en el Paraguay son comunes estos inmensos fangales que en épocas de grandes lluvias aparentan lagunas. Son obstáculo serio opuesto por la naturaleza a la acción civilizadora del hombre. Quien sin conocerlos se aventura en ellos corre peligro de no salir más. En la guerra de López ocasiones hubo que entorpecieron la marcha de los ejércitos y fueron tumba de muchos soldados de las tropas invasoras.

Además dan origen a otro peligro más grave : al paludismo. Elígenlos los mosquitos para sus criaderos o viveros, puesto que en ellos encuentran el ambiente ideal para su desarrollo.

Una vez que el último novillo se hubo metido en el estero, algunos peones echaron la caballada por el puente y trás de ella lo enfilaron caminando a pie llevando de tiro los caballos ensillados. Nosotros quedamos en la orilla empujando la novillada con nuestros ¡hopa! ¡hopa!

A grito pelado, hasta enronquecer, pasamos media hora, el tiempo demorado por la animalada en la pesada travesía. A nuestro turno nos arriesgamos a pie por el puente con los caballos a cabestro. Preciso era cuidar de no meter la planta en los espacios huecos dejados por las podredumbre de los palos y de llevar firme nuestros pingos. A éstos, el peligro excitábalos. Al sentir temblar bajo los cascos el extraño suelo de troncos convexos que siendo duro cedía hundiéndose en parte al peso de los cuerpos, trás nosotros caminaban temblorosos, con las orejas tiesas de atención, gachas las cabezas para olfatear el suelo movedizo y las narinas abiertas palpitantes de ersoplidos desconfiados. Si una pata entraba en algún hueco hundiéndose en el barro, el miedo del abismo asaltábalos y a riesgo de romperla atropellaban a brincos, amenazando llevarnos por delante. Nuestros silbidos, bien conocidos de ellos, y la firmeza con que los sujetaban nuestras manos por el cabestro tomado corto, al quitarles responsabilidad los calmaba tranquilizándolos.

Al llegar al extremo de aquel puente de cinco cuadras, estaban contentos de pisar tierra firme, y algunos, alta la cabeza, respirando el viento con fuerza, relinchaban, sacudido el cuerpo como por una carcajada de alegría, de la que participaban, resonando, las caronas, fija la mirada donde conducida por los arreadores trotaba suelta y feliz la caballada.

Ya en el Saladero, don Carlos y don Pedro Risso discutieron largamente los precios a pagarse por los ganados de la Foncière. El uno quería subirlos, el otro bajarlos. La guerra y las dificultades que con ella venían apare-

jadas, a juicio del vendedor eran causa de valorización por disminución de la oferta; para el comprador eran motivo de depreciación: originaban aumento de gastos, disminuyendo las ganancias.

Tarde de la noche terminó la discusión con el acuerdo y más tarde aún apagose la luz en el escritorio de don Pedro, insigne trabajador a quien la madrugada sorprendía muchas veces en su puesto de comando.

Usos y costumbres.

Regresamos en muy distintas condiciones. Libres de ganados, la marcha fué relativamente rápida. Además llovió; la temperatura suavizose y no nos brindó el sol los sufrimientos de la ida. Esa lluvia, que nos alegraba y de la que esperábamos tanto bueno, acabaría, sin embargo, por tornarse el más grave obstáculo de los muchos que dificultaron los trabajos, demostrando una vez más que todos los extremos son malos.

En V. Sana se mantenían las cosas como las dejaramos a la partida. La vida para nosotros volvió al ritmo habitual, a la espera de que el buen tiempo se afirmara para continuar las tropeadas.

La presencia de unos cuantos peones y el trato con ellos, aunque dificultado por el idioma, me permitió formar idea de sus costumbres y carácter. Raza mestiza en la que predominó el indio, sometido primero a la obediencia ciega impuesta por los caciques y después

por los dictadores que dominaron el Paraguay durante tantos años, precisaba, para dar de sí cuanto era capaz, sentir pesar sobre ella la mano fuerte del amo.

Faltos, por ignorancia, de aspiraciones y de iniciativa, les cuadraba bien la orden seca que implica la obediencia ciega y descarta el raciocinio.

Como casi todos los hijos de la América ecuatorial, donde la vida es fácil, por naturaleza y por costumbre no eran trabajadores. El clima suave del país favorecía la natural indolencia. El invierno no existe en el Paraguay; al menos no obliga a la previsión de una época en la que la naturaleza niega sus dones y amenaza con el exterminio desencadenando sus inclemencias. Durante el año entero, un simple retiro de palo a pique sin puerta, es, en la campaña, habitación confortable. Como prendas de vestir, bastan las exigidas por la decencia: camisa, calzoncillo y tirador de cuero. Sin frío, todo lo demás es superfluo. Por alimento, la carne, el maíz y la mandioca, alcanza y sobra.

Cuando carneaban lo primero en ir a la olla era el matambre. Se comía siempre en puchero, y el puchero de matambre es excelente.

En el Paraguay, junto a toda casa de campo, a la sombra del alero o de un árbol, encuéntrase siempre un gran mortero de madera hecho de grueso tronco de árbol ahuecado, y una mujer en camisa y enaguas machacando maíz para la mazamorra y el locro, o cecina para albóndigas, al mismo tiempo que fuma un cigarro de hoja de respetables dimensiones.

El maíz y la mandioca son base de la alimentación del pueblo campesino. Conforme se va a construir una casa, delínease y lábrase la huerta de mandioca. Es una planta bendita. En tierra arenosa, de preferencia, se entierran acostados horizontalmente los pedazos de tallos guardados de un año para otro. Pocos meses después,

sin exigir más cuidado que un simple carpido, las raíces han formado los tubérculos. Escárbase el suelo y sin destruir la planta, sácanse a medida que se precisan y se precisan siempre. Largos y finos como batatas, tienen una carne blanca, farinácea, de sabor suave, agradabilísimo. No cansan al paladar ni tampoco al estómago.

En toda mesa paraguaya es la mandioca el primer plato en aparecer. Pelada y cocida en agua con sal, sustituye al pan, acompañando los otros manjares. Pronto el extranjero se acostumbra a ella y se le hace indispensable.

La fariña, tan usada en el Brasil, es poco menos que desconocida en el Paraguay. Es producto de otra clase de mandioca y obliga a un proceso de elaboración bastante complicado.

Para conservar la carne, además del charque, proceden a hacer «cecina». Cecina es la carne flaca, la pulpa, cortada en tiritas finas y secada al aire y al sol. No lleva sal. Además de comerla en guisos, la pulverizan en el mortero y hacen con ella especie de albóndigas y otros platos.

Los nativos son muy afectos a poner queso en la comida. Habiéndolo, si preparan un guiso de porotos, la cocinera no dejará de cortar dos o tres gruesos pedazos y echarlos enteros dentro de la olla. Otro tanto suelen hacer con el puchero.

Del almidón sacado de la mandioca, mezclado con queso, hacen un amasijo que cocinan en el horno al que llaman chipá.

En la Foncière no se conocían las guadañas; los peones no sabían que cosa era este instrumento. Queriendo cortar forraje o carpir el pasto de un patio, usaban con gran maestría el machete. Puestos en cuclillas, lo revo- leaban descargando sabios hachazos paralelos al suelo. Les vi hacer proezas Cortaban rápidamente y muyparejo.

Terminado el trabajo, con el atardecer comenzaban a sonar los « organillos » o armónicas, de sonido igual al del acordeón. Casi todos sabían tocarlo. Demostraban tener afición por la música y poseer oído afinado. Allí nadie tenía guitarra, no sé si por ser desconocida o por haber emigrado con sus propietarios.

Bajo agua.

Amainó al fin la lluvia y el buen tiempo prometió favorecernos. Se resolvió continuar las paradas de rodeo, los apartes y las tropeadas.

De los establecimientos del Chaco, propiedad de don Carlos, reclamaron su presencia y para allá partió el gerente en compañía de dos peones. Don Luis asumió el mando supremo, y yo, su inseparable compañero, pasé a ser algo así como su segundo.

¡Chajá catú! — gritó mi tocayo al montar a caballo en el patio de la mayordomía junto a las enramadas aún envueltas en la oscuridad de la noche. Emparejé mi pingo con el de él, y, siguiendo la caballada que galopaba delante, nos pusimos en camino en dirección de la invernada « Culantrillo ».

A las diez de la mañana ya habíamos apartado trecentos novillos gordos, formando una tropa pareja prometedora de gran rendimiento. Un centenar más que sacáramos y aquel rodeo nos habría entregado cuanto era capaz de dar por el momento.

Con el amanecer, un sol rojo y caliente habíase levantado detrás de unos montes, destacando a trasluz las jirafas de la flora paraguaya, las palmeras, que por sobre los demás árboles sacaban sus cabezas empenachadas mecidas graciosamente por el viento. Pero a eso de las diez, en el horizonte de un cielo hasta entonces enteramente diáfano, apuntó una nubecita negra, de pequeñez insignificante, que por obra, al parecer, de natural dinamismo, creció en breves instantes y avanzando como una manada de bisontes salvajes en furiosa carrera, cubrió de negro luto todo un lado del cielo, contrastando con el otro aún inmaculado irradiando luz, y extendió su tropel amenazador sobre nosotros.

De risueña que estaba, la naturaleza parece ahora despavorida. De un lado una negra sombra agrandándose continúa y rápidamente envuelve la tierra en noche prematura, mientras por el otro, la luz, como una ilusión en derrota, desmaya alejándose. Ráfagas de viento aquietadas de golpe, sacuden a intervalos los bosques distantes. Un trueno sordo y lejano, algo así como un gruñido profundo del infinito, llena el espacio de amenazas poniendo emoción en los corazones.

Las aves, asustadas de los negros crespones adueñados del diáfano elemento aéreo en que ellas reinaran seguras y dichosas alegrándolo con idas y venidas, con risas, con gritos de contento como chicos que jugando se persiguen, vuelan ahora despavoridas, dando píos de terror, a ocultarse en los bosques protectores.

Comprendiendo lo que nos aguardaba don Luis toma una resolución que yo imito. Siguiendo su ejemplo me quito el saco, el chaleco, las botas y las bombachas colocando todas estas prendas debajo de las cojinillos que pongo con la lana para abajo, mostrando el cuero, y aseguro el todo apretándolo fuerte con la sobrecincha.

A los ponchos los dejamos arrollados como estaban dentro de sus maletas de cuero atados a los tientos de los recados.

Y sin mas protección que la del sombrero de paja, la de la camisa y el calzoncillo, montamos a caballo a fin de reiniciar el aparte.

La novillada también olfateaba la tormenta, mostrándose intranquila, pronta a disparar. Los dos grupos formados por el rodeo y la tropa en gestación requerían la atención total de todos nosotros para impedir que el estallido de un trueno, el fulgor de un relámpago, no empujara un grupo contra otro destruyendo en pocos segundos nuestro trabajo de siete horas.

En los campos solitarios hízose un silencio expectante. Los pastos parecían escuchar, temblando en los tallos. La negra avalancha alada demostró estar sobre nosotros arrojándonos gruesas gotas de agua que golpearon con fuerza los sombreros. El primer bautismo, a través de la floja trabazón de la paja, nos mojó la cabeza.

Fué el preámbulo. De golpe abriéronse las cataratas del cielo y un diluvio nos inundó, al mismo tiempo que el trueno, galopando en vibraciones, corría el espacio entre relámpagos y bajaba a rodar por el suelo haciendo temblar la tierra.

De súbito una luz enceguecedora nos quemó los ojos colándose hasta los más recónditos centros nerviosos. Un estampido formidable nos conmovió perturbando el equilibrio de los cuerpos sobre los recados.

El rayo no había caído muy lejos.

El rodeo, asustado, como obedeciendo a una voz de orden, interrumpió su acostumbrado movimiento de rotación y, de un empujón, rompió la curva que le imponían los caballos echándose a correr desenfrenado por los campos.

La tropa de gordos, quiso seguir el ejemplo, pero la

línea de hombres que separaba los dos grupos reforzada en previsión de posibles mixturas, se lo impidió.

En vano los jinetes que sostenían el rodeo azuzando los caballos quisieron contener la avalancha de las bestias en su ciega furia de aguas rompiendo dique y esclusas. En su inútil afán contúvoles el llamado a grandes voces de don Luis transmitido por nosotros del uno al otro hasta alcanzar al más distante.

Lo esencial era mantener reunida la tropa ya formada y marchar con ella. Los gordos que aún quedaban se dejarían para un nuevo aparte a hacerse más tarde.

Iniciamos el arreo arrastrando la pesadez de novillos y caballos. Estos, fustigados por la lluvia, no tenían otro deseo que poner las ancas al viento para defender los ojos e impedir la entrada del agua en las orejas.

El caballo de don Luis y el mío pronto percibieron la falta de espuelas en nuestros talones descalzos y la blandura, a lo trapo, de las soterías de los rebenques embebidas en agua. Sacaban partido de nuestra desventaja aprovechándose en desobedecer y lerdar. Inútilmente los taloneaban sin descanso nuestros pies desnudos a los que les parecía haberse triplicado el peso de los estribos de bronce.

El temporal no amainaba. El cielo, sin interrupción, desbordaba en catarata. A raudales, el agua, golpeándonos con fuerza, nos corría de arriba abajo, desde la cabeza hasta los pies, de los que caía al suelo como chorro de una canilla. Entorpecíanos los movimientos colando al cuerpo la ligera ropa y a su martillar provocaba una continuada contracción de los músculos faciales. La visión, disminuía por la cortina de lluvia, alcanzaba apenas a pocos metros en derredor. El ambiente, concretado, palpable, cerquita a tocarse con la mano, era gris oscuro, opaco, espeso; el suelo, una capa de agua de una cuarta de altura corriendo y tropezando en cada

pasto; la senda viboreante entre la maleza, un torrente impetuoso.

La lluvia, el viento, los novillos, las caballos, el ciego instinto ¡todo empujaba a cambiar la ruta, a dar la espalda al temporal y caminar en la dirección impuesta por la furia de los elementos desencadenados! Pero el deber marcaba otro rumbo y la voluntad dócil a sus dictados, dominando, venciendo instintos bravíos, imponíase a lo que parecía un destino y lo cambiaba, arrastrando en incesante esfuerzo todas las bestias a hacerle frente y marchar en dirección al horizonte, desde donde el invisible enemigo, el viento, y con él la lluvia, arremezaba a pechazos.

La primer cañada que debimos cruzar la pasamos « a bola pie ». El trabajo y la previsión de los hermanos Pfannl había construído puentes de madera en los más importantes pasos de los arroyos de la Foncière. Gracias a ello pudimos continuar sin interrupción nuestra marcha de cinco horas.

Felizmente la temperatura mantúvose elevada, a pesar de lo cual el continuado remojón acabó por helarnos, de modo que después de echar la tropa al piquete, nos guarecimos bajo el techo del retiro, rodeamos el fogón encendido en medio de la estancia y chupamos el mate caliente con viva satisfacción.

El haber soportado la lluvia sin la protección del poncho, nos valió tenerlo seco, así como la demás ropa, para abrigarnos en las horas frescas de la noche.

La caballada emigrada.

Al día siguiente nuevo rodeo y nuevo diluvio. Completada que fué la tropa y mejorado el tiempo, nos pusimos en camino al Saladero. Un sol caliente de tormenta remplazaba la lluvia. Anduvimos y anduvimos al tardo paso de arreadores de ganado y andando estábamos desde tres días, cuando, sin recibir orden de don Luis que marchaba junto conmigo a retaguardia, se detuvieron los punteros, paró la tropa, y uno de los peones llegó hacia nosotros a todo galope.

— ¡Viene una partida! — nos dijo, turbado el rostro.

Trabajo nos costó tranquilizar y convencer a nuestra gente de que no sería molestada, de acuerdo con las promesas hechas a don Carlos por los jefes revolucionarios de V. Concepción.

El jefe de la partida traía una noticia no muy del agrado de Dn. Luis : de fuente fidedigna sabía que los gubernistas emigrados en Matto Grosso se preparaban a invadir el departamento y atacar a los revolucionarios. Para realizar sus propósitos contaban con los caballos de la Foncière, alrededor de un millar de excelentes animales emigrados sobre la frontera de aquel estado, a orillas del río Apa.

Don Luis no sabía como evitar el peligro. Hacíase indispensable internar la caballada Matto Grosso adentro, alejarla de la línea fronteriza, pero faltaba el hombre práctico y de confianza que llevase a cabo la empresa,

visto él mismo estar impedido por no poder abandonar la tropa que conducíamos al Saladero.

Don Luis hablaba encareciendo las dificultades con la mirada puesta en mí, como si yo pudiera darle luz. Creí comprenderle y me ofrecí.

— Complacido acepto — díjome — será un gran servicio que prestará Vd. a la Foncière; pero vea, no podré darle ni un solo hombre, somos ya muy pocos para lo que la conducción del ganado exige. A lo sumo me será permitido hacerle acompañar por un peón al punto del río frente al cual, en la margen opuesta, está el mayordomo Garcete con la peonada y caballada de S. Sofía, y Vd. me lo devolverá de inmediato.

— Es cuanto preciso — contesté.

El jefe revolucionario, interesado en desbaratar los planes de sus enemigos, nos ofreció un hombre de su tropa para acompañarme hasta el paso y lo aceptamos.

Mudados que fueron los caballos, ya estuvimos prontos para partir. El hombre, en su vida de tropero, está siempre listo para andar; su estado natural es horquetado sobre el caballo; cambiar el rumbo nada cuesta.

El sub-gerente extendió sobre una hoja de papel, que aún conservo, una orden que firmó y a la que puso el sello de la Sociedad, mandando a los mayordomos y demás empleados de la Foncière obedecer mis órdenes como si las diera él mismo o su hermano.

Partí acompañado del peón y del soldado.

Fué preciso caminar todo el día apurando los caballos para llegar por la tarde a la costa del río. Cuatro leguas antes de alcanzarlo lo anuncian las tierras bajas, entonces totalmente inundadas por la creciente, que nos obligaron a caminar al paso, una vez con el agua a la rodilla de los caballos, otras, a media costilla. Antes de aventurarnos por el inmenso charco tomamos la precaución de cruzar los estribos sobre el recado para llevar los

pies bien altos, y de doblar los cojinillos para no mojarlos.

¡Qué penosas, qué largas resultaron esas cuatro leguas, al paso, chapoteando agua y envueltos en nubes de mosquitos! Al fin, dejando pajonales, llegamos a la orilla del monte que bordeaba el río y allí, sobre un albardón, echamos pie a tierra. Mis dos guías me dicen ser imposible seguir a caballo. Convenía hacer la picada a pie porque en más de un punto los animales nadarían.

Con mi recado, mis maletas, mi poncho y mi ropa, hacemos dos atados, con que cargan los peones, y los tres, desnudos, nos internamos por la picada. En la mano izquierda, suspendidas de un dedo por las orejas, llevaba yo mis botas; en la derecha una rama de árbol con mucha hoja, improvisado plumero para espantar mosquitos.

¡Qué martirio! Mis pies no estaban acostumbrados a andar descalzos y menos por una picada cubierta de agua en la que era imposible ver donde se pisaba. Puntas de troncos de árboles cortados, raíces, piedras, espinas, todo lastimaba... pero esto era lo menos. Lo más estaba en la atmósfera, parecía ser ella misma. Nos envolvía una nube densísima de mosquitos, como nunca había visto ni nunca más volví a ver. Cerrazón espesa : a treinta metros no se reconocería una persona.

Hambrientos, se arrojaban ciegos sobre nosotros, sobre mí especialmente, que es probable les resultara mi sangre más sabrosa que la paraguaya de los compañeros. No hacían fintas; las trompas eran floretes que sólo sabían de instantáneas estocadas a fondo. Movía mi plumero de hojas desesperadamente. ¡Inútil esfuerzo! Si el suelo elevábase y mayor parte del cuerpo quedaba fuera del agua, debía repartir los chicotazos, pero extendida la zona de mis cuidados, aquellos perdían intensidad.

El segundo que empleara en chicotear las espaldas, aprovechábanlo para picar la cara y el pecho. Eran tantos, tan densa era la nube, que si hablábamos los mosquitos se nos metían en la boca y nos atoraban.

No puedo decir cuanto tiempo estuvimos sometidos a aquel suplicio inmensamente mayor para mí que para mis peones, pero sé que cuando después de mucho gritar a la orilla del río, vino un botecito y me llevó del otro lado, a pesar de la heroica defensa hecha de mi persona, tenía tan hinchados los párpados que me desfiguraban completamente.

Los establecimientos de la Société Foncière, ocupan una extensa zona de la frontera del Paraguay con el Brasil. El límite de los dos países por el norte es también el límite de esta inmensa estancia : el Río Apa.

Cinco mayordomos en cinco campamentos distintos con sus capataces, sus peones, sus caballadas, vivaqueaban a orillas del caudaloso río, en la margen alta, la derecha, la brasilera, casi exenta de mosquitos, al comparársela con la otra.

Por varios días hice con ellos vida de campamento, enterándome de las principales estancias que hubiese un tanto retiradas de la frontera, y pidiendo por carta a sus dueños hospitalidad para nuestros caballos, casi un millar de buenos pingos, traídos en su mayoría de Corrientes, tan buenos que hubieran enorgullecido cualquier establecimiento del Uruguay.

Tropeando caballos en Corrientes y cambiándolos en Matto Grosso, donde escaseaban y eran caros, por vacas que allí abundaban y vendíanse baratas, y poblando con ellas sus campos paraguayos de Toldo-Cué, fué como don Carlos Pfannl, a su llegada de Norte América, — donde había hecho vida de « cow-boy » — comenzó a tra-

bajar, y su éxito fué tal que sugirió al propietario de la Colonia la idea de dejar el café por las vacas.

Muerto el administrador, propusieron a don Carlos — entonces lindero, propietario de Toldo-cué — hacerse cargo de la administración de la Colonia, a la que debería asociarse, y éste contestó : « No doy una sola cola de mis vacas por las setenta mil plantas de café de la colonia ».

Esta repuesta, que más tarde el éxito celebrizó, impresionó a M. Cahén d'Anvers y da lugar a la creación del gran establecimiento ganadero.

Uno tras otro visité a los mayordomos y recorrí los campamentos. Aquellos, al presentarles la orden escrita de don Luis, obedecíanme sin pestañear.

Cuando llegué al último campamento había hecho unas treinta leguas sobre la línea fronteriza en dirección del naciente, atravesando numerosos arroyos, afluentes del Apa, desbordados a consecuencia de las incesantes lluvias, y por ser el último y por estar mi misión terminada, debí pensar en atravesar el río para volver a la Foncière.

Encontrábame frente a Toldo-cué, la primitiva estancia de Don Carlos Pfannl. De la bondad de sus pasturas y de la belleza de sus paisajes había oído mil elogios; estaba deseoso de conocerla.

El día señalado, de mañana, preparóse el imperfecto bote-batea único disponible. Inspírome tan poca confianza, que preferí cruzar el río a nado. Que en el bote-batea cruzase el peón que debía servirme de baqueano, llevando nuestros recados, ropas y malesas; que de él se valiesen para ayudar a pasar los caballos.

Había de nadar tres o cuatro cuabras en aguas muy correntosas que pasaban rápidamente ante nosotros en dirección del poniente, arrastrando islas de camalotes, ramas, troncos y árboles enteros. En ciertos lugares, reflejando los árboles de las orillas y el cielo, deteníanse

en remansos, lisos, tersos, pulidos, formando en el centro un hoyito risueño, como el de la mejilla de un niño; en otros giraban en remolinos peligrosos.

El paso, del cual la creciente no dejaba descubierta más señal que el comienzo de la picada a la orilla del monte, cruzaba el río cortando la corriente en línea perpendicular: la boca de la picada de una margen enfrentaba con la de la otra.

A causa de la creciente esta disposición me pareció peligrosa. A los caballos, ayudados por el bote-batea, no había más remedio que echarlos al agua por allí; el monte y la barranca alta hacían imposible llevarlos río arriba, a fin de atravesar más fácilmente la correntada cortándole en línea oblicua.

Personalmente resolví hacerlo así. Me desvestí, entregué la ropa a mi nuevo peón, que con sus compañeros iban a, pasar los caballos, y, bordeando el río por dentro del monte lo remonté unas dos cuabras.

La barranca era alta y a pico. En el lugar donde parece más conveniente, comienzo a bajarla agarrándome de las raíces de los árboles, cuando oigo una gritería que interrumpe mi descenso. Miro río abajo y sólo puedo percibir confusamente, emergiendo de las aguas, girando un par de segundos para desaparecer para siempre, los cuatro cascos de un caballo: el mío que acababa de ahogarse.

Algo quiso decirme el corazón, pero no dejé hablar al presentimiento. Confiando en mi pericia me eché al agua seguro de tener más suerte que mi pobre caballo.

Vida nómada.

Una vez reunido con don Carlos y don Luis seguimos las tropeadas. Yo había ganado la confianza de los dos hermanos y poco a poco fué quedando a mi cargo la conducción de las tropas al Saladero. Los apartes los hacía siempre don Luis, y Gómez, el apartador de don Pedro Risso, y yo los ayudaba. Algunas veces, las menos, estaba también don Carlos, a quien la diversidad de su tareas le imponían idas a V. Concepción, al Chaco, a Apa-cué, etc.

Gómez y yo apartábamos de compañeros. Teníamos la misma modalidad para hacer este trabajo; nuestros movimientos coordinaban bien. Sabíamos no apurar, caminar al paso dentro del rodeo y no « pisar » la res hasta no sacarla sola con una atropellada rápida de los caballos levantados en las riendas aguijonados de espuelas.

Don Luis hacía acompañar por un capataz y nuestra tarea se ejecutaba alegremente en amigable y porfiada competencia de habilidad y destreza, emulación beneficiosa para el trabajo.

Así que algún animal mañero sentaba a mitad de la carrera haciéndose « tragar » por los caballos y escapaba a esconderse en la multitud del rodeo, con más empeño se le buscaba. Algunas veces sucedía que el que se nos había escurrido a nosotros lo sacaban ellos, y el que a ellos, nosotros.

Ejecutábase la hazaña a los gritos de : « ¡aquí van los

orientales! », o a los de « ¡aquí va un austríaco! » y la rivalidad entre austriacos y orientales no cejaba nunca.

No teniendo que efectuar apartes muy frecuentemente montábamos en mulas, dada la escasez de caballos. Para viaje resultaban excelentes : trote rendidor y cómodo y mayor resistencia que los caballos.

Cierto día, en un campo de iberatí, muy comunes en aquella zona, o sea campos cubiertos de montes ralos, formados por arbustos delgados, de escasa copa y sin espinas, en los que crece el pasto y el ganado vive bastante bien, resolvimos mudar caballos eligiendo don Luis para sí, una mula zaina, gorda y lustrosa. Hacía tiempo que no era ensillada. Por el modo de mirar y de mover las orejas no me inspiró mayor confianza.

Pasando por sobre su intranquilidad y sus cosquillas, sientale don Luis las « garras » y sin más preámbulos horquétasele encima. Al sentir el peso del jinete, la mula se hace un ovillo y con la cabeza escondida entre las manos, empujada por el resorte de acero de sus cuatro patas apoyadas en el suelo, se levanta en violentos saltos acompañados de rabiosos gruñidos.

Aunque sorprendido por tan inesperada actitud de un animal que creyera manso, don Luis no se asusta. Al contrario; clavándole las espuelas y reboleando el rebenque por el tiento de la manija, descárgale un fuerte guascazo en las verijas al mismo tiempo que grita cortada la voz por los sacudones : « ¡A — a — qué va — a un austríi — a — co! ¡A — a — qué va — a un austríi — a — co! »

La mula, corcobeando fuerte como sólo ellas saben hacerlo, achicada hasta perderse entre las piernas del jinete, agarró cuchilla abajo por el iberatí, llevándose los arbustos por delante, sin que don Luis, a pesar de su gran fuerza muscular, pudiera contenerla ni hacerla levantar la cabeza oculta entre las manos.

Cada corcovo era marcado por un lazazo y un grito de don Luis. Corcovos y lazazos mezclábanse con los : « ¡A-a-quí va un a-austrií-a-co! ¡A-a-quí va un a-austrií-a-co! ¡A-a-quí va un a-austrií-a-co! »

Iba, sí, iba un austriaco, pero yo no sé como no se iba más pronto al suelo con los saltos furiosos llenos de traicioneras gambetas de aquel pícaro animal.

Al fin, el rebenque dejó de funcionar. El jinete, que ni tiempo había tenido de montar bien, comenzaba a desacomodarse en su recado haciéndose fatal la caída, pero así y todo, sujetándose más con su coraje que con las piernas, don Luis seguía gritando a compás de las brutales sacudidas : « ¡A-a-quí va un a-austrií-a-co! ¡A-a-quí va un a-austrií-a-co! », mas llegó momento después de un « aus » , que « trí-a-co » ya no lo dijo o fué ahogado por el golpe recio de la cabeza del jinete contra el suelo.

Felizmente, aunque medio aturdido, levántose sin un razguño.

Contento de verle en la integridad de su persona, le estreché la mano felicitándole por su hazaña. En su lugar, yo no hubiera aguantado sobre aquel demonio de mula la mitad de los corcovos que él soportó.

Mi fe en los austriacos habíase acrecido.

Con motivo de las tropeadas, entorpecidas por incessantes lluvias, casi tres meses consecutivos pernocté en los retiros.

Hecho el aparte, rumbeaba con el ganado a la estancia de don Pedro Risso donde el capataz tenía orden de recibirlo, y al regresar, en lugar de hacerlo a V. Sana, iba derecho al potrero de invernada en que de antemano habíamos convenido formar la nueva tropa. Allí volvía a encontrarme con don Luis y con Gómez. Ellos empleaban mis ausencias de seis o siete días, refocilándose en la vida cómoda de V. Sana. En ella terminaba la existencia nómada en delicioso paréntesis de hogar comfortable con

calor de mujer. Algunas veces, al pensar en V. Sana, sentía añoranzas, ¡pero para mí era tan diferente...! Nadie me aguardaba con impaciencia, y a no ser por la caridad con que Asunción — tal vez por orden de don Luis — cuidaba de las cosas mías, anduviera con las ropas rotas o tuviera yo mismo que remendarlas.

Pese a la vida que llevaba, nunca relajé ciertos hábitos de higiene a mi juicio fundamentales en un hombre de veras civilizado. Por más de madrugada que nos levantáramos, por más oscura que fuera la noche y por más lejos que estuviese el agua, yo no dejaba ociosos el jabón, la escobilla de dientes, el peine y demás adminículos. Llevaba las uñas siempre cortas y tan limpias como lo permitían las circunstancias. En cambio pelo y barba crecían meses enteros a su antojo.

Las intermitencias enfermizas de mi sueño — motivo de tantos malos ratos — en aquellos días rendían su provecho. A la hora convenida en los programas de los trabajos, yo, como un reloj despertador, daba la alarma : a la una, a las dos, a las tres, a las cuatro de la mañana...

Por más dura que fuese esta vida, en ella me encontraba como el pez en el agua. Bien dice el refrán que sarna con gusto no pica.

El continuo andar por lugares nunca antes recorridos; la lucha constante con la naturaleza que había hecho en el país un nuevo diluvio, no de cuarenta días y cuarenta noches, sino de seis meses consecutivos; el domeñar, por la habilidad, la fuerza bruta de las bestias; el sentimiento de la libertad en los inmensos espacios y las bellezas de los campos salvajes, producíanme hondo agrado. Entre aquella clase de vida y mis gustos íntimos había una concordancia perfecta, a la que con seguridad no dejaba de contribuir la impresión de pasadas lecturas.

Además hallaba otro atractivo : las charlas con don

Carlos y don Luis. Su cultura europea y sus diez años de vida paraguaya, dábanles interés. Ambos hermanos tenían espíritu esclarecido y muy práctico. Con él no siempre aveníase un cierto romanticismo quijotesco innato en mí, pero la diferencia de criterio con que encaráramos los problemas, acrecida por la diferencia de edades, comunicaba mayor interés a nuestras conversaciones.

Don Luis contábame la historia de sus primeros años de juventud pasados en la fastuosa Viena. Los galones de alférez de caballería dábanle entrada en los círculos aristocráticos de la corte.

¡Todo aquello era tan diferente al medio en que actuábamos! Sus recuerdos estaban llenos de anécdotas en que él, sus amigos y el amor, tomaban siempre parte. Sus relatos describíanme un mundo brillante que sólo conocía por descripciones de novelas y mostrábamelo en circunstancias propicias a hacer resaltar los contrastes.

¡Y qué contrastes!

Un día que andábamos con una tropa de ganado cerca de Mirabeau en lo alto de una cuchilla de iberatí, y nos entreteníamos conversando sobre Viena, la corte del Emperador, las mujeres que la frecuentaban y su fausto, de repente, a novillos y a caballos faltoles el suelo y nos sentimos hundir amenazados de ser tragados como si hubiéramos caído en medio de un estero.

Cada cual zafose como pudo de aquel lugar alto, que bien conocido, atravesado por el camino, siempre firme y duro, a fuerza de tantas lluvias se había convertido en peligroso tembladeral.

Al escapar de la trampa teníamos casi cien novillos de menos y perdimos el resto del día ocupados en rehacerlos.

Terminadas las tropeadas de la zafra, otras tareas análogas fueron iniciadas o continuadas. En aquel gran establecimiento el trabajo de a caballo era ininterrum-

pido y las excepcionales circunstancias que atravesábamos obligaban a multiplicar la actividad.

La parición hacía necesario el parar rodeo seguidamente para curar bicheras en los ombligos de la ternera, trabajo indispensable postergado de un día para otro a causa de la escasez de peones y de caballos y exceso de lluvias. Sin ese cuidado las haciendas no prosperan debido a la cantidad de moscas que hay en el país.

Además de las que ponen sus querezas sobre la pequeña gota de sangre arrancada por ligero rasguño, convirtiendo una nada en motivo de torturante agonía y de muerte, está la que, a la par de los tábanos y gegenes durante el día, de mosquitos por la noche, y del polvorín de madrugada, viven chupando la sangre a todo ser viviente.

En los campos bajos, anegadizos, en los de bañados y en los resguardados del viento por los montes, forman, en ciertas épocas del año, nubes espesas, y en aquel más que en ninguno. Quien tenga que cruzarlos se verá asaltado por una jauría feroz, incontenible, de pequeños vampiros insaciables, que vuela, zumba y muerde. Es preciso defenderse con una rama de árbol, agitándola y chicotéandose con ella de continuo. Échase de menos la posesión de una cola bien poblada de cerdas, apéndice con que la previsora naturaleza ha dotado a ciertos animales. Este apéndice, en los caballos no se dá punto de reposo. Con todo, les es insuficiente. Para defender la cabeza de los nuestros ensartábamos ramas en las argollas de los bozales y de las cabezadas de los frenos. Parecían adornados para una fiesta. Elegíamos aquellas bien pobladas de hojas a fin de que el movimiento del trote las sacudiese.

Quien haya sufrido los ataques de los insectos en la zona tropical, ¡con qué desprecio pensará en tigres, en leones y hasta en las mismas serpientes!

Procesión macabra.

En V. Sana se habían ido juntando cantidad de perros bayos, sin dueño, inservibles a causa de los « piques » — otro insecto plaga de la zona tropical — anidados en los dedos de sus patas. Teníanlos hinchadísimos, monstruosos, a punto de apenas poder trotar. Además, los lomos estaban cribados de agujeros de ura o verno. Monstrábanse hinchados, tumefactos, dando impresión de estar cubiertos de tumores mal disimulados bajo el pelo. Las bocas por donde respiraban los grandes gusanos que más tarde serían mariposas, dejaban escapar un líquido sanguinolento de fuerte olor desagradable.

Estos desgraciados perros buscaban el frescor del piso de portland del escritorio de la mayordomía para sus interminables siestas, y aunque se les echase fuera al primer descuido de nuevo se colaban.

Don Luis acabó tomando una resolución contundente : — ¡Vamos a matar los perros? convidome.

Aunque comprendiendo que era obra humanitaria suprimirlos, por mal entendidos escrúpulos preferí mantenerme espectador.

— Verá Vd.; — continuó don Luis. — no hay nada mejor para el caso que una descarga de chumbos a boca de jarro en el oído.

Mi tocayo nunca cazaba; no tenía tiempo. Tampoco yo había vuelto a cazar después de los primeros tiempos de vida de holganza pasada en V. Sana.

Tomó don Luis una escopeta y cartuchos que nadie usaba, propiedad de M. Cahén d'Anvers y nos encaminamos a la mayordomía.

En los galpones, en las enramadas, bajo los árboles, aquí y allá dormían o lamían sus dolores los desgraciados canes.

Púsose don Luis a dos metros del que tenía más cerca, echose la escopeta a la cara e hizo fuego.

Sucedió lo predicho : el animal quedó fulminado, duro, en un sólo movimiento instantáneamente transformado en rigidez cadavérica. No había escapado un solo gemido; el pasaje de la vida a la muerte fué rapidísimo y sin dolor.

No menos de una docena de veces descargó la escopeta y otros tantos perros murieron en menos de cinco minutos. Esa hecatombe fué la única hazaña cinegética que ví hacer al sub-gerente de la Foncière.

Ordenó a un peón llevar los cadáveres en una carretilla y echarlos en una zanja distante de las casas destinada a depósito de basuras. Cumplida la orden fuime al escritorio a poner en limpio apuntes de mi libreta de bolsillo referentes a los trabajos de la estancia.

Entretanto me encontraba enfrascado en esta ocupación, un ruido bien conocido de pisadas de perro haciendo sonar las uñas en el portland del piso, atrae mi atención. Levanto la cabeza y, con sorpresa, casi con espanto, veo a uno de los difuntos entrando al escritorio con paso cauteloso, duro el cuerpo, rígido el cogote, la cabeza hinchada, los ojos inyectados, fijos, la lengua de afuera y babeándole una que otra gota de sangre del oído.

El muerto, dando un gemido, déjase caer pesadamente en un rincón. En el mismo instante otro de los difuntos preséntase a la puerta con pasos igualmente cautelosos y movimientos rígidos.

Sintiendo algo así como un escalofrío, miro por la

ventana en dirección del improvisado camposanto, y, ¡cuál no fuera mi sorpresa, mi asombro al descubrir, viniendo del cementerio-estercolero, una procesión macabra de muertos resucitados! Enfilados unos detrás de otros caminaban con lento paso de autómatas, torpes de miembros, moviéndose sin elasticidad de vida, como lo harían los muertos si los muertos caminasen. Desfilaban silenciosos, rígidos, tétricos, envueltos en el atardecer crepuscular que desfallecía en el lecho de las primeras sombras.

No pude evitar mi emoción ante la terrible teoría de fantasmas. Aquellos animales no eran perros; eran almas en pena que venían desde el otro mundo a acusarnos y tomarnos cuentas....

Procurando descifrar el enigma abrimos un cartucho igual a los utilizados. Habían sido cargados en París con chumbos de matar pajaritos. ¡Qué gran hallazgo hubieran constituido para el Sr. Silva y su gente!.

La descarga en el oído con munición tan fina, sólo podía producir una conmoción instantánea, pero pasajera, privando a los perros de sentido.

Don Luis tomó su winchester y poco después, dentro del carrito, — esta vez definitivamente — los perros volvían al cementerio de donde más les valiera no haber salido.

En viaje a Santa Sofía.

De vuelta de un servicio llegué a V. Sana y la encontré abandonada como la vez primera que allí estuve. M. Mathieu y su familia estaban solos y tenían encargo de los hermanos Pfannl de decirme que me esperaban en S. Sofía.

A mi viaje opúsose un llover continuado y el hecho de no conocer el camino, ni disponer de baqueano. Dispuesto, sin embargo, a acudir a la cita, tomé el mayor número de datos que M. Mathieu y dos peones pudieron darme y con ellos tracé un planito con la ruta a seguir.

Por fin el tiempo escampó. Amaneció un día de doradas promesas y temprano me puse en viaje.

Había caminado unas tres leguas de las doce o quince que debía recorrer, y ya apareció en el horizonte una nubecita como había visto tantas; una de esas nubecitas que diez minutos después de asomar su oscura cabecita semejante a un poroto negro, cubrían todo el cielo y nos echaban encima las cataratas del Niágara.

Sabía de memoria lo que convenía hacer : desvestirme y guardar la ropa debajo de los cojinillos colocados con la lana hacia abajo para que el cuero impidiese penetrar el agua. Procedí así, mas presentose una dificultad : no tenía tientos con que atar las botas por las orejas formando con ellas maleta que pudiera ir en el recado. No sabía como arreglarme. Ví un hilo de araña en el suelo y me llamó la atención. Otras veces los había

observado, constatando cuán largos y fuertes eran. Tal vez pueda sacarme del apuro — me dije — y doblándolo en quince o veinte partes, formé con él un piolín suave y resistente que me sirvió a maravilla. No bien terminaba mis preparativos empezó a llover a cantaradas.

Es muy arenoso el suelo del norte paraguayo. Un pasto grueso, especie de espartillo, creciendo en matas fuertes, maciegosas, lo cubre dificultando la marcha. No bien el paso de los animales inicia una huella o senda, destruyendo el pasto, todos los otros van por ella, ahondándola.

Con mayor razón aún, las carretas hacen otro tanto. La huella de una, entre los altos pastos, es camino jamás abandonado por las otras. Muerto el pasto, si hay declive, las aguas al correr arrastran la tierra blanda y las dos huellas de las ruedas y las de las pisadas de los bueyes, no demoran en ahondarse y hasta en formar zanja.

Esta circunstancia contribuía a la pesadez de las marchas con lluvia en los caminos poco frecuentados. Las sendas, angostas de treinta centímetros, no dan más paso que a un caballo por vez. Tan hondas como anchas, la lluvia convertíalas en pequeños torrentes por los que no puede siquiera trotarse.

La senda-torrente que yo seguía aquella mañana, bifurcábase en cierto lugar del camino y tal novedad no constaba en mi planito, creándome el problema de adivinar cual de las dos conduciría a mi destino. ¿Cómo resolverlo? ¿Guiándome por el rumbo? ¿Cómo orientarse sobre los puntos cardinales envuelto, como estaba, en una atmósfera gris oscura perfectamente igual en todas direcciones, impenetrable a la mirada?

Apurando dudas, enderecé por la que me empujó el instinto. Faltábanme aún unas seis leguas para llegar a mi destino. ¿Y si me extraviaba?

Sería medio día cuando desembocó la senda en un

monte y me alegró : estaba indicado en el planito, probándome haber seguido buena ruta. En mitad del monte debería hallar un alambrado y una portera.

El bosque, que en aquel lugar cruzaba el camino, no era muy espeso, pero los árboles, robustos como son siempre en el Paraguay, daban encanto al paisaje, en aquellas circunstancias un tanto tétrico dentro de su absoluta soledad y el tinte torvo prestado por la tormenta.

Al descubrir la portera en una abierta del monte que formaba un potrero, la lluvia se convirtió en tempestad deshecha. Truenos broncos bajaban retumbando entre los fulgurantes relámpagos y cruzaban en zigzag sobre mi cabeza de uno a otro horizonte, haciendo temblar la tierra.

Con copiosidad inigualada desbordaron las nubes y un viento huracanado sacudió con violencia los árboles. Los acostaba pisoteándolos con furia; dejábalos enderezarse un momento para gozarse en atropellarlos de nuevo y pasarles por encima. En su rabia, les arrancaba ramas y se las llevaba volando en giros de loco paroxismo, ya que no podía arrancarlos de raíz....

Frente a la portera el agua empozada formaba una laguna. Al entrar a chapotearla mi caballo se hundió de golpe. Quiero levantarlo en la rienda con un tirón seco, pero es inútil : faltábale el apoyo del suelo y al querer enderezarse se le fueron las patas al fangal y cayó echado de barriga, medio sumergido en el barro.

Yo tuve suerte. Al sentirlo desplomarse, libre de ropas y estorbos como estaba, de un brinco ágil me desvié de costado pisando tierra firme con mis pies descalzos.

Me detuve a examinar la situación del naufrago y concertar el salvataje. Al sentir las manos perderse sin apoyo en el fango, el caballo había querido volver hacia atrás. Fuéronseles también las patas, pero al caer había

quedado casi enfrentado al lugar por donde entrara. Esta situación facilitaba mi tarea. Desprendo del freno una de las riendas y subiéndome sobre él se la ato a la cola. Vuelvo a pisar tierra, lo arreglo una mano de manera que se apoyase en suelo firme y, tirando de la cabeza por el cabestro y de la cola por la rienda lo animo con la voz. Hizo esfuerzo violento por enderezarse, pero las manos se le escurrieron de nuevo, quedando impotente en su prisión.

La situación tornábase comprometida. ¿Qué hacer si no podía sacar mi caballo del pantano? ¿Volver a pie a V. Sana con el agua a media pierna? ¿Seguir en la misma forma para S. Sofía? Estaba en mitad del camino, debería caminar seis o más leguas en cualquiera de las dos direcciones, ¡y de qué camino! La senda un torrente y fuera de ella el pasto en matas duras y altas. Era impracticable para mis pies no acostumbrados a marchar descalzos. Con botas también era impracticable : éstas, mojadas, me llagarían los piés y llenas de agua me impedirían andar. Y si al fin, soportando dolores, venciera estas dificultades, tendría para dos días de camino, sin bocado con que restaurar fuerzas ni techo donde resguardarme durante la noche. Para colmo, el huracán trajo frío, y yo, sin más ropa que la camisa y el calzoncillo, comencé a tiritar.

Vuelvo al salvataje del caballo y fracaso de nuevo. Pero la salvación estaba allí e insisto una y otra vez, y a cada esfuerzo el caballo un poco más se acerca al suelo firme, hasta que al fin, pasada media hora, con un sentimiento de íntimo contento, lo veo de pie ante mí, con más barro encima que chanco que sale del revolcadero.

Como si la naturaleza tomara parte en mi alegría, calmó el viento, amainó la lluvia y una esperanza de luz alumbró el potrero del mente.

A las dos de la tarde estaba en el arroyo Paso Bravo. No era muy caudaloso, pero como para confirmar su

nombre la lluvia lo había puesto asustador. No queriendo exponerme a nadar a caballo mojando recado, ropa, poncho y cuanta pilcha llevaba, preferí explorarlo a pie antes de aventurarme en él.

Crucé el vado por el centro y le crucé por los costados : no daba paso; el caballo nadaría.

La lluvia habíase transformado en intermitentes garúas. La temperatura se mantenía fresca, helada para quien llevaba un remojón de seis horas.

El arroyo era angosto. Elegido el lugar más aparente, ato de un árbol de la orilla un extremo de mi maneador y el otro extremo de un árbol de la margen opuesta, tendiendo así una maroma. Con mis ropas, mis maletas, mi hamaca, mi mosquitero, y mi poncho, hago un envoltorio y en las ataduras que lo sujetaban anudo mi cabestro, en cuya argolla enhebro la maroma que bien tendida vuelvo a atar al árbol. Mis pilchas así acomodadas, quedaron balancéandose colgadas del aéreo puente. Me echo al arroyo a nadar y tirando de la punta del cabestro las hago deslizar y recorrer los diez metros de la maroma, y sanas y secas de nuevo estuvieron en tierra.

Con el recado enmalotado procedí de igual manera y hora y media después de allí haber llegado, crucé a nado por décima y última vez aquel arroyo, pero esta vez por el paso, montado en pelo en mi pobre tordillo.

Volvió a llover y de nuevo tuve que soportar las inclemencias del tiempo. Nunca sentí tanto frío como aquella tarde.

Dos horas después ¡con qué gusto disfrutaba de la protección de la casa de S. Sofía!

Don Carlos y don Luis habían partido hacía dos días.

Una fámula campesina.

Momentáneamente acéfalo de mayordomo, encontrábase a cargo del establecimiento de Toldo-cué el comisario Helguera, uruguayo, cuyos treinta años vividos alegremente habían acabado por empujarlo hasta aquellos andurriales. Helguera era alto y delgado, trigueño, de nariz larga y afilada, y, entre otras muchas cualidades poseía la de tener siempre a flor de sus labios abigotados una frase aguda y una carcajada sonora. Pero Helguera debió ir a V. Sana a hacer su rendición de cuenta mensual y yó quedé reemplazándole por unos días, y haciendo, además, recuentos de ganados en un puesto.

Para el servicio disponíase de cinco o seis peones y de la cocina de Toldo-cué era dueña y señora una chinaza gorda, fea como un susto.

¡Qué mal comían por aquellos parajes! No bien se carneaba, con el calor y la lluvia la carne se abombaba. El tufillo me entraba por las narices y me cerraba el estómago. ¡Guánto admiraba la buena disposición de los demás saboreando pucheros y asados para mí tan mal olientes! Me salvaban las mandiocas. Yo levantaría un monumento de gratitud a esta planta. No había puesto por pobre que fuese, que no tuviese el blanco manjar siempre sano y apetecible.

Como persona y como cocinera, la de Toldo-cué era de lo peor. Aumentaba su fealdad un desaseo tan extremado, que para comer de sus combinaciones culinarias era

necesario no pasear la mirada por la extensa periferia siempre grasienta de su abultada persona.

Para saberse los puntos que calzaba Indalecia, va de muestra este botón.

Tomaba mis comidas bajo un galpón abierto del que se descubría un panorama pintoresco, gozándose, a la vez, de temperatura agradable. Un día me avisaron que el almuerzo estaba servido, y sintiendo retozar mi buen apetito enderecé al improvisado comedor.

Ví, de lejos, en una fuente sobre mantel no muy limpio, un asado de charque. La perezosa y descuidada Indalecia ni siquiera había tomado la precaución de sacarle las gordas piedras de sal utilizadas en el charqueo; a distancia se las veía blanquear.

Cuando sentado a la cabecera me enfrento con la obra maestra de la cocinera de Toldo-cué, constato con el asco consiguiente, que lo que a distancia tomara por sal no era otra cosa que gusanos hinchados por el calor del fuego.

La llamé y la reprendí, y vencido eché mano, como tantas otras veces, al infaltable recurso de las mandiocas.

Indalecia declaró a todo el mundo que se iba porque «yo era muy exigente»...

Obelardo.

Vuelto Helguera, debí regresar a V. Sana acompañado por Obelardo y un hermanito de Concepción, de ocho años de edad.

El padre de Obelardo era andaluz, la madre genuina paraguaya. De ambas razas él tenía rasgos bien señalados, pero por lo conversador, ocurrente y embustero, percibíase que en el carácter dominaba la herencia paterna.

El tiempo mostraba buen cariz y presumíamos serían agradables los dos días de viaje que nos aguardaban. Dormiríamos en la estancia de los hermanos Levy, dos franceses que con su mujeres y sus pequeños hijitos habían dejado la vieja Lutecia por las costas del arroyo Pitanoaga. Por personal experiencia conocía cuán grata resultaba la franca hospitalidad de su casa.

Entretuvimos el camino conversando; a Obelardo difícilmente se le cerraba el pico. Era muy enamorado y quejábase de la privación femenil a que lo obligaba la soledad de aquellos campos.

— Supongo — díjele bromeando — habrá sacado partido del encuentro con Indalecia.

— No, me contestó serio — Ciriaco es amigo mío y además la cela mucho.

— ¿Si no fuera por eso?...

— ¡Y qué no?

Ciriaco, lo mismo que Obelardo, era joven, fuerte y

bien parecido. Indudablemente el desierto y las lluvias les estragaba el gusto : no sentían el tufillo de la carne descompuesta e Indalecia parecíales petizco apetitoso.

— ¡Cómo, entonces, dejaste el pueblo? le pregunté.

— Siempre por lo mismo, a causa de una de ellas.

— Cuenta como fué.

— Bueno, patrón, le voy a ser franco, dijo Obelardo. Y me hizo el relato de su última aventura :

« Era morocha linda ¡y no le miento, la quería! La madre la cuidada mucho, pero a mí me agarró confianza. Yo era sencillamente el amigo de la casa y no había porque desconfiarme. Por lo íntimo, entraba y salía a toda hora, y la vieja ni « mosqueaba ».

Un día llegó de improviso y nos sorprendió... como no hubiésemos querido. No había medio de disimular. Se puso furiosa, y amenazándome, agarró una escoba y ganó el lado de la puerta.

Al ver las cosas mal paradas, le juré que me casaría con su hija. Los paraguayos damos mucho valor al juramento; por nada del mundo yo juraría en falso.

— ¡Pero tú no estás casado, Obelardo! interrumpí.

— Ahora verá, patrón :

« Se calmó un poco el enojo de la vieja, pero continuó decidida, amenazándome con la escoba :

— ¡Diga cuándo; no me vá a embobar con promesa sin plazo ni fecha!

Ví descubiertas mis intenciones y no sabía por donde escapar. Por la puerta imposible. La madre de mi novia — ésta, asustada, lloraba en un rincón — con la escoba levantada en alto hacía la guardia.

Pensé un instante. Estábamos en Diciembre.

— ¡El treinta de Febrero del año que viene,! — exclamé con convicción.

— ¡Jure! — gritó la vieja levantando aún más alto la escoba.

— ¡Juro! contesté yo, poniéndome la mano en el pecho. El enojo de la vieja desapareció instantáneamente. Bajó de golpe como espuma de leche hirviendo que se retira del fuego. Me convidó con licor, me hizo mil fiestas, y el tiempo le quedó corto para ponerse el tipoi y correr a casa de sus comadres y de sus vecinas a noticiarlas la próxima boda de su hija.

Sin pérdida de tiempo, antes de que se diese cuenta del engaño, enderecé para afuera de la villa y vine a conchabarme a la Foncière. Por muchos meses aún no podré volver; la vieja me mataría ».

Vadeando arroyos.

Mientras conversábamos el tiempo hacía de las suyas: comenzó a descomponerse. Nos esforzamos en ganar terreno a fin de pasar el arroyo Trementina antes que creciera y vedara el paso. Pusimos los caballos de galope, pero a poco andar ya llegó el agua y apenas nos dió tiempo de sacarnos las ropas. Al botija le dejamos en cueros. Desnudito sobre el caballo parecía una rana flaca.

Seguimos galopando, pero fué inútil: cuando llegamos al arroyo el vado no daba paso.

Resultó tarea ardua proceder a salvarlo en medio de aquel diluvio, procurando que la ropa y la cama de la noche no se nos mojase.

Para facilitar la tarea, para poder a gusto echarnos al agua, como a cada momento las circunstancias lo exigían

y no ensuciar de barro la ropa al atravesar una serie de barrancones cenagosos que nos separaban del arroyo, nos desnudamos del todo.

El chico estaba con los labios cárdenos, temblaba. Hizo pucheros y rompió a llorar :

— ¡Quiero café con leche! ¡Quiero café con leche!

— ¡No ves, bobo — le decíamos — que es café con leche lo que cae del cielo?

— Trae la matula, Obelardo — ordené — es más de medio día; vamos a almorzar.

La matula — o comida de viaje de que nos habíamos provisto — se componía de un matambre arrollado y de galletas.

Y bajo aquel aguacero fenomenal y en aquel traje tan... tan adanESCO, dimos comienzo al almuerzo intercalado de llantos de Pedrito, pidiendo café con leche. La galleta estaba totalmente empapada. Antes de llevarla a la boca la apretábamos entre las manos para escurrirle el agua, ¡Inútil precaución! La que caía copiosamente castigándonos el cuerpo, resbalando desde la cabeza colábase en la boca, obligándonos, quieras que no, a comer sopas de loro.

Tres recados, tres grupos de maletas, tres caballos, un chiquilín, nosotros mismos, todo hubo de ser llevado al otro lado, a nado, con ayuda de una maroma hecha de dos maneadores anudados. Recién a las tres de la tarde, concluimos de franquear el obstáculo. Cesada la lluvia, vuelto el cielo a ponerse azul, el sol de nuevo calentó la tierra levantando nubes de vapores.

Atravesábamos tierras llanas. Una zanja de unos cuatro metros de ancho enteramente llena de agua cortaba el campo.

— No es honda — dijo Obelardo, — el paso es aquí.

— No se si es a causa de la creciente, pero yo no veo indicios del paso; mejor es desnudarse y probar a pie.... mire como los caballos no quieren entrar.

Obelardo observó con atención y confirmándose :

— Sí, sí; aquí es el paso — y enderezó el caballo que se resistía.

Un fuerte rebencazo y una espoleada enérgica lo resolvieron a avanzar de un salto. Y Obelardo y su caballo, sumergiéndose, desaparecieron instantáneamente. De ellos no quedaron más rastros que un remolino con burbujas de aire en medio de la corriente, en el que flotaba girando el sombrero de Obelardo.

Éste fué el primero en aparecer. Sacó del agua una cabeza de pelos lacios pegados a la cara pálida. Los ojos muy abiertos expresaban sorpresa y susto. Después, cuatro metros más lejos, emergía el caballo nadando a favor de la corriente.

Seguro de que para Obelardo tratábase únicamente de un baño más agregado a los muchos de aquel día, me ocupé del caballo : podía enredarse y ahogarse, o escapar al salir del agua.

Felizmente para nosotros, y en especial para Obelardo cuya ropa y recado se habían empapado, al atardecer, una hora antes de llegar al arroyo Pitanoaga, tropezamos con unas carretas del establecimiento que venía en viaje. En ellas los carreros nos brindaron comida y casa confortable.

De noche no llovió, y el siguiente día amaneció de buen cariz. Desde las carretas veíamos el Pitanoaga campo afuera. Su abultado caudal de aguas, obligaba a renunciar a pasarlo valiéndonos de maromas. Lo vadearíamos como ya habíamos hecho otras veces, por medio de una «pelota», o sea de un cuero seco de vacuno utilizado como bote. Pero por su forma cuadrada, la pelota no corta la corriente. Además la falta de remos obligaba a remolcarla y un hombre a nado no puede arrastrar objeto tan pesado, habiendo corriente si el vado es ancho. Es preciso que encuentre firmes puntos de apoyo.

Para apreciar las posibilidades en vista de la gran creciente, resolví hacer una excursión previa.

El Pitanoaga es un arroyo encajonado entre altas barrancas, pero la gran creciente las debordaba. Salía campo afuera y los montes de las orillas más bajas, como los del paso, estaban completamente inundados. Sólo las ramas altas sobrepasaban el nivel del agua.

Me puse a nadar por la picada. Ésta era ancha a ras del suelo, pero arriba, la ramazón de los árboles la angostaba a punto de cerrarla. Como hasta allí llegaba el nivel de las aguas, yo, al pasar nadando, estaba obligado a rozarlos con el cuerpo desnudo.

Mi objeto era buscar los puntos de apoyo más convenientes para afirmarse y tirar de la pelota, planeando el trayecto más favorable.

En momento en que la inspección obligaba a pasar por el estrecho paso libre dejado entre la copa de dos árboles, ví, a treinta centímetros de mi cara, una gruesa serpiente enroscada en una rama, la cabeza erguida, las dos cuentas negras de sus ojos fijas en mí, y la bifarpara lengua flameando nerviosamente como una roja llamita que entrase y saliese de la boca.

Si frío estaba por la acción del agua, más frío quedé. Mi cara, mi cabeza, mis espaldas, mi cuerpo todo, sin protección de ropas ni de especie alguna, tenía que pasar a pocos centímetros del terrible ofidio, de mí bien conocido. Muchas veces, en los animales, había constatado el efecto de sus fatales mordeduras.

Pensé en retroceder, pero era tarde. Ya estaba completamente a su alcance. El movimiento de retroceso al cambiar la dirección de la marcha llamaría aún más su atención; convenía no hacer el más mínimo movimiento inusitado, pasar como cosa muerta, boyante, arrastrada por la corriente.

Muerto estaba yo, pero de susto. Con imperceptibles

movimientos de las manos bajo el agua, me mantenía a flote, adelantando al mismo tiempo muy despacio, con lentitud de entierro. Intencionalmente ni respiraba. Mis ojos, como magnetizados, estaban clavados en los de la serpiente y en la llamita de su lengua que parecía quemarme, y los de ella en los míos. No había duda; me acechaba.

Y mi cara y mi cabeza primero, y después todo el cuerpo apenas cubierto por el agua, pasó con una lentitud que era de agonía y de salvación al mismo tiempo, al alcance de sus colmillos de aguja y de su mortal veneno. Obligado a no doblar la cabeza, acabó por desaparecer de mi vista, pero seguía viéndola con la imaginación. A medida que avanzaba ofrecía a sus colmillos una a una todas las partes del cuerpo. Sabía y me decía : « ahora es mi nuca el lugar que le queda más cómodo para morder; ahora el cuello, el hombro, la espalda, la cintura, los muslos, las piernas, y en todos me parecía sentir la sensación aguda del fino colmillo hueco inyectando en mi sangre muerte horrible.

Pero.... ¡nada! La víbora no hizo más movimiento que el de sacarme la lengua. ¿No estaría burlándose de mí? ¡Vaya uno a saber lo que piensa una víbora! Tal vez al verme hasta se dijera : « ¿No vendrá, éste, a fastidiarme aquí, en mi rinconcito de rama de árbol donde no deseo otra cosa que estar quieta después de la mala noche pasada con la inundación? » Y la lengua que tan fuerte impresión de amenaza me produjera, se agitara, quizá, del susto de lo que yo pudiera hacerle.

¡No entenderse es el más grande mal que aflige a los seres que pueblan la tierra! Los hombres jamás se han entendido entre sí. Es que con una apariencia idéntica, el corazón humano comprende toda la escala zoológica : desde el terrible tigre y la traicionera víbora, hasta la dulce paloma.

Precisose dejar pasar todo un día para que las aguas bajaran algo. Bajaron mucho porque el arroyo era correntoso.

Prestado por los carreros obtuvimos un cuero de vaquillona, seco y duro, utilizado en tapar los intersticios de las tablas del piso de la carreta y con él procedimos a preparar la pelota.

Lo cuadramos cortándole las garras y lo doblamos y cosimos las cuatro esquinas con un tiento, dándole forma de caja.

Era un cuero sano, sin tajos. El estar seco y duro permitíale boyar varias horas sin deformarse.

En una esquina le atamos el extremo del maneador que debía servir de cabo, y terminados que fueron los preparativos, tomé entre los dientes el otro extremo y me eché a nadar hacia una gruesa rama de árbol que salía fuera del agua. Afirmándome en ella tiré del maneador, que trajo a remolque la pelota cargada con un recado. Dejé la pelota recostada al árbol por el propio empuje, hasta allí suave, de las aguas, y nadé de nuevo otros diez metros hasta un otro árbol repitiendo la operación. De allí, el siguiente tirón exigiría más esfuerzo. Debería efectuarse sobre el verdadero cauce del arroyo, venciendo la poderosa correntada.

El maneador, cuyo extremo, al nadar, llevaba entre los dientes, fué tomado por la corriente, formó un seno y me empujó, obligándome a desplegar todas mis fuerzas para no ser arrastrado.

Al fin pisé tierra en la margen opuesta de costa alta no inundada, y tirando del maneador traje hasta mí la pelota.

Habíamos pasado el primer recado, uno sólo, porque la pelota era chica y no tenía capacidad para más.

Con igual procedimiento regresé llevando la pelota vacía.

Pasamos así, uno, dos, tres recados; otro viaje de ida y vuelta por ropas y petates; otro por el chico, junto al cual, para mayor seguridad nadaba Obelardo, y finalmente tres viajes más por los caballos. Total aquel día crucé el Pitanoaga diez y seis veces entre ida y vuelta.

Un rinconcito francés.

A veinte cuadras del paso estaba la estancia de los hermanos Manuel y Luis Levy.

— Ya sabíamos que era Vd. — me dijeron al saludarme — lo estábamos esperando con el té pronto, acompañado de tostadas con manteca. Debe estar precisado de algo caliente después de tan largo baño.

— Muchas gracias. Confieso que vendrá bien ese refuerzo a la espera de la cena, pero ¿cómo sabían que era yo?

— Por que mirámos con gemelos y vimos que tenía el cuerpo blanco. Es Vd. el único espécimen de este género que actualmente suele cruzar por aquí.

En mis idas a Toldo-cué varias veces había pernocado en la estancia de los hermanos Levy. Vivían en casas separadas distantes cincuenta metros una de otra.

Ambos eran casados y con sus señoras habían formado, en medio de aquel desierto, hogares confortables, en los que se notaba la influencia benéfica de la industriosa mujer francesa.

A los muebles de procedencia vulgar habían añadido algunas mesitas, sillas, bancos, rinconeras, perchas etc., hechos hábilmente con madera de monte, de rusticidad elegante, que daban cierto « cachet » al conjunto e impresión de confortabilidad. Percibíanse mil detalles reveladores de gustos refinados. Las casas de los Levy resultábanme un oasis en medio del desierto.

¡Con qué añoranzas ellas y ellos hablaban de Francia! Pero debían trabajar, ganar dinero, antes de volver a ella. ¡Y que país el Paraguay con sus solazos, sus mosquitos y garrapatas!

Una de las señoras enfermara durante meses con un furúnculo en la cabeza. Por más remedio que se le hacía ni acababa de madurar ni se resumía; la boca supuraba siempre una aguaza con sangre. Al fin, después de mucho sufrir, había resultado ser una « ura » o verno. Le sacaron tremendo gusano de debajo del cuero cabelludo.

Ahora, para colmo, les caía encima la revolución y la inundación. Vivían aislados, apartados del mundo entero; no podían ni traer una carga de artículos de almacén; ¡casi padecían hambre! Y los ganados desvalorizados y sin haber podido llevarlos al Saladero por falta de gente y de caballos.

No tenían peones para cuidar de la estancia y las haciendas. La parición del año sería anulada : las bicheras matarían la ternera.

El poco dinero que se hacía carecía de valor : el cambio estaba por el suelo.

Pese a la crisis por que atravesaba la naturaleza, a la guerra que azotaba el país, al pesimismo que dominaba a los hermanos Levy y a su añorar la dulce Francia, no todo eran críticas. Sentían la atracción de los campos inmensos, la de la naturaleza virgen, ruda y ardiente; la de la ilimitada libertad del individuo ejercida como

hombre, rey de la creación; y como patrón, rey en su extensa propiedad.

Veinte días de buen tiempo.

En lluvias y nublados abriose un paréntesis de sol de veinte días consecutivos. Los aprovechamos trabajando aún más intensamente que de costumbre.

No se descansaba un momento. Paradas de rodeo, recuentos, apartes, cura de bicheras, señalamiento de terneros, preparación de invernadas, recepción de nuevos alambrados, romaneos de almacén, pagamentos, cultivo de huertas, sembrado de maiz a cargo de medianeros, y los mil trabajos diarios dificultados por los disturbios de la naturaleza y los hombres, no nos daban punto de reposo.

El continuado llover había llevado al río Paraguay a adueñarse de medio país, extendiendo en algunos puntos su masa líquida — especialmente los más bajos del Chaco — en un ancho de cinco o seis leguas. Al rededor de 100.000 cabezas de ganado perecieron ahogadas.

La revolución continuaba multiplicando el número de sus víctimas. Los hombres, en la Asunción y otros puntos, no cejaban en su mortífero entretenimiento.

Dentro de la Foncière también hubo quienes gozaran de ese inocente pasatiempo: cierto día un desconocido apareció asesinado a la orilla del camino; otro, un peón, traicioneramente, de una puñalada le puso las tripas al

sol a un capataz y tomó soleta, perdiéndose en el monte sin que pudieran alcanzarlo ninguna de las balas con que los demás procuraron detener su fuga.

La diversidad de quehaceres consignábase ordenadamente en libros, en extractos, en planillas que se remitían a París conjuntamente con la abultada correspondencia semanal.

A la par de la máquina de trabajo movíase la administrativa. Los peones; los capataces y los mayordomos, formaban los rodajes de la primera; los comisarios, el comisario general y el contador de V. Concepción, los de la segunda; pero de una y otra, la fuerza impulsora y la inteligencia directriz residía en los hermanos Carlos y Luis Pfannl.

A su lado adquiría yo una vasta experiencia en la que me complacía. Ya llegaría el momento de sacarle provecho en beneficio propio cuando al terminarse la revolución me fuera posible, dar comienzo a los proyectos de negocio forjados en Montevideo.

Los veinte días de buen tiempo permitieron el descenso de las aguas en los campos. Éstas, en los más bajos dejaron de correr y se encharcaron.

No querían otra cosa los mosquitos. Aguas quietas y calor húmedo facilitaron el desove y propiciaron su multiplicación. La especie trasmisora del paludismo no debió ser la menos favorecida: empezaron a aparecer aquí y allá casos de chucho.

A la escampada siguióse un nuevo período de lluvias torrenciales, estorbando, dificultando el trabajo, pero sin lograr impedirlo. «A mal tiempo buena cara», — había sido y continuó siendo nuestro lema. La costumbre es una segunda naturaleza y la nuestra era la de hacer vida de anfibios, viviendo indistintamente dentro y fuera del agua.

Andando juntos don Luis y yo, si los trabajos no

lo impedían nuestras charlas no tenían fin. El momento más propicio era el de los arreos de ganados. Las horas monótonas de lento caminar hubiéranse hecho interminables si no hubiese sido por nuestras pláticas. Los conocimientos y experiencia de mi interlocutor dábanles interés.

Que don Luis era un hombre práctico sus obras lo demostraban suficientemente : la Foncière era el mejor testimonio. La vida íntima, su vida de hogar pasajero, también la encaraba dentro de un criterio práctico : se amoldaba a las circunstancias.

El hombre ha nacido para vivir con la mujer de compañera y la sociedad instituyó el matrimonio y sus deberes, me decía. En cada pueblo las costumbres hacen de este compañerismo o matrimonio, cosa diferente, fácil o difícil, pasajera o eterna : contratando por plazo determinado, comprando definitivamente o sacramentando en lazo indisoluble y con igualdad de derechos.

Aquí, en el Paraguay hay varias formas de hacer la cosa, pero para un extranjero de cierta condición social que de llegada al país inicia en el desierto una vida casi nómada, no hay más que un camino : contrato de arrendamiento y mucha manga ancha hasta encontrar quien inspire mayor confianza. Guardar siempre la dignidad, está claro, de dueño y señor, pero, sin decirlo, solo exigir que se cubran las apariencias. Fuera de eso, era pedir peras al olmo. Él tenía experiencia : las había pedido y no tuvo más remedio que cortar el olmo y quedar sin su sombra.

Y contaba :

— Después reaccioné. Procuré otra. Sospeché que igual que la anterior no soportaría en soledad los días y hasta semanas y meses que yo pasaba lejos de las casas, ocupado en faenas de campo y en viajes, y, aunque manifestando a la interesada que un acto de infidelidad nos separaría

bruscamente para siempre, cuando llegaba inopinadamente a deshoras de la noche, como tantas veces sucedía, estaba convenido que yo anunciaría mi aproximación descargando al aire mi revólver desde que pudiese ser oído, a fin de encontrar pronto y servida una taza de té caliente con rodajitas de limón, a que soy muy afecto, como Vd. sabe. Así lo hacía, y, cuando llegaba, el té estaba pronto y al mismo tiempo todo en tal orden, que me quitaba el derecho de sospechar.

Según él, proceder de otra manera era condenarse fatalmente a la soledad, a no disfrutar de comodidad alguna, a que la vida en las casas resultara aún más dura que la nómada en los campos. Yo, mentalmente convenía con don Luis, pero un montón de sentimientos encontrados, producto de temperamento y de educación en un medio muy diferente al que me hallaba, bullían en el fondo de mí mismo. Aprobándolo, me preguntaba: ¿colocado en idéntica situación, sería tan práctico como convenía o me dejaría llevar por el absurdo camino de sospechas a constatar?

Una boa.

Al fin, un día llegó la noticia esperada ardientemente: habíase firmado la paz. Las tropas revolucionarias aseñoreadas de la Capital de la República habían depuesto al Presidente Ecurra.

Después de esto, para el completo reingreso en la normalidad sólo faltaba la vuelta del buen tiempo.

Enviáronse órdenes a los mayordomos de regresar a sus respectivos establecimientos trayendo peonadas y caballadas.

Pocos días mas tarde la mayordomía de V. Sana se convertía en pueblo populoso. Alrededor de cincuenta hombres, algunos con sus mujeres y sus hijos, habitaban el caserío y los galpones.

Pero con ellos llegó una mala nueva : la mayor parte de los caballos estaban enfermos de « mal de cadera », peste incurable. Los animales atacados tomaban aspecto triste y enfermizo, orinaban sangre, se les varaba el tren posterior y cinco o seis días después morían.

Enfermaban de preferencia los que pastaran en campos « brutos », aún no hechos por el pisoteo y el diente de los vacunos y éstos eran los más. No había medio de contener la terrible epidemia, cuya etiología desconocíase. Daba mucha pena ver tan hermosa caballada, tanto animal noble condenado a morir.

Dentro de los campos de la Foncière también habían perecido algunos, pero potrillos. Cada dos o tres noches uno de ellos era pasto de los leones. Así se fueron veinticinco o treinta. Pero muerto el perro se acabó la rabia. Se vigiló de noche cerca de un cebo preparado hábilmente y se le dió caza de un tiro.

Un animal más extraño fué cazado en aquella época.

En el Apa, próximo a los grandes cultivos de maíz, un chiquillo, desde la barranca, vió medio metido en el agua y medio flotando sostenido por los camalotes, algo monstruoso y raro que parecía un bicho.

Dada la voz de alarma y constatado tratarse de una enorme boa, resolvieron matarla. Como no hacía el más leve movimiento tuvieron tiempo de fabricar el arma : un machete atado a una larga tacuara.

Desde lo alto de la barranca cribaron el monstruo de lanzazos. Apenas se movió; murió sin protestas. Por medio de lazos lo sacaron del río a la cincha de cuatro caballos.

— «Era monstruosa — me decía el encargado de los cultivos al venderme el cuero. — En el centro resultaba tan gruesa como un novillo de cinco años y cuando la abrimos ¿sabe lo que encontramos dentro? un venado macho enterito, tremendo de grande, con guampas y todo. Los cuernos, como ramas de árbol, apenas si uno de ellos había sido roto en la base y recostado al otro. Y fíjese — añadió desarrollando el cuero —, el venado no estaba aquí en la parte más ancha donde forma esta pronunciada barriga, sino acá, más cerca de la cabeza, en esta parte más angosta. Observe como de tan estirado que estaba hasta se le deformó el dibujo de las escamas. El venado tendría ocho o diez días de comido, porque estaba hinchadísimo y en completo estado de putrefacción. En ese lugar, el cuero, a pesar del mes que hace que le saqué y del mucho sol que lleva en las estacas, del lado de la carne está negro y no ha perdido la «gedentina.»

Lo medí. La cabeza había sido cortada. ¡Torpes! Tenía diez metros de largo. La parte más ancha, formando barriga bien pronunciada, alcanzaba un metro sesenta. Si esto era seco, ¿como sería fresco antes de haber enco-gido?.

Tratábase de algo excepcional, verdaderamente monstruoso. En la Foncière no había memoria de haber aparecido ninguna otra. Tal vez la boa hubiese venido de la zona ecuatorial, de lo mas oculto e inexplorado, arrastrada por las grandes crecientes.

Gruesas escamas formando dibujos mezcla de gris y de negro cubrían todo el cuero. Una serie de hojales de más de cuarta de largo, indicaba el lugar de las lanzadas.

Lo compré en quince pesos paraguayos, equivalentes

a un peso cincuenta centésimos moneda uruguaya. Si aquel hombre hubiese sido más instruído y sabido lo que significa en las boas el aletargamiento por la digestión en su estómago repleto, hubiera sabido que tenía tiempo sobrado de hacer una fuerte jaula de madera de monte y llevarla viva a Buenos Aires. Entonces esta ciudad se vanagloriaría de poseer en su jardín zoológico la boa más grande de cuantas viven en cautividad y hubiera pagado esa gloria con una fortuna. En vez de ella nuestro hombre se llevó mis quince reales convencido de haber hecho buen negocio.

El mío fué aún peor. ¿Qué fin tuvo ese cuero? No lo sé. Lo mandé en carreta a V. Concepción para ser entregado al capitán del « Quebracho » y que éste lo llevara a Montevideo. Después, pasó el tiempo y nadie supo nada de nada.

Ofrecimiento de don Carlos.

La vuelta del personal permitiría la realización de un trabajo anual ya celebrizado a mis oídos por lo mucho que de él se había hablado : el « bilán ».

En efecto. Todos los años hacíase el balance general y el inventario : recuento de haciendas clasificadas y de cuanto tuviese algún valor.

Eran tan minuciosos los de acá y los de allá, que una vez, desde París, comentando el último inventario inquirían por carta : « No hacen Vds. mención de una olla de

fierro perteneciente al puesto « Estrella ». Figura en el « bilán » del año pasado ¿qué ha sido de ella? »

Si una cacerola perteneciente al establecimiento se le rompía a la china puestera, no era cuestión de decir : « se me rompió », y dar el asunto por terminado. Debería guardar los pedazos y mostrarlos en el momento del inventario para, por balance, darle la salida correspondiente. De otro modo la puestera seguía siendo responsable.

Para nuestra bonhomía criolla, tan rígidas disposiciones parecerán exageradas, pero gracias a ellas en la Foncière había reinado siempre el orden y la prosperidad.

El advenimiento de la paz me puso de nuevo frente al problema de mi existencia. Era preciso reiniciar mi vida en el Paraguay realizando mis proyectos.

Recordé a don Carlos la promesa hecha a mi llegada de prestarme caballos y guías para ir a ver el campo pertenecientes a los Sres. Lussich de Montevideo, y terminé mi discurso diciendo :

— De modo, don Carlos, que conforme estén Vds. más aliviados de trabajo, yo, con su permiso, me pondré en camino.

— ¡Cómo! me respondió ¿piensa Vd. irse? creíamos que estaba dispuesto a quedar con nosotros. Vd., don Luis, crée conocer el Paraguay y no lo conoce. Puede ser que al fin no le convenga y se vea atado a él por una inversión de capital muy luego imposible de arrancar. ¡Quién sabe que dificultades le saldrán al camino! Aquí, en la Foncière, su situación sería más fácil y bien definida desde ya. Mi hermano debe ir en breve a Europa a ocuparse de la testamentaria de nuestra familia y Vd. quedaría en su lugar con el cargo de sub-gerente. Le reconoceríamos sueldo, pagado en oro argentino, desde el día en que comenzaron los trabajos; le daríamos un peón para lustrarle las botas y Vd., queriendo, podrá

conchabar una sirvienta para que cuide de su ropa y prepare sus comidas. De las tropillas Vd. podrá sacar los caballos que le guste para su andar y mantenerlos a maíz.

Naturalmente — siguió diciendo don Carlos — que para que mi propuesta tenga todo el valor de un convenio, es preciso que sea previamente confirmada por el directorio en París. Yo estoy autorizado a nombrar todo el personal, de mayordomos para abajo, pero los que componen la gerencia — que nunca fueron otros que mi hermano y yo — es cosa distinta. Con todo, basta ser yo quien lo proponga para poder darse por segura su aceptación. Por otra parte no es Vd., de ninguna manera, un desconocido para el directorio de París.

En efecto, yo sabía por Gómez, que don Carlos, en una carta escrita hacía algún tiempo al presidente de la sociedad, contaba todas las cuitas soportadas en tan anormales circunstancias y terminaba relatando mi llegada como un suceso feliz que las había aminorado, y ponderaba los buenos y desinteresados servicios por mí prestados.

¡Totalmente desinteresados! Yo nunca había pensado en ser empleado de la Foncière. Contaba ésta con un personal de ciento cincuenta hombres, algunos fundadores, y juzgué no haber lugar para mis naturales aspiraciones. Ayudaba por que estaba comiendo su pan; por que me habían acogido con bondad, mostrándose mis amigos y se hallaban llenos de dificultades dentro de una empresa de trabajo y de progreso merecedera de mi simpatía.

— No crea — prosiguió diciéndome el gerente — que el puesto ofrecido carece de probabilidades de ascenso. Yo, aunque joven todavía, ya estoy en la edad en que el hombre comienza a declinar y corresponde pensar

quien deberá sustituirme. Nuestros ocho meses de convivencia me demuestran que Vd. es apto para el cargo. Además, si el declinar y la vejez pueden parecer larga espera, hay que tener en cuenta lo improvisto.... puedo quebrarme una pierna o sucederme cualquier cosa y entonces Vd. ocuparía mi lugar mañana o pasado, y mi empleo — dijo con expresión de orgullo — es, quizá, el mejor empleo que hay en el Paraguay.

— Le agradezco — respondí — la prueba de confianza y acepto complacido su ofrecimiento. Él resuelve muchos puntos oscuros, planteados por la falta de capital, que obstan a la realización de mis proyectos.

— Estamos de acuerdo entonces y me alegro muchísimo. Entra Vd. aquí en una situación que será envidiada de muchos. Hoy mismo escribiré a M. Cahén d'Anvers.

— Convenido, don Carlos. En consecuencia desde este momento dejo de ser su huésped y me considero empleado. Dígame que debo hacer.

— Seguir como hasta aquí; nada más. Es necesario que acompañe a mi hermano cuyo puesto va a ocupar. Será el sub-gerente o mayordomo general. Tendrá necesidad de hacerse baqueano en los cinco establecimientos. El « bilán » que vamos a hacer completará su práctica.

Así terminó aquella conversación para mí trascendental. Ella cambiaba el rumbo de mi vida, solucionando muchas dudas. Me sentí lleno de gratitud para los dos hermanos que tan buenos habían sido siempre conmigo y a los que acababa de ligarme acaso para siempre.

Antes de separarnos el gerente me encareció la conveniencia de tener oculto nuestro convenio hasta recibirse confirmación de París, y mejor aún, hasta la partida de su hermano, a fin de evitarme las molestias que fatalmente me causarían los celos de los mayordomos. Procurarían impedirme escalar una posición por ellos no alcanzada en muchos años de servicio prestados a

la Foncière, poniendo en mi camino cuanta piedra pudiesen. Ante los hechos consumados de la partida de don Luis y la vacante por él dejada ocupada de inmediato y sin discusión posible como consecuencia de un nombramiento efectuado por el Directorio de París, se resignarían más fácilmente.

El inventario.

El « bilán » dió lugar a una inspección minuciosa en todos los establecimientos; ni un solo puesto escapó a nuestra visita. No necesitamos parar todos los rodeos para hacer recuentos, operación efectuada recientemente en muchos de ellos al realizar otros trabajos. Con la yeguada y potrada fué otra cosa.

Libreta en mano, trepados en grueso poste de una portera de corral, don Luis o yo apuntábamos, mientras el capataz o el puestero, de a pie, ayudado por peones, haciendo sonar arreadores, apartaban los fogosos animales.

Nosotros hacíamos la clasificación ordenando : ¡Portera sólo a las yeguas paridas y potrillos indicando macho y hembra! ¡Portera a los potros de cinco años! ¡Portera a los de cuatro, a los de tres, a los de dos, etc.! ¡Portera a las potrancas, a los padrillos!

Y sudorosos, temblorosos, remolineando en medio de una nube de polvo, entre corridas, atropelladas, relinchos, saltos, pechadas, patadas, gritos y chasquidos de

arreador, aquellos animales salvajes se revolvían en la manguera y uno a uno, a la carrera, relinchando, erguida la cabeza, los ojos ardientes, los agujeros de la nariz dilatados y la cola alzada, escapaban de la prisión del corral a la libertad sin barreras de los campos paraguayos, pero al escapar de un salto por la portera, nuestros lápices los filiaban para hacerlos figurar en archivos y escritorios de la ciudad luz.

Y recorrimos puesto por puesto, anotamos mueble por mueble, herramienta por herramienta, utensilio por utensilio.

Durante muchos días, un mes quizá, nuestra nómada existencia de intenso trabajar no nos permitió dormir dos noches seguidas bajo un mismo techo, y después de la recorrida, como abejas cargadas de néctar, regresamos a la colmena de V. Sana repletas de apuntes las libretas.

Don Luis y don Carlos debían ir a V. Concepción para finiquitar el balance con M. Angot.

A mí se me dió una misión : marchar a Matto Grosso a pagar saldos de cuentas de gastos ocasionados por la estadía de la peonada durante la emigración y averiguar el paradero de algunos caballos extraviados en diferentes estancias de aquellos parajes.

Con don Luis habíamos conversado largamente respecto a la situación que me crearía su regreso a Europa y mi puesto de sub-gerente. Al ausentarse iríase también Asunción, y a nadie tendría yo que se ocupara de mis cosas. La vida, al fin, se me haría intolerable. ¿Quién lavaría, compondría y plancharía mi ropa? ¿Quién, en las casas, prepararía mi comida? ¿Quién se ocuparía de lo que me pertenecía? En las estaciones demoradas que don Luis y don Carlos se veían obligados ya en uno u otro establecimiento, llevaban con ellos sus familias y personal de servicio.

Felizmente don Carlos previendo la situación me había autorizado a conchabar una sirvienta. Todo aconsejaba buscarla en la ciudad. En campaña, además de no haberlas, de puro ignorantes más estorbaban que servían. Indalecia, la de Toldo-cué, lo pueba plenamente.

Accediendo a mi pedido pasó mi tocayo revista in mente a algunas ya conocidas y me dijo :

— De las que me acuerdo, la mejor es Teodesia. No es china mala; cocina bien y es muy limpia. Si está sin conchabo se la mando, sino veré otra; M. Angot me dará razón de alguna.

— ¡Un voto de confianza a Teodesia! — exclamé. — Y la venida de Teodosia quedó concertada.

Hacia Matto Grosso.

Me serviría de guía y de peón en el viaje a Matto Grosso un mestizo de nombre Emiliano. Decíase baqueano en la zona brasileña a recorrer. Sus veintiseis años de existencia parecían haberlo convencido de la verdad encerrada en el refrán : « En boca cerradano entran moscas » ó en este otro : « La palabra es de plata pero el silencio es de oro », porque no hablaba nunca. Parecía obediente, pero tenía una manera zorrera de mirar con sus ojos tirantes, ajaponesados, que no inspiraba entera confianza. Había trabajado en la curtiembre y talabartería de la Foncière, aprendiendo el oficio. En dos tiempos fabricó para mí una cincha

y una encimera de suela y un par de riendas y cabezadas de cuero crudo llenas de adornos al estilo de uso local, todo fuerte y bien concluído.

Esperanzados de agarrar buen tiempo porque las lluvias iban espaciándose un poco más, en dorada mañana salimos con rumbo al noreste.

Después de cruzar los arroyos Pitanoaga y Trementina y dos o tres más de menor importancia; después de pernoctar en lo de Levy y en Toldo-cué, llegamos al Apa por el paso real de Bella Vista. Un bote grande facilitó la travesía sin incidencias depositándonos en Matto Grosso.

El aspecto de los dos países en nada difieren. El accidente físico de un río no adquiere para la naturaleza mayor importancia porque el hombre lo destine a límite entre estados. Son los mismos campos de cuchilla, de rojiza tierra arenisca cubierta de pasto grueso y alto, que es preciso quemar de dos en dos años para que crien y engorden bien las haciendas; los mismos espesos bosques de árboles frondosos casi exentos de espinas, sobre los que aquí y allá, solas o en grupos, las empinadas palmeras se asoman curiosas; los mismos arroyos de agua cristalina y dulce corriendo entre orillas de barrancas altas, bien pobladas de árboles; los mismos campos de iberatí con su monte ralo de arbustos, cubriendo leguas y leguas, como en el Uruguay los chilcales; los mismos esteros, inmensas charcas pantanosas, llenas de plantas acuáticas, viveros de mosquitos y yacarés.

De estos animales había visto muy pocos, muchísimo menos de lo que su gran abundancia en el caudaloso Paraguay auguraba. Había cesado de temerlos. Nunca oí contar de alguien devorado por tan desagradables bichos. Más de una vez me bañé en alguna laguna, viendo no muy lejos las narices del monstruoso hocico dormidas en la orilla a flor de agua. Desde que lo hacían los para-

guayos sin temor ninguno, podía hacerlo yo también. En cambio, los bañistas del río Paraguay se meten en el agua con recelo de ser atacados por las « pirañas », pez chico pero carnívoro feroz. No se anda con chiquitas para meterle el diente al rey de la creación y devorárselo. Por vivir en cardúmenes tórnase peligrosísimo. Si uno muere, la vista de la sangre sirve de aperitivo a todos y con apetito voraz, terrible, se lanzan al banquete.

Los bañistas del río Paraguay vistos por mí en el Saladero de Apa-cué, no se aventuraban muy lejos. Manteníanse siempre sobre la orilla, agitando las aguas de continuo para ahuyentar al carnicero pez.

Otro bicho temido por los bañistas de ese y otros ríos de la zona, es una especie de raya, pez chato con cola de alacrán, amigo de sestar sobre el barro de la orilla. Es fácil despertarlo de un pisotón y él se venga clavando el dardo que arma el extremo de su cola. Produce, dicen, un dolor tan agudo, es a tal punto ponzoñoso, que aun el hombre más insensible y estoíco, chilla y hasta pierde el sentido. Para calmarlo aconsejan un tratamiento sui gé neris que no es para contado.

En la fauna del lugar abunda el pecarí, pequeño jabalí salvaje. Dentro de los montes, el barro de las sendas está cribado de moldecitos de pezuñas indicadoras del paso de la piara.

Es ferocísimo, y cuando se defiende, temible. A los costados del hocico, arqueados como cuerno de vacuno, ostenta, fuera de la boca, dos enormes colmillos. Posee una fuerza tan grande en las mandíbulas que los carozos de palmera, duros como piedra, le resultan confites que se le deshacen en la boca.

Un perro, por fuerte que sea, ne se atreve con él.

Mientras puede dispara con la piara, empero, si es alcanzado, se dispone a la defensa y entonces ¡cuidado!

Erectas las cerdas del lomo, en señal de desafío, rabia y amenaza, hace castañetear los dientes con un golpeteo a oírse a una cuadra de distancia. De improviso, carga ciego en atropelladas rapidísimas. Si alcanza a su enemigo y éste es alto, lo desgarrata; y si bajo, lo destripa a la primer dentellada, dada de costado con un movimiento de la cabeza de abajo arriba, como si corneara con los poderosos colmillos salientes de su mandíbula inferior.

Una vez, los perros corrieron a dos monte afuera, y no pudiendo escapar los pecaríes se defendieron. Los perros también eran dos y cada uno había corrido al suyo. Enfrentados a los jabalíes no se animaban más que a ladrarlos, guardando buena distancia y vigilando siempre para sacarle el cuerpo a las rápidas atropelladas que de vez en cuando les traían. Si no estoy allí los pecaríes hubiera acabado por marcharse ilesos. Como se mantenían quietos haciendo frente a los perros, pude, cómodamente, de a caballo, hacer fuego con mi revólver Smith, apuntando al codillo, y los dos, uno después de otro, cayeron fulminados.

¡Qué sanguinario y qué cobarde es el cazador!

En otra oportunidad, un pecarí había ganado el hueco de un tronco de árbol y una jauría de perros rodeaba la entrada. La feroz bestia, desde su improvisado refugio, hacía sonar las castañuelas de sus dientes temibles y la perrada sólo se animaba a ladrar con furia, babeándose de rabia. Si alguno se aproximaba demasiado, una repentina atropellada del pecarí, no aventurada muy afuera por temor de deguarecer las espaldas, seguida de una rápida retirada, producía en los perros un desparramo de gambetas, y el círculo volvía a estrecharse sin tener coraje de atreverse a más.

Era llegado el momento de proceder para el heroico cazador. Con dificultad despejé el frente de perros, desobedientes a fuerza de enardecidos. Me arrodillé para

apuntar con mi máuser a boca de jarro e hice fuego. La bala le entró al animal por el pecho, recorrió a lo largo todo el cuerpo y salió por el entrepiernas.

Al sentirse herido de muerte, el pecarí dobló la cabeza sobre el costado, dejando sin defensa la entrada. Instantaneamente un perro se abalanzó, atrapole por el cogote y lo arrastró afuera. Aprovechase la jauría para estaquearlo a tarascones.

De la lucha de muchos contra un muerto, dos perros salieron con inmensas mordeduras.

Emiliano no resultó tan baqueano como lo había hecho creer. Más de una vez anduvimos en titubeos, en marchas y contramarchas y hasta nos perdimos completamente, siéndonos preciso desandar parte de camino ya recorrido.

Después de cruzar el Apa y caminar un par de leguas hacia el norte, cambiamos el rumbo en dirección al poniente. Esta línea paralela al río hízonos tropezar con buen número de sus afluentes, muchos de los cuales hinchados de lluvia no daban paso, obligándonos a cruzarlos a nado, poniendo a prueba nuestra habilidad en pasar cacharpas sin mojarlas.

Llegamos a varios establecimientos a inquirir noticias de caballos extraviados para en oportunidad hacer recultas o a saldar algunos picos de gastos aún pendientes.

Conocí varias personas, hablé con muchas y pude establecer comparaciones entre el pueblo mattogroseno y el paraguayo.

La historia de la formación de aquel, habiendo sido enteramente diversa a la de éste, originó fundamentales diferencias étnicas entre uno y otro pueblo.

En el Paraguay, la influencia de los Padres Misioneros salvó del exterminio a la raza auctótona y la encauzó en

la corriente civilizadora venida de Europa. Ella fué el principal elemento étnico de un pueblo que, si la envidia y la calumnia no hubieran impedido a esa benéfica influencia cristiana seguirse ejerciendo hasta su completa madurez, habría continuado elevándose por mucho tiempo aún dentro del orden, del trabajo y de la fraternidad, por sobre todos los demás pueblos de América.

Así mismo, pese a su acción temporaria, infundió tanto progreso a aquella sociedad incipiente, que después de su desaparición y consumada la independencia del dominio español, permitió a los dictadores hacer del Paraguay la primera potencia militar de Sud América.

Aún en sus campos desiertos, al través de la toponomía adivínase ese pasado progreso : « Apa-cué », « Pai-cué », « Rojas-cué », « Toldo-cué ». Crecido número de nombres de lugares, antes poblados y hoy desiertos, añaden la partícula « cué », en español « fué ». Aquel país vive del recuerdo de su pasado. Es una inmensa tumba : todo fué y ya no es más.

La conquista de América fué obra de la espada, y la del Brasil, y con él la de Matto Grosso, de la espada portuguesa. La raza indígena poco menos que desapareció completamente. Portugal dió al Brasil su sangre y su idioma. Precizando brazos para trabajarlo, buscolos en Africa. El negro, introducido como esclavo, vengose viciando la sangre de los amos con la suya. Aunque en menor proporción que en otras divisiones brasileñas, hay en Matto Grosso mucha mezcla de blanco y de negro : pululan los mulatos.

Es un estado grande como un gran país y posee inmensas riquezas naturales, pero para llegar a ellas precisan ser vencidas tantas dificultades opuestas por la distancia, que permanecerán aún por mucho tiempo ignoradas, escondidas en el seno de la naturaleza.

La vaca era la riqueza en explotación en el reducido

lugar de mi conocimiento; la vaca y pequeños cultivos de caña de azúcar para consumo local más que nada.

La fiesta de São José.

Llegué a la estancia de «São José». Su dueño, un mulatón de carácter alegre, insiste en hacerme quedar un par de días. Estábamos en vísperas de su patrono. Él era devotísimo de São José y aquel año el aniversario sería festejado con munificencia.

Desde hacía días se hallaban ocupados en los preparativos. Comprobábalo innumerables espirales de chorizos, morcillas y butifarras tomando el fresco ensartadas en cañas suspendidas horizontalmente a la sombra de los árboles de un amplio patio formado por una serie de construcciones de ladrillo y barro. Las despensas desbordaban de cuanto el arte culinario y la previsión imaginaran para festejar dignamente al santo. Aquí como allá, en América como en Europa, comer es la gran fiesta. El tubo digestivo es quien toma mejor parte en los festejos por más espiritual que sea el motivo que los inspire.

¿Fué él o la curiosidad que me hizo aceptar la amable invitación?

Al día siguiente, temprano, conmuévase el gallinero : cacareos y aleteos por todos lados. Las gallinas, perseguidas por mulatitos apenas vestidos, cruzan el patio corriendo alocadas, abierto el pico, ahogándose, aleteando,

enredado en la patas el cansancio que les traba más y más los movimientos. Pavos y patos toman parte en las carreras, terminadas en los saltos locos que siguen al desnucamiento o en el correr de la sangre del degüello. En tal desconcierto de gritos, los de los lechones se destacan por lo estridentes.

Y a raíz de la hecatombe de tantas víctimas sacrificadas a la gula humana, los congéneres, a pesar de haberla presenciado, vienen estúpidos, a comer confiados en las manos asesinas.

Es la absurda historia milenaria de los animales domésticos. Bien dicen que el hombre ¡pobrecito! es el único animal que llora y el que se los come a todos.

A eso de las cuatro comenzaron a caer los primeros convidados. Antes de vérselos, se les oía anunciados por el coheterío alegre de sus armas de fuego descargadas al aire.

Atado a un madero, los de las casas habían colocado un grueso caño de espingarda de cargar por la boca, de quien sabe que época. El patrón le acercaba al oído un tizón encendido y conjuntamente con el fuerte estampido gritaba con vez estentórea : « ¡Viva São José de Norte! ». Y todos los de la casa, que eran varios, descargaban al aire sus « garruchas » a los gritos, también de « ¡Viva São José de Norte! »

¿Quién sería y quién no sería?, — conjeturaban observando acercarse el grupo de jinetes, — y, cuando reconocían a los visitantes, con un ¡« não disse eu que era fulano »! salían a recibirles haciendo nueva descarga, y ya apeados los recién llegados de sus caballos, seguíanse los abrazos, los palmeteos, las carcajadas y las demostraciones estrepitosas de contento.

Primero llegó un grupo al parecer no muy del gusto del dueño de casa, por cuanto, al reconocer a quienes lo formaban se puso a echar sapos y culebras exclamando :

« ¡Esses tambem aquí! » y los roció de una andanada de maldiciones.

Pero eso eran los entretelones y el público no tiene por que saber lo que entretelones pasa. Las maldiciones no fueron óbice a las descargas de armas de fuego festejando la llegada, ni a los estrechos abrazos, ni a las expansivas manifestaciones de regocijo :

— « ¡... qué contento estoy de que hayan venido! »

La farsa social impera en los desiertos de Matto Grosso igual que en Londres o París, desde que, en lugar de dos tigres, sean dos hombres los que se enfrenten.

Los banquetes de São José en nada tenían que envidiar o los de las bodas de Camacho.

No menos de sesenta personas sentáronse en las mesas, colocadas bajo la protección de los árboles del patio. A las cinco y media de la tarde comenzaron a llenarse y por ellas desfilaron fuentes y más fuentes con pavos, patos, lechones, gallinas, asado de ternera con cuero, cabrito, chorizos, morcillas, butifarras, arroz. « feijoada », y cuanto asado, cocido y guisado sabían hacer con carnes y legumbres, y todo fué comido y abundantemente regado con vinos generosos. Después vinieron los pasteles y los dulces, las naranjas, bananas, mamaõ y demás frutas del país y con ellas la más rica de todas, la más delicada y exquisita : el guabiramí.

El guabiramí es una especie de arazá silvestre muy abundante en ciertos campos. Las plantas tienen de cincuenta a setenta centímetros de altura y la fruta madura, es amarilla y del tamaño de una uva moscatel. Tiene un sabor delicioso, incomparable, a punto de haber dado lugar a una leyenda de todos conocida :

« Poco después del descubrimiento de los grandos ríos »
»que desembocan en el Plata al aventurarse los primeros
» europeos por el interior de América, un blanco fué
» a habitar entre las tribus indígenas del Paraguay

» primitivo y la hija del cacique, una flor de su raza,
» se enamoró de él. Un día el huésped blanco resolvió
» regresar a la patria y la hija del cacique, sin saber
» de que recurso valerse para detenerlo, sentía pal-
» pitar en su seno la angustia de la próxima separación
« y su faz cobraba la palidez de los rayos de la luna. »

« Al fin resolvió consultar a quien lo sabía todo, visible
» u oculto. »

« Y el hechicero de la tribu dijo :

« — Hija de Arabú, lleva al extranjero blanco en tu
» compañía a comer guabiramí. Cuando haya gustado
» eso fruto que guarda el perfume silvestre de nuestros
» campos, de nuestros bosques y de nuestras flores, no
» querrá abandonar más al Paraguay ni podrá más
» dejar de amarte ¡oh flor de Arabú! »

« Y el extranjero blanco se quedó y amó siempre a la
» hija del cacique. »

Merece la poética leyenda el delicioso guabiramí.
Tiene un único defecto : el de no resistir el transporte.

En el banquete de São José, a la hora de los postres,
de improviso entró al patio una vaca mugidera corriendo
a guampazos a todo el mundo y de preferencia al bello
sexo. Hizo un desparramo general en medio de risas
de gritos y de sustos de las mujeres alcanzadas.

Dos individuos del grupo tan poco del agrado del
patrón, eran alma y patas de la vaca. Una armazón de
mimbre cubierta de arpillera formaba el cuerpo; la
cabeza había sido tomada de la osamenta de un animal
franquero.

De tardecita comenzó « a dança de chururú » el « clou »
de la fiesta.

En la sala, — un cuarto pelado, sin mueble alguno —
habíase levantado un altar al santo patrono de la estancia.
Allí estaba en yeso pintado la estatuita de San José

sobre blanco mantel de encajes, rodeada de flores y de velas encendidas.

Pusiéronse en rueda una docena de individuos y comenzaron a marchar en círculo, al compás de su propio canto y de su propia música. Ensalzaban al santo en cantos de iglesia ajustados a una tonada única, y se acompañaban, los mas, con instrumentos de invención casera. El principal era un « cavaquinho », vihuela pequeña de sólo cuatro cuerdas. Varios de las danzantes, en pedazos de caña tacuara de unos cuarenta centímetros de largo, labraran a cuchillo un zanjeado en espiral, que daba la impresión de una víbora enroscada en la lisa superficie. Los sostenían con la mano izquierda y sobre ella, con la derecha, pasaban una rajita de la misma caña, que al tropezar con las zanjitas en espiral producía ruido de matraca.

Otros, menos previsores, suplían el primitivo instrumento de cañas con platos de fierro esmaltado. Elejían los más viejos, de borde desparejo por haber saltado el esmalte, y sobre ellos frotaban el recazo de un cuchillo, arrancando un ruido semejante al de las cañas, pero no tan agradable.

« ¡São José de Norte! » — cantaba el coro, y frotando cañas y platos por tres veces, marcando tres compases, producían un ruido de : ¡rac! ¡rac! ¡rac! que acompañaban con los pies al marchar girando. « ¡São José de Norte! » repetía el coro en un compás de tres tiempos y de nuevo seguían los tres de los instrumentos : ¡rac! ¡rac! ¡rac!

Como había oído hablar tanto del chururú, permanecí una hora mirando y escuchando a la espera de lo « lindo » que vendría después, pero no vino nada. Se mantuvo igual, largo, monótono, interminable. Hicieron de aquel dar vueltas y de aquel cantar y rascar, un torneo de resistencia. Para hacerse grato al santo había que continuarlo sin interrupción.

Sobre el altar estaba la botella de « caninha » y las copas. Si algunos de los devotos sentía la garganta seca — y se les secaba seguidamente — allí acudía a hacer sus libaciones y en las velas litúrgicas encendía el largo y gordo cigarro de hoja, dando fuertes chupadas y envolviendo a San José en nubes de humo que no era de incienso.

Mientras tanto los otros seguían dando vueltas, cantando y marcando el compás con sus instrumentos primitivos, terminando siempre con el estribillo : « ¡São José de Norte! » ¡rac! ¡rac! ¡rac!

Al terminárseles el repertorio de preferencia del santo, echaron mano de cualquier canto sagrado y cuando agotaron el stock místico y en el altar se habían « despachado » algunas botellas de « caninha », cualquier otro les vino bien. No tenían nada de sagrado los cantitos. Toda copla, todo verso, les sirvió con tal de ajustarlo al compás del estribillo : « ¡São José de Norte! » ¡rac! ¡rac! ¡rac! ¡Y qué repertorio más verde! ¡Después hablan de boca de marinero!

Yo, de vez en vez, echaba una ojeada al santo para ver si enrojecía, ¡pero cá! Continuaba con su niño en brazos, en la misma actitud tranquila, imperturbable, envuelto en su manto y guardando siempre la expresión plácida con que se le ha beatificado.

Dieron las diez, las once de la noche; sonaron las doce y los cantantes seguían impertérritos, destacando su estribillo : « ¡São José do Norte! » ¡rac! ¡rac! ¡rac!

Fatigado, busqué la enramada más alejada para suspender mi hamaca y dormir. Pero ¿cómo dormir perseguido por aquel canto y aquel acompañamiento?

A las dos o tres de la mañana, no hallando el buscado descanso, abandoné mi aéreo nido y me puse a pasear por la galería del frente de la casa iluminada en su soledad por un farol de kerosene.

Dos borrachos tirados en el suelo dormían pesadamente un sueño bestial.

Entre la numerosa concurrencia, la mayor parte actualmente entregada al descanso, yo había hecho una sola relación agradable : la de una argentina hija de la provincia de Corrientes, joven, bonita y alegre, venida de sus pagos en visita a parientes moradores de aquellos contornos. A la hora de mi paseo nocturno ella dormía en el alojamiento de ramas preparado exprofeso para las mujeres. Mi destino mostrábase implacable. Hice paciencia esperando el día en idas y venidas por la desierta galería.

De improviso, al enfrentar una ventana, abriose esta y en rápido movimiento asomó y salió fuera una garrucha seguida de una mano y de un brazo.

Instintivamente eché el cuerpo hacia atrás con movimiento tan brusco que casi pierdo el equilibrio.

La descarga que debí recibir en la cabeza, pasó ante mis ojos, cegándome el fogonazo, al mismo tiempo que una vez estentórea gritaba desde adentro : ¡Viva São José de Norte! y la ventana volvía a cerrarse.

Quedé parado sintiendo zumbiar mi oído derecho y picor de granos de pólvora quemándome la cara.

Ganado bagual.

Descuidos, desavenencias, y, finalmente, pleitos sucesorios, por largo tiempo tuvieron en abandono la estacia « Conceição ». Perdiendo la costumbre del rodeo, la

hacienda púsose arisca y alguna acabó tornándose totalmente cimarrona.

A mi llegada a la estancia estaba por hacerse una « volteada ». Fuí convidado y acepté tomar parte.

Dirigía la operación Zemilio, negro alto, delgado y ágil.

Dos hazañas lo ví hacer aquel día :

En un campo empalmerado donde reproducíanse en completa libertad cerdos salvajes descendientes de algunos escapados de chiqueros, en un lugar arenoso, un lechón montaraz de cuatro o cinco meses de edad, fué sorprendido en las perezas de la siesta. Despertado, huyó rápido. Al descubrirlo, Zemilio espoleó su caballo, lo alcanzó y sin detener la carrera, rápido y certero como gato cazador de pájaros, arrojóse del caballo al suelo cayendo con toda precisión sobre su presa.

Al ver correr a Zemilio no había tenido tiempo de comprender sus intenciones y ya él suspendía por las patas el lechón que en vano se debatía en el aire atronándolo a chillidos. A su lado, quieto, tranquilo, como acostumbrado a tales maniobras, manteníase su buen pingo overo.

— ¿Hay mucho cerdo bagual? — le pregunto —

— Siempre hay alguno — me contesta en portugués.

— ¿Vds. los cazan y los aprovechan?

— No sirven para comer, si no se les ceba por lo menos un par de meses. Alimentados a puro campo y fruta de palmera, la carne queda muy fuerte, catinguenta.

— ¿Cómo hacen para agarrarlos vivos? Dicen que son muy ariscos y bravos.

— Cuanto más bravos, más fácil es agarrarlos, explica Zemilio con sencillez. El chanco se endereza enojado con las cerdas del lomo erizadas, haciendo fuerte ruido con los dientes. Uno se para firme frente a él con los

pies juntos y lo torea. Cuando trae la atropellada en una carga ciega, se da el salto abriendo bien las piernas. El chanco pasa corriendo por debajo y uno cae montado sobre sus riñones, mirando para atrás. El peso del jinete recibido de improviso y corriendo, acuesta el animal barriga contra el suelo, permitiendo sujetarlo por las patas traseras y manearlo.

La naturalidad y sencillez de la explicación de Zemilio mostraban cuan habitual le era el peligroso deporte.

Iniciamos la volteada. En lugar boscoso el campo entraba en el monte como el mar entra en tierra y forma una bahía. Aquella abra o potrero era lugar preferido por la hacienda baguala para pastar y asolearse. Bien rodeada de monte, al menor asomo de peligro desaparecía hundiéndose en la umbría espesura.

Ocultos entre los árboles espiamos el abra.... Allí estaba la animalada haciendo matinal almuerzo.

Sigilosos, sin dejarnos ver ni oír, quince hombres a caballo nos corrimos por la orilla de los árboles formando círculo en cuyo centro estaba la hacienda cimarrona. Había que empujarla enderezándola por la boca de la bahía hacia el mar despejado de la pradera.

Los vacunos, como si husmearan el peligro, a intervalos dejaban de comer, olfateaban el aire y escuchaban atentos los ruidos lejanos. Pero el viento soplaba de ellos para nosotros, y como estábamos ocultos por la espesura no podían descubrirnos, ni con el olfato, ni con el oído, ni con la vista.

No percibiendo nada anormal, tranquilizados, volvían a la tarea de agarrar el pasto con movimientos envolventes de la lengua áspera y cortarlo apretado entre los dientes de abajo y las encías córneas de arriba, ayudados por un envión de la cabeza.

Habíase convenido apostar los jinetes a distancias regulares, tendiendo una línea envolvente por la orilla

del monte. Una vez llegado el último al punto extremo, lo comunicaría dando grito estridente, señal de avance para todos. A un tiempo saldríamos de improviso y empujaríamos el ganado hacia el campo.

A la espera, firme en mi sitio, aguardé impaciente, atento el oído y corta la rienda, la señal convenida, y, al oirla repetida por los ecos, atropellé mi caballo saliendo de un salto del monte al campo del potrero. Los demás hicieron otro tanto y todos aparecimos formados en círculo. Alrededor de sesenta metros separábanos a unos de otros. Distancia excesiva. Para que el éxito coronara nuestros esfuerzos fuera necesario reducirla a la mitad duplicando el número de jinetes.

La hacienda cimarrona en lugar de huir en la dirección imprimida por nuestro empuje, corrió por los espacios libres en dirección al monte. No la desviaba ni nuestra barullenta carrera, ni nuestros gritos estridentes, ni los golpes de la sotería del rebenque dando en las caronas.

Fracasado el plan combinado, para no perder todo fruto, cada cual por su lado echó mano a los lazos. Zemilio atropelló la vaca más cercana, pero antes de poder desatar el lazo, ya, el animal, en furiosa carrera, llegaba a ocultarse a los primeros árboles del monte. No había tiempo ni espacio para revolearlo. Zemilio cambió de táctica. Clavó espuelas en su ágil overo que de un salto estuvo sobre la fugitiva, la « apareó » y la adelantó, y en la pasada de un manotón le atrapó la cola con la mano derecha dando un tirón tan violento que la hizo girar y cambiar el rumbo de la carrera con una media vuelta que la puso mirando al área descubierta. Y siempre con la misma agilidad extraordinaria que admiré en el salto sobre el lechón, tiróse del caballo sin soltar la presa sujeta por su hercúlea fuerza.

Al sentirse retenida por la cola, la vaca arquea el cuerpo y dobla la cabeza intentando cornear. El movi-

miento era aguardado. La mano izquierda, libre, atrapa el asta y no la suelta más, ni más puede, tampoco, enderezarse la vaca, obligada por los músculos de acero de Zemilio a continuar con el cuerpo arqueado, el codo torcido y la cabeza doblada, bien sujeta por los extremos : cabeza y cola. Hombre y bestia comienzan a girar como niños jugando a la rueda rueda.

Mientras tanto llegaron los peones, le pusieron un lazo en los cuernos y otro sobre la anca y quieras que no, pese a mugidos y sentadas, la arrastraron a otro potrero.

Hazañas como ésta eran corrientes en Zemilio. Negro bien plantado, fuerte, alto y esbelto, enorgullecíase de ser hijo del Estado de Rio Grande. De allá había venido hacía dos años enviado por su patrón a capatacear « a Fazenda Gonçeição » recién comprada en Matto Grosso.

Conócete a ti mismo.

Emiliano y yo nos acercábamos a la estancia « São Vicente » donde encontraríamos caballos de la Foncière. Allí cambiaríamos los montados por otros bien descansados.

Durante todo el día había caído una lluvia fina, envolviéndonos en espeso manto gris. Ya era tarde; desde el amanecer nos sacudía amodorrándonos el trote ininterumpido, siempre igual, de los caballos.

Emiliano era taciturno; pasábamos las horas sin cambiar palabra. Compartiendo la creencia de todo el bajo

pueblo ignorante, creía, mi peón, que el Paraguay era el primer país del mundo. A quien lo dudase un argumento le cerraba la boca : « Si no fuese así ¿cómo es que extranjeros de todas las naciones vienen acá y nosotros no vamos allá? »

Trotábamos en silencio. Como me sucede amenudo, mis ojos, sin mirar, veían distraídos las cosas exteriores. La atención « miraba para adentro », quién sabe que íntimos pensamientos, pasando por la mente con cierta inconsciencia, como un film de cinema desarrollado por la imaginación. De mi ensimismamiento me arranca un movimiento inusitado del caballo. ¿Una patada, quizá? — me digo. Y siguiendo el nuevo curso de las ideas, pensé : ¿habrá sido a causa de una víbora?

Esta conjetura me pone del todo y de seguida en el campo de la conciencia. Vuélvome rápidamente para examinar el camino recorrido y veo, a diez pasos atrás, sobre la tierra roja y mojada, una serpiente que, arrollada, formaba como una torta grande de color oscuro.

De un salto me tiro del caballo. En los pelos largos de la ranilla de la pata izquierda, había sangre mezclada con agua de lluvia.

— ¡Me mordió el caballo! exclamo con rabia, entregando las riendas a mi peón. Y empuñando el rebenque me dirijo a matar el venenoso ofidio.

Conocía el peligro que entraña el atacarlos estando arrollados. Mi experiencia había sido hecha en Treinta y Tres con una crucera muy grande y muy brava.

Es creencia generalizada que los ofidios saltan para morder desplazándose totalmente como un gato al echarse sobre un ratón. No es exacto. La anatomía del animal se lo impide.

La víbora, arrollada, apoyándose sobre la cola, o sea sobre un cuarto o quinto de sí misma, se alza y estira el cuerpo elástico tanto como puede, desplazando así la

cabeza cincuenta centímetros, un metro, dos o más, según sus dimensiones, pero la cola queda firme en el punto de apoyo.

Para dar el bote levántase perpendicular al suelo, y en un envión de todo el cuerpo se arroja hacia adelante y si erra la presa, falta de apoyo, cae tendida a lo largo. Para dar un nuevo salto sobre el enemigo no alcanzado, con un movimiento retráctil lleva la cola a donde tiene la cabeza, y así, encogida de nuevo, se levantará y estirará otra vez en dirección de la deseada víctima.

En consecuencia es peligrosísimo ir a golpear con algo corto, como es un rebenque, una víbora arrollada. No se le conoce el largo, ni se puede calcular el alcance del bote.

La que tenía frente a mí era grande, gruesa y de color oscuro. Era la terrible « ñacariná acá curusú », de pozoña siempre mortal. Más tarde la pude medir, constatando que tenía casi dos metros de largo y el grueso de mi muñeca.

Aún estaba embravecida con la excitación de la reciente presa.

Me situé un par de metros de ella, piernas bien abiertas y en flexión, dispuestas al salto, y pegué en el suelo con el rebenque.

Fué suficiente para enfurecerla. Con esos movimientos ondulantes de rapidez incomparable peculiar de las serpientes, irguió la cabeza y el cuerpo, levantándola como a metro y medio del suelo y lanzándose hacia adelante precipitóse sobre mí. Pero yo vigilaba y al saltar ella hacia adelante lo hice yo hacia atrás, de modo que no alcanzándome su cuerpo cayó extendido cuan largo era. Aproveché ese segundo en que no podía saltar para hacerlo yo en su dirección, golpeándola al mismo tiempo con el rebenque.

Un rebencazo y rápido un salto atrás, por que ya la víbora dió el segundo bote hacia adelante. Pero volvió a

encontrar mi plaza vacía y a caer a lo largo, y yo a aprovechar ese instante en que mi enemiga perdía la guardia, para dar otro salto en su dirección y alcanzarla de nuevo con la soterá de mi rebenque.

Esta vez el golpe fué bien sentado. Ya no se movió con la misma rapidez ni el tercer bote tuvo el alcance de los dos anteriores.

Otro rebencazo más y el espinazo quedó quebrado; medio cuerpo no podía levantarse del suelo. Así y todo, no cejó en sus esfuerzos por morder, ni intentó huir. Al contrario, parecía cada vez más enfurecida.

El tiro de gracia lo constituyó el taco de mi bota girando con todo el peso del cuerpo encima de su cabeza, para asegurarme bien que aquella boca venenosa y traicionera nunca más volvería a morder.

Luego procuré atar la pata de mi caballo con un tiento, pero el animal estaba muy nervioso y no me dejó hacer.

No insistí. Preferí ir sin pérdida de tiempo a la estancia «São Vicente», arroyo por medio, a diez cuabras de distancia, y allí cauterizar el punto mordido con un fierro en brasa.

Pocos minutos después llegábamos a la estancia. La pata del caballo ya estaba muy hinchada. El continuado caminar de aquel día, acelerando los movimientos del corazón, favorecía la rápida introducción del veneno en el torrente circulatorio.

Llegué mezclando mis «buenas tardes» con el pedido de un fierro candente y poco después me lo trajeron. Era el mango de una marca, pero el agua que empapaba el animal lo enfriaba restándole eficacia, y, por otro lado ¿dónde quemar? Yo había visto agua sanguinolenta en las puntas de los pelos de la ranilla, pero no era indicio seguro de que por allí exactamente entrara la pozoña. El agua de lluvia le corría entonces al caballo a lo largo

del cuerpo arrastrando la sangre. Con las cuadras caminadas y el arroyo que lo bañó, de esa sangre no quedaba el menor vestigio. La hinchazón tomaba desde el casco hasta encima del garrón. No habiendo señal no se sabía donde cauterizar.

El dueño de casa tiene una idea salvadora : hacer una copiosa sangría que arrastrara el veneno. Asentí y le dejé proceder.

Con el desbazador y el martillo cortó fácilmente el casco del caballo ablandado por la humedad, quitándole un saca bocado como de un queso se corta una rebanada.

El animal, de pie, pareció no sufrir con la operación. La sangre corría abundante y a medida que manaba la inflamación disminuía visiblemente, reduciéndose a la mitad.

Quitado el bozal y las maneas, el caballo no dió señal de sentirse enfermo; púsose tranquilamente a trincar la hierba del patio.

¡Estaba salvado!

A la mañana siguiente al ir por él, lo encontré en el mismo sitio, tendido a lo largo, con la pata muy hinchada, muerto y ya duro.

Este suceso me sirvió para conocerme y desconfiar de mí mismo.

Nunca, al pensar en víboras, había sentido temor. Sin defensa de botas entraba en lugares peligrosos. Si una víbora me picase — me decía a mí mismo — y me viese perdido, me dejaría morir tranquilamente.

Sin embargo el caso del caballo mostrome ser otra la realidad :

La impresión recibida fué más viva de lo que me era dable suponer y grabose en mi hondamente. Constatábalo por la noche : soñaba con víboras, mordeduras, envenenamientos y despertaba angustiado. Las pesadillas me deprimían : sentía desminuida la confianza en mí mismo.

¡Qué misterios los del sueño y qué estrecha relación guarda con el carácter! Actualmente, el sabio psicólogo Freud conmueve a Europa con sus teorías sobre el sueño y su relación íntima con el subconsciente.

¿Qué había sido de mí, que caso de ser mordido por una serpiente estaba dispuesto a marcharme al otro barrio con gesto indiferente, como diciendo: y a mí qué?

Bastome ver caer víctima a mi caballo, sin sufrir yo lo más mínimo, para desvanecerse mi supuesto estoicismo, suplantado por la emoción.

Verdad es que hasta cierto punto caballo y jinete no son dos sino uno, como hasta cierto punto no son dos el espíritu que dirige y la mano que obedece.

En el propio análisis quedó bien establecido ante mi conciencia el escaso arraigo de la filosofía estoica que me atribuía, y que una cosa es hablar de morir y otra morirse.

Una vez más recordé el carácter extraordinario de don Federico Kries, que en una situación extrema tuvo el coraje de reír:

Mientras hacía sus acostumbradas mensuras en los montes fué mordido por una víbora, felizmente no de las más pozoñosas. Aunque llevaba consigo, y se aplicó de inmediato, un remedio considerado eficaz, poco después comenzaron los síntomas de envenenamiento.

Su peón, un peón de confianza que lo acompañaba hacía años, estaba desesperado, y, al verlo agravarse se sentó a su lado y puso a llorar desconsoladamente. De improviso interrumpió el gimoteo para preguntar entre palabras entrecortadas por sollozos:

— Don Federico, ¿y a quién deja su recado?

A pesar de los sufrimientos y del peligro que corría su existencia, rió el sereno don Federico lo « práctico » que era el dolor de su peón de confianza y aún reía cuando contaba el caso.

Alma de hombre y alma de perro.

Resolviose contar los caballos de la Foncière que había en la Estancia São Vicente y con este motivo fuimos a buscarlos al campo para traerlos al corral. Se aprovechó la ocasión para parar rodeo. Hombres, caballos y perros fueron puestos en movimiento.

Íbamos de galope tendido. Un par de cuadras adelante nos precedían los canes excitados por la carrera y el movimiento de haciendas. De pronto, detrás de un matorral, un venadito de dos meses de edad, despertado, tal vez, mientras dormía entre el pasto arrullado por el sol y la brisa, se levanta ante ellos y en un salto elástico inicia la huída.

Tres perros criollos se echaron a correr tras él, persiguiéndolo y aturdiéndolo a ladridos.

Dar caza a un venado es ideal perruno siempre vivo y poco menos que intangible en el cerebro de nuestros pesados canes de raza criolla. Impulsados por vana esperanza los corren así que los encuentran y se desesperan por atraparlos; mas, no lo consiguen nunca a no ser que se trate de algún animal enfermo, falto de su natural agilidad. Entonces, vengando mil otras inútiles corridas, ensáñanse con su víctima.

Sentí pena del tierno y delicado venadito tan inocente e indefenso, gracioso y frágil como un « biscuit », y en su defensa apuré la carrera esforzándome por alcanzarlo. Mezclé las espueladas a mi caballo con estentóreos

« ¡fuera! ¡fuera! » a los perros, pero éstos estaban lejos, y azuzados y enardecidos por su instinto ni me oían siquiera.

Aunque muy joven, el venadito corría velozmente. Con todo, la distancia que lo separaba de sus perseguidores se acortaba por instantes y pronto el perrazo de adelante, abiertas las fauces, estuvo sobre él.

Con un brinco de costado — gambeta magistral — el animalito consigue distanciarse de nuevo sacando ventaja de algunos metros; pero el susto fuera mayúsculo, a punto de paralizarlo en parte, y no supo aprovecharla. Fácilmente de nuevo fué alcanzado. Esta vez ya no pudo gambetear. El perro, en un último esfuerzo victorioso, lo atrapa de un mordisco levantándolo del suelo escondido casi entero dentro de su boca. Un balido lastimero ¡el postrero! me anuncia su agonía. Lo juzgo muerto, hecho trizas, mas, ¡cuál no fuera mi sorpresa al ver que abandonado por el perro reinicia su desesperada huída sin la más mínima señal de estar lastimado!

El segundo perro lo alcanza a su vez. Volvió a oírse el lastimero quejido de la inocente víctima y creció mi sorpresa al verlo como la anterior, salir ileso.

Y lo atrapa el tercero y en lugar de soltarlo como los otros, se pone a jugar con él. Echado en el suelo, con los orejas paradas, lo sujetaba con una mano, y si con un esfuerzo su frágil juguete amenazaba escapársele de un salto, él, con un movimiento juguetón, travieso, nada agresivo, lo sostenía con la otra.

Mientras me acercaba de galope, con encanto contemplaba la escena, pero antes que yo llegó un peón que seguía un camino perpendicular al mío. Con esa agilidad del hombre acostumbrado a vivir sobre el caballo en continuas correrías, se apea de un salto, toma de entre las manos del perro el venadito, lo suspende en el aire

por la cabeza con la mano izquierda, y, con la derecha, que había llevado a la cintura en busca del cuchillo, se la corta de un tajo. La escena fué tan rápida que nada pude impedir.

Estallé en indignación. Hice observar a aquel malvado el ejemplo de piedad y de respeto a la desvalida inocencia que le dieran los tres perros sin encontrar eco en su corazón de hombre.

Si hubiese sido el patrón de la estancia, como castigo y como ejemplo, hubiera despedido de inmediato aquel hombre con alma de asesino; si dictador, hubiera ordenado azotarle.

El leproso.

Día de calor sofocante. Un sol de fuego quemaba las espaldas. Horas y horas de marcha sin encontrar agua con que aplacar la sed.

Al fin vimos una casa a un par de cuadras del camino. Desviamos la ruta y nos dirijimos a ella.

Era la hora de la siesta. La pequeña casa de aspecto pobre parecía abandonada. Sin embargo, por la puerta de una hoja sola, totalmente abierta, se percibía a alguien en el vaivén de una hamaca pasar y repasar la zona de sol de la puerta y perderse en la sombra circundante.

— ¡Oh de casa! — llamé desde a caballo — ¿Quieren hacerme el favor de un poco de agua?

— Vou já — contestó una voz.

Detuvose el vaivén de la hamaca y se siguieron ruidos de pasos, de tinaja y de jarro.

Un hombre con un jarro en la mano apareció en el umbral de la puerta. Al recibir el sol de lleno, los detalles de su figura se destacaron con precisión.

Su vista me produjo un escalofrío. A pesar de los treinta metros que distaba de la casa la portera del guardapatio junto a la cual yo estaba, al primer golpe de vista reconocí a un leproso.

Mi inmediato impulso fué clavar espuelas y partir de galope, pero me contuvo un sentimiento de compasión vivido hondamente en lectura hecha años atrás,

Pasó por mi mente el recuerdo de la escena patética del « morfético » de la obra magistral del escritor brasileño Vizconde D'Escragnalle Taunay, titulada « Inocencia ».

La escena pasa en el Estado de Minas Geraes. Un pseudo médico recorre la campaña. Le han dado hospitalidad en una estancia y los enfermos de la vecindad allí van a consultarle.

Un día entre otros enfermos llega un leproso. Al reconocerlo de lejos, todos tiemblan de miedo. Nadie sale a recibirlo; al contrario, escóndense para evitar saludarlo.

El dueño de casa, nervioso, asustado, compele al médico a salir fuera, para que el desgraciado enfermo no pretendiera entrar buscándolo.

El pseudo médico sale a la puerta. El enfermo, sollozando, dice no tomar a mal que no le inviten a apearse, ¡ya estaba habituado a que huyeran de él y procuraran alejarlo!

Primero habían sido los extraños; después, a medida que el mal avanzaba, los de la casa : su mujer y sus hijos. Pero quedábale un consuelo : su nietita de tres años que con él jugaba y le besada sin reparar en las repugnantes deformaciones de su rostro.

Mas ahora la nietita también le huía.... ya no le quedaba nadie y la ternura de su corazón sufría el tormento de la repulsión de todos.

Él no venía en busca de una cura que sabía imposible.... venía solamente a cerciorarse de una cosa....si aquello «pegaba » o no « pegaba ». El no quería contagiar a nadie.... Si el mal « pegaba » ya no volvería a su casa. De allí mismo seguiría el camino del desierto e iría a morir entre las fieras.

Los de la casa, escondidos, escuchaban aterrados sin animarse a un gesto de consuelo.

Implora el desgraciado un poco de agua; pedecía de calor y de sed.

— ¡En ese jarro no — grita el dueño de casa — dele en aquel vaso de vidrio y lo romperemos después!

Bebe el leproso con su boca tumefacta y desde la mula que monta pide al médico dicte su sentencia de vida o muerte.

El silencio se ha hecho más profundo, más solemne, más tétrico en los corazones encojidos de espanto. Y la terrible sentencia es dictada :

« ¡Pega! » dice la voz lúgubre del médico.

Dobla la cabeza el leproso y lágrimas cristalinas, limpidas, puras, ruedan por sus faces deformadas.

Y después de un adiós patético en que nombra uno a uno todos los de la casa, sabiendo que le escuchan y no se atreven a mostrarse — todos antiguos amigos suyos a quienes él sigue queriendo y a quienes disculpa y perdona — se va en su mula, agobiado por el peso de su desgracia, a perderse en el desierto minero, mientras un sol rojo se hunde lentamente en el horizonte y las sombras de la noche envuelven la tierra en fúnebres crespones.

En un segundo reviví la escena y volví a sentir inmensa piedad.

El leproso estaba ante mí, violácea la color de la piel, las facciones tumefactas, deformadas, roídas. Tenía un aspecto espantable. Avanzaba trayendo el jarro de agua que le pidiera como una caridad.

Mi sed había desaparecido instantaneamente, la garganta cerrárase en un espasmo de asco y de miedo; pero la compasión fué más fuerte que el asco y que el miedo.

Por lo que oyera, no estaba demostrado que la enfermedad contagiase como afirmara el seudo médico minero.

Y como sucede en los momentos extremos, la más elemental y quizás la más profunda filosofía, adueñose de mi espíritu. Contagia — me dije -- si Dios quiere y si Dios no quiere no contagia.

Y tomando el jarro de las manos del leproso, sin apartar los ojos de su espantable fisonomía para que fuera más completa la conciencia de mi sacrificio, bebí a grandes sorbos.

— Tome, amigo — le dije devolviéndole el jarro — muchas gracias y que sea feliz.

Y haciendo girar mi caballo le volví la espalda y seguí mi camino al paso.

En la boca llevaba la sensación del jarro de lata abrasándome los labios y aquella sensación me acompañó durante varios días.

Regreso.

Otra vez junto al Apa, a la altura de la estancia de Risso. Terminada mi misión imponíase cruzarlo de regreso. Pero allí, próximo a la desembocadura, el caudal de agua del río limítrofe acrecido por la contribución de innumerables afluentes y engrosado, además, por las lluvias, no permitía pensar siquiera en que los caballos lo pasaran a nado sin la ayuda de un buen bote.

Se nos informó que cerca estaba el paso de Miguel Enrique. En la margen opuesta vivía el botero un tanto retirado del río por ser la costa baja y anegadiza. Llamando acudiría y nos pasaría.

Dijimos adiós al dueño de la estancia donde nos hospedábamos y partimos.

Fué inútil llamar, inútil tirar tiros de revólver. El botero no nos oyó; nadie vino. Resolví cruzar a nado e ir en su busca.

A Emiliano, mi peón, le dejé sentado, fumando a la sombra de los árboles de la picada y me fuí por la costa, remontando el río dos o tres cuadras. Proponiáme, como era de práctica, facilitar la operación cortando en sesgo la fuerte corriente.

Me desvestí y até mi camisa y calzoncillo a la cabeza; había de mostrarme presentable en casa del botero.

Sosteniéndome de las raíces de los árboles me deslicé por la alta barranca y me eché al agua.

Así como una brizna arrojada a la corriente cambia

instantáneamente la dirección del impulso inicial y sigue sin resistencia la imprimida por el agua, así mi cuerpo, como una resaca, fué empujado de costado por violenta correntada. Debí oponerle todas mis energías físicas, toda mi capacidad de nadador para superarla. Nadaba en línea oblicua, ofreciendo el hombro al impulso del agua y sin embargo un metro avanzado hacia la otra margen me valían dos o tres río abajo.

Apenas atravesara la cuarta parte del Apa y ya la corriente me había hecho desandar las dos o tres cuadras previsoriamente remontadas por tierra y enfrentar el paso donde Emiliano seguía fumando a la sombra de los árboles.

Nadé y nadé renovando energías. Un movimiento en que no empleaba el máximo de fuerzas equivalía al arrastre de un metro aguas abajo. Lucha desigual, entre las fuerzas eternas e inmensas del río y las mías débiles y perecederas. Me agotaba, y a poco debí reconocer mi situación comprometida. Antes de llegar a su línea media, ya el río me había arrastrado unos cuatrocientos metros. ¿A dónde iría a salir, si es que encontraba energías para salir con mis fuerzas disminuídas por instantes? ¿Habría lugar apropiado para trepar la barranca? ¿Hallaría picada conduciendo al paso?

Sentía la fatiga enseñorearse de miembros y pulmones : me extenuaba. Para peor, la ropa se había mojado y me pesaba en la cabeza.

Dando mi intento por fracasado, resolví volver y al arribar exhausto a la orilla abandonada media hora antes, cogime, para descansar, de unos bambúes sumergidos por la creciente cuyas puntas asomaban fuera del agua. El impulso de esta hizo de mi cuerpo especie de veleta que marcara su dirección, y era tan violento que no podía resistirlo de frente : golpeábame el cuello y en borbotones y espumas me cubría la cara y me ahogaba.

Asido de las cañas tenía que mantener la cabeza dada vuelta para poder respirar.

Una vez descansado y recobradas las fuerzas, escalé la barranca y no menos de otra media hora empleé en llegar a pie, desnudo y acosado por los mosquitos, atravesando un monte cerrado, al sitio donde quedara Emiliano con los caballos. Lo encontré fumando como lo había dejado, impasible. Con toda flema me declaró que convencido de que me había ahogado, si hubiese demorado un poco más en llegar, él hubiera regresado a las casas con la noticia de mi muerte..

¡Sabia serenidad de espíritu, la de Emiliano!

De nuevo en la estancia de Miguel Enrique, amablemente fué puesto a mi disposición un bote propiedad del establecimiento, existente en un paso particular distante una legua de las casas, y acompañados de dos peones de la estancia retornamos a nuestro camino.

En el trayecto hallamos un oso hormiguero, de absurdo hocico fino y largo, enarbolado el enorme penacho de la cola. No permití que se le hiciera daño, pero lo seguimos un rato para observarlo. Su andar era lento y el verse seguido no parecía ni asustarlo ni enojarlo. Al paso de los caballos lo arreábamos donde queríamos.

Son animales aliados del hombre : no comen otra cosa que hormigas. Pero el hombre no respeta la vida de los irracionales aunque sean sus aliados. En nuestro país hace muchísimos años que desaparecieron del todo. Así, poco a poco, va desapareciendo la inocente mulita, que como él se alimenta de hormigas y con preferencia de huevos y larvas del dañino insecto.

Entretanto nos ocupábamos en aparejar el bote hacia una espesura de cañas oímos chillidos y ruido de ramas agitadas.

En la zona tropical los bambúes se desarrollan con tanta exhuberancia, que a la par de las palmeras sobre-

salen por encima de los demás árboles del monte. Los tallos alcanzan quince y veinte centímetros de diámetro y por ser muy fuertes se utilizan comunmente como varas de portera.

Escondido en lo más espeso y alto del follaje de cañas costome trabajo descubrir que descubrí, un bulto negro. El viento, al mecer aquel follaje lo mostraba un segundo y lo ocultaba de nuevo.

Si hubiera sido confiado como el oso nada malo le sucediera, pero yo quise satisfacer mi curiosidad observando de cerca. Saqué mi revólver y apunté. En un momento en que el vaivén de las cañas permitió vislumbrar el blanco colocado a quince metros del suelo, justo arriba de mi cabeza, hice fuego y un gran mono negro de cuerpo largo, fino y peludo, cayó rebotando de rama en rama, hasta rodar por tierra junto a mis pies. Ya estaba muerto. La bala lo había degollado cortándole la yugular. Los ojos entreabiertos tenían expresión totalmente humana.

Me reproché mi insaciable curiosidad causante de la inocente víctima. Parecíame haber cometido un homicidio, quizá un parricidio, en la persona larga y peluda de aquel habitante de las florestas del Apa. ¿No fueron ellos los papás del hombre primitivo? Al menos Darwin así lo afirma.

Reboleado por la cola y arrojado al río, las aguas se llevaron flotando el liviano cuerpo piloso del hijo de aquellos que eliminando a Adán y Eva, arróganse, con visu científico, la paternidad del género humano.

Alistado el bote y desencillados los caballos, iniciamos la travesía comenzando por pasar los animales: un caballo y una mula.

Al caballo correspondió el primer turno. Lo pusimos al costado del bote, del lado de la corriente, para que al ser empujado por ésta, encontrase su protección y a él se

recostase. Conforme perdió pie se puso a nadar desesperadamente, esforzándose en cortar la corrientada, pero pronto desalentado y vencido, abandonose como muerto, las cuatro patas metidas bajo la quilla, boyando de costado gracias a tenerle yo la cabeza bien suspendida por el cabestro y el bozal, mientras dos peones de Miguel Enrique remaban con fuerza y Emiliano timoneaba.

Perdió coraje en un desfallecimiento de esperanzas y energías a tal punto exajerado, que estábamos ya del otro lado con la quilla enterrada en el barro, y el caballo permanecía acostado sobre el costillar cuan largo era sin hacer el más mínimo esfuerzo por enderezarse. Nos obligaba a continuar levantándole la cabeza : abandonado a sí mismo la dejaba sumerjir y fatalmente se ahogaría.

No tuvimos más remedio que echarnos también nosotros al agua y soliviarlo, ayudándonos de maneadores y de ramas gruesas usadas como palancas. Por lo menos una hora de continuados esfuerzos nos costó ponerlo en pie.

El pasaje de la mula de Emiliano fué parecido. Nadó con mucho ímpetu al principio, pero igual que el caballo acabó rindiéndose y echándose a muerta. Mas cuando el extenso nado de cinco o seis cuabras fué acortándose y vió la orilla distante pocos metros, la esperanza renació y con ella los bríos, y, al pisar tierra, a fuerza de dar brincos por salir lo más pronto del agua, a mí, que la llevaba del cabestro, casi me arranca del bote.

Una vez más comprobé las diferencias de carácter que distinguen las dos razas, y en el parangón, las cualidades de la despreciada mula inclinaron a su favor el fiel de la balanza.

Al pisar de nuevo tierra paraguaya recordé que hacía veinticinco días que la había dejado en cumplimiento de una misión realizada satisfactoriamente aunque no sin

trabajos y sacrificios, veinticinco días en los que un pueblo generoso y servicial habíame brindado franca hospitalidad sin averiguar quien era y de donde venía.

Para llegar a V. Sana faltabanos aún algunos días de camino no todo él agradable. La costa del Apa formaba en aquel paraje un estero extensísimo, felizmente no en extremo pantanoso, y dada la hora, nos tocaría pasarlo de noche. Yo nunca había andado por allí; Emiliano sí, pero hacía mucho tiempo y poco recordaba los detalles de la senda a seguir. La luna llena, que brillaría plena aquella noche, nos dió confianza. Con todo, no impidió que al fin nos extraviásemos.

Lo más penoso de esta marcha nocturna, aun más que la incertidumbre, el barro y el continuo chapotear, fueron los mosquitos. Para defenderme de sus terribles trompas perforantes, motivo de escozor jamás calmado, me envolví la cabeza en el pañuelo del cuello la mano izquierda, portadora de las riendas, en el del bolsillo, mientras la derecha agitaba una rama bien poblada de hojas. Pero los mosquitos, como la atmósfera, cuélanse por todas partes; encuentran siempre alguna rendija por donde llegar a las carnes y picarlas.

Al principio los caballos se defendieron; luego se abandonaron a la fatalidad. Ya no estremecían el cuero suelto, obediente a los músculos, en temblores como relámpagos, ni sacudían el cuerpo, ni en mentidos escarceos levantaban y bajaban la cabeza refregándola entre las manos. Se entregaron como muertos a sus diminutos adversarios. Sólo la cola, en movimientos automáticos, seguía meneándose sin presteza.

Y la sabandija aprovechaba el desfallecimiento de sus víctimas para posar y no soltar más la presa hasta caer de gorda. En la cabeza y más aún en las « tablas » del pescuezo de los caballos, amontonábanse sus panzitas reventando sangre, semejantes a pequeños rubíes, tan juntas y

apretadas que no cabía una más. Parecían los trabajos en cuentas de mostacilla de ciertos adornos femeninos.

Pasando la mano por el pescuezo del caballo, se aplastaban mosquitos a millares. Era peor para el pobre animal : otros millares más hambrientos venían de inmediato a sustituir a los despanzurrados. La mano al ser retirada, goteaba sangre como la de un asesino.

Al aclarar, nos encontramos con Gómez que partía de viaje. Por acompañarnos volvió para atrás y con él fuimos hasta el Saladero.

Teodosia.

No bien mi amigo Brizuela; — encargado del almacén del saladero Risso, con quien en ocasión de mi primera visita a Apa-cué había hecho relación — con demostraciones de la más cordial camaradería me hubo saludado, anunciome :

— En un vapor llegado de V. Concepción vino una tal Teodosia, y aquí estuvo tres días a espera de las carretas que debían conducirla a V. Sana. Dijo que iba a casarse con Vd.

— ¡Qué! ¡Cómo!

— Así dijo y no me extraña. Ambición de toda sirvienta no mal parecida, es, en la campaña paraguaya, la de vivir « casada » con su patrón, y como Teodosia sabe que Vd. es joven y soltero, considera el matrimonio como una fija.

— ¡Vaya un modo, el de esa niña, de adelantarse a los acontecimientos!

— Por si le interesa — continuó Brizuela — le diré que Teodosia, a pesar de no ser tan guapa como la hija de Calatayud, igual que la Dolores es una chica amiga de hacer favores.... le sé por experiencia propia. ¡Me figuro qué útil habrá resultado a los peones que la condujeron en la carreta!

Me eché a reír, pero a decir verdad, con risa amarilla. No se me importaba un ardite de lo que mi futura sirvienta hiciera o dejara de hacer, pero eso de venir publicando sus proyectos a mi respecto a la par que prodigando sus gracias con patrones y peones, me sentó muy mal. Reí, pero no francamente; lo hice procurando disimular una situación que se me antojaba ridícula.

En cambio Brizuela hablaba con toda naturalidad. Reconocíase en él el hombre hecho al ambiente.

Seguimos viaje. Recién después de tres días de camino llegamos a V. Sana. Sentía una fatiga inacostumbrada. El sistema nervioso, punto débil de mi organismo con el que andaba siempre a las vueltas, se mostraba más sensible que de costumbre.

En la estancia no encontré ni a don Luis ni a don Carlos. El primero no había regresado aún de V. Concepción, entretenido con M. Angot en la confección del « bilán »; el segundo había seguido para Toldo-cué dejándome la orden de ir a reunirme con él conforme llegase.

Estas primeras noticias me las daban Asunción y doña Juana, su mamá, después de los saludos de práctica, y, mientras, atisbábanme sonriendo picarescamente.

Al fin vino aquello :

— Llegó Teodosia. Desde hace una semana está a la espera de su nuevo patrón.

Era visible que conocían los proyectos de Teodosia. Pensé que también sabían de los entretenimientos con que distrajera la monotonía del viaje, y me sentí vejado, como si de hecho me uniese a ella otra cosa

que no fuese el pago de sus gastos de viaje y el de su sueldo mensual.

Teodosia se presentó en la puerta.

— Entre, Teodosia, — díjole Asunción — venga a conocer a su patrón, Y añadió dirigiéndose a mí, como para aproximarnos a una idea oculta que le retozaba en sonrisas mal disimuladas :

— Teodosia estaba deseosísima de que Vd. llegase.

Pudorosa; adelántase Teodosia, baja la mirada, caminando al compás del frú-frú de las almidonadas enaguas y me estira la mano. Al estrechar la mía, venciendo innata timidez propia de su inocencia, anímase a levantarla bañándose con los rayos de sus lánguidos ojos negros cargados de promesas.

¡Diablo!, me dije, y recordé una frase que un político de mi país había hecho célebre por aquella época : « someterse o dimitir ».

¡Siquiera hubiese sido linda!.... La belleza de la mujer hace perdonarla muchas cosas. Pero Teodosia me resultó fea, con su cabeza y su cara redonda y sus ojos también redondos, que le daban expresión de lechuza asustada.

Contaría veinticuatro años; era morocha, achinada, de estatura mediana, llena de carnes y bien formada de cuerpo. Poseía una serenidad en el andar que de haberle reconocido algún encanto, hubiera sido éste.

Se había « empilchado » con sus ropitas de cristianar. En el pelo lacio, negro y lustroso a fuerza de aceite de pata, llevaba atada una coqueta cinta punzó anudada en lo alto de la cabeza formando una moñita « pimpante ». En la cara, recientemente empolvada, los dos tonos inarmónicos de la piel tostada y de los polvos blancos, se insultaban a gritos.

Creíase irresistible. A mí, en cambio, pareciome el diablo. La veía a través de la frase de Brizuela : « es como la Dolores, amiga de hacer favores ».

En ese punto siempre había sido exclusivista, extremadamente exclusivista y la vida en los campos paraguayos, la soledad y las privaciones no habían cambiado mi modo de ser. Las generosidades derrochadas por Teodosia, tan desfachadamente puestas en evidencia a la par de sus proyectos, me ofendían, y aunque tentado por la penuria no estaba dispuesto a participar de ellas.

Tomé posesión de mi cuarto, el primero que allí había ocupado y que ocupaba siempre en caso de no estar don Luis, su propietario efectivo.

Teodosia entró de inmediato en sus tareas de mucama, limpiando y poniendo todo en orden.

Mandé a Emiliano prepararse para partir al día siguiente, recomendándole hiciera dormir los caballos en la caballeriza a fin de salir bien temprano.

A la hora de comer nos sentamos a la mesa Asunción, su mamá y yo. Teodosia nos servía. Había perdido su inicial timidez y ya se animaba a mirarme tiernamente.

La conversación de mis dos comensalas estaban llenas de alusiones maliciosas : « ¡Qué noche más linda aquella ! » « ¡Qué luna tan clara ! » « ¡Sería una noche inolvidable ! »....

¡Y tenían razón, pues todavía me acuerdo !

Cada frase, esto es, cada pulla, excitaba mi amor propio. Mantenían vivo el recuerdo de aquello : « amiga de hacer favores » « me figuro lo útil que habrá resultado a los peones que la condujeron en las carretas », e imaginaba a éstos en aquel mismo momento sentados al rayo de luna frente a sus casas de la mayordomía, riendo de los cuentos referidos en endiablado guaraní, de las incidencias del viaje y de los servicios de Teodosia.

« Pero todo eso es el pasado que no tienes por que saberlo — decía dentro de mí la voz del Sancho práctico y positivista — y si lo sabes, aparentando ignorarlo salvarás las apariencias, única cosa que la sociedad

exige. ¿Olvidaste los tiros que anuncian a la querida la llegada del amante? »

Pero el quijotismo, idealidad siempre lanza en ristre dirigida al corazón de la mezquindad chata del utilitarismo, dificulta y hasta impide la adaptación al medio. Si se nace Quijote, Sancho podrá decir, Sancho podrá hablar y meter bulla, más llegado el momento de la acción, Quijote se pondrá al frente y será él quien comande y quien obre.

Terminada la comida, las señoras, sin sospechar el efecto negativo de sus bromas, subrayaron que no serían indiscretas obligándome a demorada sobremesa. Comprendían las impaciencias por el « ¡en fin seuls! ».

Yo « me sacaba el lazo con la pata » echándolo todo a broma y mostrando indiferencia, pero ellas creían ser perspicaces manteniéndose incrédulas.

Ocupose Teodosia en encender la luz de mi cuarto, en abrirme la cama y en sus requintes de buen gusto hasta puso flores en el lavatorio.

Ella también, considerando oportuno relazar su hermosura en aquella hora, prendió un clavel rojo en sus aceitados cabellos negros.

Entraba y salía a cada instante del comedor, donde estábamos, echándome, al pasar, miradas incendiarias capaces de hacer arder una hoguera de leña verde.

En retirándose las señoras, entré a mi cuarto. Teodosia entró también.

— ¿Está todo pronto? — le pregunto con contenida rabia.

— Está, si señor — contesta, acercándose con la mirada baja en estudiada actitud, de antemano pudorosa « por lo que iba a venir ».

— Entonces, ¡vaya a ver si estoy en el comedor!

No comprendió. Mirome sorprendida con sus ojos de lechuza muy abiertos.

— ¡Qué vaya a ver si por casualidad estoy en el comedor!
— repetí, empujándola al mismo tiempo suavemente, pero con firmeza, hacia la puerta. Así que la franqueó la cerré y eché la llave.

No debió haber comprendido todavía, porque se estuvo quieta unos instantes junto a la puerta. Después la oí alejarse con paso sigiloso delatado por el frú-frú de las enaguas.

Enfermo.

Aunque el tiempo corrió favorable, nunca hice viaje tan penoso como aquel a Toldo-cué, excepto una vez que enfermé de indigestión en un rodeo y debí caminar seis leguas a caballo, atravesado de dolores, ardiendo de fiebre y soportando un sol de quemar chicharras. En esa ocasión, gracias a prolongadas zambullidas en cuanto arroyo y zanja encontré en el camino, conseguí tarde de la noche, dar con mi dolorida humanidad en V. Sana.

Pero lo que sentía al ir ahora a Toldo-cué era un malestar general indefinido. Atribuíalo a una de las tantas perrerías de mi sistema nervioso. Para domarlo, lo más práctico de todo, era no hacerle caso, « llevárselo por delante » ¡Sólo yo sé lo que costaba poner en práctica la receta!

También podía ser el « chucho ». Con la multiplicación del mosquito a consecuencia de las aguas estancadas, la enfermedad difundírase enormemente. Crecido número

de estancias estaban faltas de quien hiciese los más elementales servicios. Todo el mundo enfermaba. En la Asunción y aún en Buenos Aires y Montevideo, había sido agotado el stock de quinina, principal medicamento contra el paludismo, tan grande consumo hacían de él los enfermos de aquellas zonas.

¡Pero nó!; lo mío había de ser nervioso. Nervioso el malestar general, nervioso el dolor en el estómago y en la cintura, la falta de fuerzas y el desasosiego. Y cuando las sensaciones desagradables o dolorosas acrecían, apelaba a mi acostumbrada mulatilla, la mejor medicina de cuantas había experimentado : « ¡No hagas caso, no hagas caso a los nervios y empuja para delante! », y espoleando el caballo me echaba a galopar. Pero esta vez la mulatilla había perdido mucha de su habitual eficacia.

Torturado por un malestar que iba en aumento, hice el camino de V. Sana a Toldo-cué tantas veces recorrido. En llegando no encontré al gerente; debí buscarle en el puesto « Rinconada ».

Diome noticias don Carlos de la aceptación de su propuesta por parte del Directorio de París. En consecuencia estaba nombrado Sub-gerente de la Foncière en substitución de don Luis Pfannl. A renglón seguido me puso al corriente de algunos proyectos de trabajo. Le oía con el cerebro confundido; a duras penas podía tenerme en pie. De cuanto dijo lo único que se me grabó, es que debería reunirme con don Luis en V. Sana. Intencionalmente le oculté la crisis por que atravesaba mi salud. De mi enfermedad nerviosa tenía por sistema no hablar nunca.

Don Carlos se separó de mí en aquel puesto de la frontera, a fin de seguir — acompañado de un capataz y peones — poniendo en práctica el adagio : « el ojo del amo engorda el buey », muy ageno a que desde aquel

preciso momento su flamante sub-gerente no le serviría para nada.

No bien se marchó me sobrevinieron violentos vómitos. A mis nervios nunca les había dado por aquel lado ni por afiebrarme y yo estaba ardiendo. Tratábase, pues, de algo nuevo, probablemente de paludismo.

Padeciendo unas puntadas agudísimas en las sienes, aumentadas por el movimiento del caballo, y abrasado por un sol de fuego, paso a paso anduve cinco leguas hasta llegar a Toldo-cué.

La historia de los tres meses que aun viví en el Paraguay no es otra que la de los sufrimientos de una grave enfermedad soportada sin la ayuda de la ciencia médica ni de los cuidados y del confort indispensable a los enfermos.

La fiebre hizo presa en mí y con ella la debilidad y el adelgazamiento. Como alimentos sólo contaba con leche, mazamorra, charque y mandioca.

Para colmo de males, el sistema nervioso creyó del caso tomar cartas en la partida redoblando mis sufrimientos.

Helguera me servía de enfermero. Me cuidó lo mejor que pudo. Una sed devoradora me quemaba por dentro. Sentía ansias de beber, de haber agua con limón; y tomaba el zumo exprimido de hasta veinte al día. Era mi único medicamento, si puede considerársele tal, y también, mi único alimento, porque, falto de apetito, no probaba bocado. Empeoraba a ojos vistas; Helguera acabó por asustarse.

Una tarde, a eso de la seis, a causa de la falta de cierto cacharro — discreto poblador de toda mesa de luz —, ¡hasta eso allí faltaba!, salí a la galería. El sol declinaba amenguando su luz. Pese a ello, hirióme vivamente en los ojos, causándome intenso dolor. Los cerré con fuerza. Todo comenzó a girar en derredor mío : el suelo me faltó.

Abrazado a una columna, para no caer grito: « ¡Venga Helguera, venga; agárreme que me caigo! »

Ayudado por Helguera entro al cuarto y me siento en la cama. Sólo entonces me animo a abrir los ojos. Fué inútil: las tinieblas continuaron envolviéndome como si fuese media noche y estuviese encerrado en un sótano.

— ¡Está abierta la puerta?, pregunto.

— Sí, está abierta.

— ¡Pero entonces estoy ciego, me he quedado ciego, yo no veo!, — exclamo desesperado.

Para cerciorarme llevo las manos a la cara y toco los ojos. No había duda, mis manos allí estaban, las sentía ante ellos, pero no las veía. ¡Estaba ciego; bien ciego!

Felizmente no fué por mucho tiempo; de pronto, volvió la visión con la perfección habitual.

Durante algún tiempo cada vez que me ponía de pie, — y algunas veces hasta al sentarme, — se reproducía el fenómeno.

Como mi salud empeorara día a día, Helguera, asustado, resuelve mandarme en carreta a V. Sana. Aunque pocos, allí habrían más recursos y tendría quien me cuidase.

Dentro del primitivo vehículo se puso un colchón y en él fuí tendido. Tres días, con sus correspondientes noches, viajé en aquella carreta. En la tercera, a las once, llegamos a lo de Levy, despertando a todo el mundo. Veinticuatro horas antes se les había muerto un viajero enfermo del mismo mal. Al verme tan grave, a ratos sin conocimiento y delirando lo más del tiempo, supusieron que quedaría para siempre durmiendo al pie de uno de los naranjos del jardín.

El delirio era casi siempre el mismo: cuidaba los heridos de la guerra y los heridos morían de sed. Arrastrándome, por que también yo estaba enfermo, iba de uno a otro dándoles agua, que ellos bebían y bebían: pero

calmada la sed de uno debía aplacar la de otro... ¡Yo sentía la sed de todos!

En momentos de lucidez encargué que no se diese aviso a mi familia; estábamos muy lejos y era inútil alarmarla.

Emiliano fué enviado a consultar al médico de V. Concepción. Demoró cinco días en volver.

— Apúrese — le dijo el médico — el estado del paciente es muy grave, si tarda puede hallarlo muerto. Y él había apurado.

Por singular excepción, el paludismo no me había atacado con fiebre intermitente, sino continua. La temperatura manteníase alta día y noche, como si se tratara de un tifus.

Los hermanos Levy y sus señoras me cuidaban con dedicación.

Al fin la fiebre comenzó a declinar, y, como a la vez hicieron unos cuantos días de buen tiempo y los arroyos bajaron, don Luis vino en mi busca con una carreta ¡Qué alegría tuve al verlo!

En V. Sana me cuidaron tanto como la falta de recursos lo permitió. Teodosia fué un perro fiel, siempre dispuesta a servirme.

Aunque dentro de una delgadez extrema y una palidez cadavérica, yo reviví. Revivía pero no me curaba. El paludismo se hacía crónico. Imponíase un viaje a V. Concepción, a la Asunción mismo, para consultar médico.

El debilitamiento producíame una emotividad exagerada, a que también propendían los trastornos del sistema nervioso. Cierta vez, hablando de Montevideo y de mi familia, rompí a llorar como una criatura. ¡De qué poquita cosa depende la fortaleza del hombre!

Al fin, sintiéndome algo más fuerte, declaré que ya me animaba a montar a caballo y se pensó en el viaje. Coincidió con el fin de mes. Los comisarios empezaron a

llegar en busca de M. Mathieu para la rendición de cuentas mensuales. Entre ellos cayó Helguera.

— Visto que su ausencia puede ser larga, ¿que piensa hacer con Teodosia? — me interrogó.

— Si quiere se la cedo, — le contesté comprendiendo el motivo de su pregunta. — Para trapos y gastos de viaje la dí quinientos pesos paraguayos. Se la cedo a Vd. por la mitad.

— ¡Convenido!, pero ¿querrá ella?

— Está claro que sí; basta que yo se lo diga. Para Vd. será muy bien : es aseada, hacendosa y entiende de cocina; le hará más agradable la vida en Toldo-cué.

El trato quedó cerrado. Llamé a Teodosia y le comuniqué lo que concertábamos a su respecto. Yo me iba enfermo y mi regreso, dependiendo de la salud, podía ser demorado y ni siquiera era seguro. Ella no podía quedar en el aire. Aceptó con naturalidad y todo quedó arrojado.

Al día siguiente partí para V. Concepción. Me iba lleno de optimismo, seguro de volver a corto plazo, para desempeñar el cargo de sub-gerente conquistado con tantos sacrificios, y, sin embargo, hace ahora veinticuatro años largos que partí de la Foncière y del Paraguay y aún no he vuelto. No obstante, no me he alejado de allí del todo. Un montón muy grandes de recuerdos y de afectos imperecederos me ligan para siempre a ella y al país, pese a los dictados del destino y a los fallos adversos de la suerte.

El destino se cumple.

Penoso, muy penoso viaje fué aquél. El zarandeo del caballo y los rayos del sol excitaban la enfermedad. Agudizáronse sus síntomas torturándome el cuerpo y el espíritu.

El Aquidaban, un hilo de agua al venir, estaba de barranca a barranca. Cruzarlo exigió esfuerzo grande a los caballos. Nosotros, acomodados en un bote, pasamos facilmente. Después, como en un sueño doloroso, vino la picada Curuzú-Isabel, carente de encantos y cargada de fatigas; otra vez los campos sin la sombra protectora de los árboles, y por último el caserío de V. Concepción, promesa de reposo; y el médico, dispensador de salud.

Sometióme éste a un severo tratamiento de inyecciones; pero la fiebre no cedía; el termómetro manteníase firme en los 38 grados. Ordenóseme cambiar de aires; ir a la Asunción. El efecto fué instantáneo. En el vapor, no más, ya mejoré. La fiebre se hizo intermitente, permitiéndome largas horas de reposo en los que las fuerzas restauraban, y a pocos días de estar en Asunción acabó por desaparecer.

Recibí un telegrama de don Carlos, interesándose por mí y encareciendo el regreso conforme la salud lo autorizara : precisábase de mis servicios. Creyéndome curado, reembarqué para V. Concepción. Mas al llegar de nuevo ardía en fiebre y sufría vómitos lo mismo que al inicio de la enfermedad.

El médico me examinó y señalando desde la ventana de su consultorio los árboles del cementerio, no muy distante, dijo :

— A su país o allá.

Sus palabras decretaban mi regreso a Montevideo.

Acordóseme una licencia de cuatro meses. Yo estaba seguro de la vuelta mucho antes de expirar el plazo.

A bordo, otra vez, como por encanto, mejoré, reponiéndome a ojos vistas.

Recalamos en Asunción y trasbordamos a otro vapor más grande.

El pasaje componía un mosaico de las naciones europeas : ingleses, franceses, alemanes, italianos y suizos. Por rara coincidencia, habíase formado un grupo de hombres instruídos, que habían viajado mucho, y entre ellos dos sabios naturalistas de regreso de una exploración científica por el Chaco, Bolivia y Matto Grosso. Diéronme a probar hojas de una planta descubierta en el Chaco, hojas dulces como azúcar, gusto que una prolongada masticación no les quitaba.

El tema de conversación apasionante era la guerra Ruso-Japonesa. Nos encontrábamos en el momento en que asombrando al mundo, de improviso, la exótica nación asiática revelábase gran potencia guerrera como consecuencia de haber asimilado a la sordina el saber científico de Occidente.

Entonces el Japón no era la nación conocida de hoy; a su respecto teníanse ideas muy erróneas y hasta fantásticas.

Varios, de los que formaban la habitual tertulia del vapor, habían visitado en diferentes épocas la vieja nación del Sol Naciente. Esta circunstancia realzaba el interés y acierto de sus opiniones.

¡Era de verse cómo en aquello, así como en casi todo otro tema, las apreciaciones estaban moldeadas por la

raza y la nacionalidad de quien las emitía! Cada uno creía poseer entera libertad de criterio y todos habían mirado y seguían mirando las cosas con lentes prismáticos, de fabricación nacional, que a su antojo descomponían luz y forma. Mirando la misma cosa, todos veían diferente. De ahí discusiones interminables que nunca ponían de acuerdo a quienes las mantenían, discusiones interesantísimas para un observador imparcial como yo.

Los ingleses no estaban siempre de acuerdo con los franceses y éstos jamás con los alemanes. Los italianos eran menos definidos, más imprecisos y los suizos emitían juicios inspirados en ideales superiores de justicia y libertad.

Y mientras discutían temas de ciencia, y mientras Togo, Kuroki, Oyama y Nodzi, por los japoneses, y Alexeiff, Kuropatkin, Stoessel, Makaroff y Rejestvensky por los rusos, combatían en la tierra y en los mares, y Port Arthur se defendía, y el Zar y el Emperador, arrogándose inspiración y derechos divinos, dirigían arengas a los pueblos, en las que el mismo Dios por las bocas de uno y otro se contradecía, el barco — que a fuerza de haberlo pasado mal me parecía lujoso — seguía descendiendo los caudalosos Paraguay y Paraná.

El primero de estos ríos, hinchado e impetuoso, desbordábase por el Chaco en dilatado mar. En la margen opuesta el nivel de las aguas llegaba al borde de las más altas barrancas, y las más bajas y medianas estaban totalmente sumergidas así como sus montes.

A la par que nosotros navegaban islas y más islas de camalotes, y al acercarnos podíamos ver bogando en algunas de ellas, como muestrario de la fauna tropical, algún caimán o alguna serpiente.

El niño mimado de abordó, sobretodo del bello sexo, fué un yacarecito comprado en Asunción. Lo encontré

expuesto en una vidriera, en compañía de otros muchos. Tendría una cuarta de largo, a lo sumo, y viajaba dentro de una cajita de cartón. A medida que el frío del invierno del sud se hacía sentir, poníase duro dentro de su casa forrada de algodón. Si lo sacaba y lo metía en el bolsillo del sobretodo, el calor de mi cuerpo lo confortaba y de ahí a poco comenzaba a moverse, a alegrarse y a travesear, acabando, el muy curioso, por pararse de manos y sacar la cabeza fuera. Metido dentro de una palangana con agua, daba gusto verlo nadar. Era el momento preferido para dar satisfacción a su glotón apetito con carne y pescado, sus petizcos predilectos.

Las condiciones de sociabilidad de este animalito me recuerdan otras muy distintas de congéneres suyos apreciadas por mí varios años después :

Encontrábame en un lugar desierto de la costa de la Laguna de los Patos, a un día de viaje en vapor de Porto Alegre, más medio de fatigante marcha a caballo; lugar aquél situado al extremo de una península formada por movediza arena. Esta circunstancia, que hacía pesadísimo el trayecto a caballo, y la aridez circundante, motivaba el completo abandono de la especie de oasis ubicado en el punto angular de la península.

Allí, dentro de unas lagunas abañadadas, llenas de espadañas, Zemilio, el negro guía, me señaló con la mano un nido de yacaré. Estaba dentro del bañado a unos tres metros de la orilla. Su forma cónica, como la de tierra amontonada por la pala, emergía un metro fuera del agua. Era punto céntrico de un círculo libre de espadañas. En un radio de tres metros, las pajas habían sido cortadas y picadas para formar el nido. Nunca lo había visto de yacaré. Despertada mi curiosidad, quise averiguar si tenía huevos.

— No, patrón, dice Zemilio en portugués, mire que ese bicho es muy bravo.

Muchas veces, desde mi llegada a aquellos lugares, había oído encarecer la ferocidad de los yacarés. « Perro que entra en el bañado — decían — no sale más. » Y sonreía considerando la feracidad de la imaginación popular. Recordaba que estando en el PARAGUAY hasta me había bañado cerca de ellos. Esta opinión motivó mi insistencia :

— No tenga cuidado, corte una rama larga de árbol y tráigala.

Domingo obedece.

— Remueva con ella el nido — ordeno.

— ¡Es que es muy malo ese bicho! — vuelve a exclamar el negro.

— No tenga miedo — digo, sacando mi revólver, más por darle confianza que por creer precisarlo — yo vigilo aquí. Y lo amartillé y me puse en guardia.

Con muy pocas ganas comienza Zemilio a remover el nido. No lo había meneado aún un par de veces, cuando óyese muy cerquita un ruido de carrera dentro de las espadañas y aparece corriendo por el espacio despejado derecho a nosotros, un gran yacaré, abiertas las bestiales mandíbulas, descubiertas las sierras puntiagudas de varias hileras de afilados dientes.

Zemilio, sorprendido indefenso, dejando caer la rama dispara. Yo, que estaba pronto para recibir el ataque, viso al enemigo que se acercaba y rápidamente hago fuego una, dos, tres veces.

Todas las balas —la primera disparada a cinco metros de distancia y la tercera ya sólo a tres — debieron alcanzarlo, por cuanto cada una de ellas motivó un salto y una ligera detención, acentuada, definitiva a la tercera, que aquietó al monstruo a sólo dos metros del caño de mi revólver, con esa quietud que es también catacterística de otros animales de su orden zoológico, como por ejemplo el lagarto. Aproveché la oportunidad para apun-

tar con cuidado en un ojo, único punto vulnerable en que tendrían real eficacia las balas de plomo de mi revólver Smith calibre 38, dada la forma convexa del animal y el espeso cuero con duras escamas que lo defiende.

El tiro a boca de jarro fué certero. Dando un violento salto, el yacaré cae de lomo haciendo relampaguear la barriga al sol, pero en un último esfuerzo consigue de nuevo enderezarse y a pasos lentos arrastrarse penosamente sobre los troncos de espadañas cortados a flor de agua desapareciendo en el pajonal.

El instantáneo silencio que siguió a la desaparición del animal, hízome presumir su rápida muerte.

Con largas ramas improvisamos un puente uniendo la orilla al nido, y en equilibrio de cuerda floja lo atravesé.

Removiendo la paja picada del nido aparecieron huevos en gran cantidad, huevos blancos, del tamaño de los de ganso, pero con una cáscara áspera como de lima.

Rompí uno. Dentro, vivo, estaba el yacarecito ya casi terminada la gestación..Llené bien de huevos y de paja picada y húmeda la cartera de cuero en que habíamos llevado nuestro almuerzo y la entregué a Domingo.

Utilizando una de las ramas del improvisado puente me puse a entreabrir la espadaña en el lugar por donde desapareciera el yacaré moribundo; su cadáver debía estar allí mismo. En mis tanteos probablemente lo tocara, por cuanto de pronto, el difunto, que no era tal, dió un salto denunciado por el ruido de la espadaña, el chapoteo del agua y mi rama empujada hacia arriba.

Vivo, y no muerto como había supuesto, era un terrible enemigo en la posición en que me hallaba sobre el nido, rodeado de agua, imposibilitado de huir y con el revólver descargado en la cintura.

Sorprendido en tan falsa posición, temiendo un nuevo ataque del terrible saurio, sólo atino a salir de ella esca-

pando a tierra firme. En la precipitación un pie zafa una rama del puente y la pierna se hunde en el agua casi hasta la rodilla, pero un brinco póneme fuera.

— ¡Y si hubiera venido el compañero? — interroga Zemilio.

¡Es verdad! ¡Ni había pensado en que se juntan en casales en la época de sus amores! Si mientras estaba sobre el nido hubiera venido el compañero, probablemente, yo, después de despedazado en las sierras de sus poderosas mandíbulas, hubiera pasado a integrarlo: honor que hubiese sido el precio de mi imprudencia.

Pero no vino y fuí yo quien se llevó sus huevos. Los coloqué en un cajoncito envueltos en la espadaña picada y tuve cuidado de rociarlos dos o tres veces al día y de tenerlos al sol. Pasaron cinco y como no naciera ninguno, sospeché que el traqueteo del caballo pudiese haberlos matado y procuré cerciorarme.

Tomando uno de los huevos con la mano izquierda, con la derecha comencé a descascararlo por un extremo. Pronto pude percatarme de que el animalito estaba vivo. Continué la tarea con cuidado y ¡oh sorpresa! el yacarecito, desde dentro de su casa, a mordiscos defendía la inviolabilidad del domicilio. Cuando por el agujerito hecho veía aproximarse mis dedos, se abalanzaba esforzándose en alcanzarlos y clavarles sus ya bien afilados dientes. Tanto agitose y esforzose tanto, que de repente, por el agujerito ya agrandado ¡zás! cayó al suelo, dejándome con la cáscara vacía en la mano.

Ya en tierra, ¿quién lo tocaba abierta la boca desmesuradamente a la menor aproximación de la mano? Fué preciso echarle un pañuelo encima para ocultarle los movimientos. Entonces lo levanté y pude observarlo: fuera y pegado al punto que correspondería al ombligo, tenía una buena parte de la yema demostrando faltarle aún varios días de gestación.

Le contemplé admirando su vitalidad y su ferocidad : aún no estaba formado del todo, no había nacido, yo había hecho al huevo algo así como la operación cesárea, y, sin embargo, él sabía de defensas, de ataques y de mordiscos.

Murió recién veinticuatro horas más tarde.

Cuatro o seis días después, dentro del cajoncito de huevos cuidados con más esmero que nunca, comienza a oírse unos chilliditos, como un piar, y por entre la paja húmeda a moverse los yacarecitos a medida que salían de la blanca prisión ovoide.

El último nació en un hotel de Porto Alegre. Teníalos en una gran palangana con agua en cuyo centro, formando isla, había colocado piedras, tierra, pasto, etc.: su patria en pequeño. El sol entraba por el balcón y la calentaba.

Al oírme llegar, el ruido de la llave y el abrir de la puerta asustándolos los aprestaba a la defensa. Movíanse a saltos formados en fila, dando el frente al enemigo con las fauces abiertas dispuestas al ataque, y al menor asomo de la aproximación de la mano abalanzábanse a morderla.

Tal su ferocidad, que todos, sin excepción, hicieron la huelga del hambre : ninguno comió carne, ni pescado, ni cualquier otro alimento. Si colocado un pedacito de carne en la punta de un palito aprovechábase su furia de morder para que lo tomaran con la boca, sacudiendo la cabeza con fuerza lo tiraban lejos.

Así vivieron tres o cuatro meses en Montevideo, hasta que, pese a estufas y otros cuidados, uno a uno, feroces siempre, sin jamás haber probado bocado, fueron muriendo por inanición.

¿A qué se debe la diferencia entre los yacarecitos de Tapes y los del Paraguay?

Probablemente a causas parecidas a las que nos dieron el indómito charrúa y el manso indio de las Misiones.

En Montevideo.

Nuestro viaje terminó en el Puerto de Montevideo. A tal punto los camalotes arrastrados por la extraordinaria creciente de los ríos Paraguay y Paraná habían llenado la bahía, que la entrada no fué fácil. Igualmente llenas de esta hermosa planta acuática americana estaban todas las ensenadas del estuario y por consiguiente las playas de Ramírez y Pocitos. Su precioso verder simulaba el prolongamiento de la tierra fértil muchos centenares de metros hacia el sur.

La novedad de su presencia, jamás vista, había traído a la ciudad como huéspedes indeseables, ejemplares de la fauna tropical. Aparecieron víboras aún en calles centrales y varias personas fueron mordidas.

De tan extraordinario suceso quedan comprobantes metidos en tarros de cristal. En el Museo Nacional hay varios cuyos rótulos después de indicada la clasificación científica de la serpiente dicen : « Capturada en las calles de Montevideo en el año 1905, venida en los camalotes... etc., etc. ».

Debo dar noticia de mi compañero de viaje : el yacarecito.

Fué ofrecido telefónicamente al Jardin Zoológico de Villa Dolores. Entonces, el servicio telefónico de Montevideo era casi tan malo como el de hoy, dando lugar a incomprensiones. Aceptado el huésped, dos días después paró ante la puerta de mi casa un carro grande y cuatro

hombres fornidos vinieron a solicitar la entrega del yacaré.

Cuando se les dió la cajita de cartón, primero no entendieron que estaba cumplida su misión, y al fin estallaron en carcajadas.

Marcháronse con el yacarecito en su caja, comentando alegremente el chasco que les había dado.

Al expirar los cuatro meses de licencia mi salud no se había restablecido enteramente :

Aunque intermitente y pasajera, la fiebre volvió por muchos meses a importunarme. Imponíase, pues, mi renuncia. La imponía mi estado de salud y la oposición formal de mis hermanos a que regresara al Paraguay. Lleno de tristeza la remití al expirar el plazo.

Pese a tantas vicisitudes y guizá a causa de ellas mismas, estaba poseído del amor de aquel país. Mis recuerdos lo añoraban y continúan añorándolo. Hoy, pasados veinticinco años, viven en mi memoria como los de una época fabulosa, como los mejores de mi vida, y por eso, aunque el tiempo les haya arrebatado la primitiva lozanía, los inserto en las páginas de este libro para que perduren como flores que ponemos en un vaso.

Montevideo, Abril de 1930.

Correspondencias
dirigidas al Diario “La Mañana”
de Montevideo

Recorriendo el Africa Francesa.

« La Mañana » del 12 de septiembre de 1926.

Cartago.

Primero fueron rivales y enemigas; después fueron hermanas. Pero ni para enemigos ni para hermanos la suerte es idéntica. Roma es la eterna... Cartago no es más que polvo y algunas piedras; ruinas que hablan de su pasado grandioso; de cuando era púnica, dominaba el Mediterráneo y sus barcos entrando al Atlántico llegaban hasta Inglaterra; de la espada de Amilcar, conquistador de España, y de la hazaña de Anibal escalando los Alpes y haciendo temblar a Roma; de cuando murió púnica para renacer romana, igualmente grande, suntuosa y civilizada. Su progreso irradió entonces por todo el Norte de Africa.

El romano con su ingenio y su fuerza de acción, en 560 años de labor pacífica, perforó el suelo para hacer brotar el agua, la represó en obras inmensas, la condujo por acueductos monumentales, irrigó los campos y al dar de beber a aquella tierra sedienta, trocó su aridez en fer-

tilidad. Al mismo tiempo construyó una perfecta red de caminos desde el mar hasta el desierto; creó leyes sabias, y, soldado y colono admirable, convirtió aquel inmenso país desolado en uno de los más ricos del mundo, y a la Provincia de Africa en el principal granero de Roma.

Después... después la decadencia, las avalanchas bárbaras, y con ellas la ruina, el polvo, la nada...

Y hoy, Cartago no es más que ruinas, polvo, nada...

¡Pero qué inmenso poder de evocación el de esas piedras al ser contempladas al atardecer, doradas por un rayo del sol poniente...

Ellas llenan en dos eras diferentes, 1500 años de historia en uno de los períodos más interesantes de la humanidad.

Por los recuerdos del pasado y las enseñanzas que guarda, Cartago tendrá vida eterna en el corazón del hombre civilizado.

Tunez.

Hoy, a quince kilómetros de sus ruinas, ha brotado Túnez, Túnez francesa, junto a la Túnez árabe.

Francia es la heredera de la Roma antigua en la tarea de civilizar esta tierra tantas veces destrizada por el vendabal de las invasiones. ¿Estará a la altura de su cometido? ¿Podrá igualar a la vieja Roma?.

Frente a esa empresa se levanta un enemigo con que Roma no contaba : Mahoma.

El árabe, de acuerdo con el progreso de la época y del regimen político imperante, debe ser respetado en su lengua, costumbres y religión, y su religión es toda una legislación en pugna con la de los pueblos civilizados. Baste decir que el árabe compra a la mujer y es polígamo. De ahí una disparidad de criterios que es un abismo.

Fanático como es, se aísla, por medio de su religión, del medio ambiente creado por el europeo, mejor que un caracol en su cáscara. Entregado a su fatalismo, a su profeta y a Alá, todo lo que el francés puede ofrecerle lo deja indiferente.

Vive al lado del europeo, pero en nada cambia sus costumbres. Vive él, el hombre; la mujer se mantiene completamente apartada de todo lo que sea extranjero.

El conservadorismo de la raza encuentra una inmensa fuerza de estabilidad en el hermetismo en que, por obra del Corán, vive encerrada la mujer. Ella permanece inaccesible a toda acción exterior; su ignorancia es absoluta.

« Las mujeres bien, — nos decía un comerciante árabe de Túnez, — salen raramente a la calle. Estas que Vd. ve pasar por ahí, poco valen. » Y se refería a mujeres que llevaban la faz enteramente cubierta. Y añadía con gesto enérgico en el que brillaban sus ojos : « Las mujeres son el diablo, hay que tenerlas encerradas como las tenemos nosotros los árabes ».

Así habla un musulmán regularmente instruído, que tiene su tienda en el corazón comercial del barrio indígena y que diariamente vende a europeos por centenares y miles de francos.

¡ Y habría mucho que cambiar !.

El barrio árabe de Túnez, con su extraña construcción de muros blancos, de casas sin ventana y de calles estrechísimas; con sus mezquitas y alminares; sus barrios comerciales y zocos de tiendas pegadas unas a otras, chicas, apretadas, exponiendo miles de objetos de las más

variadas formas y colores, entre los que se destacan los tapices y el bronce cincelado; con sus barrios industriales, variada exposición de pequeña manufactura hecha por tres o cuatro obreros a la vista del público; con sus mil recuerdos del pasado de su civilización, que fué grande; con toda esa muchedumbre en que se confunden árabes de diferentes tribus, judíos y europeos, vistiendo cada cual su traje nacional; con todo ese orientalismo de turbantes, chichias y fez, ganduras, albornoces, bombachas, babuchas y mujeres encubiertas; ese derroche de colores vivos contrastando con el bronceado de las caras; esbeltos y arrogantes los unos, sucios y andrajosos los más; con todo esto, decimos, el barrio árabe de Túnez es sumamente, pintoresco, sumamente interesante, totalmente oriental, ¡mucho más de lo que imaginan los que no han visto esta tierra que dista un día de viaje de Marsella! pero es al mismo tiempo sumamente antihigiénico. Al ver tanta gente desaseada uno se pregunta: ¿esas caras, esas manos, son las que deben pasar por las cinco clásicas abluciones que prescribe el Corán? Entonces el agua de aquí no limpia; de otro modo es incomprensible...

Y el desaseo es aumentado por la chichia, el turbante y el capuchón del albornoz que colocados uno sobre otro cubren totalmente la cabeza y parte de la cara, impidiendo la aereación.

Los tuertos y los ciegos se ven por todas partes, casi tanto como los harapos, y los enfermos de los ojos forman legión.

Dejemos de lado la nota pintoresca del conjunto, la elegancia, el aire distinguido con que pasa el árabe rico e instruído envuelto en su albornoz impecable, para fijarnos de cerca en toda esa miseria, esa ignorancia, atraso y suciedad, y en ese desconocimiento patológico de la higiene, porque tal es el estado de la mayoría, y es a ella a la que hay que redimir.

Es una tarea enorme la que Francia ha emprendido y su beneficio no escapa a ningún observador.

Respetando la independencia política y religiosa del pueblo, pues Túnez es un protectorado gobernado por un bey, Francia no hace más que aconsejar, enseñar, dirigir por intermedio de un residente general, asistido de un Delegado, un Consejero de Embajada y un Secretario.

Ella ha prestado a Túnez, su dinero, su ciencia y su trabajo, y en 45 años ha levantado al lado de la ciudad indígena una floreciente ciudad europea. Ha buscado y sigue buscando las fuentes que utilizaron los romanos y con ellas ha dado agua a las ciudades y regado los campos, que poco a poco se ponen tan verdes como cuando eran el granero del imperio. Ha construído más de 4.000 kilómetros de carreteras y de 2.000 kilómetros de vías férreas. y dispone de muchos aeroplanos El comercio que en 1881 era de 23 millones de francos, alcanza actualmente a 400 millones oro. Se han fundado, además, hospitales en las ciudades y dispensarios en todas las poblaciones; se ha combatido la peste y mejorado en lo posible el estado sanitario del país.

Francia ha hecho ya mucho, pero le queda aún más por hacer.

¡Es tan grande el país y tan incapaz de producir si el esfuerzo del hombre no se aplica a ello inteligente y tesoneramente!

Si Francia cuenta con un enemigo que Roma no tenía, tiene, en cambio, aliados que a aquella le faltaron : el telégrafo y el teléfono, el vapor, el ferrocarril y el automóvil; músculos y nervios que hacen del país un conjunto homogéneo, vinculando sus distintas partes. Además, dispondrá del libro... cuando, pasadas varias generaciones, la cultura intelectual se haya difundido de tal modo que le permita una acción real.

La ciudad de Túnez tiene para el europeo y el americano un interés extremado. Basta pasar la puerta de su muralla denominada « Puerta de Francia », para que, sin transición, de un boulevard europeo se entre en el corazón de Asia. Ella guarda sus tradicionales costumbres de tal manera, que todo hace creer que sus zocos, o sea sus calles comerciales estrechas y techadas, con sus pequeñas tiendas oprimidas unas por otras, poco o nada difieren de las factorías fenicias que dieron nacimiento a Cartago.

En aquellos tiempos no se conocía el automóvil; tampoco hoy en el barrio indígena de Túnez. En cambio, ahora como entonces, el tradicional burrito forma parte integrante del conjunto policromo y bullanguero de sus calles tortuosas. Poco más grande que un perro danés, uno diría que apenas puede con sus grandes orejas y, sin embargo, tomando su suerte con paciencia, carga enormes canastos, arrastra carros y resiste su pequeño lomo, al hastial de su amo, montado en ancas.

Hacia el sur.

Henos en viaje hacia el sur, hacia el desierto. Los vagones del ferrocarril no sólo son confortables, sino hasta lujosos. Comenzamos por atravesar una región poco pintoresca, árida en su conjunto. Sin embargo, de trecho en trecho, encontramos grandes zonas cubiertas de olivos y de viñas.

Sousse, puerto de mar importante, es la primera etapa de nuestro viaje. Por ser muy europeo nos interesa poco, pero dejándolo, después de atravesar territorios desiertos, a las once de la noche llegamos a la ciudad árabe de Kairouan. A causa de ser la estación de turismo los principales hoteles están llenos. « Tal vez en el Hotel de Paris... », oímos decir. La magia del nombre de París nos llena de ilusiones, haciéndonos recordar la confortable hospitalidad que ofrece a los viajeros la gran capital latina, y seguimos al pequeño guía indígena.

Tendido en una estera, el árabe, propietario del hotel, fumaba. Se movió con la lentitud del « ralenti » del cinema, y nos condujo a unas habitaciones a la europea, tan descuidadas y sucias, que hemos quedado sabiendo para toda la vida, lo que es un hotel árabe en Africa; y que en invierno si se vá a Kairouan, se debe retener con anticipación alojamiento en un hotel europeo.

Kairouan es la Meca tunecina. Fundada por los Aghiebites en el siglo IX, fué su capital y alcanzó gran prosperidad. Su califa mantuvo relaciones cordiales con Carlo Magno, enviándose recíprocamente suntuosas embajadas. De su pasado progreso dan fé el acueducto y el inmenso depósito que le aseguraban el agua, obra que los hilanienes, o sean las hordas bárbaras de beduinos del desierto que vinieron de Arabia en el siglo XI, destruyeron a la par que la civilización árabe y los restos de la romana, sumiendo de nuevo en la barbarie a todo el Norte de Africa.

Kairouan era considerada ciudad sagrada y posee las más grandes mezquitas que hay en el país. Sobre las de Túnez tienen la ventaja de poder ser visitadas por los que no creen en Mahoma.

No hay por qué describirlas, puesto que guardando el mismo estilo, son muy inferiores a las de Córdoba y Granada, sumamente conocidas. Sus ventajas sobre

estas, consisten en que el guía es musulmán en lugar de español; en que lleva turbante, gandura, albornoz y bombachas; en que se quita las babuchas para pisar las esterás del suelo en que se arrodillan los fieles y nos obliga a imitarlo; en que se inclina y reza en las tumbas de los morabitos o santos, cubiertas de telas e inscripciones; en que los fieles arrodillados con los brazos plegados mostrando las palmas de las manos como si hicieran la venia, y otras veces apoyando las manos y la frente en el suelo, oran, en éxtasis, sin dar señales de notar nuestra presencia y, en fin, en que en vez de un mundo de inglesas apresuradas, con diccionario y vademecum, en la mano, encontramos musulmanas misteriosas cubiertas con los « litams » que no dejan ver más que sus ojos, en actitudes o pasos lentos, que descubren la timidez, el terror y la fé de que están poseídas.

Kairouan se conserva enteramente árabe. Entre sus cuarenta mil habitantes, habrá poco más de una centena de europeos, y esos habitan fuera de sus murallas. Al pasar éstas, — altas de cinco metros, que la rodea por completo, — ni un solo detalle de la ciudad hace recordar a Europa,

Como en Túnez, pero menos ricos, en los zocos techados se oprimen las pequeñas tiendas que, como las de la capital, consisten en una sola habitación con una sola abertura : la puerta, que da a la calle. En ella está expuesta la variada industria indígena, caracterizada por sus vivos colores, sus dibujos y formas extrañas. El dueño espera al comprador tendido en una estera, fumando o bebiendo café. Y lo mismo que en Túnez, las tiendas, en calles techadas, se aglomeran formando barrios : barrio de los tapices, barrio de los tejidos, de los metales, de las babuchas, de los sastres, etc., etc.; y una muchedumbre pintoresca, de la que han desaparecido el judío y el europeo, las recorre discutiendo y comprando. De vez en cuando

hay que recostarse a la pared para dar paso a un burrito que el amo arrea o monta en pelo.

En Kairouan fuera de los muros de la ciudad, hay un batallón destacado. Exeptuados los oficiales superiores, todos son árabes que no saben una palabra de francés. De acuerdo con las leyes, los tunecinos hacen servicio militar solamente dentro del protectorado, lo que es de lamentar, porque si pasaran al continente europeo les sería muy ventajoso, ya que sin esfuerzos ampliarían sus conocimientos y serían a su regreso un factor de progreso entre los indígenas.

El Ahisaua.

Nuestro guía en su mal francés nos dice que hoy, viernes, (que es el domingo musulmán), había ahisaua.

Puntuales a la cita, a las 4 y 1/2 estamos en el local de la ceremonia.

Sentados sobre esteras con las piernas cruzadas, formando dos filas frente a frente, una veintena de indígenas cantan sin acompañarse de ningún instrumento. Otros, en la misma actitud, escuchan. El número de oyentes va aumentando poco a poco. Entran y con gesto grave se quitan las babuchas antes de pisar la estera en que después se sientan en derredor de los cantantes. El tono del canto es monótono, lento; algunas veces no dicen más que una palabra repetida hasta el cansancio. Las caras expresan el éxtasis; muchos mantienen los ojos cerrados. De repente, el que parece conducirlos, cambia

la modulación ; comienza un crescendo que se aviva cada vez más, llegando al paroxismo para morir en un murmullo. Así transcurre una hora. De tiempo en tiempo en los braseros se echan puñados de benjuí, que despiden perfume y nubes de humo. En esos mismos braseros se calientan y tienden los cueros de los tambores hasta producir el tono deseado; entonces comienzan a sonar y a su compás el canto se anima, siempre en « crescendos » y « decrescendos ». Algunos oyentes se ponen de pie. « Son los fakires », — nos dice el guía. — « El canto y la música ya ejercen sobre ellos la acción deseada ». En efecto, con movimientos del cuerpo llevan el compás de los tam-tam. Y sigue media hora más de canto y música que unas veces parece un torrente impetuoso, y otras una vibración moribunda. Pero ahora el compás se acelera más que nunca, y los cuerpos para acompañarlo, parece que se desarticulan en un frenesí de movimientos en los que la cabeza bambolea de un lado a otro.

Los más excitados, sin cesar de agitarse, se desnudan medio cuerpo, mientras algunos de los espectadores preparan las dagas y espadas que en panoplias penden de las paredes.

Los fakires están listos para el sacrificio. Ofrecen sus hombros, sus brazos y sus vientres desnudos a las puntas aceradas y en ellos los ayudantes clavan dagas y espadas, que, dicho sea de paso, tienen punta redonda de punzón. No hacen un gesto de dolor. Se pasean impávidos entre los espectadores, en medio de los cuales nos encontramos, y piden por señas a sus ayudantes que, mientras ellos mantienen las espadas en la posición requerida, golpeen los puños de éstas con palos que hacen de martillo a fin de que penetren más profundamente en sus carnes. Y a cada golpe la espada entra más por un lado del hombro o del brazo y sale más por el otro, o más se hunde en el estómago.

Un viejo que forma parte de los cantores y que muchas veces se conmueve a punto de llorar, ahora se excita, se quita las ropas y atraviesa las carnes de su costado con una daga; otro hace la misma operación en sus mejillas.

Un musulmán entra trayendo un cactus, especie muy abundante en el país. Sus espinas aceradas son terrible; no hay quien se anime a tocarlo. Al verlo, uno de los fakires se abalanza y a dentelladas lo devora.

Como en derredor de él, el público se apiña, un europeo, compañero nuestro, roza, sin quererlo, el cactus, y la sangre brota de su mano. Sin embargo, ni los labios ni la boca del fakir muestran sangre, del mismo modo que los cuellos, brazos y pechos perforados por las espadas. Junto al europeo que restaña su herida, otro de los fakires mastica con energía un trozo de vidrio.

Exhautos, algunos ruedan por el suelo, perdiendo el conocimiento. Mienstras tanto, otros que parecían ser más resistentes a la sugestión de los cantos y gesticulaciones, inician las experiencias, y entre ellos se encuentra niños de diez y doce años. Las expresivas caritas infantiles exteriorizan más claramente que los rostros endurecidos de los mayores la fiebre que los domina; el deseo de ser probados, de realizar hazañas más gloriosas que las de los demás.

De tiempo en tiempo se oye un ululato. Son las mujeres que agrupadas, invisibles, detrás de una puerta vidriera con cortinas, contemplan la escena y manifiestan sus impresiones de tan estridente manera.

Y apagándose lentamente el rumor de los cantos, la ceremonia termina.

Al salir preguntamos al guía que tiene que ver con Mahoma el espectáculo que acabamos de presenciar.

Nada — nos responde — los cantos son paganos e ignoro el significado de esta ceremonia que admiro sin comprenderla.

Continuando el viaje.

Esa noche el ferrocarril nos trasportó por tierras desconocidas que la oscuridad nos impedía ver. Cuando la primera luz de la mañana devolvió a nuestros ojos su preciosa facultad, comprobamos que nos hallábamos en un desierto montañoso. Ni una brizna de hierba, ni un árbol, ni un hombre. Sólo se ve tierra desnuda, polvorienta, pedregosa. De distancia en distancia hay una estación ferroviaria, y con ella la vida renace para volver a morir de inmediato.

Pasanos un túnel y desembocamos en una garganta. Las rocas, mezcla de rojo y ocre, se levantan a ambos lados de la vía en imponentes murallas. En algunos lugares estas se estrechan tanto que parecen querer cerrar el paso al tren; en otros se separan formando pequeños valles. Por ellos, saltando entre las piedras, corre un hilo de agua bendecido por la vegetación que, fresca y verde, se aprieta para verlo pasar, formándole orla.

Estamos de nuevo en las sierras desnudas, desoladas. Pero aquí hay trabajo humano. Inmensos montones de tierra de color gris plomizo lo atestiguan. Son las minas de fosfato que Francia ha descubierto y explota.

Este suelo que nada produce, que es la aridez absoluta, guarda en su vientre un elemento de fertilidad de incalculable valor.

En tanto todo el Norte de Africa era mar, allí se depositaron inmensas capas de algas marinas y de peces muertos que por acción del suelo y del tiempo se han convertido en

fosfato. Mediante una manipulación sencilla quedan en condiciones de ser utilizados. En el puerto de Sfax hay siempre una cantidad de buques cargando el precioso elemento que abandonando la aridez del desierto va a dar vida y vigor a la fértil Europa. ¿No parece un contrasentido?.

Aprovechando las ventajas del alto valor de su moneda, Inglaterra ha comprado casi toda la producción de este año.

¿Y las casas de los obreros que trabajan en las minas, dónde están? — preguntamos.

¿Ven Vds. aquellos agujeros en el suelo?. Pues allí, bajo tierra, viven en habitaciones bastante confortables. En este desierto donde Vds. no ven ni un alma, se da un grito y la gente brota.

Las minas de fosfato están formadas por capas de variado espesor, de extensión desconocida, pero que todo hace creer inmensa. Su explotación es muy sencilla por que están próximas a la superficie del suelo.

Hemos entrado en pleno desertio de arena. Hace una hora que el tren corre entre llanuras y próximas se ven las dunas, olas inmóviles que reflejan el sol hiriendo los ojos. De pronto una silueta conocida se destaca oscura sobre el fondo blanco. La marcha rápida del tren la agranda, la aproxima a nuestros ojos curiosos, que ven lo que nunca habían visto, y que sin embargo tan bien conocen. Es una imagen grabada desde la infancia en nuestra mente, y al contemplar la realidad, el corazón se apresura con la emoción gozosa del que encuentra un viejo y buen amigo. ¡Sí, es el camello y es el árabe que sobre él atraviesa el desertio inmenso!

El oasis.

Así como la caridad cristiana creó el asilo protector para los que, enfermos o cansados de azarosa existencia, sienten desfallecer las fuerzas, y los ampara y restaura; así también existe y los mismos fines se propone el oasis en medio del desierto.

En el desierto los sufrimientos y la muerte rondan siempre al que se anima a afrontar sus soledades. Es inmenso, infinito. Dentro de él, hombre y camello son como un bote en medio del océano.

Calcinado por el sol, debilitado por el hambre y la sed, fatigado por el viento y ahogado por la arena y el polvo, extenuado de fatiga, ¿dónde dirigirse en aquella inmensidad en que cada jornada es exactamente igual a la que la precedió y a la que seguirá?.

Y en el momento que la esperanza se desvanece y la muerte se hace cierta, una mancha verde asegura con su sola presencia la vida del viajero. Es el oasis. Él da de comer al hambriento y de beber al sediento; da sombra fresca para el que se siente abrasado; en su color verde reposan los ojos congestionados por la luz y el polvo; brinda protección contra las arenas y los vientos que él detiene; en él reposa el cuerpo y encuentra paz el espíritu.

El oasis da todo eso y da más aún : una belleza inimaginable. Parece que la naturaleza arrepentida de haber querido ahogar la vida, hubiera pretendido dar una compensación, luciendo allí todos sus dones.

Tozeur.

Tozeur, punto terminal de la vía férrea, es un gran oasis en medio del desierto que acabamos de atravesar, y está situado en las puertas del gran Sahara.

Fuera de los oasis, pero junto a ellos, se forma siempre un pueblo indígena. El de Tozeur, cuenta, además, en lo que será dentro de muchos años su barrio europeo, con dos grandes y cómodos hoteles que se abren en invierno; con una escuela con capacidad para trescientos alumnos y un edificio de correos.

Fuera de esos edificios, Tozeur es enteramente árabe. Lo atravesamos para ir de la estación al hotel.

Las casas son iguales a las de Kairouan, de ladrillo mal cocido tomado en barro y sin revocar. Tienen una puerta de entrada y por excepción, una pequeñísima ventana con fuertes rejas. En el interior hay un patio común a todas las habitaciones. Las fachadas de algunas de las buenas casas antiguas están adornadas en forma muy original, con ladrillos que sobresalen del paramento, describiendo dibujos verdaderamente bellos. Las calles son estrechas y polvorientas. A las diez de esta mañana de invierno, de un invierno cuya temperatura es igual a la del último mes de la primavera uruguaya, están llenas de árabes que con su pereza habitual permanecen sentados o acostados en el suelo tomando el sol.

Sus ganduras y albornoces no tienen la diversidad de colores de los usados por los habitantes de Túnez; aquí

el blanco predomina como corresponde a habitantes del desierto. Los gorros rojos o chíchias, rodeados del turbante blanco, dan un tono de color vivo.

Una infinidad de chiquillos, que a cada paso vamos encontrando, nos piden un « sou », única palabra que con « bon jour Monsieur » saben pronunciar en francés, idioma que las mujeres desconocen igualmente.

Sentados en el suelo, o guiados por lazarillos, los ciegos piden limosnas o recitan en voz alta versículos del Corán.

¡Detengámonos! Se aproximan tres burritos cargados que obstruyen la calle. No llevan bozal ni riendas. Los arrean de a pie y cuando los flacos animales rendidos se detienen, una lluvia de palos y empujones los persuaden de que deben seguir arrastrando por los caminos su desventurada existencia. Los arreos de uno de ellos le han hecho una gran herida que sangra. A cada paso que da, la cuerda roza y agranda la llaga.

¡Qué expresión de inmensa tristeza tienen los burritos de los árabes!

Una mujer con la cara cubierta por el « litam » lleva a su hijo en brazos. El chico podrá tener un año. Sus ojos enfermos supuran. En ellos se posan media docena de moscas, y ni él, ya acostumbrado, ni la madre, hacen un gesto para expantarlas. Aquí no se sabe que existen microbios, cosa de que el Corán no habla. ¡Pobre futuro cieguito!

Miramos los ojos de las personas mayores : cada cinco o seis individuos se ve una nube o un tuerto; cada quince o veinte, un ciego. ¡Qué horror! La causa inicial es el polvo y la arena del desierto, pero agravada al infinito por el abandono y absoluta carencia de higiene.

Ojos enfermos llenos de moscas es la característica de los chiquillos de este pueblo indígena, como la de muchos otros que hemos visitado después.

Caminamos sin ruido por las calles de tierra. Un individuo avanza en dirección contraria. Sin fijarse en nosotros, va a llevarnos por delante. Lo detenemos poniéndole la mano en el pecho. Es un ciego.

Al pasar frente a una casa cuya puerta, por excepción, está abierta, oímos murmullo de voces. Dentro, sentados en el suelo, hay unos cuantos muchachos que leen en voz alta. Es una escuela árabe, están estudiando el Corán.

Desembocamos en una plaza espaciosa donde está la casa de correos y la del Controleur Civil, representante del gobierno francés, que ejerce funciones de cónsul y de consejero ante el caid regional y en esa forma indirecta gobierna el pueblo y la región.

La plaza es también mercado al aire libre. Bulle la gente que compra, que vende, que regatea, que pondera, que conversa y que pasea.

Las verduras están colocadas en el suelo sobre esterass; los cereales y los dátiles en canastos de hoja de palmera, y las golosinas sobre mesas bajo carpas.

En un rincón de la plaza hay unos cuantos burritos que han sido utilizados para el transporte de los diferentes productos del oasis. El aspecto del conjunto es alegre, animado, pintoresco y bullanguero y está realzado por un hermoso sol.

El oasis de Tozeur.

En seguida de almorzar nos dirigimos al oasis, que tanta curiosidad provoca en nosotros.

Describirlo es poco menos que imposible. ¿Cómo podrá la palabra expresar su belleza? De edén y paraíso terrenal lo han calificado cuantos lo han visto y para tener idea de él, más puede la imaginación del lector que la pluma del que escribe.

En conjunto es un bosque de palmeras, en que cada árbol es un poema de gracia, de elegancia, de esbeltez y de lozanía. Cada una de ellas se levanta airosa y en su cima, mirando al sol, abre su graciosa sombrilla de hojas, que unas veces parecen verdes y otras azules, y, entre ellas, protegido amorosamente, se esconde el dorado cacho de dátiles.

Y bajo esas palmeras, cobijados por ellas, llenos de flores o frutas, hay naranjos, limoneros, durazneros, damascos, ciruelos, perales, higueras, granados, viñas y cuanto frutal conoce Europa.

Para no perder una pulgada del terreno bendito, entre árbol y árbol se siembra legumbres, alfalfa y otras plantas forrajeras.

Una serie de pequeños canales cruzándolo en todas direcciones permite su fácil regadío. Esa irrigación es la clave de la prosperidad. Un oasis vale en relación a la cantidad de agua de que dispone. Pero no todo él está regado por igual. El oasis se divide en jardines, nombre

que se da a cada propiedad, y el valor del jardín está en relación directa con la abundancia de su caudal de agua.

Como éste es muy variable de una propiedad a otra, su valor también es muy distinto.

Desde muchos siglos atrás fué cuidado especial del árabe civilizado la distribución inteligente y equitativa del agua, y morabitos hubo que debieron la celebridad a sus sabias leyes sobre irrigación. Después vino la decadencia y todo ese paciente trabajo se derrumbó.

Francia ha instituído el Sindicato de Propietarios. Todo dueño de jardín debe estar sindicado y pagar una cuota anual para limpieza y cuidado de las fuentes y canales comunes.

Debe pagar, además, Fs. 1.50 a 3 anuales por cada palmera, de las cuales la deglá, que produce el famoso dátíl « muscade » o moscatel, que es la mejor, paga el mayor impuesto. La producción anual de una palmera en todo su vigor es de 50 kilos de fruta, cuyo precio oscila alrededor de 3 Fcs. el kilo.

Maduran de Octubre a Diciembre y como la recolección da trabajo a muchos brazos, los nómadas del desierto en esa época fijan sus carpas en las proximidades de los oasis.

El jardín exige cuidados constantes, siendo el principal el del riego. Hay jardines que disponen de agua diariamente, otros sólo determinados días, pero todos en horas que se fijan por las de las oraciones. Se dice : « de tal oración a tal otra, Alí o Mustafá, tiene derecho de regar su jardín ».

Al fallecimiento de un propietario, esta cuestión del agua dificulta la subdivisión equitativa de su bien entre los herederos, a punto de obligar a la indivisión. Y llegan a ser tantos los propietarios de un jardín que muchas veces cada uno sólo ejerce sus derechos sobre un árbol determinado, y en algunos casos se le adjudica una sola rama a cada heredero.

Otro trabajo fundamental es el de la fecundación de las palmeras. Hay palmeras machos y hembras. Las primeras no dan más que cachos de flores encerrados dentro de una especie de vaina que es necesario cortar para sacarlos.

Se toma una ramita de esas flores, se trepa al árbol hembra y se deposita en el centro del cacho, cuyo extremo se ata a fin de que quede allí guardada y el pólem impalpable obre el milagro de la fecundación. Sin este proceso no se cosecharían más que unos pocos dátiles salvajes, duros e incomedibles.

El cuidado del jardín se hace con asociados que guardan para sí una parte de la producción, lo que en nuestro derecho llamamos aparceros. Pero en él nadie vive; propietarios y cultivadores habitan en el pueblo.

La producción es comprada «en los árboles» por comerciantes del litoral, especialmente judíos, que se encargan de la cosecha, acondicionamiento y exportación.

Si estando maduros llueve, cosa muy excepcional porque aquí puede decirse que nunca llueve, su calidad desmejora y hasta pueden despreciarse totalmente.

Tal cual los produce la palmera, se ponen en cajas y exportan, conservándose en buen estado seis y más meses.

En ciertos oasis la producción es de pésima calidad; son dátiles secos y duros. Pero la industria no desaprovecha nada. Una casa de Marsella los compra por ínfimo precio, les da un baño de vapor que los ablanda e hincha, los baña en glicerina que les da brillo y conserva su humedad y de ellos inunda a Francia, con perjuicio de la salud de los incautos compradores del vistoso producto. ¡Desconfiad de los dátiles que se venden en París!

Tozeur tiene 14,000 habitantes indígenas y 113 de raza europea. Hasta hace muy poco tiempo el viaje a Túnez se hacía únicamente en camello demorando un mes;

hoy el ferrocarril en un día recorre los 500 kilómetros que separan ambas poblaciones. El oasis y su producción ha duplicado el valor.

Hace menos de un año fué edificada una escuela para 300 alumnos, a la que ya me referí; su ampliación va a ser iniciada de inmediato. Para las niñas hay clases de industrias manuales. No aprenden a leer. Al cumplir diez años, la familia las recluye en la casa.

La ciudad tiene dispensario, médicos y enfermeros, que asisten gratuitamente a los pobres.

Las bases del progreso, pues, han sido echadas en Tozeur. Ese progreso será fatalmente lentísimo, dada la mentalidad y carácter de los indígenas.

Para nuestros paseos por el oasis hemos obtenido una porción de mulas y caballos que ni siquiera trotan. Pero su paso tardo, es el más adecuado para contemplar la indescriptible belleza del inmenso jardín.

Tenemos un guía, mejor dicho, media docena de guías. Además del que contratamos, cinco o seis muchachos se unen a nosotros, oficiando de tales. Primero nos siguen tímidos, pero dispuestos a no abandonarnos aunque los echemos; después, tomando confianza, se ponen al frente de la cabalgata procurando dispensarnos cuidados, y al regresar cobran un servicio que dudamos mucho hayan prestado, pero que la piedad y la simpatía aconsejan pagar.

Así la alegre caravana recorre el oasis. Va a las fuentes donde brota el precioso líquido; a las colinas de tierra roja que sirven de límite, en un extremo, al bosque de palmeras desde donde se goza de un hermosísimo golpe de vista de conjunto; al campamento nómada que aún vivaquea en el lugar sin decidirse a partir para el desierto, terminada, como está, la cosecha de los dátiles.

Pero el increíble atraso y miseria de estos nómadas merece un comentario.

Los que nosotros vimos viven en tiendas hechas de harapos, y de harapos visten. Los niños, hasta los seis o siete años, andan casi totalmente desnudos.

Las mujeres, aunque musulmanas, no se cubren las caras. Son feas; y aún las jóvenes son viejas.

Se adornan los brazos y tobillos con pulseras de plata, y en la frente y en las mejillas se tatúan crucesitas u otros dibujos.

Su vajilla se reduce a una olla, y a veces una lata; su cama está constituida por unos cuantos cueros de cabra.

Viven del producto de sus cabras y carneros y del pillaje, aunque hoy, el temor a la policía árabe que Francia ha organizado, refrena su instinto ratero. Las mujeres saben hilar y tejer la lana.

El ramadam.

De tarde en la plaza de Tozeur hay una animación muy grande.

« Es menor que otras veces », nos dice el Controleur Civil. Hoy se inicia el Ramadam, o sea la cuaresma musulmana.

El Corán ordena que una vez al año, durante treinta días consecutivos, « desde que comienza a distinguirse un hilo blanco de uno negro » hasta al puesta del sol, los musulmanes se abstengan de comer, beber y fumar.

Y el pueblo espera ansioso la puesta del sol para alimen-

tarse. Un cañoncito de fierro de quién sabe cuantos siglos de existencia, cargado de pólvora, es el que al explotar, dará la señal. De lo alto de un alminar de la mezquita, el vigía que espía el sol, anuncia que su último rayo acaba de desaparecer. El soldado árabe enciende la mecha y la pólvora detona en medio de una bocanada de humo, una porción de papeles encendidos y la algaraza de los muchachos.

Cinco minutos más tarde la plaza queda desierta. Los 14,000 habitantes indígenas de Tozeur están comiendo después de su primer día de Ramadam.

El Sahara.

Los cinco días que estuvimos en Tozeur nos han dejado muy gratos recuerdos : imágenes llenas de belleza impregnadas de la honda poesía del oasis y del desierto.

Le dijimos adiós con pesar, pero llenos de ilusión por el viaje que nos esperaba : dos días en pleno Sahara, 450 kilómetros que debíamos recorrer librados a nuestras propias fuerzas. No teníamos, desgraciadamente, la colaboración simpática del camello, pues al tiempo que el sol rojo del desierto comenzaba a aparecer coronando un médano, el Renault de seis ruedas dobles que debía conducirnos, se ponía en marcha rumbo a Biskra, el gran oasis argelino.

Y pronto no fuimos más que un punto negro en la inmensidad blanca del desierto de arena. Y corriendo por

la pista vimos pasar médanos y más médanos, sucesión infinita como las olas del mar. Pero el mar tiene una orilla, y la orilla de este mar de arena es un lago. Sí no hay duda : allá en el horizonte hay un lago; su superficie, inmenso espejo, brilla al sol.

La marcha del auto en poco tiempo nos lleva junto al lago... que no tiene agua. Es un « chot ». De cuando fué lago guarda la sal, que al reflejar la luz produce la ilusión engañosa.

El día se mantiene tan hermoso como amaneció. Ni una sola nube empaña el cielo. El auto, enteramente descubierto nos permite gozar del espectáculo de una naturaleza que nos es tan poco familiar. La temperatura es deliciosa, la atmósfera diáfana, la luz radiante. Nuestros ojos escrudiñan buscando un signo de vida, un pájaro, un poco de vegetación. Vana tarea. Hay cielo, sol y arena; nada más.

Para no caer en pleno médano, en el que nuestro auto sería incapaz de moverse, es necesario seguir una ruta determinada, que serpentea entre los médanos. Postes de cemento armado de tres metros de alto colocados de cien en cien metros sirven de guía.

— ¿Por qué los han puesto tan próximos?

— Próximos ahora, — nos responde el chauffeur, — en otras ocasiones los encontramos muy distantes. En habiendo viento las nubes de arena y polvo impiden ver a diez metros de distancia.

Pero ved ahí el cuadro que completa la vida del desierto : la caravana. Los camellos van cargados; los hombres, con sus ropas claras flotando al viento y las cabezas envueltas en turbantes, caminan al lado de ellos llevando en sus manos largas varas que parecen báculos.

Son altos, esbeltos, casi secos. Tienen la tez dorada y los rasgos fisonómicos pronunciados en líneas puras.

Algunos tiene porte señorial. Sus figuras exteriorizan fuerza y elegancia, contribuyendo a darles ese aspecto las vestiduras que tan bien armonizan con el conjunto. Indudablemente, no es la misma raza que vimos en los oasis.

Pasan.... No, es nuestro Renault el que pasa. Ellos deben seguir el paso tardo de las bestias, que comparado con nuestra rápida marcha, da la impresión de que no se mueven. Sin embargo preferiríamos sus camellos.... este auto en el desierto desentona.... Felizmente por ir dentro de él, no lo vemos.

Sobre el horizonte se divisa una cadena de montañas. A medida que avanzamos se acercan, se agrandan. Ahora marchamos en línea paralela con ellas.

Dan una visión extraña. Su perfil de sierra afilada, las enormes desgarraduras de sus flancos, su aridez absoluta, su color negro o violáceo, su conjunto imponente, desolado, ¿son los que inspiraron a Dante la descripción de las montañas de su Infierno?

Aquí, el camino dobla y nos dirigimos a ellas. Es una carretera hecha a la perfección por excelente ingeniero. Trepas culebreando entre precipicios.

¿Pero dónde estamos? ¿Esto es la Tierra o la Luna? A estas enormes montañas de tierra sin piedra, ¿qué es lo que gastó sus flancos dando la impresión de qué el Diluvio las hubiera alcanzado, si aquí nunca llueve? ¿Fué el viento y las arenas que él arrastra?

Y de aquí, desde esta altura, ¿es realidad o espejismo la visión de esa inmenso anfiteatro que dominamos, formado por la cadena de montañas, en cuyo fondo se levantan elevaciones de menor altura y de tan extrañas formas?

Todo esto es diferente del mundo en que nacimos y vivimos;. ¿Hemos dejado la tierra por otro planeta....?

Y bajando las montañas corre un hilo de agua y un

oasis con su correspondiente pueblo indígena se ofrece a nuestra vista.

¿Por qué ese hilo de agua no corre siempre y engrosa como nuestros ríos? De ese modo todo su curso sería un oasis bello y rico. Pero no es así; ese hilo de agua asoma a la superficie, provocando la formación de oasis, y se hunde nuevamente en la arena. Quizá sea el mismo que va a aparecer más allá a centenares de kilómetros de distancia, proporcionando nueva vida y desapareciendo otra vez.

Este oasis que visitamos, es más accidentado y aventaja aún en belleza al de Tozeur.

El auto entra por las calles del pueblo, llenas de gentes. Después de las soledades que atravesamos ¡con qué gusto contemplamos a esos seres humanos! Nos parecen que son menos musulmanes, que están más « cerca » de nosotros.

A nuestro paso muchos nos saludan. Para ellos ver un auto es un acontecimiento; los chicos hacen algaraza y piden « sous. »

Y el pueblo, el oasis y las montañas se pierden uno tras otro en el horizonte que dejamos a nuestra espalda mientras sentimos la engañosa impresión de que nos acercamos al que tenemos a nuestro frente.

En la frontera de Argelia.

En un pequeño oasis del camino está la Aduana y la frontera. Pasamos del Protectorado de Túnez a la Provincia de Constantino que forma parte de la Colonia de Argelia.

En 1930, el mismo año que nosotros festejaremos el centenario de nuestra independencia, Francia festejará el centenario de la toma de posesión de Argelia.

En cien años, en realidad sesenta de posesión efectiva, ¡qué enorme camino recorrido!

En su transcurso, esta tierra, — un nido de aves de rapiña que durante siglos instituyó oficialmente la piratería en compañía de Túnez y Marrucos, donde murieron esclavos centenares de miles de europeos, — se ha transformado en un país próspero, en el que indígenas y extranjeros gozan de completas garantías.

Terminadas, con la conquista, las luchas intestinas que lo diezmaban a la par que las pestes y la miseria, la población indígena de Argelia ha pasado de dos millones de almas a cinco, y 800,000 europeos han fijados en ella su residencia.

El cultivo de cereales que en 1854 sólo ocupaba 76.000 hectáreas, hoy utiliza 2.800.000; y las viñas que en 1850 cubrían 792 hectáreas, hoy cubren 200.000.

El comercio exterior que era en 1881 de 8 millones de francos oro, actualmente es de 1,500 millones.

Se han construído 3.500 kilómetros de vía férrea y una red de carreteras que atraviesa el país en todas direcciones.

El camping.

Pero dejemos la estadística y entremos en Nigrina, el pintoresco oasis de suelo accidentado, por el que corre un arroyuelo que da al lugar los más variados paisajes.

Próximo a él, en lo alto de una colina, la compañía de automóviles ha establecido un campamento donde los viajeros pasan la noche en confortables tiendas de campaña.

A las cuatro de la tarde tomamos posesión del camping, y después de lavados y cepillados nos armamos de nuestras máquinas fotográficas y salimos guiados por Mohamed a recorrer el pueblo y su oasis.

Mohamed es hijo del cuidador y cocinero del camping, y lo mismo que su padre es musulmán. Su escaso desarrollo físico no guarda proporción con sus quince años, pero en cambio es vivaz y posee una locuacidad a toda prueba. Acostumbrado al trato de turistas no se siente cohibido en nuestra presencia.

Guiados por él, admiramos paisajes encantadores en lo alto de las colinas o metidos en hondos y anchos barrancos por donde un hilo de agua se da aires de arroyo.

Y cansados de andar reposamos charlando debajo de un grupo de palmeras. Mohamed tiene la palabra. Nos habla de su familia, y como la vida de familia es invisible para todos y sobre todo para los europeos, su conversación adquiere especial interés.

— Mi hermana es casada — nos dice — pero como tiene sólo doce años y es poco desarrollada, vive con nosotros y no con su marido, que aguarda el momento oportuno para llevársela a su hogar. Él es viudo, tiene 35 años y varios hijos.

— Y tú, ¿cuándo te casas?

— No sé, por que no tengo casa, pero en cuanto tenga dinero compraré una mujer y me casaré.

— ¿Y cómo vas a hacer para encontrar mujer que te guste si no puedes verle la cara?

— Encargaré a mi hermana, ya que no tengo madre, que la vea y me diga como es.

— ¿Y si después de casado no te gusta tu mujer?

— Le diré; «foute-le camp!» (argot parisién, equivalente a nuestro «mandate mudar») y buscaré otra. Aquí hay muchachas «deglass» (la mejor calidad de dátiles, el moscatel) ¡Y eso de que no se las puede ver....! De noche se salta el muro, y si alguno de la familia oye, uno se escapa antes de que le peguen un tiro. ¡Allí sí se les puede ver la cara....!

Y al decir esto el pequeño árabe rió y guiñó un ojo con tanta picardía, que nos hizo suponer que no se concretaban a saltar el muro y mirar....

Llevando la conversación a otro tema, preguntamos :

— ¿Por qué las palmeras tienen tan pocos dátiles?.

— Es que los árabes de aquí son muy perezosos: En cuanto ganan algunos «sous» se van a jugarlos y no trabajan más. Estas palmeras no han sido fecundadas y no darán nada.

El muchacho tenía razón. En nuestro paseo habíamos visto las calles del pueblo llenas de indígenas que sentados en el suelo jugaban al dominó y a la baraja.

Esa noche el viento sopló con fuerza y un perro, con voz poco perruna, la pasó ahullando. ¡Maldito animal, que no dejó dormir a nadie!

Segundo día en el desierto.

El día amanece grís y ventoso. La diáfana transparencia del anterior ha desaparecido para dar lugar a una opacidad nebulosa.

El desierto, lo mismo que el cielo, ha cambiado de aspecto; muestra una tristeza infinita, amenazadora.

Nos ponemos en marcha.

Volvemos a ver los arenales y los postes-guías; los inmensos espacios sin vida; otros en que una mata de pasto duro y amarillo brota aquí y allá.

En algunos de estos últimos pacen tropas de camellos, de todas edades y tamaños. El paso del auto los conmueve un poco. Los pequeños buscan sus madres, y grandes y chicos trotan con movimientos desgraciados y se arremolinan guardando siempre su expresión de estupidez o de distracción.

Al verse los parajes en que se crían, es que uno puede apreciar la sobriedad de esos animales. Sin ellos, el desierto hubiera sido hasta ahora completamente inhabitable; los ricos y hermosos oasis recién empezarían a ser conocidos, gracias a los actuales medios de transporte.

Atravesamos el cauce de un río seco; el día anterior habíamos atravesado otros. Aquí casi nunca llueve, pero cuando al cielo se decide a arrojar agua sobre los arenales, lo hace en tal forma que en pocos momentos

esos cauces secos desbordan; para dos horas después estar nuevamente secos.

El suelo comienza a levantarse en busca de unas montañas que se ven a los lejos. Durante una hora, subimos siempre, alcanzando por fin una extensa meseta, por la que seguimos nuestra marcha. En muchos kilómetros de camino, toda la extensión que alcanza nuestra vista está enteramente cubierta de cantos rodados, cuyo tamaño varía desde el de un huevo de paloma al de una enorme sandía, dando a la región un aspecto rarísimo.

Llegamos al oasis y pueblo de Kangha-Sidi-Nadji. En el fondo del valle el oasis; en la altura el pueblo. Las paredes, los muros que cierran los patios, las tapias, los canales de riego, todas las construcciones de Kangha-Sidi-Nadji son hechas con esas grandes piedras redondas tan abundantes allí. Parece una ciudad construída con enormes huevos de avestruz. Ellas dan un aspecto extraño, único, a aquel pintoresco pueblo; tan pintoresco y extraño que de buena gana nos hubiéramos detenido todo un día para visitarlo. Pero el tiempo es escaso y partimos.

Nos acompaña un europeo que allí subió para ir a otra población y oasis no muy distante.... cuando se va en automóvil. Él, su hermano y su ayudante, son los únicos habitantes de raza blanca en esta zona. Los tres son jóvenes; no han cumplido treinta años.

¿Qué hacen allí, esos tres hombres confinados entre musulmanes en medio del desierto?

Cumplen una misión sagrada : ¡Siembran!

Siembran civilización, siembran ideas; cultivan los cerebros y los corazones. Son las avanzadas del progreso. De ellos depende la redención de aquellas poblaciones sumidas por el desierto y la miseria en la más supina ignorancia.

Miramos a nuestro compañero con respeto y al observar la acogida amistosa que le dispensan chicos y grandes en el pueblo de destino, valoramos el gran ascendiente que ha sabido conquistarse, y comprendemos el por qué de su coraje al aislarse con sólo dos compañeros en medio de una numerosa población árabe.

Si siempre es noble la misión del maestro de escuela, lo es mucho más en un oasis del desierto, entre indígenas fanáticos sin más protección que la del ascendiente que pueda crearse él mismo.

En Argelia la enseñanza primaria es obligatoria y data de mucho más tiempo que en el protectorado de Túnez. Por eso, a pesar de lo aisladas que se encuentran estas poblaciones, que no tienen otra comunicación que la del lerdo camello, el idioma francés es mucho más conocido que en Tozeur.

Un pequeño simún.

A la una de la tarde el apetito se hace sentir. Una frazada extendida sobre la arena oficia de mantel y de asiento a la vez. Sobre ella, en el centro, está el dorado pan, el sabroso jamón y latas abiertas de atún y sardinas.

El banquete comienza un poco apresurado por que el viento que nos ha fustigado toda la mañana amenaza aumentar. El cielo se ha puesto negro en el horizonte, y el chauffeur dice que es efecto de las nubes de polvo que empiezan a levantarse.

Y no se equivocó. Una ráfaga nos arrebató de las manos los livianos platos de aluminio. Uno tras otros nos levantamos procurando recobrar los objetos que el viento trata de quitarnos, y libre de nuestro peso, es la frazada, entonces, la que vuela, arrastrando nuestro almuerzo. Recobrado mantel y almuerzo, mezclados con arena los bocados, damos fin a éste y volvemos al coche.

La marcha se hace verdaderamente penosa a pesar de que el viento sopla de espaldas. Hay momentos en que nos paramos porque no se distingue a tres metros de distancia.

Jamás hemos visto naturaleza de aspecto tan amenazador. El cielo se ha puesto negro; de un negro grisáceo, sucio, y ha bajado.... bajado.... se ha confundido con la atmósfera y la atmósfera es también negra, grisácea y sucia; y ambos, dentro de una uniformidad que nada permite diferenciarlos, nos oprimen, nos aplastan, nos ahogan, transformados en avalanchas de arena y de polvo que arremesa con furia creciente sobre nosotros; que nos chicotea dolorosamente la cara y las manos; que nos ciega, e inflama los ojos; que la ropa no detiene, porque siempre encuentra donde colarse y hacerse sensible al cuerpo.

Felizmente estamos en invierno, estación que quita bríos al terrible simún. Poco a poco decrece la violencia del viento, y aunque continúa incomodándonos, nuestra marcha se hace menos penosa.

El viaje de hoy, indudablemente, no nos ha proporcionado el placer del de ayer, pero tiene el interés de mostrarnos el desierto bajo su faz adusta, como ayer nos la mostró risueña.

¡Una panne! Falta agua en el motor. ¡Qué enorme descuido!

Quiere, sin embargo, nuestra buena estrella, que el

accidente se produzca en tanto divisamos a quinientos metros de la pista una mancha verde y una casa o guarida humana. Es una de esas humedades debidas a pequeños manantiales que aparecen en algunos puntos del desierto. Donde quiera brote un puñado de verde, una familia se instala.

El chauffeur se pone el revólver en el bolsillo y va en busca de agua. Resolvemos seguirlo.

Los perros de la casa le cierran el paso. Recogemos unas piedras y nos aproximamos a él, en el mismo momentos que una ráfaga de viento nos arrebató el sombrero. Corremos procurando darle caza, pero, según la fuerza del viento, a veces rueda, otras vuela, siempre con mayor velocidad de la que nosotros podemos desarrollar.

Ahora cae de boca y se detiene. ¡Ya lo alcanzamos!.... Estiramos el brazo, pero da un salto y se aleja de nuevo.

¿Cuánto corrimos así, detrás de nuestro ligero panamá? ¿Cuatro, cinco, seis cuadas?

¡No hay duda, se nos escapa! Él no se cansa, nosotros sí; estamos jadeantes.

Y nos detenemos a verlo rodar y volar alejándose siempre. Parece un gran pájaro amarillo al que hubieran abierto la puerta de la jaula. Atraído por el desierto, se hace nómada como los beduinos que lo cruzan al azar procurando lugares donde brote un poco de pasto para sus bestias.

Él será nómada hasta el fin, hasta que, después de años, gastado de tanto andar, quede reducido a nada. Liviano como es, nunca se dejará enterrar por las arenas; rodará y volará siempre. Recorrerá el Sahara en todas direcciones, ése, nuestro panamá, que hasta aquí fué cosa y en el desierto ha cobrado vida propia. Con él muchas veces dijimos adiós; ahora es de él de quien nos despedimos, ¿por qué no decirlo? con cierta envidia de su libertad, al verlo desaparecer tras una duna....

Aquella pobre gente nos dió de su agua que es un tesoro. Sólo por gestos pudimos hacernos comprender. No tenía más balde que uno pequeño hecho de cuero de cabra y el agua del manantial era tan escasa que no le permitía sumergirse enteramente.

La señora X., nuestra compañera de viaje, muestra un desprecio tan grande por el pueblo indígena que es imposible no tomar su defensa.

Ponga usted, señora, le decimos, la historia al revés. Imagine que hubiese sido la raza blanca la que derrotada, perseguida, se hubiese visto obligada a vivir en estos desiertos sin agua; que hubiese tenido que soportar invasiones bárbaras y que en lugar de habérseles predicado el Evangelio de Cristo le hubiesen predicado el de Mahoma, y diga Vd. si está convencida de que no se encontraría actualmente en una situación semejante a la de estos pueblos del Norte de Africa.

La señora X. no sabe que responder, pero hace una mueca de disgusto al pensar que ella hubiera podido ser una de aquellas mujeres compradas a cambio de una cabra por un pastor que lleva los pies desnudos y el olor de sus bestias por perfume.

Entre los nómadas que hemos encontrado en el camino lo mismo que en las poblaciones sedentarias, algunas veces, por excepción, hemos visto tipos rubios de ojo azules. Al verlos hemos forjado la novela, que no es novela, de una encantadora y delicada inglesita o francesita, apresada por los piratas y vendida como tantas otras en la plaza pública de Argel o de Túnez en calidad de esclava. ¿Será ella la abuela de este nómada de ojos azules? ¿Por qué nó?

En fin, a las 6 de la tarde entramos en Biskra, el oasis ciudad, punto de cita de muchísimos europeos en la estación invernal, turistas que encuentran todo el confort deseable a la vez que un clima delicioso y

una ciudad indígena o « casbad » en que satisfacer su curiosidad por conocer las costumbres árabe-africanas.

Al dejar el automóvil, gracias al temporal que nos permitió darnos una idea de lo que será el desierto barrido en verano por el célebre simún, llevamos tanta arena y tanto polvo sobre nosotros que sospechamos se pueda notar su falta en el desierto.

Después de Biskra hemos visitado, las célebres ruinas romanas de Timgad, la Pompeya africana; la soberbia Constantina emplazada sobre altísimos acantilados; recorrimos la costa mediterránea del golfo de Bougie, comparable por su natural e imponente belleza a la « Côte d'Azur » aunque mucho más salvaje; hemos estado en Bougré y la Kabila montañosa de hermosos pánoramas; hemos visto las ciudades de Argel, Tlemcen y Orán y a nuestro paso hemos podido constatar en todos esos puntos un progreso verdaderamente sorprendente.

Las numerosísimas carreteras construídas y mantenidas a la perfección, jalonadas de postes indicadores para los viajeros, permiten recorrer el país en todas direcciones sin más guía que la que estos suministran.

Los campos en toda la zona fértil de la costa son cultivados intensamente, dando la impresión de que se ha alcanzado en la materia un grado de perfección igual al de los más ricos centros agrícolas de Europea.

Todo hace presumir que la parte Norte de Africa que se encuentra en manos de Francia, siguiendo el camino que ésta le ha trazado, rivalizará en civilización, en un futuro relativamente cercano, con las viejas naciones europeas.

Para ello, la permanencia de los factores que actualmente hacen sentir su influencia sobre el país y una larga era de paz, son los únicos elementos necesarios.

Oran, 9 de Abril de 1926.

FRENTE A SAN PEDRO.

La Basílica Romana y las Catedrales Góticas.

« La Mañana » del 19 de septiembre de 1926.

Histórica, inmensa, rica, opulenta y grandiosa, la Basílica de San Pedro de Roma, la basílica de los papas, se ofrece al visitante con todo el esplendor de su arquitectura y su artístico decorado.

Obra inmensa a la que dieron lo mejor de su genio la pléyade de artistas del renacimiento que con mayor inspiración supieron construir, esculpir, cincelar, y pintar, es, de arriba abajo, — un arriba que en esta iglesia sin torres está a 46 metros del suelo en el frente, y a 132 metros en la cruz que corona la monumental cúpula de Miguel Angel, — un derroche de riqueza y de arte, en el que los estuques dorados de los techos, los mármoles que revisten las paredes, los mosaicos, las esculturas procuran sobre pasarse unos a otros.

Es un desborde de riquezas y de perfecciones, y tan sólo recordar las celebridades que en ella hicieron combinaciones arquitectónicas y manejaron cinceles y pinceles, asusta. Bramante, Rafael, Peruzzi, Sangallo el Joven, Miguel Angel, Vignola Della Porta, Moderna, Giotto, Filavete, Fontana, Cánova, Bernin, Pollainolo, Mannot, Algarde, Minio da Fiesole, Dalmata, Cellini, Arnolfo de Cambio y Paulo de Siena, por no nombrar más que a los principales, son un rosario de luz en la historia del arte y sus obras, a medida que han ido transcurriendo los 400 años que nos separan de los días en que ellos fueron, no han hecho más que crecer en el concepto de la posteridad.

En la Basílica de San Pedro todo es maravilla, pero como no hay obra humana que no sea accesible a la crítica, ya sea por defectos que positivamente tenga, ya por aquellos que el modo de sentir de quien la juzgue quiera prestarle, ella no escapa a la regla general. Así, a juicio mío, tiene un defecto capital. Le falta lo que debe ser fundamental en una iglesia : el sentimiento místico.

La arquitectura de esta basílica, como la de casi todas las iglesias italianas, se inspira, exceptuada la cúpula, en los templos paganos y en los edificios públicos de la antigüedad. Son los mismos frontones, los mismos atrios, arcos, columnas, pilastras, estuques, mosaicos, esculturas, y dorados combinados con más o menos variantes. Los elementos son los mismos; lo que cambia es la finalidad y ésta se resiente de aquellos. Además se rodea a Dios de todo lo que a los hombres halaga, que no siempre enaltece, y la casa de un Dios que es todo espíritu y anatematizó la riqueza, brilla de oro y de suntuosidad.

En S. Pedro de Roma se ven los mismos estuques, y esculturas que en los palacios reales y de los magnates y de tanta magnificencia puede gozar actualmente el

modesto burgués que se dá el gusto de un sillón en la gran ópera.

Al contemplar esta iglesia tan brillante, ¡cómo se echa de menos la severa y grandiosa belleza del gótico primitivo que floreció en el norte de Francia entre los siglos XII y XV!

El gótico primitivo, el de Notre Dame de París, por ejemplo, o aún mejor, el de la Catedral de Chartres, es creación exclusiva del más puro y elevado sentimiento religioso cristiano, y éste en ningún momento pierde de vista la finalidad divina de la obra. Para crearla procura comprender a Dios y mantenerse digno de Él. No copia al paganismo ni a nadie. Se abstrae, se inspira en sí mismo y materializa en piedra su hondo sentir. De ahí su unidad y sencillez, su maravillosa armonía, su grandeza, fuerza y honda emoción.

Creada para el Dios único que despreció las riquezas materiales y las apariencias para sólo amar la riqueza espiritual, la virtud que se oculta en el fondo de los corazones, la iglesia gótica primitiva sólo admite para su construcción un elemento simple, noble y eterno : la piedra.

La utiliza en grandes blocks bien trabajados que tienen por ancho la profundidad del muro. Cada uno de ellos, es, al mismo tiempo, esqueleto, músculo y piel del edificio y adaptados, ajustados maravillosamente unos a otros, los millones de grandes trozos quedan convertidos en una sola pieza, en aquella inmensa roca que se eleva majestuosamente hacia Dios a quien se ofrece con fé y fuerza inaudita, a la par que con gracia y esbeltez.

¡Qué lejos está de la construcción del ladrillo interiormente, del revoque, del estuque, del dorado, del mármol y de la pintura por fuera!

¡Qué inspirada fuerza, llena de robusta gracia, hay en todo su movimiento de ascensión!

Como pinturas no hay más que las de los preciosos vitraux de los ventanales, cuyos purísimos colores, que 700 años no han sido capaces de apagar, bañan la iglesia en irradiaciones suavísimas que acrecen su idealidad.

Leal en su elemento compositivo único, a punto de llevar su corazón de roca hasta la periferia y transformarlo en piel suave y llena de belleza; segura de sí misma, sincera, la iglesia gótica primitiva se muestra a su Dios tal cual es : desnuda y sin afeites como la inocencia; una desnudez divina que descubre toda la belleza de la forma impecable.

Sintetizando : a un S. Pedro de Roma se va a ver riquezas y obras de arte; a un Chartres a caer de rodillas.

Roma, Agosto de 1926.

SUIZA Y SUS MONTAÑAS.

« La Mañana » del 1º de Enero de 1927.

Un pensador, — me parece no engañarme al creer que fué el americano Emerson, — aconsejaba que para crear determinados estados de ánimo, se comenzara para dar al cuerpo y al rostro la actitud y la expresión de que van naturalmente acompañados y los exteriorizan.

Creada artificialmente la imagen de esos estados de ánimo, ella poco a poco se refleja en lo íntimo del ser y acaba por allí fijarse y crear de hecho el estado de que primero fuera ficción.

Así, obligando al neurasténico a ensayar sonrisas delante de un espejo y actitudes valientes al tímido, él acababa por despertar la alegría en el primero y el coraje en el segundo.

El recuerdo de estas enseñanzas vienen a mi memoria mientras navego por el célebre Lago de Lucerna o de Cuatro Cantones, el más hermoso de todos los lagos de

Suiza, y observo las imponentes y variadas formas de las montañas que le sirven de marco.

Miradas desde el lago, miradas desde los valles preferidos por los hombres, ellas obligan a erguir el busto, a levantar la cabeza en un gesto de virilidad y esperanza.

La pequeña Suiza, enclavada en medio de los Alpes, al obligar a su pueblo a mantener de continuo esa actitud, de acuerdo con la experiencia del psicólogo, ¿no provocó en las almas y mantiene viva en ellas, las virtudes de que esa actitud es expresión: virilidad y esperanza? ¿No habrán así, estas montañas, dado al pueblo suizo su fuerza, su indomable energía, su confianza, su fe, y forjado, en fin, sus virtudes y su historia, sintetizadas en Guillermo Tell?

Abruptas, eternamente salvajes, las montañas, con sus picos ásperos, desafían al hombre, le cierran el camino y el horizonte; pero le obligan a mirar al cielo. Y el hombre recibe la luz de arriba... el espacio libre está arriba... Su camino único es escalar... ascender...

Y Suiza asciende.

Es la obra del esfuerzo de todos. Asciende por el trabajo porfiado el inteligente del labrador, que siembra a maravilla los valles y las faldas de las montañas; por el del ganadero, que cría vacas soberbias que desbordan de leche; por el del obrero, que tiene conciencia de su obra, que es hábil, asíduo, y honrado; por el del alto industrial que es enérgico, inteligente y emprendedor; por el de sus empleados públicos que son estrictos en el cumplimiento del deber; por su ciencia, que está a la cabeza del mundo; por sus instituciones, que son las más democráticas de todos los países; por sus gobernantes, que son los ciudadanos más modestos y trabajadores de todos; y, finalmente, por el esfuerzo hábil y tenaz de empleados municipales; el de fámulos y fámulas, de dueñas de casa y de señoritas hijas de familia, tanto del campo como de la ciudad, afanados

en pasar desde la cresta de las montañas hasta lo más hondo de los valles, desde los más altos tejados a los sótanos de las casas, la escoba y el plumero, el escobillón, el paño mojado en legía y la franela seca que lustra.

Limpieza diariamente de arriba a abajo con amor infinito por la mitad de su pueblo, y con igual amor evitada de ensuciar por la otra mitad, Suiza, con su cuerpo limpio, con su cara y sus manos limpias con sus vestidos limpios y bien planchados y ataviada con elegante sencillez, es un encanto en que los ojos y el espíritu se recrean.

Y a la esmerada limpieza del cuerpo y del alma, añade el agrado de las flores que son su complemento.

Las alegres « villas », siempre recién pintadas, están rodeadas de jardines floridos. Los balcones y las ventanas con cristales de impecable transparencia y albas cortinas, desbordan de preciosas flores, dando la impresión que la casa está llena de ellas y que por allí escapan hacia afuera. Es así no sólo en la casa del rico; en la « villa » del pobre también es así.

He dicho en la casa del pobre. ¿Es que hay pobres aquí? Nunca ví a nadie denunciarse como tal, por ser portador de andrajos, o por alargar la mano en las esquinas. ¿La casa del pobre es aquella « villa » que siendo más modesta en su arquitectura es siempre una linda « villa » pulcra y coquetona?

¡Dichosa Suiza de altas montañas de bonetes níveos; de cielo azul, de luz radiosa, de atmósfera quieta y pura, de lagos como cielo, de valles rientes, de gentes robustas, honradas y buenas! ¡Tú mereces gestar para la humanidad un porvenir mejor que el pasado y el presente! ¡No en balde la Liga de Naciones se cobijó en tu seno!

El barco se desliza por el espejo del lago. Nuestros ojos revolotean por el lago, los valles, las montañas, y el cielo como abejas golosas libando flores.

Hoy, aquí, la naturaleza es toda flor.

El cielo tiene un azul inmaculado y la atmósfera diáfana claridad. Sólo en el horizonte hay brumas que la enturbian. Se sienten ansias de un gran brazo y una esponja húmeda que las disipe...

De la orilla del lago a las altas cumbres de los Alpes, la tierra se muestra en un plano inclinado que la descubre toda. En los pequeños valles hay cultivos esmerados y granjas alegres; en las faldas de la montañas reducidas praderas en las que pastan vacas que al caminar llenan el espacio con la sonoridad metálica de sus enormes cencerros, y ágiles cabras que procuran los peñascos para ensayar saltos graciosos.

De distancia en distancia, recostados en la montaña y bebiendo en el lago, surge un pueblo de ventanas floridas, de techos muy caídos para que la nieve resbale, al que domina la iglesia de campanario audaz terminado en flecha en el que un gallo dorado canta en actitud arrogante.

Es limpio, pulcro, coquetón, armonioso y alegre. Es una nota acorde en la sinfonía de la naturaleza.

Inmediatamente detrás están las inmóviles montañas en expresión de quietud, de fuerza, de belleza y de eternidad. Son abruptas, salvajes. Algunas tienen los flancos desgarrados, forman acantilados y la herida muestra el esqueleto granítico. Hasta cierta altura, manchas de praderas color de esmeralda y de bosques de pinos verde-oscuro, las salpican aquí y allá. Después la piedra domina; el color cambia tomando los tintes de los musgos y de las diferentes composiciones geológicas. Las crestas son puntiagudas y sinuosas al mismo tiempo. Detrás de una cumbre hay otra cumbre más elevada,

y detrás otra y otra más, cerrando el horizonte en sucesión infinita de afilados dientes de sierra que muestran nieve a pinceladas o a baldes.

¡Es un esfuerzo gigante de la tierra por escalar el cielo!...

¡Son indómitas; son eternamente salvajes las altas montañas! Pretendiendo dominarlas, la civilización apenas osa rozar algunas de ellas con un camino de hormigas que se humilla en caracoleos por las faldas sin pretender llegar a las cumbres.

A la hora de la puesta del sol una a otra se dan sombra. En los tajos que las separan es ya noche, noche de una quietud y un silencio que la América no conoce.

Sólo las crestas reciben los rayos del sol. Entonces esas crestas dejan de ser montañas para convertirse en nubes, en cielo. Reflejan todas las tonalidades del horizonte que el sol besa primero y tras el cual después se oculta, en coloridos tan delicados y variados que al cielo dan envidia.

Después, poco a poco, en un crepúsculo demorado, guardando su quietud inmutable, se confunden, se esfuman en la sombra. No son más que una mole inmensa, única, sombría, que nos rodea por todos lados dibujando sobre el cielo, — en el que comienzan a brillar pálidas estrellas, — un perfil anguloso.

Mas las sombras aumentan; lo que está lejos ya no existe, lo que está cerca se esfuma... se pierde.

Es la noche que llega en un silencio que nada interrumpe. Llega y de adueña de la tierra y del lago dormidos...

En Suiza, Octubre de 1926.

ÍNDICE

	Pág.
Expedición de Auxilios a los heridos de Tupambaé.	5
La orden de partida.	7
Llegada a Nico Pérez.	11
Defectos de la primera expedición.	12
Sacrificios y recompensas	16
Experiencia aprovechada	17
En presencia de los primeros heridos.	19
El Hospital de Sangre en plena función	24
Pasan las fuerzas del Cel. Galarza.	27
En busca de los heridos revolucionarios	30
Conversando con Saravia	34
Hacia el sud	37
En procura de caballos	42
Requisitorios al coronel Ortiz.	45
Hallazgo de bueyes.	50
Los heridos parten en el tren de Nico Pérez a Montevideo.	53
Renuncia de honores	55

Un Año en el Paraguay

La partida.	61
En los rios.	62
Asunción	66
Mirando desde a bordo	69
Construcciones de Palma Negra	75
Hacia Corumbá.	77
En el Saladero de Apa-Cué.	83
Baile de angelito	85
¡Adelante!	89
Hacia Villa Concepción	92
Ciudad sitiada	97
El caballo bayo de don Carlos.	102
La picada Curuzú Isabel.	103
En Villa Sana	115
El Malón	123
La carneada.	131
La Deuda Internacional.	134
En pie de guerra	138
Un buen remedio.	144
El premier tiro.	147
El héroe.	155
El bautismo.	161
Normalidad relativa	164
El rodeo.	168
Tropeando con sol	172
El estero	177
Usos y costumbres	180
Bajo agua.	183

	Pág.
La caballada emigrada	188
Vida nómada	194
Procesión macabra	200
En viaje a Santa Sofía.	203
Una fámula campesina	208
Obelardo	210
Vadeando arroyos	212
Un rinconcito francés.	218
Veinte días de buen tiempo.	220
Una boa.	223
Ofrecimiento de don Carlos.	226
El inventario	230
Hacia Matto Grosso.	232
La fiesta de São José	238
Ganado bagual.	244
Conócete a ti mismo.	248
Alma de hombre y alma de perro	254
El leproso.	256
Regreso.	260
Teodosia	266
Enfermo.	271
El destino se cumple.	277
En Montevideo.	285

Correspondencias dirigidas al Diario « La Mañana » de Montevideo.

RECORRIENDO EL AFRICA FRANCESA

(*« La Mañana » del 12 de septiembre de 1926*)

Cartago	289
Tunez.	290
Hacia el sur	294
El Ahisaua.	297
Continuando el viaje	300
El oasis.	302
Tozeur	303
El oasis de Tozeur	306
El ramadam.	310
El Sahara.	311
En la frontera de Argelia	315
El camping	316
Segundo día en el desierto.	318
Un pequeño simún	320

FRENTE A SAN PEDRO

La Basílica Romana y las Catedrales Góticas

(*« La Mañana » del 19 de septiembre de 1926*). 325

SUIZA Y SUS MONTAÑAS

(*« La Muñana » del 1º de Enero de 1927*) 329

